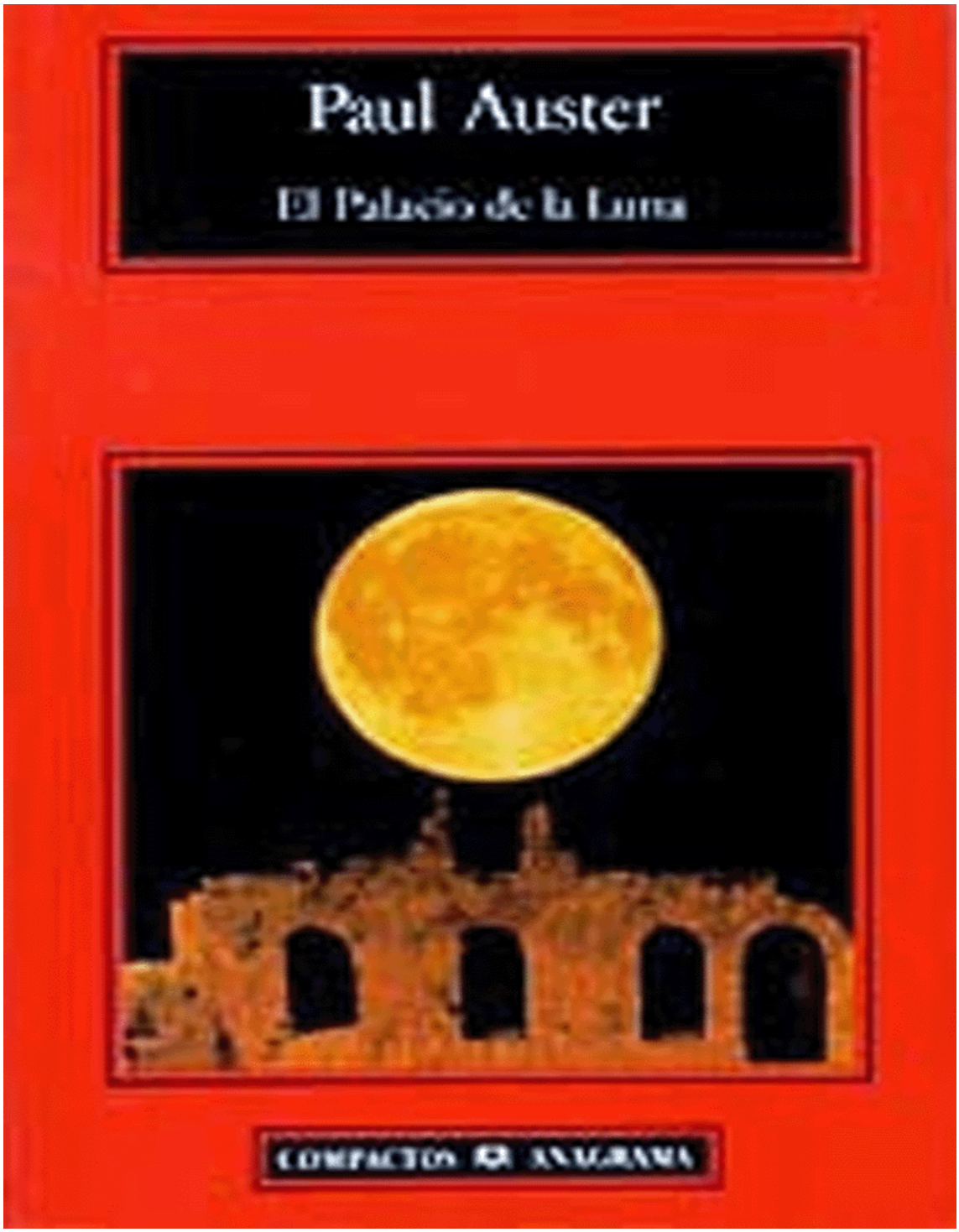
EL PALACIO DE LA LUNA
PAUL AUSTER



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Paul Auster nació en 1947 en Nueva Jersey y estudió en la Universidad de Columbia. Tras un breve período como marino en un petrolero de la Esso, vivió tres años en Francia, donde trabajó como traductor, "negro" literario y cuidador de una finca; desde 1974 reside en Nueva York. Ha publicado la llamada "Trilogía de Nueva York" (que comprende las novelas *Ciudad de cristal*, *Fantasmas* y *La habitación cerrada*), *El país de las últimas cosas*, *La invención de la soledad* y *El Palacio de la Luna*. También es autor del libro de poemas *Disappearances* y del libro de artículos y ensayos *The Art of Hunger*.

Marc Stanley Fogg (por Marco Polo, por el Stanley que encontró a Livingstone y por el Phileas Fogg de *La vuelta al mundo en ochenta días*) está a las puertas de la edad adulta cuando los astronautas americanos ponen el pie en la luna. Hijo de padre desconocido, muerta su madre cuando él tenía once años, Marc Stanley fue criado por su tío Victor, un excéntrico que se ganaba la vida tocando el clarinete en orquestas de mala muerte. Ahora, en el comienzo de la era lunar y muerto Victor, Marc Stanley Fogg tiene dinero para sobrevivir unos pocos meses más. Gradualmente, pero sin pausa, va cayendo en la indigencia, la soledad y una suerte de tranquila locura de matices dostoievkianos, donde su vida se reduce a explorar los gozosos infiernos del despojamiento absoluto. Vive ya como una animal en una cueva del Central Park, en un semidelirio provocado por el hambre, cuando la bella Kitty Wu le rescata. Fogg se salva y decide, por primera vez en su vida, buscar un trabajo. El destino, y una compleja red de significantes en torno a la luna, lo lunar y le luz, le llevan a trabajar como lector y acompañante de Thomas Effing, un viejo pintor paralítico. Y escribiendo la biografía de Effing, que éste quiere legar a Solomon Barber, el hijo al que nunca conoció, Marc Stanley Fogg descubrirá, en un viaje que le lleva desde el palacio de la Luna, un restaurante chino de Nueva York, a los lunares paisajes del Oeste americano, los misterios de su propio origen, el nombre y la identidad de su padre.

Paul Auster ya había utilizado, en *Ciudad de cristal* y en *El país de las últimas cosas*, las convenciones de la novela al género -la policíaca y la de ficción científica, respectivamente-. En *El Palacio de la Luna* recurre a la novela de aventuras a lo Julio Verne, a los folletines del siglo XIX y hasta a la novela victoriana para construir uno de los libros más sutiles, más llenos de resonancias de la literatura americana contemporánea. *El Palacio de la Luna* puede ser leído como un elegantísimo folletín contemporáneo sobre la paternidad y la impostura, pero también como una espléndida novela de aventuras sobre la aventura de crear.

"*El Palacio de la Luna* es, tal vez, la mejor novela hasta la fecha de un escritor de enorme talento…" (Patrick Parriender, *The London Review of Books*)

"Auster es un escritor de culto entre otros escritores. *El Palacio de la Luna*, irónica y compleja, deslumbre con sus (FALTA) lunares y, como la luna, fascina." (*ALA Booklist*)

A la memoria de Norman Schiff

Nada puede asombrar a un norteamericano

JULIO VERNE

1

Fue el verano en que el hombre pisó por primera vez la luna. Yo era muy joven entonces, pero no creía que hubiera futuro. Quería vivir peligrosamente, ir lo más lejos posible y luego ver qué me sucedía cuando llegara allí. Tal y como salieron las cosas, casi no lo consigo. Poco a poco, vi cómo mi dinero iba menguando hasta quedar reducido a cero; perdí el apartamento; acabé viviendo en las calles. De no haber sido por una chica que se llamaba Kitty Wu, probablemente me habría muerto de hambre. La había conocido por casualidad muy poco antes, pero con el tiempo llegué a considerar esa casualidad una forma de predisposición, un modo de salvarme por medio de la mente de otros. Esa fue la primera parte. A partir de entonces me ocurrieron cosas extrañas. Acepté el trabajo que me ofreció el viejo de la silla de ruedas. Descubrí quién era mi padre. Crucé a pie el desierto desde Utah a California. Eso fue hace mucho tiempo, claro, pero recuerdo bien aquellos tiempos, los recuerdo como el principio de mi vida.

Llegué a Nueva York en el otoño de 1965. Tenía entonces dieciocho años, y durante los primeros nueve meses viví en un colegio universitario. En Columbia, a todos los estudiantes de primer año que no fueran de la ciudad se les exigía vivir en el campus, pero cuando terminó el curso me trasladé a un apartamento de la calle 112 Oeste. Allí fue donde viví durante los siguientes tres años, hasta el mismo momento en que toqué fondo. Teniendo en cuenta lo adversas que me eran las circunstancias, fue un milagro que durara tanto.

Viví en aquel apartamento con más de mil libros. Anteriormente habían pertenecido a mi tío Victor, y él los había ido adquiriendo poco a poco a lo largo de treinta años. Justo antes de que me fuera a la universidad, me los ofreció, en un impulso, como regalo de despedida. Hice todo lo que pude para rehusarlo, pero el tío Victor era un hombre generoso y sentimental, y no me permitió rechazarlo.

-No puedo darte ni dinero -dijo- ni consejos. Llévate los libros para complacerme.

Me llevé los libros, pero durante año y medio no abrí las cajas en donde estaban guardados. Mi propósito era convencer a mi tío de que aceptara que se los devolviera y no quería que les pasara nada mientras tanto.

Resultó que las cajas me fueron muy útiles en aquella situación. El apartamento de la calle 112 no estaba amueblado, y en vez de despilfarrar mis fondos en cosas que no quería ni podía permitirme, me dediqué a convertir las cajas en piezas de “un mobiliario imaginario”. Era algo parecido a hacer un rompecabezas: agrupar las cajas de cartón en configuraciones modulares, ponerlas en hilera, apilarías una encima de otra, colocarlas una y otra vez hasta que al fin empezaron a parecer objetos domésticos. Un grupo de dieciséis me sirvió de soporte para el colchón, otro grupo de doce se convirtió en una mesa, otros de siete se convirtieron en sillas, uno de dos en cabecera.

El efecto general era bastante monocromático, con aquel sombrío marrón claro en todas partes donde miraras, pero no pude por menos de sentirme orgulloso de mi inventiva. A mis amigos les pareció un poco raro, pero ya habían aprendido a esperar de mí cosas raras. Imaginad la satisfacción, les explicaba, de meterte en la cama y saber que tus sueños van a descansar sobre la literatura norteamericana del siglo XIX. Imaginad el placer de sentarte a comer con todo el Renacimiento escondido debajo de la comida. En realidad, yo no tenía ni idea de qué libros había en cada caja, pero en aquel entonces yo era fantástico inventando historias, y me gustaba el sonido de aquellas frases, aunque fuesen mentira.

Mis muebles imaginarios permanecieron intactos casi un año. Luego, en la primavera de 1967, murió el tío Victor. Esa muerte fue un golpe terrible para mí; en muchos sentidos, el peor golpe que había recibido nunca. No sólo era la persona a quien más habla querido en el mundo, sino que era mi único pariente, mi único vínculo con algo más grande que yo. Sin él me sentí despojado, totalmente arrasado por el destino. Si hubiera estado de alguna forma preparado para su muerte, tal vez me habría sido más fácil enfrentarme a ella. Pero ¿cómo se prepara uno para la muerte de un hombre de cincuenta y dos años que siempre ha tenido buena salud? Mi tío simplemente se murió una hermosa tarde de mediados de abril, y en ese momento mi vida empezó a cambiar, empecé a desaparecer en otro mundo.

No hay mucho que contar de mi familia. El reparto era pequeño, y la mayoría de sus miembros no permanecieron en escena mucho tiempo. Viví con mi madre hasta los once años, pero entonces ella murió en un accidente de tráfico, atropellada por un autobús que patinó y perdió el control en una calle nevada de Boston. Nunca hubo un padre en la película, así que habíamos sido solamente nosotros dos, mi madre y yo. El hecho de que usara su nombre de soltera probaba que nunca habla estado casada, pero no me enteré de que era hijo ilegítimo hasta después de su muerte. De niño, nunca se me ocurrió hacer preguntas acerca de esas cosas. Yo era Marco Fogg, mi madre era Emily Fogg y mi tío de Chicago era Victor Fogg. Todos éramos Fogg, y me parecía perfectamente lógico que personas de la misma familia tuviesen el mismo nombre. Más adelante, el tío Victor me dijo que originariamente el nombre de su padre habla sido Fogelman, pero alguien de las oficinas de inmigración en Ellis Island lo había acortado y dejado en Fog, con una sola *g*, y éste había sido el nombre norteamericano de la familia hasta que le añadieron la segunda *g* en 1907. *Fogel* significaba pájaro, según me informó mi tío, y me agradaba la idea de tener a ese animal incorporado a mi identidad. Imaginaba que algún esforzado antepasado mío habla sido capaz de volar realmente. Un pájaro volando en la niebla, pensaba, un pájaro gigante que voló a través del océano, sin detenerse hasta que llegó a América.

No tengo ninguna fotografía de mi madre, y me resulta difícil acordarme de cómo era físicamente. Siempre que la veo en mi mente me encuentro con una mujer baja, morena, con delgadas muñecas infantiles y dedos blancos y delicados, y repentinamente, de vez en cuando, recuerdo lo agradable que era que te tocaran aquellos dedos. Siempre es muy joven y guapa cuando la veo, y probablemente ese recuerdo es exacto, puesto que sólo tenía veintinueve años cuando murió. Vivimos en distintos apartamentos en Boston y en Cambridge, y creo que trabajaba para una especie de editorial de libros de texto, aunque yo era demasiado pequeño para tener una idea clara de lo que hacía allí. Lo que destaca más vívidamente en mi memoria son las ocasiones en que íbamos al cine juntos (películas de vaqueros con Randolph Scott, *La guerra de los mundos*, *Pinocho*), cómo nos sentábamos en la oscuridad del cine y nos comíamos poco a poco una bolsa de palomitas cogidos de la mano. Era capaz de contar chistes que me hacían reír a carcajadas, pero eso sucedía sólo raramente, cuando los planetas estaban en la conjunción propicia. A menudo se mostraba distraída, propensa a un

ligero mal humor, y a veces percibía que emanaba de ella una verdadera tristeza, una sensación de que estaba batallando con alguna vasta y eterna confusión. A medida que fui creciendo, me dejaba en casa con niñeras por horas cada vez más a menudo, pero no entendí lo que significaban esas misteriosas salidas suyas hasta mucho después, cuando hacía mucho tiempo que habla muerto. Respecto a mi padre, sin embargo, el vacío era absoluto, tanto mientras ella vivió como después de muerta. Ese era un tema del que se negaba a hablar conmigo, y siempre que le preguntaba se mantenía inflexible.

-Se murió hace mucho tiempo -decía-, antes de que tú nacieras.

No había en toda la casa ninguna prueba de su existencia. Ni una fotografía, ni un nombre. Por falta de algo a que agarrarme, le imaginaba como una versión morena de Buck Rogers, un viajero espacial que habla pasado a la cuarta dimensión y no encontraba el camino de vuelta.

A mi madre la enterraron junto a sus padres en el cementerio de Westlawn, y yo me fui a vivir con el tío Victor en el barrio de North Side de Chicago. Gran parte de esa primera época se me ha borrado, pero según parece andaba muy alicaído, suspiraba lo mío y por las noches sollozaba hasta que me quedaba dormido como un patético huérfano de una novela decimonónica. En una ocasión, una boba conocida de Victor se encontró con nosotros en la calle y, cuando él nos presentó, se echó a llorar, se secó los ojos con un pañuelo y murmuró que yo debía de ser el hijo del amor de la pobre Emmie. Yo nunca habla oído esa expresión, pero comprendí que sugería cosas horribles y desgraciadas. Cuando le pedí al tío Victor que me la explicara, inventó una respuesta que no he olvidado nunca.

-Todos los hijos son hijos del amor -dijo-, pero sólo a los mejores les llaman así.

El hermano mayor de mi madre era un soltero de cuarenta y tres años, larguirucho y de nariz aguileña, que se ganaba la vida como clarinetista. Como todos los Fogg, tenía tendencia a la apatía y la ensoñación, a fugas repentinas y prolongados letargos. Después de un prometedor comienzo en la Orquesta de Cleveland, estos rasgos de su carácter acabaron por dominarle. Llegaba tarde a los ensayos porque se había dormido, se presentaba en los conciertos sin corbata y una vez tuvo la osadía de contar un chiste verde delante del concertino búlgaro. Después de que le despidieran, Victor fue de un sitio a otro con varias orquestas menores, a cual peor, y cuando regresó a Chicago en 1953 ya había aprendido a aceptar la mediocridad de su carrera. Cuando fui a vivir con él en febrero de 1958, daba clases de clarinete a principiantes y tocaba con la Howie Dunn’s Moonlight Moods, una pequeña orquestina que hacía las acostumbradas rondas de bodas, confirmaciones y fiestas de graduación. Victor sabía que le faltaba ambición, pero también sabía que habla otras cosas en el mundo aparte de la música. Tantas, en realidad, que a menudo se sentía abrumado por ellas. Como era de esa clase de personas que siempre están soñando con hacer otra cosa mientras están ocupadas, no podía sentarse a practicar una pieza sin detenerse a resolver mentalmente un problema de ajedrez, no podía jugar al ajedrez sin pensar en los fracasos de los Chicago Cubs, no podía ir al estadio de béisbol sin acordarse de un personaje secundario de Shakespeare, y luego, cuando al fin volvía a casa, no podía sentarse con un libro más de veinte minutos sin sentir la urgente necesidad de tocar el clarinete. Por lo tanto, dondequiera que estuviese y adondequiera que fuera, dejaba tras de sí un desordenado rastro de malas jugadas de ajedrez, marcadores con resultados provisionales y libros a medio leer.

Sin embargo, no era difícil querer al tío Victor. La comida era peor que la que me daba mi madre y los pisos en que vivimos estaban más sucios y abarrotados, pero a la larga ésas eran cuestiones sin importancia. Victor no pretendía ser algo que no era. Sabía que la paternidad estaba fuera de sus posibilidades y por lo tanto me trataba menos como a un niño que como a un amigo, un compañero en miniatura al que adoraba. Era un arreglo que nos convenía a los dos. Al cabo de un mes de mi llegada,

habíamos desarrollado un juego consistente en inventar países entre los dos, mundos imaginarios que invertían las leyes de la naturaleza. Tardamos semanas en perfeccionar algunos de los mejores, y los mapas que dibujé de ellos los colgamos en un lugar de honor encima de la mesa de la cocina. La Tierra de la Luz Esporádica, por ejemplo, y el Reino de los Tuertos. Dadas las dificultades que el mundo real nos habla creado, probablemente era lógico que quisiéramos abandonarlo lo más a menudo posible.

Poco después de mi llegada a Chicago, el tío Victor me llevó a ver la película *La vuelta al mundo en 80 días*. El héroe de la historia se llamaba Fogg, como es sabido, y desde entonces el tío Victor me llamaba Phileas como apelativo cariñoso, una referencia secreta a ese extraño momento en que, como él dijo, "nos enfrentamos a nosotros mismos en la pantalla". Al tío Victor le encantaba inventarse complicadas y disparatadas teorías acerca de las cosas y no se cansaba nunca de explicarme las glorias ocultas en mi nombre. Marco Stanley Fogg. Según él, demostraba que llevaba los viajes en la sangre, que la vida me llevaría a lugares donde ningún hombre había estado antes. Marco, naturalmente, era por Marco Polo, el primer europeo que visitó China; Stanley, por el periodista norteamericano que había seguido el rastro del doctor Livingstone hasta "el corazón del Africa más oscura"; y Fogg, por Phileas, el hombre que había dado la vuelta al mundo en menos de tres meses. No importaba que mi madre hubiese elegido Marco simplemente porque le gustaba, ni que Stanley fuese el nombre de mi abuelo, ni que Fogg fuera un nombre equivocado, el capricho de un funcionario norteamericano medio analfabeto. El tío Victor encontraba significados donde nadie los hubiera encontrado y luego, con mucha destreza, los convertía en una forma de apoyo clandestino. La verdad es que yo disfrutaba cuando me dedicaba tanta atención, y aunque sabía que sus discursos eran fanfarronadas y palabrerías, había una parte de mí que creía cada una de sus palabras. En breve, el nominalismo de Victor me ayudó a sobrevivir a las difíciles primeras semanas en mi nuevo colegio. Los nombres son la cosa más fácil de atacar, y Fogg se prestaba a multitud de espontáneas mutilaciones: Fag y Frog, por ejemplo, junto con innumerables referencias meteorológicas: Bola de Nieve, Hombre de Fango, Baboso. Cuando agotaron las posibilidades de mi apellido, concentraron su atención en mi nombre. La *o* final de Marco era un blanco evidente, que dio lugar a epítetos como Dumbo, Jerko y Mumbo Jumbo; pero otras ocurrencias desafiaban todas las expectativas. Marco se convirtió en Marco Polo; Marco Polo en Camisa Polo; Camisa Polo se transformó en Cara de Camisa; y Cara de Camisa en Cara de Mierda, un deslumbrante ejemplo de crueldad que me dejó aturdido la primera vez que lo oí. Finalmente sobreviví a mi iniciación escolar, pero me dejó la sensación de la infinita fragilidad de mi nombre. Este nombre estaba tan estrechamente ligado a mi sensación de quién era yo que deseaba protegerlo de ulteriores daños. Cuando tenía quince años, empecé a firmar todos mis trabajos M. S. Fogg, imitando pretenciosamente a los dioses de la literatura moderna, pero al mismo tiempo encantado del hecho de que las iniciales correspondieran a las de *manuscrito*. El tío Victor aprobó con entusiasmo este cambio de postura.

-Cada hombre es el autor de su propia vida -dijo-. El libro que estás escribiendo aún no está terminado. Por lo tanto, es un manuscrito. No podría haber nada más apropiado.

Poco a poco, Marco fue desapareciendo de la circulación pública. Yo era Phileas para mi tío, y cuando llegué a la universidad, para todos los demás era M. S. Unos cuantos graciosos señalaron que esas letras eran también las iniciales de una enfermedad,[1] pero para entonces yo aceptaba con gusto cualquier nueva asociación o ironía que poder añadir a mi persona. Cuando conocí a Kitty Wu, ella me dio varios otros nombres, pero ésos eran de su exclusiva propiedad, por así decirlo, y también me

[1] "Multiple sclerosis", esclerosis múltiple. (*N. de la T.*)

alegré de recibirlos: Foggy, por ejemplo, que utilizaba sólo en ocasiones especiales, y Cyrano, que respondía a razones que aclararé más adelante. Si el tío Victor hubiera llegado a conocerla, estoy seguro de que habría sabido apreciar el hecho de que Marco, a su modesta manera, al fin hubiera puesto el pie en China.

Las lecciones de clarinete no iban bien (mi aliento se resistía, mis labios se impacientaban) y pronto encontré el modo de escabullirme. El béisbol me resultaba más atractivo, y a los once años ya me había convertido en uno de esos flacos chavales norteamericanos que iban a todas partes con el guante puesto y lo golpeaban con el puño derecho mil veces al día. No hay duda de que el béisbol me ayudó a superar algunos obstáculos en el colegio y cuando entré en la Liga Infantil aquella primavera, el tío Victor venía a ver casi todos los partidos para animarme. En julio de 1958 nos trasladamos repentinamente a Saint Paul, Minnesota ("una oportunidad excepcional", dijo Victor, refiriéndose a un trabajo que le hablan ofrecido para enseñar música), pero al año siguiente ya estábamos de vuelta en Chicago. En octubre, Victor compró un televisor y me permitió faltar al colegio para ver a los White Sox perder la Serie Mundial en seis partidos. Ese fue el año de Early Wynn y los bulliciosos Sox, de Wally Moon y sus vertiginosas carreras completas. Nosotros éramos hinchas del Chicago, naturalmente, pero los dos nos alegramos secretamente cuando el hombre de las cejas gesticulantes echó uno fuera en el último partido. Al principio de la temporada siguiente volvimos a apoyar a los Cubs, los chapuceros e ineptos Cubs, el equipo dueño de nuestras almas. Victor era un acérrimo defensor del béisbol diurno y consideraba un bien moral que el rey del chicle no hubiera sucumbido a la perversión de la luz artificial.

-Cuando voy a un partido -decía-, las únicas estrellas que quiero ver son las del terreno de juego. Es un deporte que pide luz del sol y lana sudada. ¡El carro de Apolo suspendido en el cenit! ¡La gran bola ardiendo en el cielo americano!

Tuvimos largas discusiones durante aquellos años acerca de hombres como Ernie Banks, George Altman y Glen Hobbie. Éste era uno de sus favoritos, pero, en consonancia con su visión del mundo, mi tío afirmaba que nunca triunfaría como lanzador porque su nombre implicaba falta de profesionalidad. Los comentarios disparatados de este tipo eran la esencia del humor de Victor. Como para entonces yo me había aficionado verdaderamente a sus chistes, comprendía por qué tenía que decirlos con una cara muy seria.

Poco después de cumplir yo catorce años, la población de nuestra casa aumentó a tres. Dora Shamsky, de soltera Katz, era una fornida viuda de cuarenta y tantos años con una extravagante melena rubio platino y un trasero enfundado en una faja muy apretada. Desde el fallecimiento del señor Shamsky, ocurrido seis años antes, trabajaba de secretaria en la sección de actuarios de la compañía de seguros Mid-American Life. Su encuentro con el tío Victor tuvo lugar en la sala de baile del Hotel Featherstone, donde los Moonlight Moods estaban a mano para proporcionar entretenimiento musical en la fiesta de Nochevieja que la compañía daba todos los años. Después de un noviazgo rápido como un torbellino, la pareja ató el vínculo en marzo. Yo no vi nada de malo en el hecho en sí y actué orgullosamente de padrino en la boda. Pero una vez que el polvo empezó a posarse, me dolió observar que mi nueva tía no reía con mucho gusto las bromas de Victor, y me pregunté si eso no indicaría que era un poco obtusa, una falta de agilidad mental que no auguraba buenas perspectivas a la unión. Pronto aprendí que habla dos Doras. La primera era toda animación y actividad, un personaje brusco y masculino que se movía por la casa con la eficacia de un sargento, un baluarte de quebradizo buen humor, una sabelotodo, una mandona. La segunda Dora era una borracha coqueta, una mujer sensual, llorosa y autocompasiva que se tambaleaba por la casa en albornoz rosa y vomitaba sus borracheras en el suelo del cuarto de estar. De las

Librodot

dos, yo prefería con mucho a la segunda, aunque sólo fuera por la ternura que me demostraba entonces. Pero Dora borracha me planteaba un problema que no sabía resolver, porque esos derrumbamientos suyos ponían a Victor malhumorado y triste, y lo que yo más odiaba en el mundo era ver sufrir a mi tío. Victor podía soportar a la Dora sobria y gruñona, pero su embriaguez despertaba en él una severidad y una impaciencia que a mí me parecía antinatural, una perversión de su verdadero carácter. Lo bueno y lo malo estaban por lo tanto en guerra constante entre sí. Cuando Dora estaba bien, Victor estaba mal; cuando Dora estaba mal, Victor estaba bien. La Dora buena producía un Victor malo y el Victor bueno sólo reaparecía cuando Dora era mala. Permanecí prisionero de esta máquina infernal durante más de un año.

Afortunadamente, la compañía de autobuses de Boston me había pagado una indemnización generosa. Según los cálculos de Victor, habría suficiente dinero para costear cuatro años de universidad y vivir modestamente, y aún quedaría algo extra que me serviría para entrar en la llamada vida real. Durante los primeros años mantuvo este capital escrupulosamente intacto. Me mantenía de su propio bolsillo y lo hacía con alegría, orgulloso de su responsabilidad y sin mostrar la menor inclinación a tocar ni un céntimo de aquella suma. Sin embargo, cuando Dora entró en escena, Victor cambió de planes. Retiró los intereses acumulados, junto con una pequeña cantidad de lo otro, y me matriculó en un internado privado de New Hampshire, pensando que de este modo corregiría los efectos de su equivocación. Porque si Dora habla resultado no ser la madre que él había esperado proporcionarme, no veía ningún motivo para no buscar otra solución. Era una lástima tocar el capital, claro está, pero no había más remedio. Cuando tenía que enfrentarse a una elección entre el ahora y el luego, Victor siempre había elegido el ahora, y dado que toda su vida estaba ligada a la lógica de este impulso, era natural que optase por el ahora una vez más.

Pasé tres años en la Academia Anselm para chicos. Cuando volví a casa después del segundo año, Victor y Dora ya hablan separado sus vidas, pero no parecía que tuviera sentido volver a cambiarme de colegio, así que regresé a New Hampshire cuando se acabaron las vacaciones de verano. Las explicaciones de Victor respecto al divorcio eran bastante confusas, y nunca estuve seguro de lo que pasó en realidad. Habló algo de cuentas bancarias desaparecidas y de platos rotos, pero también mencionó a un hombre llamado George, y me pregunté si él también tendría que ver en el asunto. Sin embargo, no le insistí a mi tío para que me diera detalles, puesto que, en definitiva, parecía más aliviado que apenado por estar solo otra vez. Victor había sobrevivido a las batallas matrimoniales, pero eso no significaba que no le hubieran dejado heridas. Su aspecto era inquietantemente desaseado (le faltaban botones, los cuellos estaban sucios, los bajos de los pantalones raídos) y hasta sus chistes habían adquirido un carácter melancólico, casi patético. Esas señales ya eran bastante graves, pero lo más preocupante para mí eran sus fallos físicos. Había momentos en que daba traspiés (una misteriosa debilidad en las rodillas), tropezaba contra los muebles y no parecía saber dónde estaba. Yo sabía que la vida con Dora habla hecho estragos en él, pero tenía que haber algo más. Como no quería aumentar mi alarma, logré convencerme de que sus problemas tenían menos que ver con su cuerpo que con su estado anímico. Puede que estuviera en lo cierto, pero, pensándolo ahora, me cuesta creer que los síntomas que observé por primera vez aquel verano no estuvieran relacionados con el ataque al corazón que le mató tres años más tarde. Victor no me dijo nada, pero su cuerpo me hablaba en clave, y yo no tuve los recursos o la inteligencia necesarios para descifrar el mensaje.

Cuando volví a Chicago para las vacaciones de Navidad, la crisis parecía haber pasado. Victor habla recobrado en gran medida su fanfarronería y puesto en marcha, de repente, grandes proyectos. En septiembre, él y Howie Dunn habían disuelto la

Librodot

Moonlight Moods y habían formado otro grupo, aunando fuerzas con tres músicos más jóvenes que tocaban la batería, el piano y el saxofón. Ahora se llamaban Moon Men, Los Hombres de la Luna, y la mayoría de sus canciones eran números originales. Victor escribía las letras, Howie componía la música y los cinco las cantaban, más o menos.

-Se acabaron las viejas piezas clásicas -me anunció Victor cuando llegué-. Se acabaron las melodías bailables. Se acabaron las bodas y sus borrachos. Nos hemos salido del circuito del pollo de goma y vamos a intentar ir a lo grande.

No había duda de que habían montado un espectáculo original, y cuando fui a verlos actuar la noche siguiente, las canciones me parecieron una revelación: llenas de humor y de chispa, una forma bulliciosa de sátira que se burlaba de todo, desde la política al amor. Las letras de Victor tenían un sabor desenfadado de cancioneta, pero el tono subyacente era de un efecto casi swiftiano. Un cruce de Spike Jones con Schopenhauer, si tal cosa es posible. Howie les había conseguido una actuación en uno de los clubs del centro de Chicago y acabaron actuando allí todos los fines de semana desde el día de Acción de Gracias hasta el día de San Valentín. Cuando regresé a Chicago después de graduarme, ya tenían una gira a la vista e incluso se hablaba de grabar un disco para una compañía de Los Angeles. Y ahí es donde los libros del tío Victor entran en la historia. La gira iba a comenzar a mediados de septiembre y no sabía cuándo volvería.

Era de noche, tarde, y faltaba menos de una semana para que me fuera a Nueva York. Victor estaba sentado en su silla al lado de la ventana, fumándose un paquete de Raleighs y bebiendo *schnapps* en una jarra comprada en una tienda de baratillo. Yo estaba despatarrado en el sofá, flotando dichosamente en un estupor de whisky y tabaco. Llevábamos tres o cuatro horas hablando de cosas intrascendentes, pero ahora había un respiro en la conversación y cada uno se dejaba llevar en silencio por sus propios pensamientos. El tío Victor dio la última chupada a su cigarrillo, bizqueó cuando el humo subió por su mejilla, y luego apagó la colilla en su cenicero favorito, un recuerdo de la Feria Mundial de 1939. Mientras me examinaba con brumoso afecto, tomó otro sorbo de su bebida, hizo un ruido con los labios y lanzó un profundo suspiro.

-Ahora viene lo difícil -dijo-. Los finales, las despedidas, las famosas últimas palabras. Arrancar las estacas, creo que le llaman en las películas del Oeste. Aunque no tengas noticias mías a menudo, Phileas, recuerda que siempre pienso en ti. Ojalá pudiera decirte dónde voy a estar, pero nuevos mundos nos reclaman de repente a los dos y dudo que tengamos muchas ocasiones de escribirnos. -El tío Victor hizo una pausa para encender otro cigarrillo y vi que le temblaba la mano que sostenía la cerilla-. Nadie sabe cuánto durará esto -continuó-, pero Howie es muy optimista. Tenemos ya muchos contratos y sin duda habrá más. Colorado, Arizona, Nevada, California. Pondremos rumbo al Oeste, internándonos en las tierras salvajes. Creo que será interesante, independientemente de lo que salga de ello. Una panda de tipos urbanos en la tierra de los vaqueros y los indios. Pero me atrae la idea de esos espacios abiertos, la idea de tocar mi música bajo el cielo del desierto. ¿Quién sabe si no se me revelará allí una verdad nueva?

El tío Victor se rió, como para disimular la seriedad de ese pensamiento.

-La cuestión es -resumió- que con tanta distancia que recorrer tengo que viajar ligero de equipaje. Tendré que desechar cosas, regalarlas, tirarlas a la basura. Como me duele pensar en perderlas para siempre, he decidido dártelas a ti. ¿En quién más puedo confiar, después de todo? ¿Quién más puede seguir la tradición? Empezaré por los libros. Sí, sí, todos. Por lo que a mí respecta, no podría haber ocurrido en mejor momento. Cuando los conté esta tarde, había mil cuatrocientos noventa y dos volúmenes. Un número propicio, creo, porque evoca el recuerdo del descubrimiento de América, y la universidad a la que vas lleva ese nombre en honor de Colón. Algunos de

estos libros son grandes, otros pequeños, unos son gordos, otros delgados, pero todos contienen palabras. Si lees esas palabras, puede que te ayuden en tu educación. No, no, ni hablar de eso. Ni una palabra de protesta. En cuanto estés instalado en Nueva York, te los mandaré. Me quedaré con un ejemplar de Dante, pero todos los demás son para ti. Además, está el ajedrez de madera. Yo me quedaré con el magnético, pero el de madera tienes que llevártelo tú. Luego está la caja de puros con los autógrafos de jugadores de béisbol. Tenemos casi todos los de los Cubs de las dos últimas décadas, algunas estrellas y numerosas luminarias menores de la liga. Matt Batts, Memo Luna, Rip Repulski, Putsy Caballero, Dick Drott. La oscuridad de esos nombres solos debería hacerlos inmortales. Después vienen diversas baratijas y chucherías. Mis ceniceros de recuerdo de Nueva York y El Alamo, las grabaciones de Haydn y de Mozart que hice con la Orquesta de Cleveland, el álbum de fotos de la familia, la placa que gané de niño por acabar el primero en el concurso musical del estado. Eso fue en 1924, aunque cueste creerlo, hace mucho, mucho tiempo. Por último, quiero que te quedes con el traje de tweed que compré en Loop hace unos cuantos inviernos. A mí no me hará falta en los sitios adonde voy, y está hecho de la mejor lana escocesa. Sólo me lo he puesto dos veces y si se lo doy al Ejército de Salvación, acabará en las espaldas de algún desgraciado alcohólico de Skid Row. Es mucho mejor que lo uses tú. Te dará cierta distinción, y no es ningún crimen tener el mejor aspecto posible, ¿verdad? Mañana temprano iremos al sastre para que te lo arregle.

»Bien, creo que eso es todo. Los libros, el ajedrez, la miscelánea, el traje... Ahora que he dispuesto de mi reino, me siento satisfecho. No hace falta que me mires de ese modo. Sé lo que hago y me alegro de haberlo hecho. Eres un buen chico, Phileas, y siempre estarás conmigo, esté donde esté. Por ahora, vamos en direcciones opuestas. Pero antes o después nos reuniremos de nuevo, estoy seguro. Al final todo sale bien, ¿comprendes?, todo conecta. Los nueve círculos. Los nueve planetas. Las nueve entradas. Nuestras nueve vidas. Piénsalo. Las correspondencias son infinitas. Pero ya basta de charlatanería por esta noche. Se hace tarde y el sueño nos llama a los dos. Ven, dame la mano. Sí, eso es, un buen apretón, firme. Así. Y ahora sacúdela. Eso es, un apretón de manos de despedida. Un apretón que nos dure hasta el fin de los tiempos.

Cada una o dos semanas, el tío Victor me enviaba una postal. Generalmente eran tarjetas turísticas de colores chillones: imágenes de puestas de sol en las Montañas Rocosas, fotos publicitarias de moteles de carretera, cactus, rodeos, ranchos para turistas, pueblos fantasma, panorámicas del desierto. A veces había frases de saludo impresas dentro de un lazo pintado y en una incluso hablaba una mula por medio de un bocadillo de tebeo que aparecía sobre su cabeza: Recuerdos desde Silver Gulch. Los mensajes de la parte de atrás eran breves y crípticos garabatos, pero lo que yo ansiaba no eran tanto noticias como señales de vida. El verdadero placer estaba en las propias postales, y cuanto más ordinarias y absurdas fueran, más feliz me hacía el recibirlas. Cada vez que encontraba una en mi buzón, me parecía que compartíamos una broma privada, y las mejores (una fotografía de un restaurante vacío en Reno, una mujer gorda a caballo en Cheyenne) incluso las pegué en la pared encima de mi cama. Mi compañero de cuarto entendió lo del restaurante vacío, pero la amazona le desconcertó. Le expliqué que tenía un extraordinario parecido con la ex mujer de mi tío, Dora. Teniendo en cuenta las cosas que pasan en el mundo, dije, era muy posible que la mujer fuese la mismísima Dora.

Como Victor no se quedaba mucho tiempo en ninguna parte, me era difícil contestarle. A finales de octubre le escribí una carta de nueve páginas contándole el apagón de Nueva York (me había quedado atrapado en un ascensor con dos amigos), pero no la eché al correo hasta enero, cuando los Hombres de la Luna comenzaban un

Librodot

contrato de tres semanas en Tahoe. Aunque no podía escribirle con frecuencia, conseguía mantenerme en contacto espiritual con él llevando su traje. No se puede decir que los trajes estuvieran precisamente de moda entre los estudiantes por entonces, pero me sentía como en casa dentro de él y puesto que a todos los efectos prácticos no tenía otra casa, continué poniéndomelo diariamente desde el principio del curso hasta el final. En momentos de tensión y tristeza, constituía para mí un consuelo sentirme arropado en el calor de la ropa de mi tío, y hubo veces en que imaginé que el traje me mantenía entero, que si no lo llevara puesto, mi cuerpo volarla en pedazos. Cumplía la función de una membrana protectora, una segunda piel que me escudaba de los golpes de la vida. Recordándolo ahora, me doy cuenta de la pinta tan curiosa que debía de tener: un muchacho flaco, despeinado, serio, claramente en desacuerdo con el resto del mundo. Pero la verdad era que yo no tenía el menor deseo de adaptarme. Si mis compañeros me colocaban la etiqueta de bicho raro, ése era su problema. Yo era el intelectual sublime, el futuro genio arisco y obstinado, el rebelde inconformista que se mantiene apartado de la manada. Casi me ruborizo al recordar las ridículas poses que adoptaba en aquella época. Era una grotesca amalgama de timidez y arrogancia, y alternaba largos e incómodos silencios con furiosos ataques de verborrea. Cuando me daba la vena, pasaba noches enteras en los bares, fumando y bebiendo como si quisiera matarme, citando versos de poetas menores del siglo XVI y oscuras frases en latín de filósofos medievales, y haciendo todo lo posible por impresionar a mis amigos. Los dieciocho años es una edad terrible, y aunque yo iba por ahí convencido de que en cierto modo era más maduro que mis compañeros de clase, la verdad era que únicamente había encontrado una manera diferente de ser joven. Más que nada, el traje era una divisa de mi identidad, el emblema de la forma en que yo deseaba que me vieran los demás. Objetivamente considerado, el traje no tenía nada de malo. Era un tweed oscuro, de un tono verdoso, a cuadritos y con solapas estrechas, una prenda sólida y bien hecha, pero después de varios meses de uso constante empezó a dar una impresión azarosa; colgaba de mi descarnada osamenta como una ocurrencia tardía, un torbellino de lana deformada. Lo que mis amigos no sabían, claro está, era que lo llevaba por razones sentimentales. Bajo mi postura inconformista, satisfacía también el deseo de tener a mi tío cerca de mí, y el corte de la prenda no tenía casi nada que ver en el asunto. Si Victor me hubiese dado un traje morado de petimetre, sin duda lo habría llevado con el mismo espíritu con que usaba el de tweed.

Cuando en primavera se acabaron las clases, rechacé la proposición de mi compañero de cuarto de que compartiéramos un piso el curso siguiente. Zimmer me agradaba bastante (de hecho, era mi mejor amigo), pero después de cuatro años de compañeros de cuarto y dormitorios escolares, no podía resistir la tentación de vivir solo. Encontré el apartamento de la calle 112 Oeste y me trasladé allí el 15 de junio; llegué con mis maletas justo momentos antes de que dos tipos fornidos trajeran las setenta y seis cajas de cartón con los libros del tío Victor, que habían estado en un almacén durante los últimos nueve meses. Era un apartamento estudio en el quinto piso de un edificio grande con ascensor: una habitación de tamaño mediano con una cocinita en el lado sureste, un armario empotrado, un cuarto de baño y un par de ventanas que daban a un patio. Las palomas aleteaban y arrullaban en el alféizar y abajo había seis cubos de basura abollados. Dentro, la luz era escasa, teñida de gris, e incluso en los días más soleados no entraba más que un miserable resplandor. Al principio sentí algunas punzadas, ligeros golpecitos de miedo ante la idea de vivir solo, pero luego hice un descubrimiento singular que me ayudó a cogerle gusto al sitio y a instalarme en él. En mi segunda o tercera noche allí, por casualidad, me encontré de pie entre las dos ventanas, situado en un ángulo oblicuo con respecto a la de la izquierda. Moví los ojos ligeramente en esa dirección y de repente vi una rendija de aire entre los dos edificios

Librodot

que había detrás. Veía Broadway, una pequeñísima, diminuta, porción de Broadway, y lo extraordinario era que todo el pedazo que vela estaba ocupado por un letrero de neón, una luminosa antorcha de letras rosas y azules que componían las palabras PALACIO DE LA LUNA. Reconocí el letrero del restaurante chino que había en la misma manzana, pero la fuerza con que me asaltaron aquellas palabras ahogó cualquier referencia o asociación práctica. Eran letras mágicas que colgaban en la oscuridad como un mensaje del cielo. PALACIO DE LA LUNA. Inmediatamente pensé en el tío Victor y en su grupo, y en aquel primer momento irracional los temores dejaron de hacer presa en mí. Nunca había experimentado nada tan súbito y absoluto. Una habitación desnuda y mugrienta se había transformado en un lugar de espiritualidad, un punto de intersección de extraños presagios y sucesos misteriosos y arbitrarios. Seguí mirando el letrero del Palacio de la Luna y, poco a poco, comprendí que habla venido al sitio adecuado, que este pequeño apartamento era exactamente donde debía vivir.

Pasé el verano trabajando media jornada en una librería, yendo al cine y enamorándome y desenamorándome de una chica que se llamaba Cynthia. cuyo rostro hace mucho tiempo que se desvaneció de mi memoria. Me sentía cada vez más a gusto en mi nuevo apartamento, y cuando se reanudaron las clases aquel otoño me lancé a una frenética ronda de copas hasta altas horas de la noche con Zimmer y mis amigos, de persecuciones amorosas y de largas y silenciosas borracheras de lectura y estudio. Mucho más adelante, cuando pensé en esas cosas desde la distancia de los años, comprendí lo fértil que aquella época resultó para mí.

Luego cumplí veinte años, y pocas semanas después recibí una larga carta del tío Victor, casi incomprensible, escrita a lápiz en la parte de atrás de unas hojas amarillas de pedido de la Enciclopedia Humboldt. Por lo que pude deducir, corrían tiempos duros para los Hombres de la Luna y, después de una larga racha de mala suerte (contratos incumplidos, pinchazos, un borracho que le había partido la nariz al saxofonista), el grupo había acabado disolviéndose. Desde noviembre, el tío Victor vivía en Boise, Idaho, donde había encontrado un trabajo temporal vendiendo enciclopedias de puerta en puerta. Pero las cosas no le habían salido bien, y por primera vez desde que le conocí, distinguí una nota de derrota en las palabras de Victor. “Mi clarinete está empeñado -decía la carta-, el saldo de mi cuenta es cero y los residentes de Boise no tienen ningún interés en las enciclopedias.”

Le mandé un giro a mi tío, seguido de un telegrama en el que le apremiaba a venir a Nueva York. Victor contestó unos días más tarde agradeciéndome la invitación. Tendría arreglados sus asuntos al final de la semana, decía, y entonces cogerla el primer autobús que saliera. Calculé que llegaría el martes, el miércoles a más tardar. Pero el miércoles llegó y pasó, y Victor no apareció. Envié otro telegrama, pero no recibí contestación. Las posibilidades de desastre me parecían infinitas. Imaginé todas las cosas que podían sucederle a un hombre entre Boise y Nueva York y de pronto todo el continente americano se transformó en una inmensa zona de peligro, una terrible pesadilla de trampas y laberintos. Traté de localizar al dueño de la pensión de Victor, no conseguí nada por ese lado, y entonces, como último recurso, llamé a la policía de Boise. Le expliqué cuidadosamente mi problema al sargento que estaba al otro extremo de la línea, un hombre llamado Neil Armstrong. Al día siguiente el sargento Armstrong me llamó para darme la noticia. Habían encontrado al tío Victor muerto en su habitación de la calle Doce Norte, derrumbado en una silla con el abrigo puesto y un clarinete a medio montar entre los dedos de su mano derecha. Había dos maletas llenas junto a la puerta. La habitación fue registrada, pero las autoridades no encontraron nada que pareciera sospechoso. Según el informe preliminar del forense, la causa probable de la muerte era un ataque cardíaco.

-Mala suerte, muchacho -añadió el sargento-. Lo siento de veras.

Librodot

Volé al Oeste a la mañana siguiente para resolver los trámites. Identifiqué el cuerpo de Victor en el depósito de cadáveres, pagué sus deudas, firmé papeles e impresos y lo arreglé todo para que mandaran sus restos a Chicago. El hombre de la funeraria de Boise estaba preocupado por el estado en que se encontraba el cuerpo. Después de descomponerse en su habitación casi una semana, no se podía hacer mucho con él.

-Yo en su lugar -me dijo- no esperaría milagros.

Organicé el entierro por teléfono, me puse en contacto con unos cuantos amigos de Victor (Howie Dunn, el saxofonista de la nariz rota, algunos de sus antiguos alumnos), hice un débil intento de localizar a Dora (no pude encontrarla) y luego acompañé el ataúd hasta Chicago. Victor fue enterrado junto a mi madre y el cielo nos obsequió con un diluvio mientras estábamos allí viendo desaparecer a nuestro amigo bajo la tierra. Luego fuimos a casa de los Dunn, en North Side, donde la señora Dunn había preparado un modesto almuerzo de fiambres y sopa caliente. Yo llevaba cuatro horas llorando sin parar, y me bebí en poco rato cinco o seis bourbons dobles con la comida. Me animaron considerablemente, y al cabo de una hora o cosa así empecé a cantar en voz alta. Howie me acompañó al piano y durante un rato la reunión se hizo bastante estridente. Luego vomité en el suelo y se rompió el hechizo. A las seis me despedí de todos y salí vacilante a la lluvia. Vagué ciegamente durante dos o tres horas, vomité otra vez en el escalón de una puerta y luego me encontré a una prostituta delgada y de ojos grises que se llamaba Agnes y estaba parada debajo de un paraguas en una calle iluminada por las luces de neón. La acompañé a una habitación del Hotel Eldorado, le di una breve conferencia sobre los poemas de sir Walter Raleigh y luego le canté nanas mientras ella se desnudaba y abría las piernas. Me llamó lunático, pero le di cien dólares y aceptó pasar la noche conmigo. Sin embargo, dormí mal, y a las cuatro de la madrugada me levanté silenciosamente, me puse mi ropa mojada y cogí un taxi para ir al aeropuerto. Estaba en Nueva York a las diez de la mañana.

Al final, el problema no era la pena. La pena era la primera causa, tal vez, pero pronto dejó paso a otra cosa, algo más tangible, de efectos más calculables, más violento en el daño que producía. Toda una cadena de fuerzas se había puesto en marcha y en un momento determinado empecé a bambolearme, a volar alrededor de mí mismo en círculos cada vez más grandes, hasta que finalmente me salí de órbita.

La verdad era que mi situación económica se estaba deteriorando. Me había dado cuenta de ello hacia algún tiempo, pero hasta entonces la amenaza había sido solamente algo que se alzaba en la lejanía y no había pensado seriamente en el asunto. A consecuencia de la muerte de Victor, sin embargo, y de los miles de dólares que me había gastado en aquellos días terribles, el presupuesto que debía permitirme acabar mi carrera universitaria había quedado hecho añicos. A menos que hiciera algo para reponer el dinero, no podría llegar hasta el final. Calculé que si seguía gastando al ritmo que llevaba, mi capital se agotaría en el mes de noviembre del último curso. Y con eso quiero decir todo: cada centavo, cada níquel hasta el mismísimo fondo.

Mi primer impulso fue dejar la universidad, pero, después de darle vueltas a la idea un día o dos, pensé que era mejor no hacerlo. Le había prometido a mi tío que me graduaría, y puesto que él ya no podía aprobar el cambio de planes, no me sentía libre de romper mi palabra. Además estaba la cuestión del servicio militar. Si dejaba la universidad ahora, me revocarían la prórroga de estudiante, y no me atraía la idea de marchar al encuentro de una muerte temprana en las junglas de Asia. Así que me quedaría en Nueva York y continuaría asistiendo a mis clases en Columbia. Esa era la decisión juiciosa, lo que debía hacer. Después de un comienzo tan prometedor, no debería haberme resultado difícil seguir actuando de una forma sensata. Había toda

Librodot

clase de opciones disponibles para personas en mi situación -becas, préstamos, programas de trabajo y estudio-, pero en cuanto empecé a pensar en ellos, reaccioné con asco. Fue una respuesta involuntaria, repentina, un brusco ataque de náuseas. Comprendí que no quería tomar parte en esas cosas y por lo tanto las rechacé todas, tercamente, despectivamente, sabiendo muy bien que acababa de sabotear mi única esperanza de sobrevivir a la crisis. A partir de aquel momento, de hecho, no hice nada que me ayudara, me negué a mover un dedo. Dios sabe por qué me comporté así. Entonces me inventé incontables razones, pero, en último término, probablemente todo se reducía a la desesperación. Estaba desesperado, y, frente a tanto cataclismo, me parecía necesaria algún tipo de acción drástica. Deseaba escupirle al mundo, hacer algo lo más extravagante posible. Con todo el fervor y el idealismo de un joven que ha pensado demasiado y ha leído demasiados libros, decidí que lo mejor era no hacer nada: mi acción consistiría en una negativa militante a realizar ninguna acción. Esto era nihilismo elevado al nivel de una proposición estética. Convertiría mi vida en una obra de arte, sacrificándome en aras de tan exquisitas paradojas que cada respiración me enseñaría a saborear mi propia condena. Las señales apuntaban a un eclipse total, y aunque buscaba a tientas otra lectura, la imagen de esa oscuridad me iba atrayendo gradualmente, me seducía por la simplicidad de su diseño. No haría nada por impedir que ocurriera lo inevitable, pero tampoco correría a su encuentro. Si por ahora la vida podía continuar como siempre había sido, tanto mejor. Tendría paciencia, aguantaría firme. Simplemente, sabía lo que me esperaba, y tanto daba que sucediera hoy o mañana, porque sucedería de todas formas. Eclipse total. El animal había sido sacrificado; sus entrañas, descifradas. La luna ocultaría el sol y, en ese momento, yo me desvanecería. Estaría completamente arruinado, sería un desecho de carne y hueso sin un céntimo en el bolsillo.

Fue entonces cuando empecé a leer los libros del tío Victor. Dos semanas después del entierro, elegí al azar una de las cajas, corté cuidadosamente la cinta adhesiva con un cuchillo y leí todo lo que había en su interior. Resultó ser una extraña mezcla, embalados sin ningún orden o propósito aparente. Había novelas y obras de teatro, libros de historia y de viajes, manuales de ajedrez y novelas policíacas, ciencia ficción y filosofía; un caos absoluto de letra impresa. No me importaba. Leí todos los libros hasta el final y me negué a juzgarlos. Por lo que a mi concernía, cada libro era igual a todos los demás, cada frase se componía del número adecuado de palabras y cada palabra estaba exactamente donde tenía que estar. Esa fue la forma que elegí de llorar la muerte del tío Victor. Una por una, abriría cada caja, y uno por uno, leería cada libro. Esa era la tarea que me habla fijado, y la cumplí hasta el final.

Todas las cajas contenían una mezcolanza similar a la primera, un batiburrillo de malo y bueno, montones de literatura efímera esparcidos entre los clásicos, manoseados libros de bolsillo emparedados entre ejemplares de tapas duras, noveluchas baratas alternando con Donne y Tolstoi. El tío Victor nunca habla organizado su biblioteca de ninguna forma sistemática. Cuando compraba un libro lo colocaba en el estante al lado del que había comprado antes de ése, y poco a poco las hileras se iban extendiendo, ocupando mayor espacio a medida que pasaban los años. Así era precisamente como habían entrado los libros en las cajas. La cronología, al menos, estaba intacta, la secuencia se había preservado por omisión. Consideré que éste era un orden perfecto. Cada vez que abría una caja penetraba en un segmento nuevo de la vida de mi tío, un período determinado de días, semanas o meses, y me consolaba pensar que estaba ocupando el mismo espacio mental que mi tío habla ocupado antes, leyendo las mismas palabras, viviendo las mismas historias, quizá albergando los mismos pensamientos. Era casi como seguir la ruta de un explorador de tiempos lejanos, repitiendo sus pasos cuando se abría camino por las tierras vírgenes, avanzando hacia el oeste con el sol,

persiguiendo la luz hasta que finalmente se extinguía. Dado que las cajas no estaban numeradas ni etiquetadas, no tenía modo de saber de antemano en qué período iba a entrar. El viaje, por tanto, estaba hecho de breves excursiones discontinuas. De Boston a Lenox, por ejemplo. De Minneapolis a Sioux Falls. De Kenosha a Salt Lake City. No me importaba tener que ir dando saltos por el mapa. Al final, se llenarían todas las lagunas, se cubrirían todas las distancias.

Ya había leído muchos de esos libros y otros me los había leído Victor en voz alta: *Robinsón Crusoe*, *El doctor Jekyll y Mr. Hyde*, *El hombre invisible*. Sin embargo, no dejé que eso se interpusiera en mi camino. Me adentré en todos con la misma pasión, devorando las obras conocidas tan ávidamente como las nuevas. Pilas de libros acabados se alzaban en los rincones de mi habitación y cuando una de estas torres parecía estar en peligro de derrumbar-e, llenaba dos bolsas de la compra con los volúmenes amenazados y me los llevaba la próxima vez que iba a Columbia. Justo al otro lado del campus, en Broadway, estaba la Librería Chandler, una ratonera abarrotada y polvorienta que hacía un buen negocio con la compraventa de libros usados. Entre el verano de 1967 y el verano de 1969 hice docenas de visitas a ese lugar, y poco a poco me desprendí de mi herencia. Esa fue la única acción que me permití: hacer uso de lo que ya poseía. Me resultó desgarrador separarme de las antiguas pertenencias del tío Victor, pero al mismo tiempo sabía que él no me lo hubiera reprochado. De alguna manera, había saldado mi deuda con él leyendo los libros, y ahora que andaba tan escaso de fondos parecía lógico que diera el paso siguiente y los convirtiera en dinero contante.

El problema era que no sacaba lo suficiente. Chandler era duro regateando y su concepto de los libros era tan diferente del mío que apenas sabía qué decirle. Para mí, los libros no eran tanto el soporte de las palabras como las palabras mismas y el valor de un libro estaba determinado por su calidad espiritual más que por su estado físico. Un Homero con las esquinas levantadas era más valioso que un Virgilio impecable, por ejemplo; tres volúmenes de Descartes, menos que uno de Pascal. Esas eran diferencias esenciales para mí, pero para Chandler no existían. Para él, un libro no era más que un objeto, una cosa que pertenecía al mundo de las cosas y, como tal, no era radicalmente distinto de una caja de zapatos, una escobilla del retrete o una cafetera. Cada vez que le traía otra parte de la biblioteca del tío Victor, el viejo empezaba con su rutina. Tocaba los libros con desprecio, examinaba los lomos, buscaba marcas y manchas, dando siempre la impresión de alguien que está manejando un montón de basura. Esas eran las reglas del juego. Degradando los libros, Chandler podía ofrecer precios ínfimos. Después de treinta años de práctica, tenía perfectamente aprendido el numerito, un repertorio de murmullos y apartes, de gestos de ascos, chasquidos de lengua y tristes sacudidas de cabeza. La actuación estaba concebida para hacerme comprender que mi criterio no tenía ningún valor, para avergonzarme y obligarme a reconocer la audacia de haberle llevado aquellos libros. ¿Me estás diciendo que quieres dinero por esto? ¿Esperas que el basurero te pague por llevarse tu basura?

Yo sabía que me estaba estafando, pero raras veces me molestaba en protestar. ¿Qué podía hacer, después de todo? Chandler negociaba desde una posición de fuerza y nada cambiaría eso, porque yo siempre necesitaba desesperadamente vender y a él le era indiferente comprar. Tampoco servía de nada que yo fingiera indiferencia. Sencillamente, la venta no se habría realizado, y no vender era peor que ser estafado. Descubrí que generalmente sacaba más cuando llevaba pequeñas cantidades de libros, no más de doce o quince cada vez. Entonces, el precio medio por volumen subía muy ligeramente. Pero cuanto menor fuera la compraventa, mayor sería la frecuencia con que tendría que volver, y yo sabía que debía reducir mis visitas al mínimo, porque cuanto más tratara con Chandler, más se debilitaría mi posición. Por lo tanto, hiciera lo

Librodot

que hiciera, Chandler salía ganando. A medida que pasaban los meses, el viejo dejó de hacer ningún esfuerzo por hablarme. Nunca me saludaba, nunca sonreía, nunca me daba la mano. Su actitud era tan impersonal que a veces llegué a preguntarme si me recordaba de una vez para otra. En lo que a Chandler concernía, yo podría haber sido un nuevo cliente cada vez que entraba: una colección de desconocidos dispares, una horda fortuita.

A medida que vendía los libros, mi apartamento iba experimentando muchos cambios. Era inevitable, ya que cada vez que, abría una nueva caja, simultáneamente destruía un mueble. Mi cama quedó desmantelada, mis sillas se fueron encogiendo hasta que desaparecieron, mi mesa de trabajo se atrofió hasta dejar un espacio vacío. Mi vida se había convertido en un cero creciente, algo que podía incluso ver: un vacío palpable, floreciente. Cada incursión en el pasado de mi tío, producía un resultado físico, un efecto en el mundo real. Las consecuencias estaban siempre ante mis ojos y no había forma de escapar de ellas. Quedaban tantas cajas, tantas habían desaparecido. Me bastaba con mirar mi habitación para saber lo que estaba sucediendo. La habitación era una máquina que medía mi situación: cuánto quedaba de mí, cuánto se había ido. Yo era a la vez el perpetrador y el testigo, el autor y el público de un teatro en el que había una sola persona. Podía seguir el proceso de mi propio descuartizamiento. Pedazo a pedazo, me veía desaparecer.

Aquéllos eran tiempos difíciles para todos, desde luego. Los recuerdo como un tumulto de política y multitudes, de megáfonos, atrocidades y violencia. En la primavera de 1968, cada día parecía vomitar un nuevo cataclismo. Cuando no era Praga, era Berlín; cuando no era París, era Nueva York. En Vietnam había medio millón de soldados. El presidente anunció que no se presentaría para la reelección. La gente moría asesinada. Tras años de combate, la guerra se había hecho tan grande que hasta los menores pensamientos estaban ya contaminados por ella y yo sabía que no importaba lo que hiciera o no hiciera; formaba parte de ella tanto como todo el mundo. Una tarde, cuando estaba sentado en un banco del parque de Riverside mirando hacia el agua, vi estallar un depósito de petróleo en la otra orilla. Las llamas llenaron el cielo de pronto, y mientras miraba los pedazos de material ardiendo que flotaban en el Hudson y venían a parar a mis pies, se me ocurrió que no se podía separar lo interior de lo exterior sin causar grandes daños a la verdad. Poco después, ese mismo mes, el campus de Columbia se convirtió en un campo de batalla y cientos de estudiantes fueron arrestados, entre ellos algunos soñadores como Zimmer y yo. No tengo intención de comentar nada de eso aquí. Todo el mundo conoce la historia de esa época y no tendría objeto volver sobre ella. Pero eso no significa que quiera que sea olvidada. Mi propia historia se alza sobre los escombros de aquellos días, y a menos que se entienda así, nada de ella tendrá sentido.

Para cuando comencé las clases de mi tercer año (septiembre de 1967), hacía tiempo que mi traje había desaparecido. Maltratado por el chaparrón de Chicago, los fondillos de los pantalones se habían gastado, la chaqueta se había roto por las costuras de los bolsillos y de la abertura, y finalmente lo abandoné como una causa perdida. Lo colgué en mi armario como recuerdo de tiempos más felices y salí a comprarme la ropa más barata y duradera que pude encontrar: botas de trabajo, pantalones vaqueros, camisas de franela y una chaqueta de cuero de segunda mano procedente de una tienda de excedentes del ejército. Mis amigos se quedaron asombrados de mi transformación, pero no les expliqué nada, puesto que lo que pensaran era la menor de mis preocupaciones. Lo mismo pasó con el teléfono. No lo hice desconectar para aislarme del mundo, sino simplemente porque era un gasto que ya no podía permitirme. Cuando Zimmer me arengó un día delante de la biblioteca, quejándose de lo difícil que se había

Librodot

vuelto ponerse en contacto conmigo, eludí el tema de mis problemas económicos soltándole un largo discurso sobre cables, voces y la muerte del contacto humano.

-Una voz transmitida eléctricamente no es una voz real -le dije-. Todos nos hemos acostumbrado a estos simulacros de nosotros mismos, pero cuando te paras a pensarlo, el teléfono es un instrumento de distorsión y fantasía. Es una comunicación entre fantasmas, las secreciones verbales de mentes sin cuerpo. Yo quiero ver a la persona con la que estoy hablando. Si no puedo verla, prefiero no hablar con ella.

Estas actuaciones se iban convirtiendo en algo cada vez más típico de mi comportamiento: las excusas, las palabras poco sinceras, las extrañas teorías que sostenía en respuesta a preguntas perfectamente razonables. Puesto que no quería que nadie supiera lo pobre que era, no veía otra alternativa para salir de estos apuros que mentir. Cuanto peor era mi situación, más disparatados y rebuscados se volvían mis inventos. Por qué había dejado de fumar, por qué había dejado de beber, por qué había dejado de comer en restaurantes; siempre era capaz de inventar alguna explicación absurdamente racional. Acabé hablando como un eremita anarquista, un chiflado a la última, un ludita. Pero a mis amigos les hacía gracia, y de ese modo conseguía proteger mi secreto. Sin duda el orgullo desempeñaba un papel en estos embustes, pero lo fundamental era que no deseaba que nadie se interpusiese en el camino que me había marcado. Hablar del asunto sólo habría conducido a la compasión, quizá incluso a ofrecimientos de ayuda, y eso lo habría estropeado todo. Así que me amurallaba en el delirio de mi proyecto, hacía el payaso siempre que tenía ocasión y esperaba pacientemente a que el plazo se agotara.

El último año fue el más duro. Dejé de pagar los recibos de la luz en noviembre y en enero ya habla venido un hombre de la compañía a desconectar el contador. Durante varias semanas probé diversas velas, estudiando el precio, la luminosidad y la duración de cada clase. Con sorpresa, descubrí que las velas conmemorativas judías eran las mejores con relación a su precio. Las luces y sombras móviles me parecían preciosas y, ahora que la nevera (con sus caprichosos e inesperados estremecimientos) había sido silenciada, pensé que probablemente estaba mejor sin electricidad. Otra cosa no podría decirse de mí, pero era flexible y resistente. Buscaba las ventajas ocultas que traía consigo cada privación y una vez que aprendía a vivir sin una cosa determinada, la apartaba de mi mente para siempre. Sabía que el proceso no podía continuar indefinidamente, que al final habría cosas de las que no podría prescindir, pero por el momento me maravillaba de lo poco que echaba de menos las cosas que habían desaparecido. Lenta pero constantemente, iba descubriendo que era capaz de ir muy lejos, mucho más lejos de lo que habla creído posible.

Después de pagar la matrícula del último semestre, me quedaron seiscientos dólares. Todavía tenía una docena de cajas, además de la colección de autógrafos y el clarinete. Para hacerme compañía, a veces montaba el instrumento y soplaba dentro de él, llenando el apartamento de extrañas eyaculaciones de sonido, un bullicio de chillidos y gemidos, de risas y gruñidos quejumbrosos. En marzo le vendí los autógrafos a un coleccionista llamado Milo Flax, un extraño hombrecillo con un halo de pelo rubio rizado que se anunciaba en las últimas páginas del *Sporting News*. Cuando Flax vio la imponente colección de firmas de los Cubs en la caja se quedó pasmado. Mientras examinaba los papeles lleno de reverencia, me miró con lágrimas en los ojos y predijo audazmente que 1969 sería el año de los Cubs. Casi acierta, claro, porque de no haber sido por un bajón al final de la temporada, combinado con el meteórico ascenso de esa chusma de los Mets, seguramente así habría sido. Los autógrafos me proporcionaron ciento cincuenta dólares, que cubrieron más de un mes de alquiler. Los libros me daban de comer, y así conseguí mantener la cabeza fuera del agua en abril y mayo y terminar mis estudios en un frenesí de empollar y mecanografiar a la luz de las velas. Entonces

Librodot

vendí la máquina de escribir por veintiséis dólares, lo cual me permitió alquilar un birrete y una toga para asistir a la contraceremonia de graduación organizada por los estudiantes para protestar por las ceremonias oficiales de la universidad.

Había hecho lo que me habla propuesto hacer, pero no tenía la posibilidad de saborear mi triunfo. Había llegado a mis últimos cien dólares y sólo quedaban tres cajas de libros. Ya no podía pagar el alquiler y, aunque la fianza me daba otro mes de respiro, era seguro que después me echarían. Si las notificaciones empezaban en julio, la crisis se produciría en agosto, lo que quería decir que en septiembre me encontraría en la calle. Pero desde la perspectiva del primero de junio, el final del verano parecía estar a años luz. El problema no era tanto qué haría entonces, sino cómo llegar hasta esa fecha. Por los libros me darían aproximadamente cincuenta dólares. Sumados a los noventa y seis que todavía tenía, contaba con ciento cuarenta y seis dólares para vivir los siguientes tres meses. No parecía suficiente, pero limitándome a una comida al día, prescindiendo de periódicos, autobuses y toda clase de gastos frívolos, calculé que tal vez lo conseguiría. Así comenzó el verano de 1969. Parecía casi seguro que sería el último que pasarla en la tierra.

Durante todo el invierno y el principio de la primavera había almacenado mis alimentos en el alféizar de la ventana. Algunas cosas se habían congelado durante los meses más fríos (pastillas de mantequilla, envases de queso blando), pero nada que no fuera comestible después se había deshelado. El problema principal había sido preservar mis provisiones del hollín y las cagadas de paloma, pero pronto aprendí a envolverías en una bolsa de plástico antes de ponerlas fuera. Después de que el viento se llevara una de estas bolsas durante una tormenta, empecé a anclarlas con una cuerda al radiador de la habitación. Me hice muy hábil en el manejo de este sistema y, dado que afortunadamente el gas estaba incluido en el alquiler, la cuestión alimentaria parecía estar controlada. Pero eso fue mientras hizo frío. La estación había cambiado y, con el sol brillando en el cielo durante trece o catorce horas diarias, la solución del alféizar era más perjudicial que beneficiosa. La leche se cuajaba; los zumos se ponían rancios; la mantequilla se derretía y se convertía en relucientes charcos de limo amarillo. Soporté varios desastres de este tipo y luego empecé a cambiar mi dieta, comprendiendo que tenía que prescindir de todos los productos que perecían con el calor. El 12 de junio me senté y planifiqué mi nuevo régimen. Leche en polvo, café instantáneo y paquetes pequeños de pan, ésas serían mis provisiones habituales. Y comería todos los días lo mismo: huevos, el alimento más barato y más nutritivo conocido por el hombre. De vez en cuando me permitiría el lujo de una manzana o una naranja, y si el ansia se hacia demasiado fuerte, haría el exceso de tomarme una hamburguesa o una lata de estofado de carne. La comida no se estropearía y (teóricamente al menos) yo no me moriría de inanición. Dos huevos al día, pasados por agua durante dos minutos y medio para que estuvieran en el punto perfecto, dos rebanadas de pan, tres tazas de café y toda el agua que pudiera beber. Aunque no era muy atractivo, el régimen tenía al menos cierta elegancia geométrica. Dada la pobreza de las opciones, traté de animarme con esa idea. No morí de inanición, pero era raro el momento en que no tenía hambre. Soñaba a menudo con comida y mis noches de ese verano estuvieron llenas de visiones de banquetes y glotonería: fuentes de solomillos y cordero, suculentos cochinillos flotando en bandejas, tartas y dulces como castillos, gigantescos boles de fruta. Durante el día, mi estómago me gritaba constantemente, gorgoteando con un torrente de jugos gástricos insatisfechos, acosándome con su vacío, y sólo gracias a un supremo esfuerzo conseguía ignorarlo. Aunque no estaba nada gordo al principio, continué perdiendo peso a medida que avanzaba el verano. De cuando en cuando metía una moneda en una báscula para ver lo que me estaba sucediendo. De 75 kilos que pesaba en junio, bajé a 68 en julio y

Librodot

luego a 60 en agosto. Para alguien que pasaba del metro ochenta, esto empezaba a ser peligrosamente poco. Al fin y al cabo, la piel y los huesos sólo pueden sostenerte hasta cierto limite, luego se llega a un punto en que se producen daños graves.

Intentaba separarme de mi cuerpo, eludir mi dilema fingiendo que no existía. Otros habían recorrido ese camino antes que yo y todos habían descubierto lo que yo acabé descubriendo por mí mismo: la mente no puede vencer a la materia, porque cuando se le pide demasiado, demuestra rápidamente que también ella es materia. Para elevarme por encima de mi circunstancia tenía que convencerme de que yo ya no era real y el resultado fue que toda la realidad empezó a oscilar ante mí. Cosas que no estaban allí aparecían de repente ante mis ojos y luego se desvanecían. Un vaso de limonada fría, por ejemplo. Un periódico con mi nombre en los titulares. Mi viejo traje extendido sobre la cama, perfectamente intacto. En una ocasión incluso vi una versión anterior de mí mismo tambaleándose por la habitación, buscando como un borracho por los rincones algo que no pudo encontrar. Estas alucinaciones duraban sólo un instante, pero continuaban resonando dentro de mí horas y horas. También había períodos en que sencillamente me perdía. Se me ocurría una idea y para cuando terminaba de seguirla hasta su conclusión, levantaba la vista y descubría que era de noche. No tenía forma de explicar qué había pasado en las horas que había perdido. En otras ocasiones, me encontraba masticando comida imaginaria, fumando cigarrillos imaginarios, lanzando anillos de humo imaginario al aire. Esos eran los peores momentos de todos, tal vez, porque entonces me daba cuenta de que ya no podía confiar en mí mismo. Mi mente había empezado a ir a la deriva y, una vez que eso sucedía, me veía impotente para detenerla.

La mayoría de estos síntomas no aparecieron hasta mediados de julio. Antes de eso me había leído disciplinadamente los últimos libros del tío Victor y se los había vendido a Chandler. Pero cuanto más me acercaba al final, más problemas me daban los libros. Notaba que mis ojos entraban en contacto con las palabras de la página, pero ningún significado me llegaba de ella, ningún sonido hacia eco en mi cabeza. Las marcas negras me parecían totalmente desconcertantes, una arbitraria colección de líneas y curvas que no transmitían nada más que su propio mutismo. Al final, ya ni siquiera pretendía entender lo que leía. Sacaba un libro de la caja, lo abría por la primera página y luego pasaba el dedo a lo largo de la primera línea. Cuando llegaba al final, hacía lo mismo con la segunda, luego con la tercera y así sucesivamente hasta que acababa la página. Así fue como terminé la tarea: como un ciego leyendo en braille. Si no podía ver las palabras, al menos quería tocarlas. Estaba ya tan mal que me parecía que esto tenía sentido. Toqué todas las palabras que habla en esos libros y de ese modo me gané el derecho a venderlos.

La casualidad quiso que le llevara los últimos a Chandler el mismo día que los astronautas aterrizaron en la luna. Cobré un poco más de nueve dólares por la venta y cuando iba andando por Broadway decidí entrar en el Bar y Parrilla Quinn’s, un pequeño antro en la esquina sureste de la calle 108. El día era extremadamente caluroso y no parecía haber nada de malo en permitirse el lujo de un par de cervezas de diez centavos. Me senté en un taburete de la barra al lado de tres o cuatro clientes habituales, disfrutando de las luces tenues y de la frescura del aire acondicionado. Había un televisor grande en color que resplandecía extrañamente por encima de las botellas de whisky de centeno y bourbon y así fue como presencié el acontecimiento. Vi a las dos figuras acolchadas dar sus primeros pasos en aquel mundo sin aire, rebotando como juguetes sobre el paisaje, conduciendo un carrito de golf entre el polvo, plantando una bandera en el ojo de la que en otro tiempo había sido la diosa del amor y la locura. Radiante Diana, pensé, imagen de todo lo que es oscuro en nuestro interior. Luego habló el presidente. Con voz solemne e inexpresiva declaró que aquél era el

acontecimiento más importante desde la creación del hombre. Los veteranos de la barra se rieron al oír esto y creo que yo también conseguí sonreír una o dos veces. Pero, pese a lo absurdo del comentario, había una cosa que nadie podía discutir: desde el día en que fue expulsado del paraíso, Adán nunca había estado tan lejos de casa.

Después de aquello, viví durante unos días en un estado de casi perfecta tranquilidad. Mi apartamento estaba ahora desnudo, pero en lugar de desanimarme como pensé que ocurriría, parecía que ese vacío me daba consuelo. Soy incapaz de explicarlo, pero de repente mis nervios se calmaron y en los siguientes tres o cuatro días casi empecé a reconocerme de nuevo. Es curioso usar semejante palabra en este contexto, pero durante el breve periodo que siguió a la venta de los últimos libros del tío Victor, hasta me atrevería a decir que estaba *feliz*. Como un epiléptico al borde de un ataque, había entrado en ese extraño semimundo en el cual todo empieza a brillar, a emanar una nueva y asombrosa claridad. Apenas hice nada en esos días, me paseaba por la habitación, me tumbaba en el colchón, escribía mis pensamientos en un cuaderno. Daba igual. Incluso el hecho de no hacer nada me parecía importante y no tenía remordimientos por dejar pasar las horas ociosamente. De vez en cuando me plantaba entre las dos ventanas y miraba el letrero del Palacio de la Luna. Hasta eso era placentero y siempre parecía generar una serie de pensamientos interesantes. Ahora esos pensamientos me resultaban un tanto oscuros -racimos de descabelladas asociaciones, un laberíntico circuito de ensoñaciones-, pero en aquel momento tenía la sensación de que eran enormemente significativos. Puede que la palabra *luna* hubiese cambiado para mí después de ver a los hombres vagando por su superficie. Puede que me impresionara la coincidencia de haber conocido a un hombre llamado Neil Armstrong en Boise, Idaho, y luego ver a un hombre del mismo nombre volar por el espacio exterior. Puede que, sencillamente, el hambre me hiciese delirar y las luces del letrero me dejasen hipnotizado. No puedo estar seguro de nada de ello, pero el hecho era que las palabras *Palacio de* la *Luna* empezaron a apoderarse de mi mente con todo el misterio y la fascinación de un oráculo. Todo estaba mezclado en ellas al mismo tiempo: el tío Victor y China, cohetes espaciales y música, Marco Polo y el Oeste americano. Miraba el letrero y empezaba a pensar en la electricidad. Eso me llevaba al apagón ocurrido en mi primer año en la universidad, lo cual a su vez me conducía a los partidos de béisbol jugados en Wrigiey Field, y esto me hacía volver al tío Victor y a las velas conmemorativas que ardían en el borde de mi ventana. Un pensamiento iba dando paso a otro en una espiral de masas cada vez mayores de conexiones. La idea de viajar a lo desconocido, por ejemplo, y el paralelismo entre Colón y los astronautas. El descubrimiento de América como consecuencia del fracaso en el intento de llegar a China; la comida china y mi estómago vacío; pensamiento, como en alimento para el pensamiento, y la cabeza como palacio de los sueños. Pensaba: el Proyecto Apolo; Apolo, el dios de la música; tío Victor y los Hombres de la Luna viajando hacia el Oeste. Pensaba: el Oeste, la guerra contra los indios, la guerra del Vietnam, en otro tiempo llamado Indochina. Pensaba: armas, bombas, explosiones; nubes nucleares en los desiertos de Nevada y Utah; y luego me preguntaba: ¿por qué se parece tanto el Oeste americano al paisaje lunar? Así seguía interminablemente y cuanto más me abría a estas secretas correspondencias, más próximo me sentía a la comprensión de alguna verdad fundamental respecto al mundo. Tal vez me estaba volviendo loco, pero sentía, sin embargo, una tremenda fuerza que se agitaba dentro de mí, un gozo gnóstico que penetraba profundamente en el corazón de las cosas. Luego, súbitamente, tan súbitamente como había adquirido esta fuerza, la perdí. Había estado viviendo dentro de mis pensamientos tres o cuatro días y una mañana me desperté y me encontré en otra parte: de vuelta en el mundo de los fragmentos, de vuelta en el mundo del hambre y las desnudas paredes blancas. Me esforcé por recobrar el equilibrio de los días anteriores,

Librodot

pero no pude. El mundo me aplastaba de nuevo y apenas podía respirar.

Entré en un nuevo periodo de desolación. La obstinación me había sostenido hasta entonces, pero poco a poco noté que mi resolución se debilitaba, y el uno de agosto ya estaba a punto de desmoronarme. Hice todo lo que pude por ponerme en contacto con varios amigos, completamente dispuesto a pedirles un préstamo, pero no conseguí mucho. Unas cuantas caminatas agotadoras bajo el calor, un puñado de monedas malgastadas. Era verano y todo el mundo parecía haberse marchado de la ciudad. Incluso Zimmer, la única persona con la que sabía que podía contar, había desaparecido misteriosamente. Fui varias veces a su apartamento de la esquina de la avenida Amsterdam y la calle 120, pero nadie abrió la puerta. Metí mensajes en su buzón y por debajo de su puerta, pero no hubo ninguna respuesta. Me enteré mucho después de que Zimmer se había mudado a otro apartamento. Cuando le pregunté por qué no me había dado su nueva dirección, me contestó que yo le había dicho que iba a pasar el verano en Chicago. Naturalmente, a mí se me había olvidado esa mentira; había inventado tantas mentiras que ya no podía llevar el control.

Puesto que no sabía que Zimmer se había marchado de allí, continué yendo a su antiguo apartamento y dejando mensajes. Un domingo por la mañana, a principios de agosto, finalmente ocurrió lo inevitable. Llamé al timbre, plenamente convencido de que allí no había nadie, volviéndome ya para irme mientras apretaba el botón, cuando oí movimientos dentro: el arrastrar de una silla, el ruido de unas pisadas, una tos. Me inundó una oleada de alivio, pero todo se quedó en nada un instante después, cuando se abrió la puerta. La persona que debería haber sido Zimmer no lo era. Era alguien totalmente distinto: un joven con barba oscura y rizada y el pelo hasta los hombros. Deduje que acababa de despertarse porque no llevaba nada encima salvo unos calzoncillos.

-¿Qué desea? -me preguntó, examinándome con expresión amable aunque algo desconcertada.

En ese momento oí risas en la cocina (una mezcla de voces femeninas y masculinas) y comprendí que había llegado cuando estaban celebrando alguna fiesta.

-Creo que me he equivocado de sitio -dije-. Buscaba a David Zimmer.

-Oh -dijo el desconocido con toda naturalidad-, tú debes de ser Fogg. Me preguntaba cuándo volverías a aparecer por aquí.

Fuera hacía un día brutal -un calor canicular, abrasador- y la caminata casi me mata. Ahora, de pie frente a la puerta, con el sudor chorreándome hasta los ojos y notando los músculos esponjosos y tontos, me preguntaba si había oído bien al desconocido. Mi impulso fue dar media vuelta y salir corriendo, pero de pronto me sentí tan débil que temí desmayarme. Puse la mano en el marco de la puerta para apoyarme y dije:

-Perdona, ¿podrías repetir lo que has dicho? Creo que no te he entendido la primera vez.

-He dicho que debes de ser Fogg -repitió el desconocido-. Es bien sencillo. Si buscas a Zimmer, debes de ser Fogg. Fogg era el que dejó todos esos mensajes debajo de la puerta.

-Muy astuto -dije, dejando escapar un pequeño suspiro-. Supongo que no sabes dónde vive Zimmer ahora.

-Lo siento. No tengo la menor idea.

Una vez más, empecé a reunir valor para marcharme, pero justo cuando estaba a punto de dar media vuelta, vi que el desconocido me miraba fijamente. Era una mirada extraña y penetrante, dirigida directamente a mi cara.

-¿Pasa algo? -le pregunté.

-Estaba pensando si serías amigo de Kitty.

-¿Kitty? -dije-. No conozco a nadie que se llame Kitty. Nunca he conocido a nadie que se llamara así.

-Llevas la misma camiseta que ella. Eso me hizo pensar que a lo mejor tenías algo que ver con ella.

Me miré el pecho y vi que llevaba una camiseta de los Mets. La había comprado a principios de año en una venta de ropa usada por diez centavos.

-Ni siquiera me gustan los Mets -dije-. Yo soy de los Cubs.

-Es una coincidencia curiosa -siguió él, sin hacer caso de lo que yo había dicho-. A Kitty le va a encantar. Le encantan esas cosas.

Antes de que tuviera ocasión de protestar, me encontré conducido por el brazo hacia la cocina. Allí había un grupo de cinco o seis personas sentadas alrededor de la mesa tomando un desayuno de domingo. La mesa estaba atestada de comida: huevos con bacon, una cafetera llena de café, rosquillas y crema de queso, una fuente de pescado ahumado. No había visto nada semejante desde hacia meses y apenas supe cómo reaccionar. Era como si de repente me hubieran colocado en medio de un cuento de hadas. Yo era el niño hambriento que había estado perdido en el bosque y ahora me encontraba en la casa encantada, la casita hecha de comida.

-Mirad todos -dijo sonriente mi anfitrión medio desnudo-. Es el hermano gemelo de Kitty.

Entonces me presentó a todos los que estaban en la mesa. Me sonrieron y me saludaron y yo hice lo que pude por devolverles la sonrisa. Resultó que la mayoría de ellos eran estudiantes de Juilliard, músicos, bailarines, cantantes. El nombre del dueño de la casa era Jim o John y se había mudado al antiguo apartamento de Zimmer el día anterior. Los demás habían estado de fiesta aquella noche y, en vez de irse a casa después, habían decidido ir a ver a Jim o John, de sorpresa, con un desayuno para celebrar de manera improvisada la inauguración de su apartamento. Eso explicaba que él estuviera casi desnudo (estaba durmiendo cuando ellos llamaron al timbre) y la abundancia de comida que veía ante mí. Asentí cortésmente cuando me contaron todo esto, pero sólo fingía escucharles. La verdad era que no me importaba lo más mínimo y para cuando terminaron la historia ya se me habían olvidado los nombres de todos. A falta de algo mejor que hacer, examiné a mi hermana gemela, una muchacha china, menuda, de diecinueve o veinte años, con pulseras de plata en ambas muñecas y una cinta de cuentas estilo navajo alrededor de la cabeza. Me devolvió la mirada con sonrisa -una sonrisa excepcionalmente cordial, pensé, llena de humor y complicidad- y luego volví mi atención a la mesa, incapaz de apartar los ojos de ella durante mucho rato. Los olores de la comida habían empezado a torturarme y mientras estaba allí de pie, esperando a que me invitaran a sentarme, lo más que podía hacer era contenerme para no arrebatar algo de la mesa y metérmelo en la boca. Por fin fue Kitty la que rompió el hielo.

-Ahora que mi hermano ha venido -dijo, evidentemente entrando en el espíritu del momento-, lo menos que podemos hacer es pedirle que desayune con nosotros.

Me dieron ganas de besarla por haber leído mi pensamiento de ese modo. A continuación hubo un momento incómodo, sin embargo, cuando no pudieron encontrar una silla más, pero Kitty vino de nuevo en mi ayuda, indicándome que me sentara entre ella y la persona que estaba a su derecha. Rápidamente me encajé en el hueco, plantando una nalga en cada silla. Me pusieron un plato delante junto con todo lo necesario: cuchillo, tenedor, vaso, taza, servilleta y cuchara. Después, entré en un trance de comer y olvidar. Era una respuesta infantil, pero una vez que la comida entró en mi boca, ya no pude controlarme. Engullí un plato tras otro, devorando todo lo que me ponían delante, y finalmente era como si hubiera perdido la cabeza. Dado que la generosidad de los otros parecía infinita, seguí comiendo hasta que desapareció todo lo

que había en la mesa. Así es como lo recuerdo, al menos. Me atiborré durante quince o veinte minutos y cuando terminé, lo único que quedaba era un montoncito de raspas de pescado. Nada más. Busco en mi memoria alguna otra cosa y no encuentro nada. Ni un pedazo. Ni una miga de pan siquiera.

Sólo entonces me di cuenta de que los demás me estaban mirando atentamente. ¿Tan horroroso había sido?, me pregunté. ¿Había babeado y dado el espectáculo? Me volví hacia Kitty y le dediqué una débil sonrisa. Más que asqueada parecía atónita. Eso me tranquilizó un poco, pero deseaba reparar cualquier ofensa que hubiera podido causar a los demás. Era lo menos que podía hacer, pensé: cantar a cambio de la comida, hacerles olvidar que acababa de lamer sus platos. Mientras esperaba una oportunidad para entrar en la conversación, me sentí cada vez más consciente de lo agradable que era estar sentado al lado de mi gemela largo tiempo perdida. Por comentarios de la charla, deduje que era bailarina, y no había duda de que la camiseta de los Mets le sentaba mucho mejor a ella que a mí. Era difícil no sentirse impresionado, y mientras ella seguía charlando y riendo con los otros, yo le lanzaba miraditas de reojo. No llevaba maquillaje ni sujetador, pero al moverse producía un constante tintineo de pulseras y pendientes. Tenía unos senos bien formados y los exhibía con admirable despreocupación, sin hacer ostentación de ellos ni fingir que no existían. La encontraba muy guapa, pero más que eso me gustaba su forma de estar, el hecho de que no parecía paralizada por su belleza como les ocurre a tantas chicas guapas. Tal vez fuera la libertad de sus gestos, la naturalidad y pragmatismo que notaba en su voz. No era una niña mimada de clase media como los otros, sino alguien que sabía moverse por el mundo, que había aprendido cosas por si misma. El hecho de que pareciese complacida por la proximidad de mi cuerpo, que no rehuyera el contacto de mi hombro y mi pierna, que incluso permitiera que su brazo desnudo tocara el mío, todas estas cosas me llevaron al borde de la tontería.

Encontré una oportunidad de intervenir en la conversación unos minutos después. Alguien empezó a hablar de la llegada a la luna y entonces otro afirmó que no había tenido lugar realmente. Todo eso era un truco, dijo, un montaje televisivo organizado por el gobierno para desviar nuestra atención de la guerra.

-La gente está dispuesta a creerse cualquier cosa que les digan -añadió-, incluso un número de circo rodado en un estudio de Hollywood.

No necesitaba más para hacer mi entrada. Salté con el comentario más extravagante que se me ocurrió, asegurando tranquilamente que el alunizaje de hacía un mes no sólo era auténtico, sino que no era, ni mucho menos, el primero. Los hombres habían ido a la luna desde hacía cientos de años, quizá incluso miles. Todos se rieron disimuladamente cuando dije eso, pero entonces me lancé a fondo en mi mejor estilo cómico-pedante y durante los siguientes diez minutos les abrumé con una muestra de erudición lunar, repleta de referencias a Luciano, Godwin y otros. Quería impresionarles con lo mucho que sabía, pero también quería hacerles reír. Embriagado por la comida que acababa de terminar, decidido a demostrarle a Kitty que yo era diferente de todas las
personas que hubiera conocido, me fui creciendo hasta alcanzar mi mejor forma y pronto mi discurso rápido y agudo les tenía a todos muertos de risa. Entonces empecé a describir el viaje de Cyrano a la luna y alguien me interrumpió. Cyrano de Bergerac no era real, me dijo, era un personaje de una obra de teatro, un hombre de ficción. No podía dejar pasar ese error sin corregirlo, así que hice una breve digresión para contarles la historia de la vida de Cyrano. Bosquejé su juventud como soldado, comenté su carrera de filósofo y poeta y expuse con cierto detalle las diversas tribulaciones que encontró a lo largo de los años: sus dificultades económicas, su terrible combate con la sífilis, sus luchas con las autoridades por sus opiniones progresistas. Les conté que finalmente

halló un protector en el Duc d'Arpajon y que, justo tres años después, murió en una calle de París cuando una piedra cayó desde un tejado y fue a aterrizar en su cabeza. Hice una pausa teatral para permitirles asimilar el grotesco humor de esta tragedia.

-Sólo tenía treinta y seis años -dije-, y hasta la fecha nadie sabe si fue un accidente o no. ¿Le asesinaron sus enemigos, o fue simplemente una casualidad, el ciego azar que arrojó la destrucción desde el cielo? Ah, pobre Cyrano. No era ninguna quimera, amigos míos. Era un ser de carne y hueso, un hombre de verdad que vivió en el mundo real y en 1649 escribió un libro sobre su viaje a la luna. Puesto que se trata de un relato de primera mano, no veo por qué podría nadie poner en duda lo que dice. Según Cyrano, la luna es un mundo como éste. Vista desde ese mundo, nuestra tierra tiene exactamente el mismo aspecto que la luna desde aquí. El Jardín del Edén se encuentra en la luna y cuando Adán y Eva comieron el fruto del Arbol de la Ciencia, Dios los desterró a la tierra. Al principio Cyrano intenta viajar a la luna atándose al cuerpo botellas de rocío más ligero que el aire, pero, al llegar a la Media Distancia, vuelve a bajar a la tierra flotando y aterriza en medio de una tribu de indios desnudos de Nueva Francia. Allí construye una máquina que finalmente le lleva a su destino, lo cual prueba sin duda que América ha sido siempre el lugar ideal para los lanzamientos lunares. La gente que encuentra en la luna mide cinco metros y medio y anda a cuatro patas. Habla dos lenguajes diferentes, pero ninguno se compone de palabras. El primero, que es el que usa la gente vulgar, es un intrincado código de gestos pantomímicos que requiere un constante movimiento de todas las partes del cuerpo. El segundo es el que hablan las clases superiores y consiste en sonido puro, un complejo pero inarticulado tarareo que recuerda mucho a la música. Los selenitas no comen tragando el alimento, sino oliéndolo. Su dinero es poesía, poemas escritos en pedazos de papel cuyo valor está determinado por el valor del poema mismo. El peor crimen es la virginidad y se espera de los jóvenes que se muestren irrespetuosos con sus padres. Se considera que cuanto más larga tenga la nariz una persona, más noble será su carácter. A los hombres de nariz chata se les castra, porque los selenitas prefieren extinguir una raza que verse obligados a vivir con semejante fealdad. Hay libros que hablan y ciudades que viajan. Cuando muere un filósofo, sus amigos beben su sangre y comen su carne. De la cintura de los hombres cuelgan penes de bronce, de la misma manera que los franceses del siglo XVII solían llevar espadas. Como le explicó un selenita al desconcertado Cyrano: ¿acaso no es mejor honrar los instrumentos de la vida que los de la muerte? Cyrano se pasa buena parte del libro encerrado en una jaula. Por lo pequeño que es, los selenitas piensan que debe ser un loro sin plumas. Al final, un gigante negro le arroja de nuevo a la tierra con el Anticristo.

Seguí hablando durante varios minutos más, pero tanta charla me había agotado y notaba que mi inspiración comenzaba a flaquear. A mitad de mi última conferencia (sobre Julio Verne y el Club de Tiradores de Baltimore), me abandonó por completo. Mi cabeza se encogió, luego se volvió inmensamente grande; veía extrañas luces y cometas pasando como relámpagos por detrás de mis ojos; mis tripas empezaron a sonar, a hincharse con puñaladas de dolor y de repente noté que iba a vomitar. Sin una palabra de advertencia, interrumpí mi discurso, me levanté de la mesa y anuncié que tenía que marcharme.

-Gracias por vuestra amabilidad -dije-, pero urgentes asuntos me reclaman. Sois personas buenas y encantadoras y os prometo que os recordaré a todos en mi testamento.

Era una actuación de perturbado, el espectáculo de un loco. Salí de la cocina tambaleándome, volcando una taza de café al levantarme, y me dirigí a tientas hacia la puerta. Cuando llegué allí, Kitty estaba de pie frente a mí. Éste es el día en que aún no he comprendido cómo pudo llegar antes que yo.

-Eres un hermano muy raro -dijo-. Pareces un hombre, pero luego te conviertes en un lobo. Después, el lobo se transforma en una máquina parlante. Para ti todo es cuestión de boca, ¿no? Primero la comida, luego las palabras, entran por la boca y salen por la boca. Pero olvidas lo mejor que se puede hacer con la boca. Después de todo, soy tu hermana y no te voy dejar ir sin que me des un beso de despedida.

Empecé a disculparme, pero entonces, antes de que yo pudiera decir nada, Kitty se alzó de puntillas, me puso la mano en la nuca y me besó. Con mucha ternura, pensé, casi con compasión. No sabía cómo tomármelo. ¿Debía considerarlo un beso auténtico, o era sólo parte del juego? Antes de que pudiera resolver mi duda, apoyé casualmente la espalda contra la puerta y ésta se abrió. Me pareció que era un mensaje, una secreta indicación de que aquello había llegado a su fin, así que, sin una palabra más, seguí retrocediendo, di media vuelta cuando mis pies cruzaron el umbral y me fui.

Después de ese día no hubo más comidas gratis. Cuando recibí la segunda notificación de desahucio el 13 de agosto, me quedaban treinta y siete dólares. Casualmente, ése fue el día en que los astronautas llegaron a Nueva York para el desfile con confetti. El departamento de Sanidad informó después que se habían arrojado en las calles durante las celebraciones trescientas toneladas de basura. Era un récord absoluto, afirmaron, el desfile más largo de la historia del mundo. Me mantenía apartado de estas cosas. No sabiendo ya por dónde rondar, salía de mi apartamento lo menos posible, tratando de conservar las escasas fuerzas que me quedaban. Una rápida escapada a la esquina para comprar provisiones y vuelta a casa, nada más. Tenía el culo en carne viva de limpiarme con las bolsas de papel marrón que me daban en el mercado, pero era el calor lo que más me hacía sufrir. El aire en el apartamento era insoportable, inmóvil como en una sauna pesaba sobre mí día y noche, y por más que abriera las ventanas no lograba que entrara algo de brisa en la habitación. Mis poros chorreaban constantemente. Incluso estar sentado me hacia sudar y el menor movimiento provocaba una inundación. Bebía toda el agua que podía. Me daba baños fríos, metía la cabeza debajo del grifo, me ponía toallas mojadas en la cara, en el cuello y en las muñecas. Esto me proporcionaba escaso alivio, pero al menos me mantenía limpio. El jabón del cuarto de baño se había reducido ya a una pequeña lasca blanca y tenía que guardarlo para afeitarme. Como mis reservas de hojas de afeitar también estaban en las últimas, me limité a dos afeitados por semana, haciéndolos coincidir cuidadosamente con los días en que salía a la compra. Aunque probablemente daba igual, me consolaba pensar que conseguía mantener las apariencias.

Lo esencial era planificar el siguiente paso. Pero eso era precisamente lo que me creaba mayores problemas, lo que ya no era capaz de hacer. Había perdido la capacidad de pensar en el futuro, y por mucho que intentara imaginarlo, no lo veía, no veía nada en absoluto. El único futuro que me había pertenecido era el presente que estaba viviendo y la lucha por permanecer en ese presente había borrado gradualmente lo demás. Ya no tenía ideas. Los momentos se desplegaban uno tras otro y en cada momento el futuro se alzaba delante de mí como un vacío, una página en blanco de incertidumbre. Si la vida era una historia, como solía decir el tío Victor, y cada hombre era el autor de su propia historia, entonces yo me la iba inventando sobre la marcha. Trabajaba sin argumento, escribiendo cada frase según me venía y negándome a pensar en la siguiente. Todo eso estaba muy bien, pero ahora no se trataba de si era capaz de escribir la historia improvisándola. Eso ya lo había hecho. La cuestión era qué iba a hacer cuando la pluma se quedara sin tinta.

El clarinete todavía estaba allí, guardado en su estuche junto a mi cama. Ahora me avergüenza reconocerlo, pero casi caí en la tentación de venderlo. Peor aún, un día llegué a llevarlo a una tienda de música para averiguar cuánto valía. Cuando vi que no

Librodot

me darían por él lo suficiente para pagar un mes de alquiler, abandoné la idea. Pero ésa fue la única razón que me evitó la indignidad de llevar a cabo la venta. Cuando pasó el tiempo, comprendí lo cerca que había estado de cometer un pecado imperdonable. El clarinete era mi último lazo con el tío Victor y por ser el último, porque no había más rastros de él, llevaba dentro de sí toda la fuerza de su alma. Siempre que lo miraba sentía esa fuerza en mi interior. Era algo a que agarrarme, una tabla de náufrago que me mantenía a flote.

Varios días después de mi visita a la tienda de música, un desastre menor estuvo a punto de ahogarme. Los dos huevos que iba a poner en un cacharro con agua para hacerme mi comida diaria se me resbalaron de los dedos y se rompieron en -el suelo. Eran los dos últimos huevos que tenía en casa y no pude remediar la sensación de que esto era lo más cruel, lo más terrible que me había sucedido nunca. Los huevos se estrellaron con un ruido desagradable. Recuerdo que me quedé allí parado viendo con horror cómo rezumaban y se extendían por el suelo. Las claras translúcidas penetraron en las grietas y de pronto había suciedad por todas partes, un lodo viscoso de baba y cáscara. Una yema había sobrevivido milagrosamente a la caída, pero cuando me agaché para recogerla, se me escapó de la cuchara y se partió. Me sentí como si hubiera estallado una estrella, como si un gran sol hubiese muerto de repente. El amarillo se extendió sobre la clara y luego empezó a girar en espiral, convirtiéndose en una inmensa nebulosa, en un desecho de gases interestelares. Era demasiado para mí, la última e imponderable gota. Cuando sucedió esto, me senté y me eché a llorar.

Luchando por dominar mis emociones, salí y me permití el lujo de una comida en el Palacio de la Luna. No me sirvió de nada. La autocompasión habla dado paso al despilfarro y me detestaba por haber cedido a ese impulso. Para llevar aún más lejos mi disgusto, empecé con sopa de huevo estrellado, incapaz de resistirme a la perversidad del chiste. A continuación tomé arroz frito, un plato de gambas picantes y una cerveza china. Pero el bien que estos alimentos podían haberme hecho quedó anulado por el veneno de mis pensamientos. El arroz casi me dio arcadas. Aquello no era un almuerzo, me dije, era una última comida, la que se le sirve al condenado antes de arrastrarlo a la horca. Mientras me obligaba a masticar y a tragar, me acordé de una frase de la última carta de Raleigh a su esposa, escrita la víspera de su ejecución: *Mi cerebro se ha roto*. Nada podía haber sido más apropiado que esas palabras. Pensé en la cabeza cercenada de Raleigh, que su esposa conservó en una caja de cristal. Pensé en la cabeza de Cyrano, aplastada por la piedra que le cayó encima. Luego imaginé mi cabeza partida, derramando su contenido como los huevos que se me habían caído al suelo. Sentía que el cerebro se me iba saliendo gota a gota. Me veía hecho pedazos.

Le dejé una propina exorbitante al camarero y volví andando a mi casa. Al entrar en el portal hice una parada rutinaria en el buzón y descubrí que había algo dentro. Aparte de las notificaciones de desahucio, era el primer correo que recibía ese mes. Por breves instantes imaginé que un benefactor desconocido me había enviado un cheque, pero luego examiné la carta y vi que era simplemente una notificación de otro tipo. Tenía que presentarme el 16 de septiembre para un examen médico militar. Teniendo en cuenta mi estado físico en aquel momento, me tomé la noticia con bastante calma. A esas alturas ya apenas tenía importancia dónde cayera la piedra. Nueva York o Indochina, me dije, al final venían a ser la misma cosa. Si Colón confundió América con Cathay, ¿quién era yo para andar con sutilezas geográficas? Entré en mi apartamento y metí la carta en el estuche del clarinete del tío Victor. Al cabo de unos minutos había conseguido olvidarla por completo.

Oí que alguien llamaba a la puerta con los nudillos, pero decidí que no valía la pena hacer el esfuerzo de ver quién era. Estaba pensando y no quería que me molestaran. Varias horas después oí que volvían a llamar. Esta segunda vez, la llamada

era muy diferente de la primera y pensé que no podía tratarse de la misma persona. Era un aporreo grosero y brutal, un puño airado que hacía que la puerta temblara, mientras que la primera llamada había sido discreta, casi vacilante: obra de un solo nudillo que enviaba un mensaje íntimo con ligeros golpecitos sobre la madera. Estuve varias horas dándole vueltas en la cabeza a estas diferencias, reflexionando sobre la riqueza de información humana que se esconde en tan simples sonidos. Si las dos llamadas habían sido hechas por la misma persona, pensé, entonces el contraste parecía indicar una tremenda frustración y me costaba trabajo imaginar que nadie tuviera tan desesperada necesidad de verme. Lo cual significaba que mi primitiva interpretación era la correcta. Habían sido dos personas distintas. Una venía como amigo, la otra no. Una era probablemente una mujer, la otra no. Continué pensando en ello hasta que se hizo de noche. En cuanto me di cuenta de que estaba oscuro encendí una vela y seguí pensando en lo mismo hasta que me dormí. Sin embargo, en todo aquel tiempo no se me ocurrió preguntarme quiénes podían haber sido esas personas. Más aún, no hice el menor esfuerzo por comprender por qué no quería saberlo.

Los golpes empezaron de nuevo a la mañana siguiente. Cuando conseguí despertarme lo suficiente como para saber que no estaba soñando, oí ruido de llaves en el descansillo, un trueno estrepitoso que estalló en mi cabeza. Abrí los ojos y en aquel momento la llave entró en la cerradura. El pestillo se corrió, la puerta se abrió violentamente y Simón Fernández, el portero del edificio, entró en la habitación. Lucía su acostumbrada barba de dos días e iba vestido con los mismos pantalones color caqui y la misma camiseta blanca que llevaba desde principios de verano, un conjunto bastante mugriento a aquellas alturas, con manchas de hollín gris y huellas de varias docenas de comidas. Me miró directamente a los ojos y fingió no verme. Desde Navidad, cuando no le di el aguinaldo (otro gasto eliminado), Fernández se habla vuelto hostil. Se acabaron los saludos, la charla sobre el tiempo y las historias sobre su primo Ponce, el que casi había conseguido entrar en el equipo de los Cleveland Indians. Fernández se vengaba actuando como si yo no existiera y hacía meses que no cruzábamos una palabra. Aquella mañana crucial, sin embargo, se produjo un cambio de estrategia. Se paseó por la habitación durante unos minutos, dando golpecitos en las paredes como si las estuviera inspeccionando y luego, al pasar junto a mi cama por segunda o tercera vez, se detuvo, se volvió e hizo un exagerado gesto de sorpresa como si me viera por primera vez.

-Vaya -dijo-. ¿Todavía usted está aquí?

-Todavía estoy aquí -dije-. Por así decirlo.

-Tiene que marcharse hoy -afirmó Fernández-. El apartamento está alquilado para el día uno, ¿sabe?, y Willie viene mañana por la mañana con los pintores. No querrá que los polis tengan que sacarle a rastras de aquí, ¿verdad?

-No se preocupe. Me marcharé con tiempo sobrado.

Fernández miró a su alrededor con aires de propietario, luego meneó la cabeza asqueado.

-Vaya sitio, amigo. Si no le molesta que se lo diga, me recuerda un ataúd. Una de esas cajas de madera en que entierran a los vagabundos.

-Mi decorador ha estado de vacaciones -dije-. Pensábamos pintar las paredes de un azul huevo de petirrojo, pero no estábamos seguros de si iría bien con los baldosines de la cocina. Decidimos pensarlo un poco más antes de lanzarnos.

-Un chico universitario tan listo como usted. ¿Tiene algún problema o qué?

-Ningún problema. Unos cuantos reveses financieros, eso es todo. El mercado ha estado bajo últimamente.

-Si se necesita dinero, hay que trabajar para ganarlo. Que yo sepa, usted se pasa todo el día sentado sobre su culo. Como un chimpancé en el zoo, ¿me entiende? No se

Librodot

puede pagar el alquiler si no se tiene un trabajo.

-Pero yo sí tengo un trabajo. Me levanto por la mañana como todo el mundo y luego intento ver si consigo llegar al final del día. Ese es un trabajo de jornada completa. Nada de diez minutos para el café, nada de fines de semana, nada de pagas extraordinarias, nada de vacaciones. No es que me queje, pero el sueldo es bastante bajo.

-Habla usted como un pirado. Un pirado universitario muy listo.

-No sobreestime la universidad. No es para tanto como se dice.

-Yo en su lugar, iría al médico -dijo Fernández, mostrando de repente cierta compasión-. Quiero decir, basta con mirarle. Está que da pena verle. Ya no le quedan más que huesos.

-He estado a dieta. No es fácil tener muy buen aspecto tomando dos huevos pasados por agua al día.

-No sé -dijo Fernández, siguiendo sus propios pensamientos-. A veces es como si todo el mundo se hubiera vuelto loco. Si quiere que le diga lo que pienso, la culpa es de esas cosas que están lanzando al espacio. Todas esas mierdas raras, los satélites y los cohetes. Si mandas gente a la luna, tiene que pasar algo. ¿Sabe lo que quiero decir? Eso hace que la gente haga cosas extrañas. No puedes joder el cielo y esperar que no pase nada.

Desplegó el ejemplar del *Daily News* que llevaba en la mano izquierda y me enseñó la primera página. Aquélla era la demostración, la prueba definitiva. Al principio no entendía, pero luego vi que era una fotografía aérea de una multitud. Había decenas de miles de personas, una gigantesca aglomeración de cuerpos, más cuerpos de los que yo habla visto nunca reunidos en un sitio. Woodstock. Tenía tan poco que ver con lo que estaba sucediendo entonces que no supe qué pensar. Aquella gente era de mi edad, pero por lo identificado que me sentía con ellos, igual podían haber estado en otro planeta.

Fernández se fue. Yo me quedé donde estaba durante varios minutos, luego me levanté de la cama y me vestí. No tardé mucho en estar listo. Llené una mochila con unas cuantas cosas, me puse el estuche del clarinete debajo del brazo y salí por la puerta. Estábamos a finales de agosto de 1969. Tal y como lo recuerdo, el sol brillaba con fuerza aquella mañana y una ligera brisa soplaba desde el río. Me volví hacia el sur, me detuve un momento y luego di un paso. Después di otro y de esa forma eché a andar calle abajo. No miré atrás ni una sola vez.

2

De aquí en adelante, la historia se vuelve más complicada. Puedo escribir las cosas que me sucedieron, pero por muy minuciosa y precisamente que lo haga, esas cosas nunca serán más que una parte de la historia que estoy tratando de contar. Intervinieron otras personas en ella y al final tuvieron tanto que ver en lo que me sucedió como yo mismo. Estoy pensando en Kitty Wu, en Zimmer, en personas que entonces aún no conocía. Mucho después, por ejemplo, supe que la persona que había venido a mi apartamento y llamado suavemente a la puerta, era Kitty. La habían alarmado mis rarezas de aquel desayuno dominical y, en vez de seguir preocupándose por mí, había decidido ir a mi casa para ver si estaba bien. El problema fue averiguar mi dirección. La buscó en la guía telefónica al día siguiente, pero como yo no tenía teléfono, no la encontró. Eso hizo que se preocupara más todavía. Como recordaba que Zimmer era el nombre de la persona que yo iba buscando, se puso a buscarle ella también, pensando que probablemente él era la única persona en Nueva York que

Librodot

podría decirle dónde vivía yo. Desgraciadamente, Zimmer no se mudó a su nuevo apartamento hasta la segunda quincena de agosto, diez o doce días más tarde. Aproximadamente en el mismo momento en que ella conseguía que en información le dieran su número, a mí se me caían los huevos al suelo. (Lo calculamos casi al minuto, repasando la cronología hasta que comprobamos cada acto.) Llamó a Zimmer inmediatamente, pero estaba comunicando. Tardó varios minutos en conseguir hablar con él y para entonces yo ya estaba en el Palacio de la Luna, deshaciéndome en pedazos delante de mi comida. Después tomó el metro hasta Upper West Side. El viaje duró más de una hora y cuando llegó a mi apartamento era demasiado tarde. Yo estaba perdido en mis pensamientos y no respondí a la llamada. Me contó que se quedó parada delante de mi puerta cinco o diez minutos. Me oyó hablar solo (las palabras le llegaban demasiado ahogadas para poder entenderlas) y luego, bruscamente, al parecer me puse a cantar -una especie de canto absurdo, sin melodía, me dijo-, pero yo no lo recuerdo en absoluto. Volvió a llamar, pero yo no me moví. Finalmente, no queriendo molestar, renunció y se fue.

Eso fue lo que me explicó Kitty. Me pareció bastante plausible al principio, pero cuando me puse a pensarlo, la historia me sonaba menos convincente.

-No acabo de entender por qué viniste -dije-. Sólo nos habíamos visto una vez y yo no podía importarte nada entonces. ¿Por qué ibas a tomarte tantas molestias por alguien que ni siquiera conocías?

Kitty apartó sus ojos de mí y miró al suelo.

-Porque eras mi hermano -dijo muy bajito.

-Eso no era más que una broma. La gente no se toma tantas molestias por una broma.

-No, supongo que no -dijo, con un leve encogimiento de hombros. Pensé que iba a continuar, pero pasaron varios segundos y no dijo nada más.

-Bueno -dije-, ¿por qué lo hiciste?

Me miró un breve instante, luego clavó la mirada en el suelo otra vez.

-Porque pensé que estabas en peligro -dijo-. Pensé que estabas en peligro y nunca me había dado nadie tanta pena en mi vida.

Volvió a mi apartamento al día siguiente, pero yo ya me había marchado. La puerta estaba entreabierta y cuando la empujó y cruzó el umbral se encontró a Fernández yendo de un lado a otro de la habitación, metiendo mis cosas en bolsas de basura y maldiciendo por lo bajo. Tal y como Kitty lo describió, parecía como si estuviera tratando de limpiar la habitación de un hombre que acabara de morir de la peste: se movía muy rápidamente, dominado por el pánico y la repulsión, casi sin tocar mis pertenencias por temor al contagio. Le preguntó a Fernández si sabía adónde me había ido yo, pero él no pudo decirle nada. Yo era un hijoputa loco de atar, dijo, y si él sabía algo de algo, probablemente andaría arrastrándome en busca de un agujero donde caerme muerto. Kitty se marchó al llegar a ese punto, salió a la calle y llamó a Zimmer desde la primera cabina que encontró. Su nuevo apartamento estaba en Bank Street, en West Village, pero cuando oyó lo que ella le dijo, dejó lo que estaba haciendo y corrió a reunirse con ella en el centro. Así fue como finalmente me rescataron: porque los dos salieron a buscarme. En aquel momento yo lo ignoraba, claro está, pero, sabiendo lo que sé ahora, me es imposible recordar aquellos días sin sentir una oleada de nostalgia por mis amigos. En cierto sentido, eso altera la realidad de lo que experimenté. Yo había saltado desde el borde del acantilado y justo cuando estaba a punto de dar contra el fondo, ocurrió un hecho extraordinario: me enteré de que había gente que me quería. Que le quieran a uno de ese modo lo cambia todo. No disminuye el terror de la caída, pero te da una nueva perspectiva de lo que significa ese terror. Yo había saltado desde el borde y entonces, en el último instante, algo me cogió en el aire. Ese algo es lo que

Librodot

defino como amor. Es la única cosa que puede detener la caída de un hombre, la única cosa lo bastante poderosa como para invalidar las leyes de la gravedad.

No tenía idea clara de lo que iba a hacer. Cuando me fui del apartamento aquella mañana, eché a andar, sencillamente, yendo donde me llevaban mis pasos. Si es que tenía algún pensamiento era el de dejar que la casualidad decidiese lo que había de ocurrir, seguir el camino del impulso y de los sucesos arbitrarios. Mis primeros pasos me llevaron hacia el sur y continué en esa dirección, comprendiendo después de una o dos manzanas que probablemente era mejor dejar mi barrio. Observen cómo el orgullo debilitaba mi resolución de mantenerme al margen de mi desgracia, el orgullo y una sensación de vergüenza. Una parte de mí estaba horrorizada por lo que había permitido que me sucediera y no quería correr el riesgo de encontrarme con alguien que conociera. Ir hacia el norte significaba entrar en Morningride Heights y allí las calles estarían llenas de caras conocidas. Si no amigos, era seguro que tropezaría con personas que me conocerían de vista: la gente que frecuentaba el bar West End, compañeros de clase, antiguos profesores míos. No tenía valor para soportar las miradas que me echarían, insistentes miradas de asombro, fugaces pero repetidas miradas de desconcierto. Peor que eso, me espantaba la idea de tener que hablar con ellos.

Me dirigí hacia el sur y durante el resto de mi estancia en las calles no volví a poner el pie en Upper Broadway. Tenía algo así como quince o veinte dólares en el bolsillo, junto con una navaja y un bolígrafo; mi mochila contenía un suéter, una chaqueta de cuero, un cepillo de dientes, una maquinilla de afeitar con tres hojas nuevas, un par de calcetines, ropa interior y un pequeño cuaderno verde con un lápiz metido en la espiral. Justo al norte de Columbus Circle, menos de una hora después de comenzar mi peregrinaje, sucedió algo inverosímil. Estaba parado delante de una relojería, estudiando el mecanismo de un reloj antiguo que habla en el escaparate, cuando de pronto miré al suelo y vi un billete de diez dólares a mis pies. Me quedé tan asombrado que no supe cómo reaccionar. Mi mente ya estaba trastornada y, en vez de considerarlo simplemente un golpe de suerte, me convencí de que acababa de ocurrirme algo tremendamente importante: un suceso religioso, un completo milagro. Cuando me agaché para coger el dinero y vi que era auténtico, empecé a temblar de alegría. Todo iba a salir bien, me dije, al final todo saldría bien. Sin detenerme a considerar más a fondo el asunto, entré en una cafetería griega y pedí un desayuno completo: zumo de pomelo, copos de maíz, huevos con jamón, café, de todo. Hasta me compré un paquete de cigarrillos al terminar el desayuno y me quedé en la barra tomándome otro café. Estaba poseído por una incontrolable sensación de felicidad y bienestar, un recién descubierto amor por el mundo. Todo lo que habla en el local me parecía maravilloso: las humeantes máquinas del café, los taburetes giratorios, los tostadores de cuatro ranuras, las plateadas batidoras, los bollos frescos apilados en las vitrinas de cristal. Me sentía como alguien a punto de renacer, como alguien al borde de descubrir un nuevo continente. Observé al empleado de la barra haciendo su trabajo mientras me fumaba otro Camel, luego volví mi atención a la desaliñada camarera teñida de pelirroja. Habla algo inexpresablemente conmovedor en ellos. Hubiera querido decirles lo mucho que significaban para mí, pero no fui capaz de pronunciar las palabras. Durante los minutos siguientes, permanecí allí sentado envuelto en mi euforia, escuchando mis propios pensamientos. Mi mente era un torrente de sentimentalismo, un estruendo de ideas rapsódicas. Luego mi cigarrillo se consumió y reuní fuerzas para marcharme.

A media tarde el calor se hizo agobiante. Como no sabía qué hacer, me metí en un cine de programa triple de la calle Cuarenta y dos, cerca de Times Square. Era la promesa del aire acondicionado lo que me atrajo y entré en el local a ciegas, sin molestarme siquiera en mirar la marquesina para ver qué ponían. Por noventa y nueve

Librodot

centavos, estaba dispuesto a ver lo que fuera. Me senté en la parte de arriba, en la sección de fumadores, y me fui fumando diez o doce Camels más mientras veía las dos primeras películas, cuyos títulos he olvidado. El cine era uno de esos recargados palacios de los sueños construidos durante la Depresión: grandes arañas de cristal en el vestíbulo, escalinatas de mármol, adornos rococó en las paredes. Más que un cine era un templo, un templo erigido a la mayor gloria de la ilusión. Debido a la temperatura que había en el exterior, la mayor parte de la población marginada de Nueva York parecía estar allí aquel día. Había borrachos y drogadictos, hombres con costras en la cara, hombres que murmuraban para sí y les hablaban a los actores de la pantalla, hombres que roncaban y se tiraban pedos, hombres que se meaban en los pantalones allí mismo. Los acomodadores patrullaban por los pasillos con linternas en la mano para comprobar si alguien se había quedado dormido. El ruido se toleraba, pero al parecer iba contra la ley perder la conciencia en aquel cine. Cada vez que un acomodador encontraba a un tipo dormido, le enfocaba la linterna directamente en la cara y le decía que abriera los ojos. Si el hombre no respondía, el acomodador se acercaba a él y le sacudía hasta que lo hacía. Los más recalcitrantes eran expulsados del cine, muchas veces con ruidosas y amargas protestas. Esto sucedió media docena de veces a lo largo de la tarde. No se me ocurrió hasta mucho después que probablemente lo que los acomodadores tenían que comprobar era si estaban muertos.

No dejé que nada de eso me perturbara. Estaba fresco, estaba tranquilo, estaba contento. Teniendo en cuenta las incertidumbres que me esperaban cuando saliera de allí, tenía un notable control de la situación. Luego empezó la tercera película y de repente noté que el suelo se movía dentro de mí. Era La *vuelta al mundo en 80 días*, la misma película que había visto en Chicago con el tío Victor once años antes. Pensé que me agradaría volver a verla y durante un rato me consideré afortunado por estar en aquel cine precisamente el día en que ponían aquella película, aquélla entre todas las películas del mundo. Me pareció que el destino me cuidaba, que mi vida estaba bajo la protección de espíritus benévolos. Sin embargo, poco después descubrí que unas extrañas e inexplicables lágrimas se estaban formando detrás de mis ojos. En el momento en que Phileas Fogg y Passepartout se subían al globo de aire caliente (en la primera media hora de la película), los conductos cedieron finalmente y noté que un torrente de lágrimas saladas y calientes quemaba mis mejillas. Me asaltaron mil penas de mi infancia y me sentí impotente para defenderme de ellas. Si el tío Victor pudiera verme, pensé, se quedaría destrozado, enfermo en el alma. Me había convertido en una nada, un muerto que caía de cabeza al infierno. David Niven y Cantinflas miraban desde la cesta de su globo, flotando sobre la exuberante campiña francesa, y yo estaba allí en la oscuridad con un puñado de alcohólicos, sollozando por mi desdichada vida hasta que me faltó la respiración. Me levanté de mi butaca y bajé hacia la salida. Fuera, la tarde me asaltó con su luz y me envolvió en un repentino calor. Esto es lo que me merezco, me dije. Yo me he hecho mi nada y ahora tengo que vivir en ella.

Seguí así durante los próximos días. Mi estado de ánimo saltaba temerariamente de un extremo al otro, haciéndome pasar de la alegría a la desesperación tan a menudo que mi mente salía maltrecha del viaje. Casi cualquier cosa podía provocar el cambio: una súbita confrontación con el pasado, una sonrisa casual de un desconocido, la forma en que la luz daba en la acera a una hora determinada. Me esforcé por recuperar cierto equilibrio interior, pero fue en vano: todo era inestabilidad, torbellino, loco capricho. Un momento estaba entregado a una meditación filosófica, absolutamente convencido de que estaba a punto de entrar en las filas de los iluminados; al siguiente estaba llorando, abrumado por el peso de mi propia angustia. Mi ensimismamiento era tan intenso que ya no podía ver las cosas tal y como eran: los objetos se convertían en pensamientos y cada pensamiento era parte del drama que estaba siendo interpretado en

Librodot

mi interior.

Una cosa había sido estar sentado en mi habitación esperando que el cielo se me cayera encima y otra bien distinta era verme arrojado a la calle. A los diez minutos de salir de aquel cine, comprendí finalmente a lo que me enfrentaba. Se acercaba la noche, y antes de que pasaran muchas más horas tendría que encontrar un sitio donde dormir. Aunque ahora me parece extraordinario, no había pensado seriamente en este problema. Había supuesto que de alguna manera se resolvería solo, que bastaba con confiar en la suerte muda y ciega. Pero una vez que empecé a examinar las perspectivas que me rodeaban, vi lo sombrías que eran. No iba a tumbarme en la acera como un vagabundo, me dije, y pasar toda la noche allí, envuelto en papeles de periódicos. Estaría expuesto a todos los locos de la ciudad si hacía eso; sería como invitar a alguien a que me cortara la garganta. Y aunque nadie me atacara, seguro que me arrestaban por vagancia. Por otra parte, ¿qué posibilidades de cobijo tenía? La idea de pasar la noche en un albergue me repugnaba. No me veía acostado en una sala con cien mendigos, teniendo que respirar sus olores, teniendo que escuchar los gruñidos de los viejos que se peleaban. No quería dormir en un sitio así, aunque fuera gratis. Estaba el metro, por supuesto, pero sabía de antemano que yo no podría cerrar los ojos allí abajo, con el ruido y las luces fluorescentes y pensando que en cualquier momento un policía que pasara podría acercarse y golpearme con la porra en las plantas de los pies. Vagué durante varias horas tratando de tomar una decisión. Si finalmente elegí Central Park fue porque estaba demasiado agotado para pensar en otro lugar. A eso de las once me encontré caminando por la Quinta Avenida, pasando la mano distraídamente por el muro de piedra que separa el parque de la calle. Miré por encima del muro, vi el inmenso parque deshabitado y comprendí que no se me iba a presentar nada mejor a aquellas horas. En el peor de los casos, allí el suelo sería blando y me agradaba la idea de tumbarme en la hierba, de poder hacerme la cama donde nadie me viera. Entré en el parque cerca del Metropolitan Museum, anduve hacia el interior varios minutos y luego me metí debajo de un arbusto. No estaba en condiciones de buscar con más cuidado un lugar adecuado. Había oído todas las historias de terror que se cuentan de Central Park, pero en aquel momento mi agotamiento era mayor que mi miedo. Si el arbusto no me ocultaba, pensé, siempre podría defenderme con mi navaja. Enrollé mi chaqueta de cuero para convertirla en almohada y luego me revolví durante un rato tratando de ponerme cómodo. No bien dejé de moverme, oí un grillo en un arbusto próximo. Momentos después, una ligera brisa empezó a agitar las ramitas que rodeaban mi cabeza. Ya no sabía qué pensar. No había luna en el cielo aquella noche, ni tampoco una sola estrella. Antes de acordarme de sacar la navaja del bolsillo, estaba profundamente dormido.

Me desperté sintiéndome como si hubiera dormido en un furgón. Acababa de amanecer, y me dolía todo el cuerpo, los músculos se me habían convertido en nudos. Salí cautelosamente de debajo del arbusto, maldiciendo y gimiendo a cada movimiento, y luego examiné mi entorno. Había pasado la noche al borde de un campo de *softball*,[2] tumbado en los arbustos que había detrás de la base meta. El campo estaba situado en una hondonada poco profunda y a aquella temprana hora una fina niebla gris flotaba sobre la hierba. No se veía absolutamente a nadie. Unos cuantos gorriones revoloteaban y piaban en la zona que rodeaba la segunda base, un arrendajo azul lanzó un grito desapacible desde los árboles. Esto era Nueva York, pero no tenía nada que ver con el Nueva York que yo había conocido siempre. Carecía de asociaciones, era un lugar que podía haber estado en cualquier parte. Mientras le daba vueltas a esta idea, se me ocurrió de pronto que había sobrevivido a la primera noche. No diré que me regocijé por este logro -el cuerpo me dolía demasiado-, pero supe que había dejado atrás una

[2] Especie de béisbol que se juega en un terreno más pequeño que el normal, con una pelota grande y blanda. (*N de la T.*)

cuestión importante. Había sobrevivido a la primera noche y si lo había hecho una vez, no había razón para pensar que no pudiera hacerlo nuevamente.

A partir de entonces dormí en el parque todas las noches. Se convirtió en un santuario para mí, un refugio de intimidad contra las rechinantes demandas de las calles. Había tres mil cuatrocientas hectáreas por las que vagar y, contrariamente a la inmensa parrilla de edificios y torres que se elevaban fuera del perímetro, el parque me ofrecía la posibilidad de la soledad, de separarme del resto del mundo. En las calles, todo son cuerpos y conmoción y, quieras o no, no puedes entrar en ellas sin cumplir un rígido protocolo de conducta. Andar entre la gente significa no ir nunca más deprisa que los demás, no quedarte nunca más atrás que tu vecino, no hacer nunca nada que perturbe el flujo del tráfico humano. Si respetas las reglas de este juego, la gente tiende a ignorarte. Hay una mirada vidriosa especial en los ojos de los neoyorquinos cuando van andando por las calles, una natural y quizá necesaria forma de indiferencia hacia los demás. El aspecto que tengas no importa, por ejemplo. Trajes extravagantes, peinados extraños, camisetas con frases obscenas, nadie le presta la menor atención a esas cosas. En cambio, el modo en que actúas dentro de tu ropa es de la máxima importancia. Los gestos raros de cualquier clase son automáticamente interpretados como una amenaza. Hablar en voz alta tú solo, rascarte el cuerpo, mirar a alguien directamente a los ojos, estas desviaciones pueden provocar reacciones hostiles y a veces violentas de las personas que te rodean. No debes tambalearte ni desmayarte, no debes agarrarte a las paredes, no debes cantar, porque todas las formas de conducta espontánea o involuntaria darán lugar con seguridad a miradas reprobatorias, comentarios cáusticos e incluso a veces un empujón o una patada en las espinillas. Yo no estaba tan mal como para recibir esa clase de tratamiento, pero vi que a otros les sucedía y sabía que tal vez llegaría el día en que no podría controlarme. Por contraste, la vida en Central Park permitía una gama mucho más amplia de variables. Nadie te hacía caso si te echabas en la hierba y te dormías en mitad del día. Nadie parpadeaba siquiera si te sentabas debajo de un árbol sin hacer nada, si tocabas el clarinete, o si aullabas a pleno pulmón. Exceptuando a los oficinistas que se quedaban al borde del parque a la hora del almuerzo, la mayoría de la gente que venía allí actuaba como si estuviera de vacaciones. Las mismas cosas que en las calles les habrían alarmado, allí pasaban por diversiones desenfadadas. La gente se sonreía y se cogía de la mano, doblaban el cuerpo en posturas inusuales; se besaban. La actitud era vive y deja vivir y, mientras no estorbaras activamente a los demás, eras libre de hacer lo que quisieras.

No hay duda de que el parque me hizo muchísimo bien. Me dio intimidad, pero más que eso, me permitió fingir que mi situación no era tan mala como era en realidad. La hierba y los árboles eran democráticos y mientras ganduleaba al sol de la tarde o trepaba a las rocas a última hora para buscar un sitio donde dormir, me sentía integrado en el medio, me parecía que hasta para una mirada experta podía pasar por uno más de los paseantes o ciudadanos que merendaban en la hierba. Las calles no daban lugar a tales confusiones. Siempre que caminaba entre la multitud, rápidamente me hacían avergonzarme y tomar conciencia de mí mismo. Me sentía una mancha, un vagabundo, una pústula de fracaso en la piel de la humanidad. Cada día estaba un poco más sucio que el día anterior, un poco más harapiento y confuso, un poco más diferente de los otros. En el parque no tenía que cargar con este fardo de la conciencia de mi aspecto. El parque me proporcionaba un umbral, una frontera, una manera de distinguir entre el interior y el exterior. Si las calles me obligaban a verme como los demás me veían, el parque me daba la posibilidad de regresar a mi vida interior, de valorarme exclusivamente en términos de lo que estaba pasando dentro de mí. Descubrí que es posible sobrevivir sin un techo pero no se puede vivir sin establecer un equilibrio entre lo interno y lo externo. Eso es lo que me dio el parque. Tal vez no era lo que se dice un

Librodot

hogar, pero, a falta de otro refugio, se convirtió en algo muy parecido.

Allí me sucedieron muchas cosas inesperadas, cosas que casi me parecen imposibles al recordarlas ahora. Una vez, por ejemplo, una mujer joven de vivo cabello rojo se me acercó y me puso en la mano un billete de cinco dólares, así por las buenas, sin ninguna explicación. Otra vez un grupo de gente me invitó a compartir con ellos un almuerzo campestre. Unos días después, pasé toda la tarde jugando un partido de *softball*. Teniendo en cuenta mi estado físico en aquellos días, tuve una actuación digna y cada vez que mi equipo bateaba, los otros jugadores me ofrecían cosas: bocadillos, galletas, latas de cerveza, puros, cigarrillos. Eran momentos felices para mí y me ayudaban a soportar las horas más sombrías, cuando parecía que mi suerte se había agotado. Puede que fuera eso lo único que me había propuesto demostrar desde el principio: que una vez que echas tu vida por los aires, descubres cosas que nunca habías sabido, cosas que no puedes aprender en ninguna otra circunstancia. Estaba medio sordo a causa del hambre, pero cuando me ocurría algo bueno, no se lo atribuía tanto a la casualidad como a un especial estado anímico. Si lograba mantener el adecuado equilibrio entre deseo e indiferencia, me parecía que de alguna manera podía conseguir por medio de la voluntad que el universo me respondiera. ¿De qué otro modo podía explicar los extraordinarios actos de generosidad de que fui objeto en Central Park? Nunca le pedí nada a nadie, nunca me moví de mi sitio y, sin embargo, continuamente se acercaban a mí desconocidos y me prestaban ayuda. Debía de existir una fuerza que emanaba de mí hacia el mundo, pensaba, algo indefinible que hacía que la gente quisiera ayudarme. A medida que pasaba el tiempo, empece a notar que las cosas buenas me sucedían sólo cuando dejaba de desearlas. Si eso era cierto, entonces también lo era lo contrario: desear demasiado las cosas impedía que sucedieran. Esa era la consecuencia lógica de mi teoría, porque si me había demostrado que podía atraer al mundo, de ello se deducía que también podía repelerlo. En otras palabras, conseguía lo que quería sólo si no lo quería. No tenía sentido, pero lo incomprensible del argumento era lo que me atraía. Si mis deseos únicamente podían ser satisfechos no pensando en ellos, entonces todo pensamiento acerca de mi situación era necesariamente contraproducente. En el momento en que empecé a abrazar esta idea, me encontré haciendo equilibrios en una imposible cuerda floja de consciencia. Porque ¿cómo se puede no pensar en el hambre cuando estás siempre hambriento? ¿Cómo hacer callar a tu estómago cuando está llamándote constantemente, rogando que lo llenes? Es casi imposible no hacer caso de estas súplicas. Una y otra vez sucumbía a ellas, y no bien lo hacía, sabía automáticamente que había destruido mis posibilidades de recibir ayuda. El resultado era ineludible, tan rígido y preciso como una fórmula matemática. Mientras me preocupara por mis problemas, el mundo me volvería la espalda. Eso no me dejaba otra alternativa que la de apañármelas por mi cuenta, agenciarme lo que pudiera. Pasaba el tiempo. Un día, dos días, tal vez tres o cuatro, y poco a poco borraba de mi mente todo pensamiento de salvación, me daba por perdido. Sólo entonces se producía alguno de los sucesos milagrosos. Siempre me cogían totalmente por sorpresa. No podía predecirlos y, una vez que sucedían, no podía contar con que hubiera otro. Cada milagro era siempre, por lo tanto, el último milagro. Y porque era el último, continuamente me veía arrojado al principio, continuamente tenía que comenzar de nuevo la batalla.

Pasaba una parte de cada día buscando comida por el parque. Esto me ayudaba a reducir los gastos y además me permitía retrasar el momento en que tendría que aventurarme a las calles. A medida que pasaba el tiempo, las calles llegaron a ser lo que más temía y estaba dispuesto a hacer casi cualquier cosa para evitarlas. Los fines de semana eran particularmente benéficos en este sentido. Cuando hacía buen tiempo, venía al parque un número enorme de personas y pronto me di cuenta de que la mayoría de ellas comía algo mientras estaba allí: toda clase de almuerzos y meriendas,

Librodot

atiborrándose hasta hartarse. Esto inevitablemente conducía al desperdicio, cantidades ingentes de alimentos desechados pero comestibles. Tardé un tiempo en adaptarme, pero una vez que acepté la idea de llevarme a la boca algo que ya había tocado la boca de otro, encontré un sinfín de comida a mi alrededor. Cortezas de pizza, pedazos de perritos calientes, restos de sandwiches, latas de gaseosa parcialmente llenas salpicaban el césped y las rocas y las papeleras casi reventaban por la abundancia. Para combatir mis remilgos empecé a ponerles nombres graciosos a los cubos de basura. Les llamaba restaurantes cilíndricos, cenas de la suerte, paquetes de asistencia municipal, cualquier cosa que me evitara decir lo que realmente eran. Una vez, cuando estaba revolviendo en uno de ellos, se me acercó un policía y me preguntó qué hacía. Me pilló completamente desprevenido y tartamudeé durante unos momentos, luego afirmé que era estudiante. Le dije que trabajaba en un proyecto de estudios urbanos y llevaba todo el verano realizando una investigación estadística y sociológica sobre el contenido de los cubos de basura de la ciudad. Para respaldar mi historia, saqué del bolsillo mi carnet de estudiante de la Universidad de Columbia, con la esperanza de que no se diera cuenta de que había caducado en junio. El policía examinó la foto por un momento, me miró a la cara, examinó la foto otra vez para comparar y luego se encogió de hombros. Tenga cuidado de no meter la cabeza demasiado, me dijo. Podría quedarse atascado en uno si no va con cuidado.

No es mi intención sugerir que todo esto me agradaba. No había nada de romántico en agacharse a recoger migajas y la novedad que pudiera suponer al principio pronto desapareció. Me acordé de una escena de un libro que leí una vez, *El lazarillo de Tormes*, en el que un hidalgo muerto de hambre se pasea por todas partes con un palillo de dientes en la boca para dar la impresión de que acaba de tomar una copiosa comida. Empecé a adoptar yo también el disfraz del palillo de dientes y siempre cogía un puñadito cuando entraba en una cafetería a tomar un café. Me servían para tener algo que masticar en los largos períodos en que no tenía qué comer, pero además le daban cierto aire elegante a mi apariencia, pensaba yo, un toque de autosuficiencia y tranquilidad. No era mucho, pero necesitaba todos los puntales que pudiera conseguir. Me resultaba especialmente difícil acercarme a un cubo de basura cuando me parecía que alguien me observaba y siempre procuraba ser lo más discreto posible. Si mi hambre generalmente vencía mis inhibiciones, era simplemente porque mi hambre era demasiado grande. En varias ocasiones oí que la gente se reía de mí y una o dos veces vi a niños pequeños señalándome y diciéndoles a sus madres mira a ese bobo que está comiendo basura. Esas son cosas que no se olvidan nunca, por mucho tiempo que haya pasado. Me esforzaba por controlar mi ira, pero recuerdo por lo menos un episodio en el que le gruñí a un crío con tanta furia que se echó a llorar. Pero en general conseguía aceptar estas humillaciones como parte natural de la vida que llevaba. En mis momentos de más fortaleza incluso los interpretaba como una iniciación espiritual, como obstáculos puestos en mi camino para probar mi fe en mí mismo. Si aprendía a superarlos, finalmente llegaría a alcanzar un estado superior de conciencia. En mis momentos menos exultantes, tendía a considerarme desde una perspectiva política, en la esperanza de justificar mi situación viéndola como un desafío al sistema norteamericano. Yo era un instrumento de sabotaje, me decía, una pieza suelta en la maquinaria nacional, un inadaptado cuya función era paralizar los engranajes. Nadie podía mirarme sin sentir vergüenza o indignación o lástima. Yo era la demostración viviente de que el sistema habla fallado, de que la engreída y sobrealimentada tierra de la abundancia se estaba agrietando.

Los pensamientos de este tipo ocupaban buena parte de mis horas de vigilia. Siempre estaba agudamente consciente de lo que me sucedía, pero no bien ocurría algo nuevo mi mente respondía a ello con incendiaria pasión. Mi cabeza ardía de teorías

Librodot

librescas, voces encontradas, complicados coloquios interiores. Más adelante, cuando me rescataron, Zimmer y Kitty no cesaban de preguntarme cómo me las había arreglado sin hacer nada durante tantos días. ¿No me había aburrido? ¿No lo había encontrado muy tedioso? Eran preguntas lógicas, pero la verdad era que nunca me aburrí. Experimenté toda clase de humores y emociones en el parque, pero el aburrimiento no fue uno de ellos. Cuando no estaba ocupado en asuntos prácticos (buscar un sitio donde dormir por la noche, atender a las necesidades de mi estómago), tenía multitud de actividades a las que dedicarme. A eso de media mañana, generalmente conseguía encontrar un periódico en una de las papeleras y pasaba una hora más o menos leyendo atentamente sus páginas, tratando de mantenerme al día de lo que ocurría en el mundo. La guerra continuaba, naturalmente, pero había otros acontecimientos que seguir: Chappaquidick, los Ocho de Chicago, el juicio de los Panteras Negras, los Mets. Seguí el espectacular descenso de los Cubs con especial interés, asombrándome de lo rápidamente que el equipo se había desmoronado. Me resultaba difícil no ver paralelismos entre su caída desde lo más alto y mi propia situación, pero no me lo tomaba como algo personal. En el fondo, la buena suerte de los Mets me gratificó bastante. Su historial era aún más abominable que el de los Cubs y presenciar su repentino y absolutamente improbable ascenso desde las profundidades parecía demostrar que cualquier cosa era posible en este mundo. Esa idea me proporcionaba consuelo. La causalidad ya no era el oculto demiurgo que gobernaba el universo: abajo era arriba, el último era el primero, el final era el principio. Heráclito había resucitado de su montón de estiércol y lo que tenía que enseñarnos era la más simple de las verdades: la realidad era un yo-yo, el cambio era la única constante.

Una vez que había meditado sobre las noticias del día, solía pasar un rato paseando por el parque, explorando zonas que no había visitado antes. Me gustaba la paradoja de vivir en un mundo natural hecho por el hombre. Era la naturaleza realzada, por así decirlo, y ofrecía una variedad de lugares y terrenos que la naturaleza rara vez da en un área tan reducida. Había montículos y prados, roquedales y junglas de follaje, suaves pastos y redes de cuevas. Me gustaba deambular entre los diferentes sectores porque me permitía imaginar que recorría grandes distancias, aun permaneciendo dentro de los límites de mi mundo en miniatura. Además estaba el zoo, naturalmente, en la parte más baja del parque, y el estanque donde la gente alquilaba pequeñas barcas de recreo, y la represa, y el terreno de juegos para los niños. Pasaba mucho tiempo sencillamente observando a la gente: estudiando sus gestos y sus andares, inventándome la historia de sus vidas, tratando de abandonarme por completo a lo que veía. A menudo, cuando mi mente se quedaba en blanco, me encontraba cayendo en juegos aburridos y obsesivos. Contar las personas que pasaban por un sitio determinado, por ejemplo, o catalogar las caras según los animales a los que se parecían, cerdos, caballos, roedores, pájaros, caracoles, marsupiales, gatos. De vez en cuando anotaba algunas de estas observaciones en mi cuaderno, pero en general tenía poca inclinación a escribir, ya que no quería apartarme seriamente de mi entorno. Comprendía que ya había pasado demasiado tiempo de mi vida viviendo a través de las palabras, y si quería que esta etapa tuviera algún sentido para mí, tendría que vivirla lo más plenamente posible, rehuyendo todo lo que no fuera el aquí y ahora, lo tangible, el vasto entramado sensorial que pesaba sobre mi piel.

También encontraba peligros allí, pero nada verdaderamente calamitoso, nada de lo que no consiguiera escapar. Una mañana, un viejo se sentó en un banco a mi lado, me alargó la mano y se presentó como Frank.

-Puedes llamarme Bob si quieres -me dijo-, no me molesta. Con tal de que no me llames Bill, nos llevaremos bien.

Luego, casi sin hacer una pausa, se lanzó a contarme una complicada historia

Librodot

relacionada con el juego, hablando largamente de una apuesta de mil dólares que había hecho en 1936 en la que estaban implicados un caballo que se llamaba Cigarrillo, un gángster que se llamaba Duke y un jockey llamado Tex. Perdí el hilo en la tercera frase, pero había algo grato en escuchar aquel cuento disperso y precipitado, y como el hombre parecía totalmente inofensivo, no me molesté en marcharme. A los diez minutos de monólogo, sin embargo, se levantó de un salto y me quitó repentinamente el estuche del clarinete que yo tenía sobre el regazo. Echó a correr por el camino de asfalto como un corredor inválido, arrastrando los pies de un modo patético y agitando brazos y piernas desordenadamente en todas direcciones. No me fue difícil darle alcance. Cuando lo hice, le agarré bruscamente por un brazo desde atrás, le di la vuelta y le arranqué de las manos el estuche del clarinete. Parecía sorprendido de que me hubiese tomado la molestia de ir tras él.

-Esta no es manera de tratar a un viejo -dijo, sin demostrar el menor remordimiento por lo que había hecho.

Sentí un fuerte impulso de darle un puñetazo en la cara, pero vi que temblaba violentamente de miedo y me contuve. Justo cuando estaba a punto de darme la vuelta, me lanzó una atemorizada mirada de desprecio y luego arrojó un gran escupitajo en dirección a mí. La mitad se le escurrió por la barbilla, pero la otra mitad me dio en la camisa a la altura del pecho. Aparté los ojos de él por un momento para examinar el daño y aprovechó esa fracción de segundo para alejarse, mirando por encima del hombro para ver si le seguía. Pensé que ahí se había acabado el incidente, pero cuando hubo puesto una distancia segura entre nosotros, se detuvo, se volvió y se puso a amenazarme con el puño, aporreando el aire con indignación.

-Jodido comunista! -gritó-. Jodido agitador comunista! ¡Vuélvete a Rusia, que es donde deberías estar!

Estaba provocándome para que fuera por él, evidentemente con la esperanza de mantener viva nuestra aventura, pero no caí en la trampa. Sin decir una palabra más, giré sobre mis talones y le dejé allí.

Fue un episodio trivial, naturalmente, pero otros tuvieron un cariz más amenazador. Una noche me persiguió una pandilla de chavales por Sheep’s Meadow y lo único que me salvó fue que uno de ellos se cayó y se torció un tobillo. Otra vez, un borracho belicoso me amenazó con una botella de cerveza rota. En esas dos ocasiones escapé por un pelo, pero el momento más terrorífico se produjo una noche nublada hacia el final, cuando accidentalmente tropecé con un arbusto en el que había tres personas haciendo el amor, dos hombres y una mujer. Era difícil ver bien, pero mi impresión fue que los tres estaban desnudos y, por el tono de sus voces al descubrir que yo estaba allí, deduje que también estaban borrachos. Una rama se quebró bajo mi pie izquierdo y entonces oí una voz de mujer, seguida de un repentino ruido de hojas.

-Jack -dijo-, hay un cerdo espiándonos por aquí.

En vez de una voz, respondieron dos, ambas gruñendo de hostilidad, cargadas de una violencia que raras veces habla oído. Luego una figura borrosa se levantó y me apuntó con lo que parecía una pistola.

-Una sola palabra, gilipollas -dijo el hombre-, y te la tragas seis veces.

Supuse que se refería al número de balas de la pistola. No sé si el miedo distorsionó lo sucedido, pero creo que en ese momento oí un clic, el sonido del percutor al encajar en su sitio. Antes de que me diera cuenta de lo asustado que estaba, salí corriendo. Di media vuelta y corrí. Si los pulmones no me hubieran fallado finalmente, es probable que hubiera seguido corriendo hasta el amanecer.

Es imposible saber cuánto tiempo habría aguantado. Suponiendo que nadie me hubiera matado, creo que podría haber durado hasta el comienzo del frío. Aparte de unos pocos incidentes inesperados, parecía tener todo bastante bien controlado. Gastaba

Librodot

mi dinero con extremado cuidado, nunca más de un dólar o dólar y medio al día, y eso habría retrasado el momento decisivo durante algún tiempo. Incluso cuando mi capital se acercaba peligrosamente al fondo, siempre surgía algo en el último instante: encontraba dinero en el suelo o aparecía un desconocido que realizaba uno de esos milagros que ya he mencionado. No comía bien, pero creo que nunca pasé un día entero sin echarme al estómago por lo menos un bocado o dos. Es cierto que al final estaba alarmantemente delgado, sólo 53 kilos, pero la mayor pérdida de peso se produjo en los últimos días que pasé en el parque. Fue debido a que cogí una enfermedad -una gripe, un virus, Dios sabe qué- y desde entonces no comí nada en absoluto. Estaba demasiado débil y cada vez que trataba de meterme algo en la boca, lo devolvía inmediatamente. Si mis dos amigos no me hubieran encontrado cuando lo hicieron, creo que no cabe duda de que me habría muerto. Había agotado mis reservas y ya no tenía nada con que defenderme.

El tiempo había estado de mi parte desde el principio, hasta tal punto que había dejado de pensar que pudiera ser un problema. Casi cada día era una repetición del anterior: hermosos cielos de fines de verano, ardientes soles abrasando la tierra y luego el aire transformado en la frescura de las noches llenas de grillos. Durante las dos primeras semanas apenas llovió, y cuando llovía, nunca pasaba de una ligera llovizna. Empecé a forzar mi suerte, durmiendo más o menos al raso, acostumbrado ya a creer que estaría a salvo en cualquier parte. Una noche, cuando estaba soñando sobre el césped, totalmente expuesto a los cielos, acabó pillándome un diluvio. Fue una de esas lluvias cataclísmicas: el cielo se abrió repentinamente en dos y el agua empezó a caer a cántaros, con una prodigiosa furia de sonido. Estaba empapado antes de despertarme, con todo el cuerpo acribillado, y las gotas rebotaban sobre mí como perdigones. Eché a correr en la oscuridad, buscando frenéticamente un sitio donde cobijarme, pero tardé varios minutos en encontrar abrigo bajo un saliente de rocas graníticas y para entonces ya casi daba igual dónde estuviera. Estaba tan mojado como si hubiera cruzado el océano a nado.

La lluvia continuó hasta el alba; a ratos disminuía hasta convertirse en llovizna, otras veces estallaba con monumental estruendo, batallones de perros y gatos en contienda, pura ira cayendo de las nubes. Estas erupciones eran imprevisibles y no quería correr el riesgo de que me cogiera una de ellas. Me quedé clavado en mi diminuto refugio, de pie, como un estúpido, con las botas llenas de agua, los vaqueros pegados al cuerpo, la chaqueta de cuero reluciente. Mi mochila había sufrido la misma mojadura que todo lo demás, lo cual significaba que no tenía nada seco que ponerme. No podía hacer otra cosa que esperar a que pasara, tiritando en la oscuridad como un bobo abandonado. Durante una hora o dos me esforcé por no compadecerme de mí mismo, pero luego renuncié y me entregué a una orgía de gritos y maldiciones, poniendo todas mis energías en los más viles improperios que se me ocurrían: repugnantes ristras de injurias, infames y retorcidos insultos, altisonantes exhortaciones contra Dios y la patria. Al cabo de un rato me había excitado hasta tal punto que sollozaba entre las palabras, vociferando e hipando literalmente al mismo tiempo, a pesar de lo cual lograba frases tan ingeniosas y prolijas que habrían dejado impresionado incluso a un degollador turco. Esto duró una media hora. Luego estaba tan agotado que me quedé dormido allí mismo, de pie. Estuve adormilado varios minutos, hasta que me despertó un nuevo aguacero. Quise reanudar el ataque, pero estaba ya demasiado cansado y ronco para gritar. El resto de la noche lo pasé allí en trance de autocompasión, esperando a que amaneciera.

A las seis de la mañana me fui a una casa de comidas y pedí un cuenco de sopa. Creo que era una sopa de verduras, con grasientos pedazos de apio y zanahorias nadando en un caldo amarillento. Me calentó hasta cierto punto, pero con la ropa

Librodot

mojada aún adherida a mi piel, la humedad me calaba demasiado profundamente para que la sopa tuviera un efecto duradero. Bajé a los lavabos y me sequé la cabeza bajo el chorro de aire del secador eléctrico. Descubrí con horror que las ráfagas de aire caliente me habían dejado el pelo convertido en una ridícula e hinchada maraña que me hacía parecer una gárgola, una disparatada figura del campanario de una catedral gótica. En mi desesperación por arreglar ese desaguisado, puse impulsivamente en la maquinilla de afeitar una hoja nueva, la última que había en mi mochila, y empecé a dar tajos a mis rizos serpentinos. Cuando terminé tenía el pelo tan corto que apenas me reconocía. Esto acentuaba mi delgadez hasta un extremo casi aterrador. Las orejas prominentes, la nuez abultada, la cabeza no mayor que la de un niño. Estoy empezando a encogerme, pensé, y de pronto me oí hablándole en voz alta a la cara del espejo.

-No te asustes -dijo mi voz-. A nadie se le permite morir más de una vez. La comedia acabará pronto y no tendrás que volver a representarla nunca.

Esa mañana pasé un par de horas en la sala de lectura de la biblioteca pública, confiando en que el calor que hacía allí dentro contribuyera a secarme la ropa. Desgraciadamente, cuando empezó a secarse de verdad también empezó a oler. Era como si todos los pliegues y arrugas de las prendas hubiesen decidido de repente contarle sus secretos al mundo. Esto nunca me había sucedido antes y me horrorizó descubrir que un olor tan nocivo pudiera venir de mi persona. La mezcla de sudor rancio y agua de lluvia debía de haber producido alguna extraña reacción química, y a medida que la ropa se iba secando, el olor se volvía más desagradable y más intenso. Llegó un momento en que me noté hasta el olor de los pies, un hedor espantoso que traspasaba el cuero de las botas, invadiendo mi nariz como una nube de gas venenoso. No me parecía posible que aquello me estuviera ocurriendo a mi. Seguí hojeando las páginas de la *Encyclopaedia Britannica*, con la esperanza de que nadie lo notara, pero estos ruegos no fueron escuchados. Un anciano sentado frente a mí alzó la cabeza de su periódico y comenzó a olfatear el aire, luego me miró, con cara de asco. Por un momento estuve tentado de levantarme de un salto y reprenderle por su grosería, pero comprendí que me faltaba la energía necesaria. Antes de darle la oportunidad de decir nada, me puse en pie y me fui. Fuera hacía un tiempo triste: un día desapacible y plomizo, todo neblina y desesperanza. Noté que me iba quedando gradualmente sin ideas. Una extraña debilidad había invadido mis huesos y lo más que conseguía hacer era no dar traspiés. Me compré un bocadillo en una tienda cerca del Colisseum, pero luego me costó mantener el interés por él. Después de varios bocados, lo envolví otra vez y me lo guardé en la mochila para más tarde. Me dolía la garganta y había empezado a sudar. Crucé la calle en Columbus Circle, entré de nuevo en el parque y me puse a buscar un sitio donde tumbarme. Nunca había dormido durante el día y todos mis habituales escondites me parecieron de pronto precarios, expuestos, inútiles sin la protección de la noche. Seguí andando en dirección norte, confiando en encontrar algo antes de desmayarme. La fiebre continuaba subiendo y el agotamiento parecía estar comiéndoseme porciones del cerebro. No había casi nadie en el parque. Justo cuando me preguntaba por qué, comenzó a chispear. Si no me hubiese dolido tanto la garganta, probablemente me habría reído. Entonces, brusca, violentamente, empecé a vomitar. Un chorro de pedacitos de sopa de verduras y bocadillo salió disparado de mi boca, salpicando en el suelo delante de mí. Me agarré las rodillas y me quedé mirando fijamente la hierba, esperando que pasara el espasmo. Esto es la soledad humana, me dije. Esto es lo que significa no tener a nadie. Sin embargo, ya no estaba iracundo y pensé esas palabras con una especie de franqueza brutal, de absoluta objetividad. Al cabo de dos o tres minutos todo el episodio me parecía algo que había ocurrido hacia meses. Seguí adelante, ya que no quería abandonar la búsqueda. Si hubiese aparecido alguien en aquel momento, probablemente le habría pedido que me llevara a un

Librodot

hospital. Pero no apareció nadie. No sé cuánto tiempo tardé en llegar, pero al final encontré un grupo de rocas grandes rodeadas de árboles y de follaje muy crecido. Las rocas formaban una cueva natural y, sin pararme a pensar más en el asunto, me metí a gatas en este hueco poco profundo, atraje hacia mi algunas ramas sueltas para tapar la entrada y me dormí enseguida.

No sé cuánto tiempo pasé allí. Dos o tres días, creo, pero ahora poco importa. Cuando Zimmer y Kitty me lo preguntaron, les dije que tres, pero sólo porque tres es un número literario, el mismo número de días que Jonás pasó en el vientre de la ballena. La mayor parte del tiempo estaba casi inconsciente, e incluso cuando parecía estar despierto, estaba tan absorto en las tribulaciones de mi cuerpo que perdía el sentido de dónde me encontraba. Recuerdo largos ataques de vómitos, frenéticos ratos en que mi cuerpo no paraba de temblar, períodos en los que el único sonido que ola era el entrechocar de mis dientes. La fiebre debía de ser bastante alta y traía consigo sueños feroces, interminables visiones mutantes que parecían salir directamente de mi ardiente piel. Nada conservaba su forma dentro de mí. Recuerdo que una vez vi delante de mí el letrero del Moon Palace (Palacio de la Luna), más vívido de lo que había sido nunca en la realidad. Las letras de neón azul y rosa eran tan grandes que llenaban todo el cielo con su brillo. Luego, de repente, las letras desaparecieron y sólo quedaron las dos *oes* de la palabra *Moon*. Me vi colgando de una de ellas, luchando por mantenerme agarrado, como un acróbata que ha fallado en un número peligroso. Luego me deslizaba alrededor de ella como un gusano diminuto y después ya no estaba allí. Las dos *oes* se habían convertido en ojos, gigantescos ojos humanos que me miraban con desdén e impaciencia. Siguieron mirándome fijamente, y al cabo de un rato me convencí de que eran los ojos de Dios.

El sol apareció el último día. No recuerdo haberlo hecho, pero en algún momento debí de arrastrarme fuera de la cueva y tumbarme en la hierba. Mi mente estaba tan confusa que imaginé que el calor del sol podía evaporar mi fiebre, literalmente succionar la enfermedad de mis huesos. Recuerdo que pronuncié una y otra vez las palabras *verano indio*, tantas veces que finalmente perdieron su significado. El cielo sobre mí era una inmensa y deslumbradora claridad que no tenía fin. Si continuaba mirándolo, pensé, me disolvería en la luz. Luego, sin tener la sensación de quedarme dormido, de repente empecé a soñar con indios. Era hace trescientos cincuenta años y me veía a mí mismo siguiendo a un grupo de indios semidesnudos por los bosques de Manhattan. Era un sueño extrañamente vibrante, inexorable y exacto, lleno de cuerpos que pasaban veloces entre las hojas y las ramas manchadas de luz. Un suave viento agitaba el follaje, ahogando el ruido de las pisadas de los hombres, y yo les seguía en silencio, moviéndome tan ágilmente como ellos, sintiendo que a cada paso estaba más cerca de comprender el espíritu del bosque. Quizá recuerdo estas imágenes tan bien porque fue precisamente entonces cuando Zimmer y Kitty me encontraron: tirado en la hierba con ese extraño y agradable sueño circulando por mi cabeza. Kitty fue la primera que me vio, pero yo no la reconocí, aunque tuve la sensación de que me resultaba familiar. Llevaba su cinta navajo en la frente y mi primera reacción fue tomarla por una visión, una mujer fantasmal incubada en la oscuridad de mi sueño. Más adelante, ella me dijo que le sonreí, y cuando se agachó para examinarme más de cerca, la llamé Pocahontas. Recuerdo que me resultaba difícil verla a causa de la luz del sol, pero tengo un recuerdo claro de que había lágrimas en sus ojos cuando se inclinó sobre mí, aunque nunca lo reconoció después. Un momento más tarde, Zimmer entró en escena y entonces oí su voz.

-Maldito idiota -dijo.

Hubo una breve pausa y luego, no queriendo confundirme con un discurso demasiado largo, repitió lo mismo:

Librodot

-Maldito idiota. Pobre maldito idiota.

3

Estuve en el apartamento de Zimmer más de un mes. La fiebre desapareció al segundo o tercer día, pero durante mucho tiempo estuve totalmente sin fuerzas, apenas podía ponerme de pie sin perder el equilibrio. Al principio Kitty venía a visitarme dos veces por semana, pero nunca hablaba mucho y solía marcharse al cabo de veinte minutos o media hora. Si yo hubiera estado más alerta a lo que pasaba a mi alrededor, tal vez me habría extrañado, especialmente después de que Zimmer me contó la historia de cómo me habían salvado. Era un poco raro, después de todo, que una persona que había estado tres semanas poniendo el mundo patas arriba para encontrarme, actuara de pronto con tanta reserva en cuanto me encontró. Pero así era y yo no le pregunté. Estaba demasiado débil todavía para preguntar nada y aceptaba sus idas y venidas sin más. Eran sucesos naturales y tenían la misma fuerza e inevitabilidad que los cambios atmosféricos, los movimientos de los planetas o la luz que se filtraba por la ventana a las tres de la tarde.

Fue Zimmer quien me cuidó durante mi convalecencia. Su nuevo apartamento estaba en el segundo piso de un viejo edificio del West Village. Era un sitio oscuro, abarrotado de libros y discos: dos habitaciones pequeñas sin puerta entre ambas, una rudimentaria cocina y un cuarto de baño sin ventana. Comprendí el sacrificio que suponía para él tenerme allí, pero cada vez que le daba las gracias por ello, Zimmer me hacía un gesto para que me callara, quitándole importancia. Me alimentaba de su bolsillo, me dejaba dormir en su cama, no me pedía nada a cambio. Al mismo tiempo, estaba furioso conmigo y no se mordía la lengua para decirme lo disgustado que estaba. No sólo me había comportado como un imbécil, sino que había estado a punto de matarme. Era inexcusable que una persona inteligente actuase de esa forma, dijo. Era grotesco, estúpido, desequilibrado. Si tenía problemas, ¿por qué no le había pedido ayuda? ¿Acaso no sabía que él hubiese estado dispuesto a hacer cualquier cosa por mí? Yo apenas dije nada en respuesta a estos ataques. Comprendí que Zimmer estaba dolido conmigo y yo me sentía avergonzado por haberle ofendido. A medida que pasaba el tiempo, me resultaba cada vez más difícil entender qué sentido tenía el desastre que yo mismo había causado. Había pensado que actuaba con valentía, pero resultó que solamente había demostrado la más abyecta forma de cobardía: regodearme en mi desprecio por el mundo, negarme a mirar las cosas directamente a la cara. Lo único que sentía era remordimiento, una paralizante sensación de mi propia estupidez. Los días iban pasando en el apartamento de Zimmer y mientras me reponía lentamente me di cuenta de que tendría que empezar mi vida de nuevo. Deseaba expiar mis errores, dar cumplida satisfacción a las personas que aún me querían. Estaba cansado de mí mismo, cansado de mis pensamientos, cansado de preocuparme por mi suerte. Más que ninguna otra cosa, sentía necesidad de purificarme, de arrepentirme de todos mis excesos de egocentrismo. Partiendo del egoísmo total, resolví alcanzar un estado de total desprendimiento. Pensarla en los demás antes que en mí mismo, esforzándome tenazmente por reparar el daño que habla hecho, y tal vez de esa forma empezarla a lograr algo en el mundo. Era un programa imposible, por supuesto, pero me aferré a él con un fanatismo casi religioso. Quería convertirme en un santo, un santo sin dios que fuera por el mundo realizando buenas obras. Por muy absurdo que me suene ahora, creo que era eso exactamente lo que quería. Necesitaba desesperadamente una certidumbre y estaba dispuesto a hacer lo que fuera por encontrarla.

Pero había un obstáculo más en mi camino. Al final la suerte me ayudó a

Librodot

sortearlo, pero sólo por un pelo. Uno o dos días después de que mi temperatura volviera a ser normal, me levanté de la cama para ir al cuarto de baño. Era por la tarde, creo, y Zimmer estaba trabajando en su mesa en la otra habitación. Al volver hacia la cama arrastrando los pies, me fijé en que el estuche del clarinete de tío Victor estaba en el suelo. No había vuelto a pensar en él desde mi rescate y de pronto me horrorizó ver que se encontraba en muy mal estado. La mitad de la cubierta de cuero negro había desaparecido y buena parte del que quedaba estaba levantado y rajado. La tormenta de Central Park había acabado con el estuche y me pregunté si el agua habría calado dentro y dañado el instrumento. Lo recogí y me lo llevé a la cama, totalmente preparado para lo peor. Levanté los cierres y lo abrí, pero antes de que tuviera tiempo de examinar el clarinete, un sobre blanco cayó al suelo y comprendí que mis problemas no habían hecho más que empezar. Era la carta de la oficina de reclutamiento. No sólo había olvidado la fecha de mi examen médico, sino que se me había olvidado que había recibido la carta. En ese instante, todo se me vino encima otra vez. Probablemente era un fugitivo de la justicia, pensé. Si no me había presentado al examen médico, el gobierno ya habría dado orden de arresto, y eso significaba que tendría que pagar caro por ello, consecuencias que no podía ni imaginar. Rasgué el sobre y miré la fecha mecanografiada en el espacio en blanco del impreso: 16 de septiembre. Eso no me decía nada, puesto que ya no sabía en qué día vivía. Había perdido la costumbre de mirar los calendarios y los relojes y ni siquiera podía calcularlo por aproximación.

-Una pregunta -le dije a Zimmer, que seguía inclinado sobre su trabajo-. ¿Sabes por casualidad qué día es hoy?

-Lunes -contestó sin levantar la cabeza.

-Quiero decir la fecha. El mes y el número. No hace falta que me digas el año. De eso estoy bastante seguro.

-Quince de septiembre -dijo, aún sin molestarse en mirarme.

-¿Quince de septiembre? -pregunté-. ¿Estás seguro?

-Claro que estoy seguro. Sin sombra de duda.

Dejé caer la cabeza en la almohada y cerré los ojos.

-Es extraordinario -murmuré-. Absolutamente extraordinario.

Zimmer se volvió al fin y me lanzó una mirada de desconcierto.

-¿Qué diablos tiene de extraordinario?

-Porque significa que no soy un delincuente.

-¿Qué?

-Significa que no soy un delincuente.

-Te he oído la primera vez. Que lo repitas no me aclara nada.

Levanté la carta y la agité en el aire.

-Cuando leas esto comprenderás lo que quiero decir.

Tenía que presentarme en la calle Whitehall a la mañana siguiente. Zimmer ya había pasado su examen médico en julio (le habían dado una prórroga porque padecía asma) y durante las siguientes dos o tres horas estuvimos hablando de lo que me esperaba. Era básicamente la misma conversación que tuvieron millones de jóvenes en Estados Unidos en aquellos años. Al contrario que la inmensa mayoría de ellos, sin embargo, yo no había hecho nada para prepararme para la hora de la verdad. No tenía ningún certificado médico, no me había atracado de drogas para distorsionar mis respuestas motrices, ni habla escenificado una serie de crisis nerviosas para establecer un historial de trastornos psicológicos. Siempre había imaginado que nunca me incorporaría a filas, pero, una vez llegado a esa conclusión, no había vuelto a pensar en el asunto. Como con tantas otras cosas, la inercia me había vencido y había expulsado el problema de mi mente. Zimmer estaba horrorizado, pero tuvo que reconocer que ya era demasiado tarde para hacer nada. Me declararían útil o inútil, y si me declaraban útil,

sólo tenía dos opciones: podía marcharme del país o ir a la cárcel. Zimmer me contó varias historias de gente que se había marchado al extranjero, a Canadá, a Francia, a Suecia, pero no me interesaron mucho. No tenía dinero, le dije, ni tampoco ganas de viajar.

-O sea que te convertirás en un delincuente de todas formas -me dijo.

-Un objetor -le corregí-. Un objetor de conciencia. Es muy diferente.

Todavía estaba en las primeras etapas de mi recuperación y cuando me levanté a la mañana siguiente para vestirme -con ropas de Zimmer, varias tallas más pequeñas que la mía-, me di cuenta de que no estaba en condiciones de ir a ninguna parte. Estaba absolutamente agotado y simplemente tratar de cruzar la habitación exigía toda mi energía y concentración. Hasta entonces no había estado fuera de la cama más de un minuto o dos seguidos para ir al cuarto de baño agarrándome a las paredes y regresar. Si Zimmer no hubiera estado allí para sostenerme, dudo que hubiese llegado a salir por la puerta. Literalmente me mantuvo de pie, me ayudó a bajar las escaleras rodeándome con ambos brazos y luego me dejó que me apoyara en él mientras íbamos tambaleándonos hasta la estación de metro. Me temo que debíamos de ser un espectáculo lamentable. Zimmer me acompañó hasta la puerta principal del edificio de Whitehall y me señaló un restaurante justo enfrente, donde me dijo que le encontraría cuando acabase. Me apretó el brazo para darme ánimos.

-No te preocupes -me dijo-. Serás un soldado cojonudo, Fogg. No hay más que verte.

-Tienes toda la razón -le contesté-. El soldado más cojonudo de todo el puñetero ejército. Hasta el más lerdo lo vería.

Le hice a Zimmer un saludo militar y luego entré vacilante en el edificio, buscando apoyo en las paredes.

Gran parte de lo que vino a continuación se me ha borrado. Conservo retazos, pero nada que forme un recuerdo completo, nada que pueda contar con convicción. Esta incapacidad de percibir lo que sucedió demuestra lo espantosamente débil que debía de estar. Necesitaba todas mis fuerzas para sostenerme de pie, tratando de no caerme, y no presté la debida atención. De hecho, creo que tuve los ojos cerrados la mayor parte de las horas que estuve allí y las veces que conseguí abrirlos, raras veces fue durante el tiempo suficiente para que el mundo penetrara en mi mente. Eramos entre cincuenta y cien los que pasamos juntos por el proceso. Me recuerdo a mí mismo sentado delante de una mesa en una sala grande escuchando a un sargento que nos hablaba, pero no recuerdo lo que dijo, ni una palabra. Nos dieron unos impresos para que los llenáramos y luego hubo una especie de prueba escrita, aunque es posible que el orden fuera el inverso. Recuerdo que tuve que señalar las organizaciones a las que había pertenecido y que eso me llevó algún tiempo: SDS en la universidad, SANE y SNCC en el instituto, y luego tuve que explicar las circunstancias de mi detención el año anterior. Fui el último en terminar y al final el sargento estaba de pie a mi lado, mascullando algo acerca del tío Ho y de la bandera norteamericana.

Después hay un intervalo de varios minutos, quizá media hora. Veo pasillos, luces fluorescentes, grupos de hombres jóvenes en calzoncillos. Recuerdo lo intensamente vulnerable que me sentí entonces, pero muchos otros detalles se han desvanecido. Dónde nos desnudamos, por ejemplo, y qué nos dijimos unos a otros mientras esperábamos en fila. Más específicamente, soy incapaz de evocar ninguna imagen relacionada con nuestros pies. Por encima de las rodillas no llevábamos nada más que los calzoncillos, pero lo que habla por debajo de las rodillas es un misterio para mí. ¿Nos permitieron conservar puestos los zapatos y/o los calcetines, o nos hicieron andar descalzos por aquellos pasillos? No tengo más que lagunas respecto a ese tema, ni la más vaga imagen.

Librodot

Finalmente me dijeron que entrara en un cuarto. Un médico me dio golpecitos en el pecho y en la espalda, me miró los oídos, me agarró los testículos y me pidió que tosiera. Estas cosas requerían poco esfuerzo, pero luego llegó el momento de extraerme una muestra de sangre y de repente el examen se hizo más complicado. Estaba tan anémico y escuálido que el médico no podía encontrarme una vena en el brazo. Me clavó una aguja dos o tres veces, haciéndome cardenales en la piel, pero la jeringuilla, no se llenaba de sangre. Yo debía de tener una cara malísima en aquel momento -pálido y mareado, como si estuviera a punto de desmayarme- y después de un rato el médico renunció y me dijo que me sentara en un banco. Fue bastante amable, creo, o por lo menos indiferente.

-Si vuelves a sentirte mareado -me dijo-, te sientas en el suelo y esperas a que se te pase. No queremos que te caigas y te des un golpe en la cabeza, ¿verdad?

Recuerdo claramente que estaba sentado en el banco, pero luego me veo tumbado en una camilla en otro cuarto. Me es imposible saber cuánto tiempo había transcurrido entre ambos hechos. Creo que no me desmayé, pero cuando intentaron de nuevo sacarme sangre, probablemente no quisieron correr riesgos. Me ataron una tira de goma alrededor del bíceps para que la vena sobresaliera y cuando al fin el médico consiguió pincharla -no recuerdo si fue el mismo médico u otro-, comentó algo sobre lo delgado que estaba y me preguntó si había desayunado aquella mañana. En lo que fue con seguridad mi momento de mayor lucidez aquel día, me volví a él y le di la respuesta más sencilla y más sentida que se me ocurrió:

-Doctor, ¿tengo aspecto de poder pasarme sin desayunar?

Hubo más pruebas, seguramente muchas más, pero no puedo precisar casi nada. Nos dieron de comer en alguna parte (¿en el mismo edificio?, ¿en un restaurante fuera del edificio?), pero lo único que recuerdo de la comida es que nadie quiso sentarse a mi lado. Por la tarde, otra vez en los pasillos del piso de arriba, finalmente nos midieron y nos pesaron. Mi balanza marcó una cifra ridículamente baja, cincuenta y cuatro kilos creo que eran, o tal vez cincuenta y cinco. Desde ese momento me separaron del resto del grupo. Me mandaron a ver a un psiquiatra, un hombre rechoncho de dedos gordos y chatos, y recuerdo que pensé que más parecía un luchador que un médico. Ni me planteé contarle mentiras. Ya había entrado en mi nueva etapa de santidad potencial y lo último que deseaba era hacer algo de lo que luego me arrepintiera. El psiquiatra suspiró una o dos veces durante nuestra conversación, pero aparte de eso no pareció inmutarse ni por mis comentarios ni por mi aspecto. Me imagino que era un veterano en estas entrevistas y ya nada podía alterarle. Por mi parte, me sorprendió bastante la vaguedad de sus preguntas. Quiso saber si tomaba drogas y cuando le dije que no, enarcó las cejas y me lo volvió a preguntar, pero le di la misma respuesta la segunda vez y ya no insistió más. Luego vinieron las preguntas clásicas: qué aspecto tenían mis excrementos, si tenía emisiones nocturnas, con qué frecuencia pensaba en el suicidio. Contesté lo más sencillamente que pude, sin adornos ni comentarios. Mientras yo hablaba, él iba marcando unas casillas en una hoja de papel y no me miraba. Había algo que me aliviaba en el hecho de estar comentando asuntos tan íntimos de esta manera, como si hablara con un contable o un mecánico. Cuando llegó al final de la hoja, sin embargo, el médico levantó los ojos y los clavó en mí durante por lo menos cuatro o cinco segundos.

-Estás en un estado bastante lamentable, hijo -dijo al fin.

-Lo sé -contesté-. No me he encontrado muy bien últimamente. Pero creo que ya estoy mejorando.

-¿Quieres hablar de ello?

-Como usted quiera.

-Puedes empezar por hablarme de tu peso.

-He tenido la gripe. Cogí una cosa de estómago hace dos semanas y no podía

Librodot

comer.

-¿Cuánto peso has perdido?

-No sé. Veinte o veintidós kilos, creo.

-¿En dos semanas?

-No, en unos dos años. Pero la mayor parte este verano.

-Y eso, ¿por qué?

-Dinero, para empezar. No tenía suficiente dinero para comprar comida.

-¿No tienes trabajo?

-No.

-¿Lo has buscado?

-No.

-Tendrás que explicarme eso, hijo.

-El asunto es bastante complicado. No sé si podrá usted entenderlo.

-Deja que sea yo el que juzgue eso. Simplemente cuéntame lo que te sucedió y no te preocupes por cómo suene. No tenemos ninguna prisa.

Por alguna razón, sentí una imperiosa necesidad de contarle toda mi historia a aquel desconocido. Nada podía haber sido más inapropiado, pero, antes de que pudiera contenerme, las palabras empezaron a salir de mi boca. Notaba que mis labios se movían, pero al mismo tiempo era como si estuviera escuchando a otro. Oí que mi voz hablaba de mi madre, del tío Victor, de Central Park, de Kitty Wu. El médico asentía cortésmente, pero era evidente que no entendía nada de lo que le decía. Cuando pasé a explicarle la vida que había llevado durante los dos últimos años, vi que se sentía realmente incómodo. Esto me frustró, y cuanta más incomprensión demostraba él, más desesperadamente trataba yo de aclararle las cosas. Sentía que mi humanidad estaba en juego de alguna forma. No importaba que fuese un médico militar; era también un ser humano y nada me parecía más importante que conectar con él

-Nuestras vidas están determinadas por múltiples contingencias -dije, tratando de ser lo más sucinto posible- y luchamos todos los días contra estas sorpresas y accidentes para mantener nuestro equilibrio. Hace dos años, por razones tanto personales como filosóficas, decidí dejar de luchar. No era que quisiera matarme, no debe usted creer eso, sino que pensé que, abandonándome al caos del mundo, quizá el mundo acabaría por revelarme alguna secreta armonía, alguna forma o esquema que me ayudaría a penetrar en mí mismo. La idea era aceptar las cosas tal y como son, dejarse llevar por la corriente del universo. No digo que consiguiera hacerlo muy bien. La verdad es que fracasé miserablemente. Pero el fracaso no invalida la sinceridad del intento. Aunque estuve a punto de morirme, creo, no obstante, que ahora soy mejor por haberlo intentado.

Era un lío horroroso. Mi lenguaje se hacía cada vez más incoherente y abstracto y finalmente me di cuenta de que el médico había dejado de escucharme. Miraba fijamente un punto invisible por encima de mi cabeza con los ojos nublados por una mezcla de confusión y pena. No sé cuántos minutos se prolongó mi monólogo, pero duró lo suficiente como para que él se convenciera de que yo era un caso perdido, un caso perdido auténtico, no uno de esos locos espurios que habla aprendido a detectar.

-Ya basta, hijo -me dijo al fin, interrumpiéndome en mitad de una frase-. Creo que ya me hago cargo de la situación.

Durante un minuto o dos permanecí sentado en mi silla, en silencio, temblando y sudando, mientras él escribía una nota en una hoja de papel oficial. La dobló por la mitad y me la entregó por encima de la mesa.

-Dale esto al oficial que está al final del vestíbulo -me dijo-, y al salir dile al siguiente que pase.

Recuerdo que crucé el vestíbulo con la nota en la mano, resistiendo la tentación

de leerla. Era imposible no sentir que me vigilaban, que había gente en el edificio que podía leer mis pensamientos. El oficial era un hombre grande vestido de uniforme, con un rompecabezas de medallas y condecoraciones en el pecho. Levantó la vista de una pila de papeles que tenía sobre el escritorio y me hizo una seña para que entrase. Le di la nota del psiquiatra. En cuanto le lanzó una ojeada, me dedicó una sonrisa llena de dientes.

-Gracias a Dios -dijo-. Acabas de ahorrarme un par de días de trabajo.

Sin más explicación, empezó a romper los papeles que tenía sobre la mesa y a tirarlos en la papelera. Parecía enormemente satisfecho.

-Me alegro de que te hayan declarado inútil, Fogg -dijo-. Ibamos a tener que hacer una investigación a gran escala sobre tus antecedentes, pero puesto que eres inútil, ya no tenemos que molestarnos.

-¿Investigación? -dije.

-Por todas esas organizaciones a las que has pertenecido -dijo, casi alegremente-. No podemos tener rojillos subversivos y agitadores en el ejército, ¿comprendes? No es bueno para la moral de la tropa.

No recuerdo exactamente la secuencia de los hechos, pero poco después me encontré sentado en una sala con los otros inadaptados y rechazados. Debíamos de ser como una docena, y creo que nunca he visto un grupo de gente más patético reunido en un sitio. Un muchacho con un espantoso acné que le cubría la cara y la espalda, estaba sentado en un rincón temblando y hablando solo. Otro tenía un brazo inválido. Otro, que no pesaría menos de ciento cuarenta kilos, permanecía de pie contra la pared haciendo pedorretas con los labios y riéndose después de cada una como un crío de siete años fastidioso. Éstos eran los bobos, los grotescos, los jóvenes que no tenían cabida en ninguna parte. Yo estaba casi inconsciente por la fatiga y no hablé con ninguno de ellos. Me senté en una silla junto a la puerta y cerré los ojos Cuando volví a abrirlos, un oficial me sacudía por un brazo diciéndome que despertara. Ya puedes irte a casa, me dijo, has terminado.

Crucé la calle bajo el sol de media tarde. Zimmer me estaba esperando en el restaurante, como había prometido.

Después de eso gané peso rápidamente. Al cabo de unos diez días, creo que había engordado ocho o nueve kilos y a final de mes empezaba a parecerme a la persona que había sido. Zimmer me alimentaba concienzudamente, llenando el frigorífico con toda clase de alimentos, y cuando le pareció que estaba lo bastante fuerte como para aventurarme a salir del apartamento empezó a llevarme a un bar cercano todas las noches, un local oscuro y tranquilo sin mucho trasiego de gente, donde bebíamos cerveza y veíamos los partidos en la tele. En aquel televisor la hierba siempre era azul, y los bates de un naranja borroso, y los jugadores parecían payasos, pero era muy agradable estar allí acurrucados en nuestro pequeño compartimento, hablando durante horas y horas de las cosas que nos esperaban. Fue un período exquisitamente tranquilo en la vida de ambos: un breve momento de descanso antes de seguir adelante.

En esas charlas empecé a saber algo más sobre Kitty Wu. A Zimmer le parecía excepcional y era difícil no percibir la nota de admiración en su voz cuando hablaba de ella. Una vez llegó incluso a decirme que si no hubiera estado enamorado de otra, se habría enamorado de ella como un loco. Estaba más cerca de la perfección que ninguna chica que él hubiera conocido, dijo, y en el fondo lo único que le desconcertaba de ella era que se hubiera sentido atraída por un tipo tan siniestro como yo.

-No creo que se sienta atraída por mí -dije-. Tiene buen corazón, eso es todo. Le di lástima e hizo algo para ayudarme, lo mismo que a otras personas les dan lástima los perros heridos.

Librodot

-La he visto todos los días, M. S. Todos los días durante casi tres semanas. No paraba de hablar de ti.

-Eso es absurdo.

-Créeme, sé lo que me digo. La chica está locamente enamorada de ti.

-Entonces, ¿por qué no viene a verme?

-Está muy ocupada. Ya ha empezado sus clases en Juilliard y además tiene un trabajo de media jornada.

-No lo sabía.

-Claro que no. No sabes nada. Te pasas el día tumbado en la cama, haces incursiones en la nevera, lees mis libros. De vez en cuando friegas los platos. Así, ¿cómo vas a enterarte de nada?

-Estoy recobrando fuerzas. Dentro de unos días estaré bien.

-Físicamente. Pero tu mente aún tiene que recorrer un largo camino.

-¿Qué quieres decir con eso?

-Quiero decir que tienes que mirar debajo de la superficie, M. S. Tienes que usar la imaginación.

-Siempre he creído que lo hacía en exceso. Estoy tratando de ser más realista, más práctico.

-Contigo mismo sí, pero no puedes hacer eso con los demás. ¿Por qué crees que Kitty se ha retirado? ¿Por qué crees que ya no viene a verte?

-Porque está muy ocupada. Acabas de decírmelo.

-Eso es sólo parte del asunto.

-Te estás yendo por las ramas, David.

-Sólo estoy intentando demostrarte que es más complicado de lo que piensas.

-De acuerdo, ¿cuál es la otra parte?

-Discreción.

-Esa es la última palabra que yo emplearía para describir a Kitty. Probablemente es la persona más abierta y espontánea que he conocido.

-Es cierto. Pero debajo de eso hay una tremenda reserva, una verdadera delicadeza de sentimientos.

-Me besó la primera vez que la vi, ¿lo sabías? Justo cuando yo estaba a punto de irme, me cortó el paso en la puerta, me echó los brazos al cuello y me plantó un gran beso en los labios. Yo no le llamaría a eso delicado o reservado.

-¿Fue un buen beso?

-La verdad es que fue un beso extraordinario. Uno de los mejores que he tenido el placer de experimentar.

-¿Lo ves? Eso prueba exactamente lo que yo decía.

-Eso no prueba nada. Fue simplemente una de esas cosas que suceden por impulso.

-No, Kitty sabía lo que hacía. Es una persona que sigue sus impulsos, pero esos impulsos son también una forma de conocimiento.

-Pareces espantosamente seguro de ti mismo.

-Ponte en su situación. Se enamora de ti, te besa en la boca, lo deja todo para dedicarse a encontrarte. Pero ¿qué has hecho tú por ella? Nada. Absolutamente nada. Lo que diferencia a Kitty de otras personas es que ella está dispuesta a aceptarlo. Imagínate, Fogg. Te salva la vida, pero no le debes nada. Ella no espera tu gratitud. Ni siquiera tu amistad. Tal vez las desea, pero nunca te las pedirá. Respeta demasiado a los demás para obligarles a hacer algo en contra de su voluntad. Es abierta y espontánea, pero al mismo tiempo se moriría antes que permitir que tú tuvieras la sensación de que se te impone. Ahí es donde interviene la discreción. Ella ya ha ido bastante lejos, ahora no tiene más elección que mantenerse firme y esperar.

Librodot

-¿Qué estás tratando de decirme?

-Que ahora es cosa tuya, Fogg. Eres tú quien ha de dar el próximo paso.

Kitty le había contado a Zimmer que su padre había sido general del Kuomintang en la China prerrevolucionaria. En los años treinta había sido alcalde o gobernador militar de Pekín. Aunque pertenecía al círculo íntimo de Chang Kaicheck, le había salvado la vida a Chu Enlai una vez al ofrecerle un salvoconducto para salir de la ciudad cuando Chang le atrapó allí con el pretexto de organizar una reunión entre el Kuomintang y los comunistas. No obstante, el general siguió siendo leal a la causa nacionalista y después de la revolución se trasladó a Taiwan con los demás seguidores de Chang Kaicheck. La familia Wu era enorme, formada por una esposa oficial, dos concubinas, cinco o seis hijos y un batallón de sirvientes. Kitty nació en febrero de 1950, hija de la segunda concubina, y dieciséis meses después, cuando el general Wu fue nombrado embajador en Japón, toda la familia se trasladó a Tokio. Fue sin duda una maniobra inteligente por parte de Chang: honrar al general crítico y responsable con un puesto tan importante y al mismo tiempo apartarlo de los centros de poder en Taipei. El general Wu tenía ya sesenta y muchos años y, al parecer, sus días de hombre influyente hablan terminado.

Kitty pasó su infancia en Tokio, estudió en colegios norteamericanos, lo cual explicaba su impecable inglés, y tuvo todas las ventajas que ofrecían sus privilegiadas circunstancias: clases de ballet, Navidades estilo norteamericano, coche con chófer. A pesar de eso, fue una infancia solitaria. Tenía diez años menos que su hermanastra más próxima y uno de sus hermanos, un banquero que vivía en Suiza, era treinta años mayor que ella. Y lo peor era que la posición de su madre como segunda concubina le daba apenas más poder dentro de la jerarquía familiar que a cualquiera de las sirvientas. La esposa, de sesenta y cuatro años, y la primera concubina, de cincuenta y dos, tenían celos de la madre de Kitty, que era joven y atractiva, y hacían todo lo que podían por debilitar su posición dentro de la casa. Tal y como Kitty se lo explicó a Zimmer, era un poco como vivir en una corte imperial china, con todas sus rivalidades y facciones, sus maquinaciones secretas, sus intrigas silenciosas y sus falsas sonrisas. Al general casi no le veían. Cuando no estaba ocupado en sus obligaciones oficiales, pasaba la mayor parte del tiempo cultivando los afectos de varias muchachas de fama más que dudosa. Tokio era una ciudad rica en tentaciones y las oportunidades para tales diversiones eran inagotables. Finalmente, se echó una amante, la instaló en un lujoso piso y gastó espléndidas sumas para tenerla contenta: vestidos, joyas y por último un coche deportivo. A la larga, sin embargo, todo eso no fue suficiente, y ni siquiera una dolorosa y costosa cura contra la impotencia pudo evitar lo irremediable. Las atenciones de la amante empezaron a dispersarse y una noche, cuando el general se presentó inesperadamente, se la encontró en los brazos de un hombre más joven. La batalla que siguió fue terrible: gritos, uñas afiladas, una camisa rasgada y manchada de sangre. Fue la última ilusión de un viejo insensato. El general se fue a casa, colgó su camisa desgarrada en medio de su habitación y prendió en ella un papel con la fecha del incidente: 14 de octubre de 1959. La dejó allí el resto de su vida, conservándola como un monumento a su vanidad destrozada.

La madre de Kitty murió, aunque Zimmer no sabía exactamente las causas ni las circunstancias. El general tenía entonces más de ochenta años y una salud muy deficiente, pero, en un último gesto de preocupación por su hija menor, la mandó a un internado en Estados Unidos. Kitty tenía catorce años cuando llegó a Massachusetts para empezar su primer curso en la Academia Fielding. Teniendo en cuenta quién era, no tardó mucho en adaptarse y en encontrar su sitio. Aprendió arte dramático y danza, hizo amistades, estudió lo suficiente como para obtener notas aceptables. Al final de sus cuatro años allí, sabía que no volvería a Japón. Ni tampoco a Taiwan, ni a ningún otro

Librodot

sitio. Estados Unidos se había convertido en su país y, haciendo malabarismos con la pequeña herencia que recibió a la muerte de su padre, había conseguido pagar la matrícula en Juilliard y trasladarse a Nueva York. Llevaba allí más de un año y acababa de comenzar su segundo curso.

-Suena a historia conocida, ¿no crees? -preguntó Zimmer.

-¿Conocida? -dije-. Es una de las historias más exóticas que he oído en mi vida.

-Sólo en la superficie. Rasca un poco el color local y se queda en una historia muy parecida a la de alguien que yo conozco. Quitando o poniendo algunos detalles, claro está.

-Mmm, si, ya veo lo que quieres decir. Huérfanos en la tormenta, todo eso.

-Exacto.

Me quedé callado un momento, reflexionando sobre lo que Zimmer habla dicho.

-Supongo que hay ciertas semejanzas -añadí al fin-. Pero ¿crees que cuenta la verdad?

-No tengo forma de saberlo con certeza. Pero basándome en lo que he visto de ella hasta ahora, me sorprendería mucho que no fuera así.

Bebí otro sorbo de cerveza y asentí. Mucho más adelante, cuando la conocí mejor, supe que Kitty no mentía nunca.

A medida que mi estancia en casa de Zimmer se prolongaba, me iba sintiendo más incómodo. Él costeaba todos los gastos de mi recuperación y, aunque jamás se quejaba de ello, yo sabía que su posición económica no era tan sólida como para permitirle hacerlo mucho más tiempo. Zimmer recibía una pequeña ayuda de su familia, que vivía en New Jersey, pero básicamente tenía que arreglárselas por su cuenta. Hacia el día veinte, iba a empezar un curso para posgraduados sobre literatura comparada en Columbia. La universidad le había atraído ofreciéndole una beca -enseñanza gratuita más un estipendio de dos mil dólares- pero, aunque entonces esa suma no estaba nada mal, apenas llegaba para vivir todo un año. Sin embargo, él seguía manteniéndome, utilizando sus magros ahorros sin escrúpulos. Por muy generoso que Zimmer fuera, tenía que deberse a algo más que a puro altruismo. En nuestro primer año juntos como compañeros de habitación, yo siempre habla tenido la sensación de que le intimidaba un poco, que le abrumaba, por así decirlo, a causa de la misma intensidad de mis locuras. Ahora que yo me encontraba en apuros, tal vez él lo vio como una oportunidad de obtener ventaja, de nivelar la balanza interna de nuestra amistad. Dudo que el propio Zimmer fuese consciente de ello, pero habla cierto tono de nerviosa superioridad en su voz cuando me hablaba y era difícil no notar el placer que le proporcionaba meterse conmigo. Yo lo soportaba y no me ofendía. Mi autoestima había caído ya tan bajo que secretamente recibía sus burlas como una forma de justicia, un castigo bien merecido por mis pecados.

Zimmer era un muchacho pequeño, delgado pero fuerte, con el pelo negro y rizado y porte erguido y contenido. Llevaba las gafas con montura metálica que estaban de moda entre los estudiantes por entonces y estaba empezando a dejarse crecer la barba, lo cual le daba cierto aire de joven rabino. De todos los estudiantes que yo había conocido en Columbia, era el más brillante y concienzudo y no habla duda de que estaba dotado para convertirse en un excelente hombre de letras si se lo proponía. Compartíamos la misma pasión por los libros oscuros y olvidados (*Cassandra* de Lycofron, los diálogos filosóficos de Giordano Bruno, los cuadernos de Joseph Joubert, por no mencionar más que aquellos que descubrimos juntos), pero mientras yo tendía a mostrar un entusiasmo alocado y disperso por estas obras, Zimmer era riguroso y sistemático, penetrante hasta un grado que a menudo me asombraba. No obstante, él no estaba especialmente orgulloso de su talento crítico, y lo desdeñaba como algo de importancia secundaria. El principal interés de Zimmer en la vida era escribir poesía y a

Librodot

ello dedicaba largas y duras horas, trabajando cada palabra como si la suerte del mundo estuviera en juego, lo cual es, probablemente, la única manera sensata de hacerlo. En muchos aspectos, los poemas de Zimmer recordaban a su cuerpo: compactos, tensos, inhibidos. Sus ideas estaban tan densamente entrelazadas que con frecuencia era difícil entenderlas. A pesar de todo, yo admiraba la extrañeza de los poemas y la calidad de pedernal del lenguaje. Zimmer confiaba en mis opiniones y yo era lo más sincero posible cuando me las pedía, animándole cuanto podía, pero al mismo tiempo me negaba a desmenuzar las palabras cuando algo me parecía mal. Yo no tenía ambiciones literarias propias y probablemente eso lo hacía más fácil. Si criticaba su obra, él sabía que no era a causa de una tácita rivalidad entre nosotros.

Llevaba dos o tres años enamorado de la misma persona, una chica que se llamaba Anna Bloom o Blume, nunca estuve seguro de cómo se escribía el apellido. Había sido su vecina de enfrente en New Jersey y compañera de clase de su hermana, lo cual quería decir que era un par de años más joven que él. Yo solamente la había visto una o dos veces. Era menuda y morena, con una cara bonita y una personalidad agresiva y vivaz, y yo sospechaba que probablemente no era demasiado adecuada para el carácter estudioso de Zimmer. A principios de verano, se había marchado de repente para reunirse con su hermano mayor, William, que trabajaba como periodista en algún país extranjero, y desde entonces Zimmer no había tenido noticias suyas; ni una carta, ni una postal, nada. A medida que pasaban las semanas, él estaba cada vez más desesperado por este silencio. Comenzaba cada día con el mismo ritual de bajar a mirar en el buzón, y cada vez que entraba o salía de la casa, obsesivamente, abría y cerraba el buzón vacío. Esto ocurría a cualquier hora, incluso a las dos o las tres de la madrugada, cuando no existía la menor posibilidad de que hubiese llegado correo. Pero Zimmer era incapaz de resistir la tentación. Muchas veces, al volver de la taberna White Horse, que estaba a la vuelta de la esquina, los dos medio borrachos de cerveza, tenía que ser testigo del penoso espectáculo de Zimmer buscando la llave del buzón y metiendo la mano para coger algo que no estaba allí, que nunca estaría. Puede que ésa fuera la razón de que mi amigo soportara mi presencia en su apartamento durante tanto tiempo. Por lo menos, era alguien con quien hablar, alguien que le distraía de sus preocupaciones, una extraña e imprevisible forma de alivio cómico.

A pesar de todo, constituía una sangría para su capital, y cuanto más tiempo pasaba sin que él lo mencionara, peor me sentía yo. Mi intención era salir a buscar trabajo tan pronto me encontrara lo bastante fuerte (cualquier trabajo, daba igual lo que fuera) y empezar a devolverle el dinero que habla gastado en mí. Eso no resolvía el problema de encontrar un sitio donde vivir, pero al menos convencí a Zimmer de que me dejara pasar las noches en el suelo para que él pudiera volver a dormir en su cama. Un par de días después de que cambiáramos de habitación, él empezó sus clases en Columbia. Una noche de la primera semana, regresó a casa con un montón de papeles y anunció malhumorado que una amiga suya del departamento de francés había aceptado una traducción urgente y luego se había dado cuenta de que no tenía tiempo para hacerla. Zimmer le había preguntado si quería pasársela a él y ella contestó que si. Así fue como el manuscrito entró en casa, un tedioso documento de unas cien páginas relativo a la reorganización estructural del consulado francés en Nueva York. En cuanto Zimmer comenzó a hablarme del asunto comprendí que había encontrado una oportunidad de ser útil. Mi francés era tan bueno como el suyo, le dije, y dado que no tenía excesivos compromisos por el momento, ¿por qué no me daba la traducción y dejaba que yo me encargara de ella? Zimmer puso objeciones, como yo esperaba, pero poco a poco fui venciendo su resistencia. Deseaba saldar mi cuenta con él, le expliqué, y hacer aquel trabajo era la forma más práctica y más rápida de conseguirlo. Le entregaría el dinero, doscientos o trescientos dólares, y entonces estaríamos en paz otra

Librodot

vez. Este último argumento fue el que finalmente le convenció. A Zimmer le gustaba el papel de mártir, pero cuando comprendió que estaba en juego mi bienestar, cedió.

-Bueno -dijo-, si tan importante es para ti, creo que podríamos ir a medias.

-No -le contesté-, sigues sin entenderlo. Te quedas con todo el dinero. De otro modo no tendría sentido. Te quedarás hasta el último céntimo.

Logré lo que quería y por primera vez en meses, comencé a sentir que mi vida volvía a tener un objetivo. Zimmer se levantaba temprano y se iba a Columbia, y durante el resto del día yo me quedaba a mis anchas, libre de instalarme en su mesa y trabajar sin interrupción. El texto era abominable, lleno de toda clase de galimatías burocráticos, pero cuanto más trabajo me daba, más obstinadamente perseveraba en la tarea, negándome a dejarla hasta que empezaba a vislumbrarse un asomo de sentido en las torpes y retorcidas frases. La dificultad del trabajo era lo que me estimulaba. Si la traducción hubiese sido fácil, no habría tenido la sensación de que estaba haciendo una adecuada penitencia por mis errores pasados. En cierto modo, por lo tanto, la absoluta inutilidad del proyecto era lo que le daba valor. Me sentía como si me hubieran condenado a trabajos forzados en una cuerda de presos. Mi tarea consistía en coger un martillo y partir piedras para convertirlas en piedras más pequeñas y luego partir ésas en otras más pequeñas todavía. El trabajo no tenía ningún propósito, pero a mí no me interesaban los resultados. El trabajo era un fin en sí mismo y me entregué a él con la determinación de un presidiario modelo.

Cuando hacía buen tiempo, a veces salía a dar un breve paseo por el barrio para despejarme la cabeza. Estábamos en octubre, el mejor mes del año en Nueva York y me agradaba estudiar la luz de principios de otoño, observando que parecía adquirir una claridad nueva cuando incidía oblicuamente en los edificios de ladrillo. Ya no era verano, pero el invierno aún estaba muy lejos y yo saboreaba aquel equilibrio entre el frío y el calor. En todas partes adonde iba aquellos días, en la calle no se hablaba más que de los Mets. Era uno de esos raros momentos de unanimidad en los que todo el mundo piensa en lo mismo. La gente llevaba transistores para escuchar la retransmisión del partido, delante de los escaparates de las tiendas de electrodomésticos se formaban grupos para ver el juego en los televisores mudos, de los bares, de las ventanas, de los invisibles tejados salían repentinos vivas. Primero fue Atlanta en los *playoffs*, luego Baltimore en las series. De ocho partidos que jugaron en octubre, los Mets sólo perdieron uno, y cuando acabó la aventura, Nueva York celebró otro desfile memorable, que superó incluso la extravagancia del recibimiento dado a los astronautas dos meses antes. Ese día se tiraron a la calle más de quinientas toneladas de papel, un récord nunca igualado desde entonces.

Cogí la costumbre de comerme el almuerzo en Abingdon Square, una plaza ajardinada que estaba a poco más de una manzana del apartamento de Zimmer. Había un rudimentario terreno de juegos infantiles y me gustaba el contraste entre el lenguaje vacío del informe que estaba traduciendo y la furiosa, incansable energía de los críos que corrían y chillaban a mi alrededor. Descubrí que me ayudaba a concentrarme y en varias ocasiones incluso me llevé el trabajo a ese parquecillo y traduje sentado en un banco en medio del griterío. Casualmente, fue una de esas tardes de mediados de octubre cuando al fin volví a ver a Kitty Wu. Estaba luchando con un párrafo particularmente difícil y no la vi hasta que ya se había sentado a mi lado en el banco. Era la primera vez que la veía desde que Zimmer me sermoneó en el bar, y el repentino encuentro me cogió con la guardia baja. Había pasado las últimas semanas imaginando todas las cosas brillantes que le diría cuando volviera a verla, pero ahora que estaba allí en carne y hueso apenas podía pronunciar palabra.

-Hola, señor Escritor -dijo-. Me alegro de verte ya levantado y en la calle.

Llevaba gafas de sol y los labios pintados de un rojo vivo. Como sus ojos eran

Librodot

invisibles detrás de los cristales oscuros, me costaba esfuerzo no mirarla directamente a la boca.

-No estoy escribiendo, en realidad -dije-. Es una traducción. La estoy haciendo para ganar un poco de dinero.

-Lo sé. Me encontré a David ayer y me lo contó.

Poco a poco, me fui relajando y entrando en la conversación. Kitty tenía un talento natural para hacer hablar a la gente y resultaba fácil charlar con ella, sentirse cómodo en su presencia. Como me había dicho una vez el tío Victor hacía mucho tiempo, una conversación es como tener un peloteo con alguien. Un buen compañero te tira la pelota directamente al guante, de modo que es casi imposible que se te escape; cuando es él quien recibe, coge todo lo que le lanzas, incluso los tiros más erráticos e incompetentes. Eso era lo que hacia Kitty. Me lanzaba la pelota derecha al hueco del guante y cuando yo se la devolvía, ella recogía todo lo que entrara, aunque fuese remotamente, en su área: saltando para agarrar pelotas que pasaban por encima de su cabeza, echándose ágilmente a derecha o izquierda, corriendo hacia adelante para no perder las que se quedaban cortas. Más aún, su habilidad era tal que siempre me hacía sentir que yo había hecho esos malos lanzamientos a propósito, como si mi única intención hubiera sido la de lograr que el juego fuera más divertido. Me hacía parecer mejor de lo que era y eso aumentaba mi confianza en mí mismo, lo cual a su vez me ayudaba a realizar tiros menos difíciles para ella. En otras palabras, empecé a hablarle a ella en lugar de a mí mismo, y el placer que eso me proporcionó fue mayor que ninguno que hubiera experimentado en mucho tiempo.

Mientras seguíamos hablando bajo la luz otoñal, empecé a tratar de encontrar la manera de prolongar la conversación. Estaba demasiado excitado y feliz para dejar que se acabara y el hecho de que Kitty llevara al hombro una gran bolsa de la que sobresalían pedazos de ropa de baile -la pierna de unos leotardos, el cuello de una camiseta, la punta de una toalla- me hacía temer que estuviera a punto de levantarse y salir corriendo para acudir a una clase. Había una insinuación de frío en el aire, y después de estar veinte minutos charlando en el banco, noté que se estremecía ligeramente. Haciendo acopio de valor, comenté que empezaba a hacer frío, quizá deberíamos irnos al apartamento de Zimmer, donde yo podría preparar un café caliente. Milagrosamente, Kitty asintió y dijo que pensaba que era una buena idea.

Me puse a hacer el café. El cuarto de estar estaba separado de la cocina por el dormitorio, y en vez de esperarme en el cuarto de estar, Kitty se sentó en la cama para que pudiéramos seguir hablando. La llegada al apartamento había cambiado el tono de la conversación y ambos nos quedamos más callados e inseguros, como buscando una forma de interpretar nuestro nuevo diálogo. En el aire habla una extraña sensación de anticipación, y me alegré de tener entre manos la tarea de hacer el café para disimular la confusión que se habla apoderado de mí repentinamente. Algo iba a suceder de un momento a otro, pero me daba demasiado miedo pensarlo, porque sentía que si me permitía concebir esperanzas, aquello se destruiría antes de tomar forma. Luego Kitty se quedó muy silenciosa, no dijo nada durante veinte o treinta segundos. Continué moviéndome por la cocina, abriendo y cerrando la nevera, sacando tazas y cucharillas, poniendo leche en una jarrita y todo eso. Durante un momento le di la espalda a Kitty y, antes de que me diera plena cuenta de ello, se levantó de la cama y entró en la cocina. Sin decir palabra, se acercó a mi por detrás, me rodeó la cintura con los brazos y apoyó la cabeza en mi espalda.

-¿Quién es? -dije.

-La mujer dragón -contestó ella-. Ha venido a atraparte.

Le cogí las manos, tratando de no temblar cuando noté la suavidad de su piel.

-Creo que ya me ha atrapado -dije.

Librodot

Hubo una breve pausa y luego Kitty apretó más sus brazos alrededor de mi cintura.

-Te gusto un poquito, ¿verdad?

-Más que un poquito. Y tú lo sabes. Mucho más que un poquito.

-No sé nada. He esperado demasiado para saber nada.

Toda la escena tenía una cualidad imaginaria. Yo sabía que era real, pero al mismo tiempo era mejor que la realidad, más próxima a una proyección de la realidad que yo deseaba que nada de lo que había experimentado antes. Mis deseos eran muy fuertes, arrolladores de hecho, pero sólo gracias a Kitty tenían la posibilidad de expresarse. Todo dependía de sus respuestas, de sus sutiles incitaciones y de la sabiduría de sus gestos, de su ausencia de vacilación. Kitty no tenía miedo de sí misma y vivía dentro de su cuerpo sin embarazo ni dudas. Tal vez tenía algo que ver con el hecho de ser bailarina, aunque es más probable que fuera al revés. Porque le gustaba su cuerpo, le era posible bailar.

Hicimos el amor durante varias horas en la decreciente luz vespertina del apartamento de Zimmer. Sin duda, fue una de las cosas más memorables que me han sucedido nunca y creo que al final estaba completamente transformado por la experiencia. No estoy hablando solamente de sexualidad ni de las permutaciones del deseo, sino de un espectacular derrumbe de muros interiores, de un terremoto en el corazón de mi soledad. Me había acostumbrado de tal modo a estar solo que no creí que algo semejante pudiera ocurrirme. Me había resignado a cierta clase de vida y luego, por razones totalmente oscuras para mí, aquella preciosa muchacha china había caído ante mí, descendiendo de otro mundo como un ángel. Hubiera sido imposible no enamorarse de ella, imposible no quedar arrebatado por el simple hecho de que estuviera allí.

A partir de entonces, mis días estuvieron más llenos. Trabajaba en la traducción por la mañana y en las primeras horas de la tarde y luego salía a encontrarme con Kitty, generalmente en la zona de Columbia y Juilliard. Si había alguna dificultad, era únicamente porque no teníamos muchas oportunidades de estar solos. Kitty vivía en un cuarto de Juilliard que compartía con otra estudiante y en el apartamento de Zimmer no había una puerta que se pudiera cerrar para separar el dormitorio del cuarto del estar. Aunque hubiese existido una puerta, habría sido impensable el llevarme a Kitty allí. Dadas las circunstancias de la vida amorosa de Zimmer en aquel momento, yo no habría tenido el valor de hacerlo: infligirle los sonidos de nuestro amor, obligarle a escuchar nuestros gemidos y suspiros mientras estaba sentado en la habitación contigua. Una o dos veces, la compañera de cuarto de Kitty salió por la noche y aprovechamos su ausencia para ocupar la estrecha cama de Kitty. En varias ocasiones tuvimos citas amorosas en apartamentos vacíos. Kitty era la que se encargaba de organizar estos encuentros, hablando con amigos de amigos de amigos para pedirles que nos permitieran usar un dormitorio durante unas horas. Había algo frustrante en todo aquello, pero al mismo tiempo era emocionante, una fuente de excitación que añadía un elemento de peligro e incertidumbre a nuestra pasión. Corrimos riesgos que fácilmente podrían habernos llevado a situaciones de lo más embarazosas. Una vez, por ejemplo, paramos un ascensor entre dos pisos y, mientras los furiosos vecinos gritaban y daban golpes protestando por el retraso, le bajé a Kitty los vaqueros y las bragas y le provoque un orgasmo con la lengua. Otra vez lo hicimos en el suelo de un cuarto de baño durante una fiesta, echando el pestillo y haciendo caso omiso a la gente que formaba cola fuera, esperando su turno para usar el retrete. Era un misticismo erótico, una religión secreta restringida a sólo dos miembros. Durante toda esa primera etapa de nuestra relación, nos bastaba con mirarnos para excitarnos. No bien tenía a Kitty cerca de mí, empezaba a

Librodot

pensar en hacer el amor con ella. Me resultaba imposible mantener las manos apartadas de ella y cuanto más conocía su cuerpo, más deseaba tocarlo. Un día, llegamos incluso a hacer el amor en el vestuario de la escuela, después de uno de sus ensayos de baile, cuando se fueron las demás chicas. Ella iba a participar en una función al mes siguiente y yo trataba de ir a sus ensayos nocturnos siempre que podía. Ver a Kitty bailar era casi tan maravilloso como abrazarla y yo seguía las evoluciones de su cuerpo por el escenario con una especie de delirante concentración. Me encantaba, pero al mismo tiempo no lo entendía. La danza me era totalmente ajena, algo que estaba más allá del alcance de las palabras, y no tenía otra opción que la de sentarme allí en silencio y abandonarme al espectáculo del movimiento puro.

Acabé la traducción a finales de octubre. La amiga de Zimmer se la pagó unos días después y esa noche Kitty y yo cenamos con él en el Palacio de la Luna. Fui yo quien eligió el restaurante, más por su valor simbólico que por la calidad de la comida, pero comimos bien de todas formas, porque Kitty les habló en mandarín a los camareros y les pidió platos que no aparecían en la carta. Zimmer estaba inspirado esa noche y habló sin parar de Trotski, Mao y la teoría de la revolución permanente. Recuerdo que en un momento determinado Kitty apoyó la cabeza en mi hombro, con una hermosa y lánguida sonrisa, y entonces los dos nos recostamos en los cojines del respaldo y dejamos que David continuara su monólogo, asintiendo de cuando en cuando mientras él resolvía los dilemas de la existencia humana. Fue un momento magnífico para mí, un momento de asombroso gozo y equilibrio, como si mis amigos se hubieran reunido allí para celebrar mi regreso al mundo de los vivos. Una vez que retiraron los platos, los tres abrimos nuestras galletas de la suerte y analizamos las predicciones con fingida solemnidad. Curiosamente, recuerdo la mía como si aún tuviera el papelito entre las manos. Decía: “El sol es el pasado, la tierra es el presente, la luna es el futuro.” Había de volver a encontrar esta enigmática frase, lo cual, retrospectivamente, hizo que el casual descubrimiento de la misma en el Palacio de la Luna pareciese estar cargado de una extraña y premonitoria verdad. Por razones que no examiné en aquel momento, me metí el papelito en la cartera y lo llevé conmigo durante los siguientes nueve meses, conservándolo hasta mucho después de haber olvidado que estaba allí.

A la mañana siguiente empecé a buscar trabajo. Aquel día no me salió nada y al otro tampoco. Comprendiendo que por los anuncios de los periódicos no iba a conseguir nada, decidí ir a Columbia y probar suerte en la oficina de empleo de los estudiantes. Como antiguo alumno de la universidad tenía derecho a utilizar ese servicio y, puesto que no tenía que pagar nada si me encontraban un trabajo, parecía razonable empezar por ahí. A los diez minutos de entrar en el Dodge Hall vi la respuesta a mis problemas mecanografiada en una tarjeta clavada en la esquina inferior izquierda del tablón de anuncios. La descripción del puesto decía lo siguiente: “Caballero anciano en silla de ruedas necesita joven que le sirva de acompañante interno. Paseos diarios, ligeras tareas de secretario. 50 dólares a la semana más habitación y manutención.” Este último detalle fue lo que. me decidió. No sólo podría empezar a ganar algo de dinero, sino que además podría dejar al fin el apartamento de Zimmer. Y, mejor aún, me trasladarla a la avenida West End esquina calle Ochenta y cuatro, lo que quería decir que estaría mucho más cerca de Kitty. Parecía perfecto. El puesto en sí no era exactamente el que uno querría para poder escribir a la familia contando que se lo habían dado, pero en cualquier caso yo no tenía familia a la que escribir.

Llamé desde allí mismo para pedir una entrevista, temeroso de que alguien se me adelantara. Antes de dos horas estaba sentado con mi futuro jefe en su cuarto de estar y a las ocho de la noche me llamó a casa de Zimmer para decirme que el puesto era mío. Me dio a entender que había sido una decisión difícil para él y que había tenido que elegir entre varios candidatos valiosos. A la larga, dudo que eso hubiera cambiado

Librodot

nada, pero si hubiera sabido entonces que estaba mintiendo, tal vez habría tenido una idea más clara de dónde me estaba metiendo. Porque la verdad era que no hubo otros candidatos. Yo era el único que habla solicitado el trabajo.

4

La primera vez que vi a Thomas Effing, me pareció la persona más frágil que había visto en mi vida. Todo huesos y carne temblorosa, estaba sentado en su silla de ruedas cubierto de mantas escocesas, el cuerpo derrumbado hacia un lado como un minúsculo pájaro roto. Tenía ochenta y seis años, pero aparentaba más, cien por lo menos, una edad incontable, si es que eso es posible. Todo en él era amurallado, remoto, como de esfinge, por su impenetrabilidad. Dos manos retorcidas y llenas de manchas de vejez agarraban los brazos de la silla y de vez en cuando aleteaban, pero ésa era la única señal de vida consciente. Ni siquiera se podía establecer un contacto visual con él, porque Effing era ciego, o al menos fingía serlo, y el día en que fui a su casa para la entrevista llevaba dos parches negros sobre los ojos. Al recordar ahora aquel comienzo me parece apropiado que tuviese lugar el uno de noviembre. El uno de noviembre: el Día de Difuntos, el día en que se recuerda a los santos y mártires desconocidos.

Fue una mujer quien abrió la puerta del piso. Era robusta y poco atractiva, de indeterminada mediana edad, y vestía una voluminosa bata de estar por casa estampada con flores rosas y verdes. Una vez que se aseguró de que yo era el señor Fogg que había llamado para concertar una cita a la una, me tendió la mano y me comunicó que ella era Rita Hume, enfermera y ama de llaves del señor Effing durante los últimos nueve años. Mientras tanto me miraba de arriba abajo, examinándome con la descarada curiosidad de una mujer que viera por primera vez a un marido encargado por correo. Sin embargo, había algo tan franco y amable en esas miradas que no me ofendí. Era difícil que a uno le desagradara la señora Hume, con su cara ancha y pastosa, sus fuertes hombros y sus gigantescos pechos, tan enormes que parecían hechos de cemento. Transportaba esa carga con andares anadeantes, y mientras la seguía por el vestíbulo hacia el cuarto de estar, oía silbar el aire al entrar y salir por su nariz.

Era uno de esos enormes pisos del West Side con largos pasillos, puertas correderas de roble entre las habitaciones y abigarradas molduras en las paredes. Había una densa mezcolanza victoriana y me resultó difícil absorber la repentina abundancia de objetos que me rodeaba: los libros, los cuadros, las mesitas, el revoltijo de alfombras, la confusión de maderas en la penumbra. A medio camino del recibidor, la señora Hume me cogió por un brazo y me susurró al oído:

-No se desanime si actúa de una forma un poco rara. A veces se exalta, pero eso no significa nada en realidad. Lo ha pasado muy mal estas últimas semanas. El hombre que le cuidó durante treinta años murió en septiembre y ha sido muy duro para él adaptarse.

Intuí que tenía una aliada en aquella mujer, y eso me daba una especie de protección contra cualquier cosa extraña que pudiera suceder. El cuarto de estar era desmesuradamente grande, con ventanas que daban al Hudson y a New Jersey Palisades, al otro lado del río. Effing estaba en su silla de ruedas en medio de la habitación, situado frente a un sofá del cual le separaba una mesa baja. Tal vez mi impresión inicial de él fuera causada por el hecho de que no reaccionó a nuestra entrada. La señora Hume le anunció que yo había llegado.

-El señor M. S. Fogg está aquí para la entrevista.

Pero él no dijo una palabra ni movió un músculo. Era una inmovilidad

Librodot

sobrenatural y mi primera reacción fue la de pensar que estaba muerto. Sin embargo, la señora Hume me sonrió y me indicó con un gesto que me sentara en el sofá. Luego se fue y me encontré a solas con Effing, esperando a que rompiera el silencio.

Tardó mucho rato, pero cuando al fin habló, su voz llenó la habitación con sorprendente fuerza. No parecía posible que su cuerpo pudiera emitir tales sonidos. Las palabras salían de su garganta con una especie de furiosa y áspera energía y fue como si de pronto alguien hubiera encendido una radio y hubiera sintonizado una de esas emisoras lejanas que a veces se cogen en mitad de la noche. Era algo totalmente inesperado. Una sinapsis de electrones casual me traía aquella voz desde una distancia de mil kilómetros y la claridad con que sonaba aturdía mis oídos. Por un momento, llegué a preguntarme si no habría un ventrílocuo escondido en alguna parte.

-Emmett Fogg -dijo el viejo, escupiendo las palabras con desprecio-. ¿De dónde sale ese nombre de mariquita?

-M. S. Fogg -respondí-. La M es la inicial de Marco y la S de Stanley.

-Eso no lo mejora. En todo caso, lo empeora. ¿Qué va usted a hacer al respecto, muchacho?

-No voy a hacer nada. Mi nombre y yo hemos pasado mucho juntos y con el tiempo le he cogido cariño.

Effing rió despectivamente al oír esto, una risa grosera que parecía dar el tema por concluido de una vez por todas. Inmediatamente después, se enderezó en su silla. Era notable con qué rapidez esto transformó su aspecto. Ya no era un semicadáver comatoso perdido en vagas ensoñaciones; se había vuelto todo vigor y atención, una hirviente masa de energía resucitada. Según supe más adelante, ése era el verdadero Effing, si verdadero es una palabra que pueda emplearse para referirse a él. Su personalidad se basaba en tan gran medida en la falsedad y el engaño que era casi imposible saber cuándo decía la verdad. Le encantaba engañar al mundo con sus experimentos y súbitas inspiraciones, y de todos los números que montaba, su preferido era el de hacerse el muerto.

Se inclinó hacia adelante, como para indicarme que la entrevista iba a empezar en serio. A pesar de los parches negros que llevaba sobre los ojos, noté que dirigía su mirada hacia mí.

-Contésteme, señor Fogg -dijo-. ¿Es usted un hombre de visión clara?

-Antes pensaba que sí, pero ya no estoy tan seguro.

-Cuando tiene una cosa ante sus ojos, ¿es capaz de identificarla?

-Generalmente, sí. Pero hay veces en que resulta bastante difícil.

-¿Por ejemplo?

-Por ejemplo, a veces tengo dificultad para distinguir a los hombres de las mujeres por la calle. Ahora hay tanta gente que se deja el pelo largo, que no siempre es suficiente con una rápida ojeada. Especialmente cuando te encuentras mirando a un hombre femenino o una mujer masculina. Las señas pueden inducir a confusión.

-Y cuando se encuentra mirándome a mí, ¿qué palabras le vienen a la mente?

-Diría que estoy mirando a un hombre en una silla de ruedas.

-¿Un hombre viejo?

-Sí, un hombre viejo.

-¿Muy viejo?

-Sí, muy viejo.

-¿Ha observado algo de particular en mi, muchacho?

-Los parches que le tapan los ojos, supongo. Y que sus piernas parecen paralizadas.

-Sí, sí, mis dolencias. Saltan a la vista, ¿no?

-En cierto modo, sí.

-¿Ha sacado alguna conclusión respecto a los parches?

-Nada concreto. Mi primera idea fue que era usted ciego, pero en realidad eso no es lógico. Si una persona no ve, ¿por qué iba a molestarse en taparse los ojos para no ver? No tendría sentido. Por lo tanto, se me ocurren otras posibilidades. Tal vez los parches oculten algo peor que la ceguera. Una espantosa deformidad, por ejemplo. O puede que le hayan operado recientemente y tenga que llevarlos por prescripción facultativa. Por otra parte, también podría ser que esté parcialmente ciego y que la luz fuerte le moleste en los ojos. O que le guste llevar parches porque sí, porque le parecen atractivos. Hay muchas respuestas posibles a su pregunta. En este momento no dispongo de suficiente información para decir cuál es la respuesta exacta. En el fondo lo único que sé con certeza es que lleva usted parches en los ojos. Puedo afirmar que están ahí, pero no sé el porqué.

-En otras palabras, no da nada por sentado

-Puede ser peligroso. Sucede a menudo que las cosas son distintas de lo que parecen y uno puede meterse en líos por precipitarse en sus conclusiones.

-¿Y mis piernas?

-Esa pregunta me parece algo más sencilla. Por lo que se ve de ellas debajo de la manta, parecen estar atrofiadas, lo cual indicaría que no las ha usado desde hace muchos años. En ese caso, sería razonable suponer que no puede usted andar. Quizá nunca ha podido andar.

-Un viejo que no puede ver ni andar. ¿Qué piensa de eso, muchacho?

-Pienso que ese hombre depende más de otros de lo que quisiera.

Effing gruñó, se recostó en su silla y levantó la cara hacia el techo. Durante los siguientes diez o quince segundos, ninguno de los dos hablamos.

-¿Qué clase de voz tiene usted, muchacho? -preguntó al fin.

-No lo sé. Cuando hablo no me oigo realmente. Las pocas veces que he oído mi voz grabada en una cinta me ha sonado horrible. Pero, al parecer, a todo el mundo le pasa igual.

-¿Puede hacer la distancia?

-¿La distancia?

-Puede hacer largos recorridos. Puede usted hablar durante dos o tres horas sin quedarse ronco. Puede estar ahí sentado leyéndome en voz alta toda una tarde y que las palabras sigan saliendo de su boca. Eso es lo que quiero decir con hacer la distancia.

-Creo que puedo, sí.

-Como usted mismo ha observado, he perdido la vista. Mi relación con usted estará compuesta de palabras, si su voz no puede hacer la distancia, no vale usted un comino para mí.

-Comprendo.

Effing se echó de nuevo hacia adelante, luego hizo una breve pausa, para aumentar el efecto dramático.

-¿Le doy miedo, muchacho?

-No, creo que no.

-Pues debería dárselo. Si decido contratarle, aprenderá lo que es el miedo, se lo garantizo. Tal vez no pueda ver ni andar, pero tengo otros poderes, poderes que pocos hombres han dominado.

-¿Qué clase de poderes?

-Poderes mentales. Una fuerza de voluntad capaz de moldear el mundo físico y darle la forma que yo quiera.

-Telequinesis.

-Sí, si quiere llamarle así. Telequinesis. ¿Recuerda el apagón de hace pocos años?

Librodot

-El otoño de 1965.

-Exactamente. Fui yo quien lo causó. Había perdido la vista recientemente y un día me encontraba solo en esta habitación, maldiciendo mi suerte. A las cinco aproximadamente me dije: Ojalá el mundo entero tuviera que vivir en la misma oscuridad que yo. Antes de que pasara una hora, todas las luces de la ciudad se habían apagado.

-Pudo ser una coincidencia.

-Las coincidencias no existen. Esa palabra sólo la usan los ignorantes. Todo lo que hay en el mundo está hecho de electricidad, tanto lo animado como lo inanimado. Hasta los pensamientos emiten una carga eléctrica. Si son lo bastante fuertes, los pensamientos de un hombre pueden cambiar el mundo que le rodea. No lo olvide, muchacho.

-No lo olvidaré.

-Y usted, Marco Stanley Fogg, ¿qué poderes tiene?

-Ninguno que yo sepa. Tengo los poderes humanos normales, supongo, pero nada más. Puedo comer y dormir. Puedo andar de un sitio a otro. Puedo sentir dolor. A veces puedo incluso pensar.

-Un agitador. ¿Es eso lo que es usted, muchacho?

-No. Dudo que pudiera convencer a nadie de que hiciese algo.

-Una víctima, entonces. Es una cosa u otra. Haces o te dejas hacer.

-Todos somos victimas de algo, señor Effing. Aunque sólo sea del hecho de estar vivos.

-¿Está usted seguro de estar vivo, muchacho? Puede que únicamente imagine que lo está.

-Todo es posible. Puede que usted y yo seamos sólo quimeras, que no estemos realmente aquí. Si, estoy dispuesto a considerar eso como posibilidad.

-¿Sabe tener la boca cerrada?

-Si es preciso, supongo que soy tan capaz de callarme como el siguiente.

-¿Y quién sería el siguiente, muchacho?

-Cualquiera. Es una expresión. Puedo hablar o guardar silencio, depende de la situación.

-Si le contrato, Fogg, probablemente llegará usted a odiarme. Recuerde que es todo por su bien. Hay un propósito oculto en todo lo que hago, y no es usted quien ha de juzgarlo.

-Intentaré tenerlo en cuenta.

-Bien. Ahora acérquese y deje que le palpe los músculos. No puedo permitir que un alfeñique me lleve por la calle, ¿verdad? Si sus músculos no sirven para eso, no vale usted un comino para mí.

Me despedí de Zimmer aquella noche y a la mañana siguiente metí las pocas cosas que poseía en mi mochila y me fui a casa de Effing. El azar quiso que no volviera a ver a Zimmer hasta trece años después. Las circunstancias nos separaron, y cuando me lo encontré por casualidad en la primavera de 1982 en el cruce de la calle Varick y West Broadway en el bajo Manhattan, había cambiado tanto que al principio no le reconocí. Habla engordado entre diez y quince kilos, y mientras caminaba con su mujer y sus dos niños, me fijé en su aspecto absolutamente convencional: la panza y la calvicie incipiente del comienzo de la madurez, el aire plácido y distraído del padre de familia veterano. Ibamos en direcciones opuestas y nos cruzamos. Luego, de repente, oí que me llamaba. Eso de encontrarse casualmente con alguien del pasado es algo que ocurre con frecuencia, supongo, pero ver a Zimmer me removió todo un mundo de cosas olvidadas. Casi no me importaba saber qué había sido de él, que estaba enseñando en una

Librodot

universidad de California, que había publicado un libro de cuatrocientas páginas sobre el cine francés, que no había escrito un poema desde hacia más de diez años. Lo importante, simplemente, era que le había visto. Estuvimos parados en aquella esquina hablando de los viejos tiempos durante quince o veinte minutos, luego él y su familia se fueron corriendo a dondequiera que fuesen. No he vuelto a verle ni a saber de él desde entonces, pero sospecho que la idea de escribir este libro se me ocurrió por primera vez después de ese encuentro de hace cuatro años, en el preciso momento en que Zimmer desapareció calle abajo y le perdí de vista otra vez.

Cuando llegué al piso de Effing, la señora Hume me hizo sentar en la cocina para darme una taza de café. Me dijo que el señor Effing estaba echando su sueñecito mañanero y que no se despertaría hasta pasadas las diez. Mientras tanto, me informó de cuáles serían mis obligaciones en la casa, a qué horas eran las comidas, cuánto tiempo pasaría con Effing cada día, etcétera. Ella era la que se ocupaba del "trabajo corporal", según expresión suya, lavarle y vestirle, acostarle y levantarle, afeitarle, llevarle al retrete, mientras que mi trabajo sería un poco más complicado y menos definido. No me contrataba para que fuera su amigo exactamente, pero algo muy parecido a eso: un compañero comprensivo, una persona que rompiera la monotonía de su soledad.

-Bien sabe Dios que no le queda mucho tiempo -dijo-. Lo menos que podemos hacer es encargarnos de que sus últimos días no sean demasiado tristes.

Dije que comprendía.

-Tener cerca a una persona joven mejorará su ánimo -continuó-. Por no hablar del mío.

-Me alegro de tener este trabajo -dije.

-Él disfrutó de su conversación ayer. Dijo que usted le había dado buenas contestaciones.

-En realidad, no sabía qué decir. A veces es muy difícil seguirle.

-Si lo sabré yo. Pero siempre hay algo cociéndose en ese cerebro suyo. Está un poco loco, pero yo no le llamaría senil.

-No, es muy inteligente. Sospecho que tendré que estar siempre bien alerta con él.

-Me dijo que tenía usted una voz agradable. Por lo menos, es un principio prometedor.

-No me lo imagino usando la palabra *agradable*.

-Puede que no fuera ésa la palabra exacta, pero eso es lo que quería decir. Dijo que su voz le recordaba a la de alguien que había conocido.

-Espero que fuera alguien que le caía bien.

-No me lo dijo. Esa es una de las cosas que aprenderá del señor Thomas. Nunca te dice nada que no quiera decir.

Mi habitación estaba al final de un largo vestíbulo. Era un cuartito con una ventana que daba a un patio trasero, un rudimentario cubículo no mayor que la celda de un monje. Esto era territorio conocido para mí y no tardé en sentirme a gusto entre el escaso mobiliario: una anticuada cama de hierro con barras verticales en la cabecera y en los pies, una cómoda y una librería que cubría una pared, ocupada fundamentalmente por libros rusos y franceses. Había un solo cuadro en la habitación, un grabado grande dentro de un marco negro, que representaba una escena mitológica llena de figuras humanas y de una plétora de detalles arquitectónicos. Más adelante supe que era una reproducción en blanco y negro de una de las tablas de una serie de pinturas de Thomas Cole titulada *El curso del imperio*, una saga visionaria del esplendor y la decadencia del Nuevo Mundo. Deshice mi equipaje y comprobé que todo lo que poseía cabía perfectamente en el primer cajón de la cómoda. Sólo había traído un libro, un ejemplar de bolsillo de las *Pensées* de Pascal que Zimmer me había dado como regalo de

Librodot

despedida. Por el momento lo puse encima de la almohada y luego retrocedí un paso para examinar mi nueva habitación. No era gran cosa, pero era mía. Después de tantos meses de incertidumbre, me consolaba simplemente poder estar entre aquellas cuatro paredes, saber que ahora había un sitio en el mundo que podía llamar mío.

Los dos primeros días que estuve allí llovió constantemente. Como no podíamos salir a dar un paseo por la tarde, pasamos todo el día en el cuarto de estar. Effing se mostró menos combativo que durante la entrevista y la mayor parte del tiempo estuvo callado, escuchando lo que yo le leía. Me resultaba difícil juzgar la naturaleza de su silencio, saber si lo utilizaba para ponerme a prueba de una forma que yo no entendía, o si era sencillamente un reflejo de su estado de ánimo. Como me sucedió con gran parte del comportamiento de Effing durante el tiempo que estuve en su casa, dudaba entre ver un oscuro propósito en sus actos o desecharlos como productos de un impulso casual. Las cosas que me decía, los libros que elegía para que se los leyera, los extraños encargos que me mandaba hacer, ¿formaban parte de un oscuro y complicado plan, o sólo me lo pareció así cuando pensé en ellos retrospectivamente? A veces me parecía que estaba tratando de transmitirme misteriosos y arcanos conocimientos, que actuaba como mentor de mi formación interior, pero sin decírmelo, obligándome a jugar un juego sin darme a conocer las reglas del mismo. Éste era el Effing guía espiritual chiflado, un excéntrico maestro empeñado en iniciarme en los secretos del mundo. Otras veces, sin embargo, cuando su egoísmo y su arrogancia se desataban, me parecía que no era más que un viejo cruel, un maníaco acabado que vivía en la frontera entre la locura y la muerte. En resumen, me lanzó un buen montón de insultos y no pasó mucho tiempo antes de que me hartara de él, a pesar de que mi fascinación iba en aumento. Varias veces, cuando estaba a punto de dejarle, Kitty me convenció de que me quedara, pero creo que en el fondo siempre quise quedarme, incluso cuando me parecía imposible aguantarle un minuto más. Hubo semanas enteras en que apenas podía volver los ojos hacia él y tenía que hacer un verdadero esfuerzo para estar sentado en la misma habitación en que él estaba. Pero lo aguanté, resistí hasta el final.

Aun en sus momentos más plácidos, a Effing le gustaba dar pequeñas sorpresas. Aquella primera mañana, por ejemplo, cuando entró en la habitación manejando él mismo su silla de ruedas, llevaba unas gafas oscuras de ciego. Los parches negros, que habían dado lugar a tanta conversación durante la entrevista, habían desaparecido. Effing no hizo ningún comentario respecto al cambio. Supuse que aquél era uno de los casos en que debía mantener la boca cerrada y por lo tanto yo tampoco dije nada sobre el asunto. Al día siguiente llevaba unas gafas graduadas normales de montura metálica y cristales absurdamente gruesos. Ampliaban y distorsionaban la forma de sus ojos, haciéndolos parecer del tamaño de huevos de pájaro, protuberantes esferas azules a punto de salírsele de las órbitas. Me resultaba difícil saber si aquellos ojos veían o no. Había momentos en que estaba convencido de que era todo mentira y que veía tan bien como yo; en otros momentos estaba igualmente convencido de que era totalmente ciego. Eso es lo que Effing quería, por supuesto. Lanzaba señales intencionadamente ambiguas y luego disfrutaba de la incertidumbre que producían, negándose en redondo a dar información precisa. Algunos días se dejaba los ojos descubiertos, sin parches ni gafas. Otros días se presentaba con un pañuelo negro sobre los ojos atado en la parte de atrás de la cabeza, lo cual le hacía parecer un prisionero a punto de ser ejecutado por un pelotón de fusilamiento. Me era imposible saber qué significaban los distintos disfraces. Él nunca los mencionaba y yo nunca tuve el valor de preguntarle nada. Decidí que lo importante era no permitir que sus rarezas me obsesionaran. Él podía hacer lo que quisiera, mientras yo no cayera en su trampa, nada de aquello podía afectarme. Por lo menos, eso era lo que yo me decía. A pesar de mi determinación, a veces era difícil resistirse. Especialmente los días en que se dejaba los ojos descubiertos, me sorprendía

a menudo mirándolos fijamente, incapaz de no hacerlo, indefenso ante su poder de atracción. Era como si intentara descubrir alguna verdad en ellos, una. abertura que me metiese directamente en la oscuridad de su cráneo. Pero nunca lo conseguí. Pese a los cientos de horas que pasé mirándolos atentamente, los ojos de Effing nunca me revelaron nada.

Él había seleccionado todos los libros previamente, sabía exactamente lo que quería escuchar. Aquellas lecturas no eran una forma de recreo, sino una búsqueda, una tenaz investigación de ciertos temas limitados y precisos. Eso no hacía que sus motivos me resultaran más evidentes, pero al menos había una especie de lógica subterránea en la empresa. La serie inicial de libros trataba el tema del viaje, en general el viaje a lo desconocido y el descubrimiento de nuevos mundos. Empezamos con los viajes de Saint Brendan y Sir John de Mandeville, luego pasamos a Colón, Cabeza de Vaca y Thomas Harriot. Leímos extractos de *Viajes por la Arabia desierta* de Doughty, perseveramos en la lectura completa del libro de John Wesley Powell sobre su expedición cartográfica siguiendo el curso del río Colorado y acabamos con varias historias de cautiverio de los siglos XVIII y XIX, relatos de primera mano escritos por colonos blancos que habían sido raptados por los indios. Encontré estos libros uniformemente interesantes, y una vez que me acostumbré a leer en voz alta durante muchas horas seguidas, creo que adquirí un estilo aceptable. Todo se basaba en la claridad de la enunciación, la cual a su vez dependía de modulaciones de tono, sutiles pausas y una constante atención a las palabras escritas. Effing raras veces hacía ningún comentario mientras yo leía, pero yo sabía que estaba escuchando por los ruidos que dejaba escapar cuando llegábamos a un párrafo especialmente crucial o emocionante. Probablemente era durante estas sesiones de lectura cuando me sentía en mayor armonía con él, pero pronto aprendí a no confundir su silenciosa concentración con buena disposición. Después del tercer o cuarto libro de viajes, se me ocurrió sugerir que tal vez le divertiría escuchar algunas partes del viaje de Cyrano a la luna. Esta sugerencia fue recibida con un gruñido.

-Guárdese sus ideas, muchacho -dijo-. Si quisiera su opinión, se la pediría.

La pared del fondo del cuarto de estar estaba cubierta por una librería que llegaba desde el suelo hasta el techo. No sé cuántos libros habría en esos estantes, pero serían por lo menos quinientos o seiscientos, puede que mil. Effing parecía saber dónde estaba cada uno de ellos y cuando llegaba el momento de empezar un nuevo libro, me decía exactamente dónde lo encontraría.

-Segundo estante, doce o quince espacios desde la izquierda -decía-. Lewis y Clarke. Un libro rojo encuadernado en tela.

Jamás se equivocaba y a medida que se acumulaban las pruebas de su extraordinaria memoria, no pude por menos de sentirme impresionado. Una vez le pregunté si conocía los métodos memorísticos de Cicerón y de Raimundo Lulio, pero desechó mi pregunta con un gesto de la mano.

-Esas cosas no se pueden aprender -dijo-. Es un talento con el que se nace, un don natural. -Hizo una breve pausa y luego continuó con un tono astuto y burlón-. Pero ¿cómo puede usted estar seguro de que sé dónde están los libros? Párese a pensarlo. Tal vez vengo aquí a escondidas por la noche y los cambio de sitio mientras usted está durmiendo. O puede que los mueva por telepatía cuando usted está de espaldas. ¿No es así, jovencito? -Interpreté que era una pregunta retórica y no dije nada para contradecirle-. Recuerde, Fogg -añadió-, nunca dé nada por sentado. Sobre todo cuando trate con una persona como yo.

Pasamos los dos primeros días en el cuarto de estar mientras las fuertes lluvias de noviembre golpeaban contra las ventanas. La casa de Effing era muy silenciosa y había momentos, cuando yo hacía una pausa en la lectura para tomar aliento, en los que el sonido más fuerte que se oía era el tictac del reloj que había sobre la chimenea. A

Librodot

veces la señora Hume hacia algún ruido en la cocina y desde la calle llegaba el ruido ahogado del tráfico, el chirrido de los neumáticos al pasar sobre el pavimento mojado. Era una sensación a la vez rara y agradable la de estar sentado en un interior mientras el mundo se ocupaba de sus asuntos y los propios libros aumentaban esta sensación de distanciamiento. Todo en ellos era lejano, misterioso, cargado de maravillas: un monje irlandés que cruzó el Atlántico en el año 500 y encontró una isla que creyó que era el Paraíso; el mítico reino de Prester John; un científico norteamericano manco fumando la pipa de la paz con los indios zuni de Nuevo México. Las horas pasaban y ninguno de los dos nos movíamos de nuestro sitio, Effing en su silla de ruedas, yo en el sofá enfrente de él; había momentos en que la lectura me absorbía de tal modo que casi no sabía dónde estaba, que llegaba a parecerme que ya no estaba dentro de mi propia piel.

Comíamos y cenábamos en el comedor a las doce y a las seis todos los días. Effing era muy preciso en el cumplimiento de este horario y cada vez que la señora Hume asomaba la cabeza por la puerta para anunciar que la comida estaba lista, él desviaba su atención del libro bruscamente. Daba igual en qué punto de la historia nos encontrásemos. Incluso cuando nos faltaban solamente una o dos páginas para acabarlo, Effing me interrumpía en mitad de una frase y me ordenaba dejarlo.

-Es hora de comer -decía-, seguiremos con eso más tarde.

No era que tuviese mucho apetito -de hecho comía poquísimo-, sino que la compulsión de ordenar sus días de un modo estricto y racional era demasiado fuerte para ignorarla. Una o dos veces pareció lamentar sinceramente que tuviésemos que interrumpir la lectura, pero nunca hasta el extremo de querer modificar el horario.

-Lástima -decía-. Justo cuando se estaba poniendo interesante.

La primera vez que sucedió esto me ofrecí a continuar leyendo un poco más.

-Imposible -dijo-. No podemos alterar el mundo a causa de los placeres momentáneos. Ya habrá tiempo para esto mañana.

Effing no comía mucho, pero lo poco que comía lo ingería babeando, gruñendo y derramando el alimento de manera desaforada. Me asqueaba contemplar este espectáculo, pero no tenía otro remedio que aguantarme. Siempre que Effing intuía que yo le estaba mirando, desplegaba inmediatamente una batería de trucos aún más repulsivos: dejar que la comida se le saliera de la boca y le resbalara por la barbilla, eructar, fingir náuseas y ataques cardíacos, quitarse la dentadura postiza y ponerla sobre la mesa. Le gustaban especialmente las sopas y durante todo el invierno comenzamos la comida con una sopa diferente cada día, hecha por la propia señora Hume. Eran sopas deliciosas, de verduras, de berros, de puerros y patata, pero rápidamente llegué a temer el momento en que tendría que sentarme a la mesa y ver a Effing tomándoselas. No es que sorbiera; la aspiraba, taladrando el aire con el clamor y la vibración de una aspiradora estropeada. Este ruido era tan irritante, tan definido, que empecé a oírlo continuamente, incluso cuando no estábamos en la mesa. Todavía ahora, si consigo concentrarme lo suficiente, puedo evocarlo con sus más sutiles características: el sobresalto del primer momento en que los labios de Effing se encontraban con la cuchara, destrozando el silencio con una monumental inspiración; el prolongado y agudo estruendo que venía a continuación, un espantoso ruido que parecía convertir el líquido en una mezcla de grava y cristales rotos cuando pasaba por su garganta; la deglución, la breve pausa que la seguía, el golpe de la cuchara al chocar con el plato y luego un fuerte estremecimiento cuando espiraba el aire. Entonces chasqueaba los labios, a veces incluso hacía una mueca de placer, y el proceso comenzaba de nuevo: llenaba la cuchara y se la llevaba a la boca (siempre con la cabeza agachada, para acortar el viaje entre el plato y su boca, pese a lo cual cuando la cuchara se acercaba a los labios su mano temblorosa dejaba caer chorritos de sopa que salpicaban sobre el plato) y entonces había una nueva explosión, una nueva herida en los oídos cuando se

Librodot

producía otra vez la succión. Afortunadamente, raras veces terminaba un plato de sopa. Tres o cuatro de estas cacofónicas cucharadas bastaban generalmente para agotarle, después de lo cual apartaba el plato y le preguntaba tranquilamente a la señora Hume qué había preparado de segundo. No sé cuántas veces oí esos ruidos, pero desde luego las suficientes para saber que nunca me abandonarán, que los llevaré en la cabeza el resto de mi vida.

La señora Hume demostraba una admirable paciencia durante estas exhibiciones. Nunca expresaba alarma ni desagrado y actuaba como si la conducta de Effing formara parte del orden natural de las cosas. Igual que le sucede a alguien que vive junto al ferrocarril o junto a un aeropuerto, se había acostumbrado a periódicos estallidos de ruido ensordecedor, y cuando Effing empezaba con uno de sus ataques de sorbetones y babeos, ella sencillamente dejaba de hablar y esperaba a que pasara la perturbación. El tren de Chicago atravesaba la noche a toda velocidad, haciendo vibrar los cristales y sacudiendo los cimientos de la casa, y luego, tan rápidamente como había venido, se iba. Muy de tarde en tarde, cuando Effing se ponía particularmente detestable, ella me miraba y me guiñaba un ojo, como diciendo: No le hagas caso; el viejo está loco y nosotros no podemos hacer nada. Pensándolo ahora, me doy cuenta de lo importante que era ella para mantener cierto grado de estabilidad en aquella casa. Una persona más volátil hubiera caído en la tentación de responder a los desmanes de Effing y eso hubiera empeorado las cosas, porque si se le provocaba, el viejo se volvía feroz. El temperamento flemático de la señora Hume era muy adecuado para evitar dramas incipientes y escenas desagradables. Tenía un alma tan grande como su cuerpo y era mucho lo que podía absorber sin ningún efecto perceptible. Al principio, a veces me disgustaba verla aceptar tantas injurias, pero luego comprendí que era la única estrategia razonable para soportar las excentricidades del viejo. Sonreír, encogerse de hombros, seguirle la corriente. Fue ella quien me enseñó cómo tratar a Effing, y sin su ejemplo dudo que hubiera durado mucho en ese trabajo.

Siempre venía a la mesa provista de una toalla limpia y un babero. El babero se lo ataba a Effing alrededor del cuello antes de que empezara la comida y la toalla la usaba para limpiarle la cara en casos extremos. En ese sentido era como sentarse a comer con un niño pequeño. La señora Hume desempeñaba el papel de madre cuidadosa con gran aplomo. Como había criado tres hijos, me dijo una vez, no tenía necesidad de pensarlo dos veces. Cumplir con estas obligaciones físicas era una cosa, pero también estaba la responsabilidad de hablarle a Effing de tal modo que le mantuviera controlado verbalmente. En esto se comportaba con la habilidad de una prostituta experta manejando a un cliente difícil. Ninguna petición era demasiado absurda, ninguna sugerencia podía escandalizarla, ningún comentario era demasiado disparatado para ser tomado en serio. Una o dos veces por semana, Effing la acusaba de estar tramando algo contra él: de envenenar su comida, por ejemplo (mientras escupía en su plato pedazos de zanahoria medio masticada o carne cortada en trocitos), o de planear robarle todo su dinero. En lugar de ofenderse, ella le contestaba tranquilamente que los tres nos moriríamos pronto, puesto que los tres estábamos comiendo lo mismo. O bien, si él insistía mucho, cambiaba de táctica y confesaba su crimen.

-Es verdad -decía-. He puesto tres cucharadas soperas de arsénico en el puré de patatas. Empezará a hacerle efecto dentro de unos quince minutos y entonces se habrán acabado todos mis problemas. Seré una mujer rica, señor Thomas (siempre le llamaba señor Thomas), y usted estará al fin pudriéndose en su tumba.

Esta clase de respuesta nunca dejaba de hacerle gracia a Effing.

-Ja, ja, ja! Va usted detrás de mis millones, bruja avariciosa. Siempre lo he sabido. Quiere tener pieles y brillantes, ¿eh? Pues no le servirán de nada, gorda. Seguirá pareciendo una lavandera sebosa se ponga lo que se ponga.

Librodot

Y luego, sin preocuparse por la contradicción, seguía devorando con entusiasmo la comida envenenada.

Effing ponía a prueba su paciencia, pero en el fondo creo que la señora Hume le tenía afecto. Contrariamente a lo que hacen la mayoría de las personas que cuidan a los ancianos, no le trataba como si fuera un niño retrasado mental o un bloque de madera. Le daba libertad para vociferar y despotricar, pero cuando la situación lo requería, también era capaz de responderle con firmeza. Había encontrado un montón de epítetos y nombres para él y no vacilaba en usarlos cuando era necesario: viejo mentecato, bribón, grajo, farsante, un surtido inagotable. No sé de dónde los sacaba, pero salían de su boca en racimos, siempre combinando un tono de insulto con uno de áspero afecto. Llevaba nueve años con Effing y, puesto que no parecía ser persona que disfrutara sufriendo, debía de encontrar alguna clase de satisfacción en aquel trabajo. Desde mi punto de vista, la idea de esos nueve años era abrumadora. Si uno se paraba a pensar que solamente se tomaba un día libre al mes, la cosa se volvía casi inconcebible. Yo, por lo menos, tenía todas las noches libres y a partir de cierta hora podía entrar y salir cuando quisiera. Tenía a Kitty y también el consuelo de saber que mi puesto con Effing no era el objetivo principal de mi vida, que tarde o temprano lo dejaría para hacer otra cosa. La señora Hume no tenía ningún desahogo. Estaba de guardia permanente y su única oportunidad de salir de casa era cuando iba a hacer la compra durante una o dos horas por las tardes. No era precisamente lo que uno llamaría una verdadera vida. Tenía sus revistas, *Reader's Digest* y *Redbook*, alguna que otra novela de misterio, un pequeño televisor en blanco y negro que veía en su cuarto después de haber acostado a Effing, siempre con el sonido muy bajo. Su marido había muerto de cáncer trece años antes y sus tres hijos vivían lejos: una hija en California, otra en Kansas, el hijo destinado en una base militar en Alemania. Les escribía cartas a todos, y su mayor placer era recibir fotografías de sus nietos, que luego metía en las esquinas del espejo de su tocador. En su día libre iba a visitar a su hermano Charlie al hospital de veteranos del Bronx. Había sido piloto de bombarderos en la Segunda Guerra Mundial y, por lo poco que ella me dijo, deduje que no estaba bien de la cabeza. Iba fielmente a verle todos los meses, sin olvidarse nunca de llevarle una bolsita de bombones y un montón de revistas deportivas, y en todo el tiempo que la conocí, nunca la oí quejarse de tener que ir. La señora Hume era una roca. Pensándolo bien, nadie me ha enseñado tanto como ella.

Effing era un caso difícil, pero sería erróneo definirle únicamente en términos de dificultad. Si se hubiera caracterizado sólo por su antipatía y su mal humor, sus estados de ánimo habrían sido más previsibles y eso habría simplificado el trato con él. Uno habría sabido lo que podía esperar; habría sabido a qué atenerse. Pero el viejo era demasiado esquivo. Si resultaba difícil, era precisamente porque no siempre era difícil y por eso conseguía tenerle a uno en un estado permanente de desequilibrio. Había días enteros en los que de su boca no salía nada que no fuera amargura y sarcasmo, pero justo cuando yo me había convencido de que no quedaba en él ni una partícula de simpatía o amabilidad, salía de pronto con un comentario de tan tremenda compasión, una frase que revelaba una comprensión y un conocimiento tan profundos de los seres humanos, que yo me veía obligado a reconocer que le había juzgado mal, que en realidad no era tan malo como yo pensaba. Poco a poco, empecé a percibir otra faceta de Effing. No me atrevería a llamarla una faceta sentimental, pero a veces se acercaba mucho a eso. Al principio, intenté pensar que era un juego, un truco para mantenerme desconcertado, pero eso hubiese implicado que Effing calculaba de antemano esos enternecimientos, cuando la verdad era que siempre parecían producirse espontáneamente, provocados por un detalle casual de un suceso o una conversación. Sin embargo, si esta faceta buena era auténtica, entonces, ¿por qué no la dejaba aparecer con más frecuencia? ¿Era simplemente una aberración de su verdadera personalidad, o

Librodot

era realmente la esencia de su ser? Nunca llegué a una conclusión definitiva al respecto, salvo, tal vez, la de que no se podía excluir ninguna de las dos posibilidades. Effing era ambas cosas a la vez. Era un monstruo pero al mismo tiempo había en él un hombre bueno, un hombre a quien yo podría admirar. Esto me impedía odiarle tanto como habría deseado. Como no podía apartarle de mi mente fundándome en un solo sentimiento, acabé pensando en él casi constantemente. Comencé a verle como un alma torturada, un hombre perseguido por su pasado que se esforzaba por ocultar, una secreta angustia que le devoraba por dentro.

Mi primer vislumbre de este otro Effing tuvo lugar durante la cena de la segunda noche que pasé allí. La señora Hume estaba haciéndome preguntas acerca de mi infancia y yo mencioné que mi madre murió atropellada por un autobús en Boston. Effing, que hasta entonces no estaba atendiendo a la conversación, dejó de pronto el tenedor en el plato y volvió la cara hacia mí. Con una voz que no le había oído antes, cargada de ternura y cordialidad, dijo:

-Es terrible, muchacho. Verdaderamente terrible.

No había la menor indicación de que no hablara en serio.

-Sí -dije-. Fue un golpe muy duro. Yo no tenía más que once años cuando sucedió y seguí echando de menos a mi madre durante mucho tiempo. Para ser totalmente sincero, todavía la echo de menos.

La señora Hume meneó la cabeza cuando dije eso y vi que sus ojos se humedecían de tristeza. Tras una breve pausa, Effing dijo:

-Los coches son una amenaza. Si no tenemos cuidado, acabarán con todos nosotros. Lo mismo le ocurrió a mi amigo ruso hace dos meses. Salió de casa una mañana para comprar el periódico, bajó el bordillo de la acera para cruzar Broadway y un maldito Ford amarillo le atropelló. El conductor siguió su camino, ni siquiera se molestó en parar. De no ser por ese maníaco, Pavel estaría ahora sentado en la misma silla en que está usted, Fogg, comiendo la misma comida que se está usted llevando a la boca. Pero ahora está a dos metros bajo tierra en algún lugar olvidado de Brooklyn.

-Pavel Shum -añadió la señora Hume-. Empezó a trabajar para el señor Thomas en París, allá por los años treinta.

-Entonces su nombre era Shumansky, pero lo acortó cuando nos vinimos a Estados Unidos en el treinte y nueve.

-Eso explica todos los libros en ruso que hay en mi cuarto -dije.

-Los libros en ruso, en francés, en alemán -dijo Effing-. Pavel hablaba con soltura seis o siete idiomas. Era un hombre muy culto, un verdadero erudito. Cuando le conocí en el año treinta y dos trabajaba de friegaplatos en un restaurante y vivía en un sexto piso, en un cuarto de servicio sin calefacción ni agua corriente. Era uno de los rusos blancos que llegaron a París durante la guerra civil. Habían perdido todo lo que tenían. Yo le protegí, le di casa y él me ayudaba a cambio. Esta relación duró treinta y siete años y lo único que lamento es no haber muerto antes que él. Fue el único amigo de verdad que he tenido en mi vida.

De repente, a Effing le temblaron los labios, como si estuviera al borde de las lágrimas. A pesar de todo lo que había sucedido antes, no pude por menos de sentir pena de él.

El sol volvió a salir al tercer día. Effing durmió su acostumbrada siesta matinal, pero cuando la señora Hume le sacó de su habitación a las diez, ya estaba preparado para nuestro primer paseo, bien envuelto en pesadas prendas de lana y agitando un bastón con la mano derecha. De Effing se podían decir muchas cosas, pero no que se tomara las cosas con indiferencia. Se disponía a iniciar nuestra excursión por las calles del barrio con todo el entusiasmo de un explorador que va a emprender un viaje al

Ártico. Había que hacer innumerables preparativos: comprobar la temperatura y la velocidad del viento, trazar una ruta por adelantado, asegurarse de que iba suficientemente abrigado. En tiempo frío, Effing llevaba toda clase de protección superflua; se ponía varios jerseys y bufandas, un enorme abrigo que le llegaba hasta los tobillos, una manta, guantes y un gorro de piel estilo ruso con orejeras. En días especialmente helados (cuando la temperatura descendía por debajo de cero) llevaba incluso una máscara de esquí. Quedaba prácticamente enterrado bajo el volumen de todas estas ropas, que le hacían parecer aún más canijo y ridículo que de costumbre, pero Effing no podía soportar la incomodidad física y, puesto que no le preocupaba llamar la atención, llevaba estas extravagancias de indumentaria hasta el límite. El día de nuestro primer paseo hacia bastante frío, y mientras nos preparábamos para salir, me preguntó si tenía un abrigo. No, le contesté, sólo tenía mi chaqueta de cuero. Eso no bastaba, me dijo, no bastaba en absoluto.

-No puedo consentir que se le congele el culo a medio paseo -me explicó-. Necesita usted ropa que le permita cubrir la distancia, Fogg.

Le ordenó a la señpra Hume que trajese el abrigo que había pertenecido a Pavel Shum. Resultó ser una baqueteada reliquia de tweed que me sentaba bastante bien; era de color marrón con nudos rojos y verdes salpicados por la tela. A pesar de mis objeciones, Effing insistió en que me lo quedara, tras lo cual yo ya no podía decir nada sin provocar una disputa. Así fue como heredé el abrigo de mi precedesor. Se me hacía raro llevarlo, sabiendo que había pertenecido a un hombre que había muerto, pero continué usándolo en todas nuestras salidas durante el resto del invierno. Para calmar mis escrúpulos, traté de considerarlo como un uniforme de trabajo, pero eso no me sirvió de mucho. Cada vez que me lo ponía, no podía evitar la sensación de que me metía en el cuerpo de un muerto, de que me había convertido en el fantasma de Pavel Shum.

No tardé mucho en aprender a manejar la silla de ruedas. El primer día hubo algunas sacudidas, pero una vez que aprendí a inclinarla en el ángulo adecuado para subir y bajar los bordillos, todo fue como una seda. Effing pesaba poquísimo y empujarle apenas suponía esfuerzo para mis brazos. En otros aspectos, sin embargo, nuestras excursiones me resultaban muy difíciles. No bien salíamos, Effing empezaba a dar bastonazos en el aire, preguntándome qué objeto estaba señalando. En cuanto se lo decía, insistía en que se lo describiera. Cubos de basura, escaparates, portales: quería que le hiciera una descripción precisa de estas cosas y si yo no conseguía encontrar las palabras con suficiente rapidez para satisfacerle, estallaba en un ataque de cólera.

-¡Maldita sea, muchacho -decía-, use los ojos que tiene en la cara! Yo no veo nada y usted se pone a decir estupideces como “un farol corriente” y “una tapa de alcantarilla absolutamente vulgar”. No hay dos cosas iguales, idiota, cualquier cretino sabe eso. Quiero ver las cosas que estamos mirando, maldita sea, ¡quiero que usted me las haga ver!

Era humillante recibir semejante regañina en medio de la calle, quedarse allí parado mientras el viejo me insultaba y la gente volvía la cabeza para ver quién armaba tal escándalo. Una o dos veces estuve tentado de marcharme y dejarle allí, pero la verdad era que a Effing no le faltaba razón. Yo no hacía bien mi tarea. Me di cuenta de que nunca había adquirido el hábito de mirar las cosas con atención, y ahora que me pedían que lo hiciera, los resultados eran muy deficientes. Hasta entonces, yo había tenido tendencia a generalizar, a ver las semejanzas más que las diferencias entre las cosas. Ahora me encontraba arrojado a un mundo de particularidades y el esfuerzo por evocarlas en palabras, por transmitir los datos sensoriales inmediatos, suponía un reto para el que no estaba bien preparado. Para conseguir lo que deseaba, Effing debería haber contratado a Flaubert para que le paseara por las calles, pero hasta Flaubert

Librodot

trabajaba despacio, a veces tardaba horas en escribir una sola frase perfecta. Yo no sólo tenía que describir las cosas con exactitud, sino que tenía que hacerlo en cuestión de segundos. Más que nada, detestaba las inevitables comparaciones con Pavel Shum. Una vez, cuando me estaba resultando particularmente difícil, Effing habló de su amigo muerto durante varios minutos, describiéndole como un maestro de la frase poética, inventor sin igual de imágenes adecuadas y asombrosas, estilista cuyas palabras revelaban milagrosamente la verdad palpable de los objetos.

-Y pensar -dijo Effing- que el inglés no era su lengua materna...

Esa fue la única vez en que le respondí en lo referente a ese tema, pues me sentí tan dolido por su comentario que no pude contenerme.

-Si le interesa otro idioma -dije-, estaré encantado de complacerle. ¿Qué le parece el latín? Le hablaré en latín de ahora en adelante, si quiere. Mejor aún, le hablaré en latín vulgar. Así no tendrá ninguna dificultad en entenderlo.

Era un comentario estúpido, y Effing me puso rápidamente en mi sitio.

-Cállese y hable, muchacho -dijo-. Cuénteme cómo son las nubes. Descríbame cada nube que hay en el cielo hacia el oeste, una por una hasta donde alcance su vista.

Para poder hacer lo que Effing me pedía, tuve que aprender a separarme de él. Lo esencial era no sentirse agobiado por sus órdenes, sino transformarlas en algo que yo hacía por gusto. No había nada inherentemente malo en aquella actividad, después de todo. Considerado de la forma adecuada, el esfuerzo de describir las cosas con exactitud era precisamente la clase de disciplina que podía enseñarme lo que más deseaba aprender: humildad, paciencia y rigor. En lugar de hacerlo simplemente para cumplir con una obligación, empecé a considerarlo como un ejercicio espiritual, un método para acostumbrarme a mirar al mundo como silo descubriera por primera vez. ¿Qué ves? Y eso que ves, ¿cómo lo expresarías con palabras? El mundo nos entra por los ojos, pero no adquiere sentido hasta que desciende a nuestra boca. Empecé a apreciar lo grande que era esa distancia, a comprender lo mucho que tenía que viajar una cosa para llegar de un sitio a otro. En términos reales no eran más que unos centímetros, pero teniendo en cuenta los muchos accidentes y pérdidas que podían producirse por el camino, era casi como un viaje de la tierra a la luna. Mis primeros intentos con Effing fueron terriblemente vagos, simples sombras que cruzaban fugazmente un fondo borroso. Yo había visto todo esto anteriormente, me decía, ¿cómo podía tener dificultad para describirlo? Un extintor de incendios, un taxi, un chorro de vapor que salía de la acera, eran cosas que me resultaban tremendamente conocidas, me parecía que me las sabía de memoria. Pero eso no tomaba en consideración la mutabilidad de las cosas, la forma en que cambiaban dependiendo de la fuerza y el ángulo de la luz, la forma en que su aspecto quedaba alterado por lo que sucedía a su alrededor: una persona que pasaba por allí, una repentina ráfaga de viento, un reflejo extraño. Todo estaba en un flujo constante, y aunque dos ladrillos de una pared se pareciesen mucho, nunca se podía afirmar que fuesen idénticos. Más aún, el mismo ladrillo no era nunca realmente el mismo. Se iba desgastando, desmoronándose imperceptiblemente por los efectos de la atmósfera, el frío, el calor, las tormentas que lo atacaban, y si uno pudiera mirarlo a lo largo de los siglos, al final comprobaría que había desaparecido. Todo lo inanimado se desintegraba, todo lo viviente moría. Cada vez que pensaba en esto notaba latidos en la cabeza al imaginar los furiosos y acelerados movimientos de las moléculas, las incesantes explosiones de la materia, el hirviente caos oculto bajo la superficie de todas las cosas. Era lo que Effing me había advertido en nuestro primer encuentro: No des nada por sentado. Después de la indiferencia, pasé por una etapa de intensa alarma. Mis descripciones se volvieron excesivamente minuciosas, pues tratando desesperadamente de captar cada posible matiz de lo que veía, mezclaba los detalles en un disparatado revoltijo para no omitir nada. Las palabras salían de mi boca como balas de

Librodot

ametralladora, un asalto con fuego rápido. Effing tenía que decirme continuamente que hablara más despacio, quejándose de que no podía seguirme. El problema no era tanto de velocidad como de enfoque. Amontonaba demasiadas palabras unas sobre otras, de modo que en vez de revelar lo que teníamos delante, lo oscurecía, lo enterraba bajo una avalancha de sutilezas y de abstracciones geométricas. Lo importante era recordar que Effing era ciego. Mi misión no era agotarle con largos catálogos, sino ayudarle a ver las cosas por sí mismo. En última instancia, las palabras no importaban. Su función era permitirle percibir los objetos lo más rápidamente posible, y para eso yo tenía que hacerlas desaparecer no bien pronunciadas. Me costó semanas de duro trabajo simplificar mis frases, aprender a distinguir lo superfluo de lo esencial. Descubrí que cuanto más aire dejara alrededor de una cosa, mejores eran los resultados, porque eso le permitía a Effing hacer el trabajo fundamental: construir una imagen sobre la base de unas cuantas sugerencias, sentir que su mente viajaba hacia las cosas que yo le describía. Descontento con mis primeras actuaciones, me dediqué a practicar cuando estaba solo, por ejemplo, tumbado en la cama por la noche, repasaba los objetos de la habitación para ver si podía mejorar mis descripciones. Cuanto más trabajaba en ello, más en serio me lo tomaba. Ya no lo veía como una actividad estética, sino moral, y comencé a sentirme menos molesto por las criticas de Effing y a preguntarme si su impaciencia e insatisfacción no servirían a un fin más alto. Yo era un monje que buscaba la iluminación y Effing era mi cilicio, el látigo con el que me flagelaba. Creo que no hay la menor duda de que mejoré, pero eso no quiere decir que estuviera totalmente satisfecho de mis esfuerzos. Las exigencias de las palabras son demasiado grandes; uno conoce el fracaso con excesiva frecuencia para poder enorgullecerse del éxito ocasional. A medida que transcurría el tiempo, Effing se hizo más tolerante con mis descripciones, pero no estoy seguro de que eso significara que se acercaban más a lo que él deseaba. Tal vez había renunciado a la esperanza o tal vez había perdido interés. Me era difícil saberlo. También puede ser que se estuviera acostumbrando a mí, simplemente.

Durante el invierno, generalmente limitábamos nuestros paseos a las calles más próximas. West End Avenue, Broadway, las bocacalles de las Setenta y las Ochenta. Muchas de las personas con las que nos cruzábamos reconocían a Effing y, contrariamente a lo que yo habla pensado, parecían alegrarse de verle. Algunos incluso se paraban a saludarle: fruteros, vendedores de periódicos, ancianos que también iban de paseo. Effing los reconocía a todos por el sonido de su voz y les hablaba de una manera cortés aunque algo distante: el noble que ha bajado de su castillo para mezclarse con los habitantes de la aldea. Parecía inspirarles respeto, y en las primeras semanas le hablaron mucho de Pavel Shum, a quien al parecer todos conocían y querían. En el barrio todo el mundo conocía la historia de su muerte (algunos incluso habían presenciado el accidente) y Effing soportó muchos apretones de mano y muestras de condolencia, recibiendo estas atenciones con gran aplomo. Era notable con qué elegancia se comportaba cuando quería, cuán profundamente parecía comprender las convenciones de la conducta social.

-Este es mi nuevo acompañante -decía, señalándome-. El señor M. S. Fogg, recientemente graduado por la Universidad de Columbia.

Todo muy correcto y adecuado, como si yo fuera un distinguido personaje que hubiese abandonado otros numerosos compromisos para honrarle con mi presencia. La misma transformación tenía lugar en la confitería de la calle Setenta y dos donde a veces tomábamos una taza de té antes de volver a casa. Ni un babeo, ni una gota, ni un ruido escapaban de sus labios. Cuando había extraños observándole, Effing era un perfecto caballero, un impresionante modelo de decoro.

Era difícil mantener una conversación mientras dábamos estos paseos. Los dos

Librodot

íbamos mirando en la misma dirección, y puesto que mi cabeza estaba muy por encima de la suya, las palabras de Effing tendían a perderse antes de llegar a mis oídos. Tenía que agacharme para oírle, y como a él no le gustaba que nos parásemos o aflojásemos el paso, se guardaba sus comentarios hasta que llegábamos a una esquina y teníamos que esperar para cruzar. Cuando no me pedía que le describiera las cosas, raras veces hacía más que breves afirmaciones o preguntas. ¿Qué calle es ésta? ¿Qué hora es? Tengo frío. Había días en los que apenas decía una palabra desde que salíamos hasta que volvíamos; se abandonaba al movimiento de la silla de ruedas, con la cara levantada hacia el sol, gimiendo suavemente para sí en un éxtasis de placer físico. Le encantaba sentir el aire en la piel, se regodeaba en la luz invisible que caía sobre él y los días en que yo conseguía mantener un ritmo constante, sincronizando mis pasos con el girar de las ruedas, notaba que él sucumbía. gradualmente a esta música, adormilándose como un bebé en un cochecito.

A finales de marzo y principios de abril empezamos a dar paseos más largos, dejando atrás la parte alta de Broadway y adentrándonos por otros barrios. A pesar de que las temperaturas eran más altas, Effing continuaba envolviéndose en pesadas prendas de abrigo e incluso en los días más templados se negaba a salir sin ponerse su abrigo y taparse las piernas con una manta escocesa. Esta sensibilidad al frío era tan pronunciada que era como si temiera que sus mismas entrañas quedaran expuestas a los elementos si él no tomaba drásticas medidas para protegerlas. Pero si estaba bien abrigado, le agradaba el contacto con el aire y no había nada como un buen vientecillo para animarle. Cuando el viento le daba en la cara, invariablemente se reía y empezaba a maldecir, armando mucho jaleo y amenazando con su bastón a los elementos. Aun en invierno, su lugar preferido era Riverside Park, y pasaba muchas horas sentado allí en silencio, sin adormecerse, como yo pensaba que le ocurriría, sino escuchando, tratando de seguir lo que sucedía a su alrededor: los pájaros y las ardillas que agitaban las hojas y las ramitas, el viento que soplaba entre las ramas, los sonidos del tráfico de la autopista. Empecé a llevar conmigo una guía de botánica cuando íbamos al parque, para poder buscar los nombres de las plantas y los arbustos cuando él me preguntaba qué eran. De esta forma aprendí a identificar docenas de plantas, con un interés que nunca había sentido antes por esas cosas. Una vez, cuando Effing estaba de un humor especialmente receptivo, le pregunté por qué no vivía en el campo. Era bastante al principio, creo, a finales de noviembre o primeros de diciembre, y todavía no le había cogido miedo a hacer preguntas. Le dije que parecía disfrutar tanto del parque que era una pena que no pudiera estar siempre rodeado por la naturaleza. Tardó un momento en contestarme, tanto que pensé que no había oído la pregunta.

-Ya lo he hecho -dijo al fin-. Lo he hecho y ahora está todo en mi cabeza. Estuve completamente solo en medio de la naturaleza, viviendo en un lugar muy apartado durante meses y meses..., toda una vida. Cuando has hecho eso, muchacho, no lo olvidas nunca. No necesito ir a ninguna parte. En el momento en que me pongo a pensar en ello es como si estuviera allí. Es donde paso la mayor parte del tiempo hoy en día, en medio de la naturaleza.

A mediados de diciembre, Effing perdió repentinamente su interés por los libros de viajes. Ya habíamos leído cerca de una docena y estábamos leyendo esforzadamente *Un viaje por el cañón* de Frederick S. Dellenbaugh (un relato de la segunda expedición de Powell por el río Colorado) cuando me interrumpió en mitad de una frase y anunció:

-Creo que ya hemos tenido suficiente, señor Fogg. Se está volviendo bastante aburrido y no tenemos tiempo que perder. Hay cosas que hacer, asuntos de los que ocuparse.

Yo no tenía ni idea de a qué asuntos se refería, pero volví a poner el libro en la

Librodot

estantería con gusto y esperé instrucciones. Éstas fueron un tanto decepcionantes.

-Baje a la esquina y compre el New *York Times* -me dijo-. La señora Hume le dará el dinero.

-¿Eso es todo?

-Eso es todo. Y vaya rápido. Ya no hay tiempo para holgazanear.

Hasta entonces Effing no habla mostrado el menor interés por seguir las noticias. La señora Hume y yo las comentábamos a veces durante las comidas, pero el viejo nunca había intervenido en la conversación, ni siquiera con un comentario. Pero ahora era lo único que deseaba oír, y las dos semanas siguientes pasé las mañanas leyéndole artículos del *New York Times*. Predominaban las crónicas sobre la guerra de Vietnam, pero también me pedía que le leyera otras muchas cosas: debates del congreso, incendios en Brooklyn, navajazos en el Bronx, cotizaciones de bolsa, crítica de libros, resultados de los partidos de béisbol, terremotos. Nada de esto parecía concordar con el tono de urgencia que empleó el primer día que me mandó a comprar el periódico. Era evidente que Effing estaba tramando algo, pero me costaba imaginar qué era. Se iba acercando a ello oblicuamente, dando vueltas alrededor de sus intenciones en un lento juego del ratón y el gato. Sin duda trataba de confundirme, pero al mismo tiempo sus estrategias eran tan transparentes que era como si me advirtiera de que estuviera en guardia.

Siempre acabábamos nuestras sesiones matinales de lectura de prensa con un concienzudo repaso a las páginas necrológicas. Éstas parecían mantener la atención de Eífing más que los otros artículos y a veces me asombraba ver con qué concentración escuchaba la insulsa prosa de estos textos. Capitanes de industria, políticos, inventores, deportistas, estrellas del cine mudo: todos despertaban su curiosidad en igual medida. Pasaban los días y poco a poco empezamos a dedicar más tiempo de cada sesión a las necrologías. Algunas de ellas me las hacia leer dos o tres veces, y los días en que había pocas muertes me pedía que le leyera las esquelas pagadas que aparecían en letra pequeña al final de la página. Fulano de Tal, de sesenta y nueve años, esposo y padre muy amado, llorado por su familia y amigos, será enterrado esta tarde a la una en el Cementerio de Nuestra Señora de los Dolores. Effing no parecía cansarse de estos aburridos recitados. Por último, después de casi dos semanas de dejarlas para el final, abandonó todo fingimiento de querer enterarse de las noticias y me pidió que fuera directamente a la página de necrologías. No comenté nada respecto a este cambio en el orden, pero una vez que estudiamos todas las muertes, no me pidió que leyera nada más, y entonces comprendí que al fin habíamos llegado al momento crucial.

-Ahora ya sabemos lo que dicen, ¿verdad, muchacho? -me preguntó.

-Supongo que sí -contesté-. Desde luego hemos leído suficientes como para formarnos una idea general.

-Es deprimente, lo reconozco. Pero me pareció que nos hacía falta un poco de investigación antes de comenzar nuestro proyecto.

-¿Nuestro proyecto?

-Ha llegado mi turno. Cualquier idiota se daría cuenta.

-No es que yo espere que viva usted eternamente, señor. Pero ya ha sobrevivido a la mayoría de las personas de su generación y no hay motivo para pensar que no vaya a continuar haciéndolo durante mucho tiempo.

-Quizá. Pero si no me equivoco, sería la primera vez en mi vida.

-Me está diciendo que lo sabe.

-Exactamente, lo sé. Cien pequeños indicios me lo han revelado. No me queda mucho tiempo y tenemos que ponernos a ello antes de que sea demasiado tarde.

-Sigo sin entenderle.

-Mi necrología. Tenemos que empezar a redactarla ya.

Librodot

-Nunca he sabido de nadie que escribiera su propia necrología. Lo suelen hacer otros... después de que uno se muera.

-Cuando tienen los datos sí. Pero ¿qué pasa si no hay nada en el archivo?

-Ya entiendo. Quiere usted reunir la información básica.

-Exacto.

-Pero ¿qué le hace pensar que querrán publicarla?

-La publicaron hace cincuenta y dos años. No veo por qué no iban a aprovechar la oportunidad de volver a hacerlo.

-No le sigo.

-Había muerto. No publican necrologías de los vivos, ¿verdad? Yo había muerto, o por lo menos creyeron que había muerto.

-¿Y usted no dijo nada?

-No me interesaba. Me gustaba estar muerto, y después de que la noticia saliera en los periódicos, pude seguir muerto.

-Debía de ser alguien importante.

-Era muy importante.

-Entonces, ¿por qué no he oído hablar de usted?

-Tenía otro nombre. Me lo cambié después de morir.

-¿Qué nombre era?

-Un nombre de mariquita. Julian Barber. Siempre lo detesté.

-Tampoco he oído hablar de Julian Barber.

-Hace demasiado tiempo para que nadie se acuerde. Estoy hablando de hace más de cincuenta años, Fogg. De mil novecientos dieciséis o diecisiete. Caí en el olvido, como se suele decir, y nunca reaparecí.

-¿Qué hacia usted cuando era Julian Barber?

-Era pintor. Un gran pintor norteamericano. Si hubiera seguido en ello, es probable que se me reconociera como el pintor más importante de mi tiempo.

-Una afirmación llena de modestia, sin duda.

-Sencillamente le estoy dando los datos objetivos. Mi carrera fue demasiado corta y no produje suficiente obra.

-¿Dónde están sus cuadros ahora?

-No tengo la menor idea. Se habrán perdido todos, supongo, habrán desaparecido. Eso ya no me preocupa.

-Entonces, ¿por qué quiere escribir su necrología?

-Porque me voy a morir pronto, y entonces ya no importará guardar el secreto. La primera vez hicieron una chapuza. Puede que lo hagan bien cuando sea de verdad.

-Comprendo -dije, sin comprender absolutamente nada.

-Mis piernas tienen mucho que ver en todo esto, claro está -continuó-. Sin duda se habrá usted preguntado qué les pasó. Todo el mundo se lo pregunta, es natural. Mis piernas. Mis piernas atrofiadas e inútiles. Yo no nací inválido, ¿sabe? Más vale que aclaremos eso desde el principio. Yo era un chico lleno de vitalidad en mi juventud, travieso y bullicioso, corría y jugaba con todos los demás. Eso era en Long Island, en la casa grande donde pasábamos los veranos. Ahora allí no hay más que casitas de folleto publicitario y aparcamientos, pero entonces era un paraíso, sólo prados y costa, un pequeño cielo en la tierra. Cuando me fui a París en 1920, no había necesidad de darle a nadie los datos. No me importaba lo que pensaran. Mientras yo fuera convincente, ¿qué más daba lo que hubiera pasado en realidad? Inventé varias historias, cada una de las cuales mejoraba a la anterior. Las contaba según las circunstancias y mi estado de ánimo, cambiándolas ligeramente sobre la marcha, adornando un incidente aquí, perfeccionando un detalle allá, retocándolas a lo largo de los años hasta que quedaron redondas. Probablemente las mejores eran las historias de guerra, ésas se me daban

Librodot

realmente bien. Estoy hablando de la Gran Guerra, la que desgarró el corazón del mundo, la que iba a poner fin a todas las guerras. Tendría que haberme oído hablar de las trincheras y del barro. Era elocuente, inspirado. Sabia explicar el miedo como nadie, los cañones que atronaban por la noche, los soldados de infantería con cara de imbécil que se cagaban en los pantalones. Metralla, decía, más de seiscientos fragmentos de metralla se me clavaron en las piernas, eso fue lo que me ocurrió. Los franceses no se cansaban de escucharme. Tenía otra historia sobre la Escuadrilla Lafayette. El vivido y espeluznante relato de cómo me abatió un boche. Esa era muy buena, créame, siempre les dejaba pidiendo más. El problema era recordar qué historia había contado en cada ocasión. Lo conservé todo claro en la cabeza durante años, asegurándome de no contarle a nadie una versión diferente cuando volvía a verle. Eso le añadía cierta emoción al asunto, saber que podían pillarme en cualquier momento, que alguien podía levantarse inesperadamente y empezar a llamarme mentiroso. Si uno está dispuesto a mentir, más vale hacerlo de manera peligrosa.

-¿Y en todos esos años nunca le contó a nadie la verdadera historia?

-Ni a un alma.

-¿Ni siquiera a Pavel Shum?

-A Pavel Shum menos que a nadie. Él era la discreción personificada. Nunca me preguntó nada y nunca le conté nada.

-¿Y ahora está dispuesto a contarla?

-A su debido tiempo, muchacho, a su debido tiempo. Tenga paciencia.

-Pero ¿por qué me lo va a contar a mí? Sólo hace un par de meses que nos conocemos.

-Porque no tengo elección. Mi amigo ruso ha muerto y la señora Hume no es la persona indicada para estas cosas. ¿A quién más podría contárselo? Le guste o no le guste, usted es el único oyente que tengo, Fogg.

Yo esperaba que volviera al tema a la mañana siguiente, que lo retomara donde lo había dejado. Teniendo en cuenta lo sucedido el día anterior, eso habría sido lo lógico, pero ya debería haber aprendido a no esperar nada lógico de Effing. En vez de decir algo sobre nuestra conversación del día anterior, inició inmediatamente un discurso enmarañado y confuso acerca de un hombre a quien al parecer había conocido en otros tiempos, saltando sin ton ni son de una cosa a otra, creando un torbellino de recuerdos fragmentarios que no tenía sentido para mí. Hice todo lo que pude por seguirle, pero era como si hubiera empezado sin mí y cuando llegué, ya era demasiado tarde para alcanzarle.

-Un liliputiense -dijo-. El pobre diablo parecía un liliputiense. Cuarenta, cuarenta y cinco kilos como mucho, y aquellos ojos hundidos, aquella mirada perdida, los ojos de un loco, estáticos y desesperados al mismo tiempo. Eso fue justo antes de que le encerraran, la última vez que le vi. En New Jersey. Era como ir al fin del mundo. Orange, East Orange, vaya nombrecito. Edison también vivía en uno de esos pueblos. Pero no conocía a Ralph, probablemente nunca oyó hablar de él. Cretino ignorante. Que le den por culo a Edison, a él y a su condenada bombilla. Ralph me dice que se está quedando sin dinero. ¿Qué se puede esperar con ocho críos en casa y teniendo aquella especie de cosa por mujer? Hice lo que pude. Entonces yo era rico, el dinero no era problema. Toma, le digo, echándome mano al bolsillo, a mí no me hace falta. No recuerdo cuánto le di. Cien dólares, doscientos. Ralph estaba tan agradecido que se echó a llorar, así, de pronto, delante de mí, se puso a lloriquear como un bebé. Algo patético. Cuando lo pienso ahora, me dan ganas de vomitar. Uno de los hombres más grandes que ha tenido el país, y allí estaba, destrozado, al borde de perder la cabeza. Solía contarme sus viajes por el Oeste, vagando por las tierras vírgenes durante semanas, sin ver nunca

Librodot

a un alma. Tres años estuvo por allí. Wyoming, Utah, Nevada, California. Eran lugares salvajes en aquellos tiempos. Entonces no había bombillas ni películas, de eso puede estar seguro, ni automóviles de mierda que te atropellaran. Le gustaban los indios, me dijo. Fueron buenos con él y le dejaron quedarse en sus poblados cuando pasaba por allí. Eso fue lo que le ocurrió cuando finalmente enloqueció. Se puso un traje de indio que le había regalado el jefe de una tribu veinte años antes y empezó a pasearse por las calles de la maldita New Jersey así vestido. Plumas en la cabeza, collares de cuentas, fajas, un puñal en la cintura, el pelo largo, el atavío completo. Pobre diablo. Por si eso fuera poco, se le metió en la cabeza fabricar su propio dinero. Billetes de mil dólares pintados a mano con su propia efigie justo en el centro, como si fuera el retrato de algún padre de la patria. Un día entra en el banco, le entrega uno de esos billetes al cajero y le pide que se lo cambie. A nadie le hace gracia el asunto, sobre todo cuando él empieza a armar jaleo. No se pueden gastar bromas con el todopoderoso dólar sin cargar con las consecuencias. Así que lo sacan de allí a rastras, vestido con su grasiento atuendo de indio, pataleando y protestando a voz en grito. No tardaron mucho en decidir que había que encerrarlo para siempre. En algún sitio del estado de Nueva York, creo que fue. Vivió en el manicomio hasta el final, pero siguió pintando, por increíble que parezca, el hijo de puta no paraba. Pintaba en cualquier cosa de la que podía echar mano. Papeles, cartones, cajas de puros, hasta persianas. Y la ironía está en que entonces empezó a venderse su obra anterior. A precios elevados, además, sumas inauditas por cuadros que nadie quería ni mirar unos años antes. Un maldito senador por Montana desembolsó catorce mil dólares por *Luz de luna*, el precio más alto jamás pagado por una obra de un pintor norteamericano vivo. Pero eso no le sirvió de nada ni a Ralph ni a su familia. Su mujer vivía con cincuenta dólares al año en una chabola cerca de Catskill (el mismo territorio que pintaba Thomas Cole) y ni siquiera podía pagarse el billete de autobús para ir a visitar a su marido al manicomio. Era un enano tempestuoso, hay que reconocerlo, siempre poseído por un frenesí, capaz de aporrear el piano mientras pintaba cuadros. Le vi hacer eso una vez, iba y venía del piano al caballete como un loco, nunca lo olvidaré. Dios, cómo me viene todo a la memoria. Pincel, espátula, piedra pómez. Soltaba un pegote de pintura, lo aplastaba, lo frotaba. Una vez y otra. Pegote, aplastar, frotar. Nunca hubo nada igual. Nunca. Nunca, nunca.

Effing hizo una pausa para tomar aliento y luego, como si saliera de un trance, volvió la cabeza hacia mí por primera vez.

-¿Qué opina de eso, muchacho?

-Me ayudaría saber quién era Ralph -dije cortésmente.

-Blakelock -murmuró Effing, como luchando por controlar sus emociones-. Ralph Albert Blakelock.

-Creo que no le conozco.

-¿Es que no sabe nada de pintura? Creía que era usted un hombre culto. ¿Qué diablos le enseñaron en esa maravillosa universidad suya, señor Culo Listo?

-No mucho. Desde luego nada acerca de Blakelock.

-Pues esto no puede ser. No puedo seguir hablando con usted si no entiende de nada.

Me pareció inútil tratar de defenderme, así que me callé y esperé. Pasó mucho tiempo, dos o tres minutos, una eternidad cuando se está esperando que alguien hable. Effing dejó caer la cabeza sobre el pecho, como si no pudiera soportarlo más y hubiese decidido dormir un ratito. Cuando volvió a levantarla yo estaba convencido de que iba a echarme. Si no hubiera estado ya encariñado conmigo, estoy seguro de que eso es precisamente lo que habría hecho.

-Vaya a la cocina -me dijo al fin- y pídale a la señora Hume que le dé dinero

Librodot

para el metro. Luego se pone el abrigo y los guantes y sale por la puerta. Baja en el ascensor, sale a la calle y se va a la estación de metro más próxima. Una vez que llegue allí, entre en la estación y compre dos billetes. Métase uno en el bolsillo, el otro lo mete en el torniquete, baja las escaleras y coge el tren número uno que va hacia el sur. Se apea en la calle Setenta y dos, cruza el andén y espera al que va al centro, el dos o el tres, da igual, Cuando se abran las puertas, entra en el vagón y se busca un asiento. La hora punta ya habrá pasado, así que no tendrá ningún problema. Tome asiento y no le diga una palabra a nadie. Eso es muy importante. Desde el momento en que salga de casa hasta que vuelva, no quiero que emita un solo sonido. Ni mu. Finja que es sordomudo si alguien le habla. Cuando compre los billetes, limítese a levantar dos dedos para indicar cuántos quiere. Una vez sentado en el tren que va al centro, quédese allí hasta llegar a Grand Army Plaza, en Brooklyn. El trayecto dura de treinta a cuarenta minutos. Durante ese tiempo, quiero que tenga los ojos cerrados. Piense lo menos que pueda, nada, si es posible, y si eso es demasiado pedir piense en sus ojos y en la extraordinaria capacidad que posee, la de poder ver el mundo. Imagine lo que le sucedería si no pudiera verlo. Imagínese mirando algo a las diferentes luces que nos hacen visibles las cosas: la luz del sol, la luz de la luna, la luz eléctrica, la luz de las velas, la luz de neón. Que sea algo muy sencillo y vulgar. Una piedra, por ejemplo, o un pequeño bloque de madera. Piense cuidadosamente en cómo cambia la apariencia de ese objeto bajo las diferentes luces. No piense en nada más que en eso, suponiendo que tenga que pensar en algo. Cuando el tren llegue a Grand Army Plaza, abra los ojos. Apéese y suba las escaleras. Desde allí quiero que vaya al Museo de Brooklyn. Está en Eastern Parkway, a no más de cinco minutos a pie desde la boca del metro. No pregunte cómo llegar allí. Aunque se pierda, no quiero que hable con nadie. Ya lo encontrará, no es difícil. El museo es un edificio grande, de piedra, diseñado por McKim, Mead y White, los mismos arquitectos que diseñaron los edificios de la universidad en que usted se graduó. El estilo le resultará familiar. Por cierto, Stanford White fue asesinado a tiros por un hombre llamado Henry Thaw en el tejado del Madison Square Garden. Eso fue a principios de siglo y ocurrió porque White le había hecho a la señora de Thaw cosas que no debería haberle hecho. Fue un notición en aquellos tiempos, pero eso no tiene nada que ver con usted. Concéntrese en encontrar el museo. Cuando lo encuentre, suba la escalinata, entre en el vestíbulo, pague la entrada a la persona de uniforme que está detrás del mostrador. No sé cuánto cuesta pero no será más de un dólar o dos. Pídaselos a la señora Hume cuando le dé el dinero para el metro. Acuérdese de no hablar cuando pague al bedel. Todo esto debe suceder en silencio. Encuentre el camino al piso en el que tienen la colección permanente de pintores norteamericanos y entre en la galería. Haga todo lo posible por no mirar nada con mucha atención. En la segunda o tercera sala encontrará el cuadro de Blakelock *Luz de luna* y entonces se detendrá. Mire el cuadro. Mírelo por lo menos durante una hora, haciendo caso omiso de todo lo demás que haya en la sala. Concéntrese. Mírelo desde diferentes distancias, desde tres metros, desde medio metro, desde tres centímetros. Estudie la composición general, estudie los detalles. No tome notas. Intente memorizar todos los elementos del cuadro, aprender la localización precisa de las figuras humanas, los objetos naturales, los colores de cada punto del lienzo. Cierre los ojos y pruebe a recordarlos. Vuelva a abrirlos. Vea si puede empezar a entrar en el paisaje que tiene ante sí. Vea si puede empezar a entrar en la mente del artista que pintó ese paisaje. Imagine que usted es Blakelock pintando el cuadro. Después de una hora, tómese un pequeño descanso. Dé una vuelta por la galería si le apetece y mire otros cuadros. Luego vuelva al Blakelock. Pase otros quince minutos delante de él, entréguese al cuadro como si no hubiera otra cosa en el mundo entero. Luego, váyase. Vuelva sobre sus pasos, salga a la calle y diríjase al metro. Coja el tren y regrese a Manhattan, haga el trasbordo en la calle Setenta y dos y venga aquí.

Librodot

Durante el trayecto haga lo mismo que a la ida: mantenga los ojos cerrados, no hable con nadie. Piense en el cuadro. Trate de verlo en su cabeza. Trate de recordarlo, trate de retenerlo lo más que pueda. ¿Comprendido?

-Creo que sí -dije-. ¿Algo más?

-Nada más. Pero recuerde: si no hace exactamente lo que le he dicho, no volveré a hablarle nunca.

Mantuve los ojos cerrados en el metro, pero era difícil no pensar en nada. Intenté concentrar mi mente en una piedrecita, pero hasta eso era más difícil de lo que parecía. Había demasiado ruido a mi alrededor, demasiada gente que hablaba y me empujaba. En aquellos tiempos no había altavoces en los vagones para anunciar las paradas y yo tenía que llevar la cuenta en la cabeza, usando los dedos para descontar las paradas que habíamos hecho: una, faltan diecisiete; dos, faltan dieciséis. Inevitablemente, acabé escuchando las conversaciones de los pasajeros sentados cerca de mí. Sus voces se me imponían y no podía hacer nada por evitarlo. Cada vez que oía una voz nueva, deseaba abrir los ojos para ver a la persona a la que pertenecía. Esta tentación era casi irresistible. Tan pronto oyes hablar a alguien, te formas una imagen mental del hablante. En cuestión de segundos has absorbido toda clase de información: sexo, edad aproximada, clase social, lugar de nacimiento, incluso el color de la piel de la persona. Si puedes ver, tu impulso natural es el de mirarla para comprobar hasta qué punto esta imagen mental concuerda con la real. Con frecuencia, las concordancias son muchas, pero también hay veces en que uno comete errores asombrosos: profesores de universidad que hablan como camioneros, niñas que resultan ser ancianas, negros que son blancos. No pude remediar el pensar en todas esas cosas mientras el tren viajaba en la oscuridad. Al obligarme a mantener los ojos cerrados, empecé a sentir el ansia de echar una mirada al mundo, y en esa ansia comprendí que estaba pensando en lo que significaba ser ciego, que era exactamente lo que Effing quería que hiciese. Reflexioné sobre esto varios minutos. Luego, con repentino pánico, me percaté de que había perdido la cuenta de cuántas paradas llevábamos. Si no hubiera oído a una mujer preguntarle a alguien si la próxima era Grand Army Plaza, habría ido hasta el final de Brooklyn.

Era una mañana invernal de día laborable y el museo estaba casi desierto. Después de pagar mi entrada en el mostrador de la puerta, le enseñé cinco dedos al ascensorista y subimos en silencio. La pintura norteamericana estaba en el quinto piso y, exceptuando a un bedel adormilado en la primera sala, yo era la única persona en toda esa ala. Esto me complació, como si de alguna manera realzara la solemnidad de la ocasión. Crucé varias salas vacías antes de encontrar el Blakelock, procurando seguir las instrucciones de Effing y no prestar atención a los demás cuadros. Vi unas cuantas manchas de color, me fijé en algunos nombres -Church, Bierstadt, Ryder-, pero vencí la tentación de mirarlos de verdad. Luego llegué a *Luz de luna*, el objetivo de mi extraño y complicado viaje, y en ese primer momento no pude evitar sentirme decepcionado. No sabia qué era lo que esperaba -algo grandioso, quizá, una chillona exhibición de superficial brillantez- pero ciertamente no el sombrío cuadrito que tenía ante mí. Medía sólo sesenta y siete por ochenta centímetros y a primera vista parecía casi carente de color: marrón oscuro, verde oscuro, un mínimo toque de rojo en una esquina. No había duda de que estaba bien ejecutado, pero no contenía nada de la intensa espectacularidad que yo había supuesto atraería a Effing. Tal vez mi decepción no era tanto debida al cuadro como a mí mismo por haber interpretado mal a Effing. Se trataba de una obra profundamente contemplativa, un paisaje de introspección y calma, y me sentía confuso al pensar que aquel cuadro hubiera podido decirle algo al loco de mi jefe.

Traté de apartar a Effing de mi mente, luego retrocedí como medio metro y empecé a mirar el cuadro con mis propios ojos. Una luna llena perfectamente redonda

Librodot

ocupaba el centro del lienzo -el centro matemático exacto, me pareció- y este pálido disco blanco iluminaba todo lo que había por encima y por debajo de él: el cielo, un lago, un árbol grande con ramas como arañas y las montañas bajas del horizonte. En primer término habla dos pequeñas zonas de tierra, separadas por un riachuelo que corría entre las dos. En la margen izquierda se veía una tienda india y una hoguera; parecía haber varias figuras sentadas alrededor del fuego, pero era difícil distinguirlas, eran sólo mínimas sugerencias de formas humanas, unas cinco o seis, enrojecidas por el reflejo de las ascuas de la hoguera; a la derecha del árbol grande, separada de las otras, se veía una solitaria figura a caballo que miraba por encima de la corriente, completamente inmóvil, como perdida en sus pensamientos. El árbol que tenía detrás era unas quince o veinte veces más alto que él y el contraste le hacia parecer enano, insignificante. Él y su caballo no eran más que siluetas, perfiles negros sin profundidad ni individualidad. En la otra margen las cosas eran aún más tenebrosas, casi totalmente sumidas en las sombras. Había unos cuantos árboles pequeños con las mismas ramas como arañas del árbol grande y luego, en la parte inferior, una diminuta mancha de claridad que me pareció podría ser otra figura (tumbada de espaldas, tal vez dormida, tal vez muerta, tal vez contemplando la noche) o tal vez los restos de otra hoguera, no pude llegar a una conclusión. Me entregué de tal modo al estudio de estos oscuros detalles de la parte inferior del cuadro que cuando finalmente levanté la vista para examinar otra vez el cielo, me sorprendió ver lo luminoso que era todo en la mitad superior. Incluso teniendo en cuenta la luna llena, el cielo parecía demasiado visible. La pintura brillaba a través de las agrietadas capas de barniz que cubrían la superficie con una intensidad antinatural, y cuanto más me adentraba hacia el horizonte, más luminoso se volvía ese resplandor, como si allí fuera de día y las montañas estuvieran iluminadas por el sol. Una vez que noté esto, empecé a ver otras cosas raras en el cuadro. El cielo, por ejemplo, tenía una tonalidad fundamentalmente verdosa. Salpicado por los bordes amarillos de las nubes, se arremolinaba en torno al árbol grande en un denso torbellino de pinceladas, adquiriendo forma de espiral, un vórtice de materia celestial, en el espacio profundo. ¿Cómo podía ser verde el cielo?, me pregunté. Era del mismo color del lago, y eso no era posible. Excepto en la negrura de la más negra de las noches, el cielo y la tierra son siempre diferentes. Blakelock era claramente un pintor demasiado diestro para no saber eso. Pero si no había intentado representar un paisaje real, ¿qué era lo que se había propuesto? Hice todo lo que pude por imaginármelo, pero el verde del cielo me lo impedía. Un cielo del mismo color que la tierra, una noche que parecía el día y todas las formas humanas empequeñecidas por la grandeza del paisaje, sombras ilegibles, simples ideogramas de vida. No quería hacer juicios simbólicos atrevidos, pero, basándome en la evidencia del cuadro, no parecía tener alternativa. A pesar de su pequeñez en relación con el entorno, los indios no revelaban ningún temor ni ansiedad. Estaban cómodamente sentados, en paz consigo mismos y con el mundo, y cuanto más pensaba en ello, más me parecía que esa serenidad dominaba el cuadro. Me pregunté si Blakelock no habría pintado el cielo verde para poner de relieve esa armonía, para mostrar la conexión entre el cielo y la tierra. Si los hombres pueden vivir cómodamente en su entorno, parecía decir, si pueden aprender a sentirse parte de las cosas que les rodean, entonces quizá la vida en la tierra estará imbuida de un sentimiento de santidad. Naturalmente, era sólo una suposición, pero se me ocurrió que Blakelock habla pintado un idilio norteamericano, el mundo que los indios habían habitado hasta que apareció el hombre blanco para destruirlo. La placa que había en la pared decía que el cuadro había sido pintado en 1885. Si la memoria no me fallaba, eso era justo a la mitad del periodo entre el Último Baluarte de Custer y la masacre de Wounded Knee; en otras palabras, al final, cuando ya era demasiado tarde para conservar la esperanza de que ninguna de estas cosas sobrevivieran. Tal vez, pensé, este cuadro quería representar todo lo que

Librodot

habíamos perdido. No era un paisaje, era un monumento, una canción fúnebre para un mundo desaparecido.

Me quedé delante del cuadro más de una hora. Me alejé de él, me acerqué a él, poco a poco me lo aprendí de memoria. No estaba seguro de haber descubierto lo que Effing quería, pero cuando salí del museo tenía la sensación de que había descubierto algo, aunque no sabía qué. Estaba agotado, absolutamente privado de energía. Cuando cogí el metro y cerré los ojos otra vez, me costó un gran esfuerzo no dormirme.

Eran poco más de las tres cuando llegué a casa. Según la señora Hume, Effing estaba durmiendo la siesta. Puesto que el viejo nunca dormía a esa hora, interpreté que eso quería decir que no deseaba hablar conmigo. Me alegré. Yo tampoco estaba de humor para hablar con él. Tomé una taza de café en la cocina con la señora Hume, luego me puse el abrigo y volví a salir. Cogí el autobús para ir a Morning Heights. Había quedado con Kitty a las ocho y pensé que entretanto podía hacer algo de investigación en la biblioteca de Columbia. Resultó que la información sobre Blakelock era escasa: unos cuantos artículos aquí y allá, un par de catálogos viejos, poca cosa. No obstante, juntando los cabos sueltos, comprobé que Effing no me había mentido. Eso era lo que había ido a averiguar fundamentalmente. Había confundido algunos detalles y cronologías, pero todos los datos importantes eran ciertos. La vida de Blakelock había sido muy desdichada. Había sufrido mucho, se había vuelto loco, había sido abandonado. Antes de ser internado en el manicomio había pintado efectivamente billetes con su propia imagen; no eran billetes de mil dólares, como me había dicho Effing, sino de un millón, sumas inimaginables. Había viajado por el Oeste cuando era joven y había vivido entre los indios. Era increíblemente pequeño (no llegaba al metro cincuenta y pesaba menos de cuarenta y cinco kilos) y había tenido ocho hijos. Todo eso era verdad. Me interesó especialmente enterarme de que algunas de sus primeras obras, de la década de 1870, estaban situadas en Central Park. Había pintado las chabolas que había allí cuando el parque aún era nuevo, y mientras miraba las reproducciones de estos lugares rurales en lo que en otro tiempo había sido Nueva York, no pude evitar pensar en lo mal que yo lo había pasado allí. También me enteré de que Blakelock había dedicado sus mejores años como artista a pintar escenas a la luz de la luna. Había docenas de cuadros parecidos al que yo había visto en el Museo Brooklyn: el mismo bosque, la misma luna, el mismo silencio. La luna siempre estaba llena y era siempre igual: un pequeño círculo perfectamente redondo, que brillaba con una palidísima luz blanca en medio del lienzo. Después de haber mirado cinco o seis, comenzaron gradualmente a separarse de su entorno y ya no pude verlas como lunas. Se convirtieron en agujeros en el lienzo, en aberturas blancas. El ojo de Blakelock, tal vez. Un circulo vacío suspendido en el espacio, que miraba cosas que ya no existían.

A la mañana siguiente, Effing parecía dispuesto a ponerse a trabajar. Sin mencionar a Blakelock ni el Museo Brooklyn, me dijo que fuera a Broadway y comprara un cuaderno y una pluma buena.

-Ha llegado la hora de la verdad -me dijo-. Empezamos a trabajar hoy.

Cuando volví, tomé asiento en el sofá como de costumbre, abrí el cuaderno por la primera página y esperé a que empezara. Supuse que entraría en materia dándome unos cuantos datos y cifras -su fecha de nacimiento, los nombres de sus padres, los colegios a los que había ido- y luego pasaría a cosas más importantes. Pero no fue así. Cuando empezó a hablar ya nos habíamos adentrado en medio de la historia.

-Ralph me dio la idea -dijo-, pero fue Moran quien me convenció de que lo hiciera. El viejo Thomas Moran, con su barba blanca y su sombrero de paja. Vivía en Long Island en aquellos tiempos y pintaba pequeñas acuarelas del estrecho. Dunas y hierbas, las olas y la luz, toda esa faramalla bucólica. Muchos pintores van allí ahora,

Librodot

pero él fue el primero, él inició todo eso. Por eso me puse Thomas cuando me cambié el nombre. En honor suyo. El Effing es otra historia, tardé algún tiempo en dar con ello. Puede que usted mismo pueda descubrirlo. Es un juego de palabras.

»Yo era joven entonces. Veinticinco o veintiséis años, soltero todavía. Tenía la casa de la calle Doce en Nueva York, pero pasaba la mayor parte del tiempo en Long Island. Me gustaba aquello, allí es donde pinté mis cuadros y soñé mis sueños. La casa ha desaparecido ya, pero ¿qué se podía esperar? De eso hace mucho tiempo, y las cosas evolucionan, como se suele decir. El progreso. Los bungalows y los chalets lo han invadido todo. Todos los imbéciles tienen coche propio. Aleluya.

»El nombre del pueblo era Shoreham. Lo sigue siendo, que yo sepa. ¿Está usted escribiéndolo todo? Sólo voy a decir las cosas una vez y si usted no toma nota, se perderán para siempre. Recuérdelo, muchacho. Si no hace usted bien su trabajo, le mataré. Le estrangularé con mis propias manos.

»El nombre del pueblo era Shoreham. Casualmente, allí fue donde Tesla construyó su Torre Wardenclyffe. Estoy hablando de 1901, 1902, el Sistema de Radio Mundial. Probablemente usted nunca ha oído hablar de eso. J. P. Morgan era el promotor financiero y Stanford White hizo los planos arquitectónicos. Ayer hablamos de él. Le pegaron un tiro en la terraza del Madison Square Garden y el proyecto se hundió después de eso. Pero los restos permanecieron allí quince o dieciséis años más, una torre de sesenta metros de altura, se la veía desde todas partes. Gigantesca. Como un centinela robot que se elevaba por encima de la tierra. Yo la llamaba la Torre de Babel: emisiones de radio en todos los idiomas, todo el maldito mundo parloteando, justo en el pueblo donde yo vivía. Finalmente la demolieron durante la Primera Guerra Mundial. Decían que los alemanes la usaban como estación espía, así que la derribaron. Yo ya no estaba allí, no me importó. Tampoco habría llorado por eso aunque hubiera estado allí. Que todo se derrumbe, es lo que yo digo. Que todo se derrumbe y desaparezca de una vez por todas.

»La primera vez que vi a Tesla fue en 1893. Yo no era más que un muchacho entonces, pero recuerdo bien la fecha. Fue cuando la Exposición Colombina de Chicago, mi padre me llevó allí en tren, era la primera vez que viajaba. La idea era celebrar el cuarto centenario del descubrimiento de América. Sacar todos los inventos e ingenios y enseñar a todo el mundo lo listos que eran nuestros científicos. Veinticinco millones de personas fueron a ver la exposición, era como ir al circo. Expusieron la primera cremallera, la primera rueda Ferris, todas las maravillas de la nueva era. Tesla estaba a cargo de la exposición de Westinghouse, a la que llamaban El Huevo de Colón, y recuerdo que entré en el teatro y vi a un hombre alto, vestido con un esmoquin blanco, de pie en el escenario, hablándole al público con un acento extraño (resultó que era serbio) y la voz más lúgubre que se pueda oír. Realizó trucos mágicos con la electricidad, hizo girar pequeños huevos metálicos alrededor de la mesa, hizo saltar chispas de las yemas de sus dedos, y todo el mundo se quedó con la boca abierta, entre ellos yo, porque jamás hablamos visto nada igual. Eran los tiempos de las guerras de la CA y la CI entre Edison y Westinghouse y la exhibición de Tesla tenía cierto valor propagandístico. Tesla había descubierto la corriente alterna unos diez años antes -el campo magnético rotatorio- y esto suponía un gran avance respecto a la corriente directa que Edison había estado usando. Tenía mucha más potencia. La corriente directa necesitaba una estación generadora cada dos o tres kilómetros; con la corriente alterna, bastaba una sola estación para toda una ciudad. Cuando Tesla vino a Estados Unidos trató de venderle su idea a Edison, pero el gilipollas de Menlo Park le rechazó. Pensó que eso haría que su bombilla quedara obsoleta. Ya estamos otra vez con la maldita bombilla. Así que Tesla le vendió su corriente alterna a Westinghouse y comenzaron a construir la planta generadora de las cataratas del Niágara, la central eléctrica más

Librodot

grande del país. Edison pasó al ataque. La corriente alterna es demasiado peligrosa, aseguró, puede matar a una persona si se acerca a ella. Para demostrar su teoría, envió a sus hombres a hacer demostraciones prácticas en las ferias de los condados y los estados. Yo vi una cuando era un crío y me hice pis en los pantalones. Llevaban animales al escenario y los electrocutaban. Perros, cerdos, incluso vacas. Los mataban ante tus propios ojos. Así fue como se inventó la silla eléctrica. Edison la concibió para probar los peligros de la corriente alterna y luego se la vendió a la prisión de Sing Sing, donde todavía la usan. Maravilloso, ¿no? Si el mundo no fuese un lugar tan hermoso, podríamos convertirnos todos en cínicos.

»El Huevo de Colón puso fin a la controversia. A Tesla lo vio mucha gente y se perdió el miedo. El hombre era un lunático, desde luego, pero al menos no estaba metido en eso por dinero. Unos años después, Westinghouse tuvo problemas económicos y Tesla rompió en pedazos su contrato de derechos con él como gesto de amistad. Millones y millones de dólares. Simplemente lo rompió y se dedicó a otra cosa. Ni que decir tiene que murió en la ruina.

»Desde el día en que le vi, empecé a seguir las andanzas de Tesla por los periódicos. Hablaban de él constantemente en aquella época, informaban de sus nuevos inventos, citaban las cosas extravagantes que le decía a todo el que quisiera escucharle. Era un personaje curioso. Un demonio sin edad que vivía solo en el Hotel Waldorf, enfermizamente temeroso de los gérmenes, paralizado por toda clase de fobias, víctima de ataques de hipersensibilidad que casi lo volvían loco. El zumbido de una mosca en la habitación contigua le parecía una escuadrilla de aviones. Si pasaba por debajo de un puente, notaba que la estructura le oprimía el cráneo como si estuviera a punto de aplastarle. Tenía su laboratorio en el bajo Manhattan, en West Broadway, creo que era, West Broadway esquina Grand. Dios sabe qué no inventaría allí. Tubos de radio, torpedos de control remoto, un plan de electricidad sin cables. Eso es, sin cables. Plantabas una varilla metálica en la tierra y absorbías la energía directamente hacia el aire. Una vez afirmó que había construido un aparato de ondas sonoras que concentraba las pulsaciones de la tierra en un punto muy pequeño. Apretó este punto contra la pared de un edificio de Broadway y al cabo de cinco minutos toda la estructura empezó a temblar y se habría venido abajo si él no hubiera parado. Me encantaba leer esas cosas cuando era joven, tenía la cabeza llena. La gente barajaba toda clase de conjeturas respecto a Tesla. Era como un profeta del futuro y nadie se le resistía. ¡La conquista total de la naturaleza! ¡Un mundo en el que todos los sueños eran posibles! La tontería mayor de todas vino de un hombre llamado Julian Hawthorne, que era hijo de Nathaniel Hawthorne, el gran escritor norteamericano. Julian. Ése era mi nombre también, como usted recordará, así que seguía el trabajo del joven Hawthorne con cierto interés personal. Era un escritor popular en aquellos tiempos, un auténtico mercenario de la pluma que escribía tan mal como bien escribía su padre. Una calamidad de hombre. Imagínese, crecer en una casa en la que Melville y Emerson son visitas frecuentes y salir así. Escribió más de cincuenta libros, cientos de artículos para revistas, todo basura. En una época incluso llegó a ir a la cárcel por un fraude relacionado con unas acciones, un delito fiscal, no recuerdo los detalles. En cualquier caso, este Julian Hawthorne era amigo de Tesla. En 1899, puede que fuera 1900, Tesla se fue a Colorado Springs y montó un laboratorio en las montañas para estudiar los efectos de los relámpagos. Una noche, se quedó trabajando hasta tarde y se le olvidó apagar el receptor. La máquina empezó a captar ruidos extraños. Estática, señales de radio, vaya usted a saber. Cuando Tesla les contó la historia a los periodistas al día siguiente, afirmó que esto demostraba que había vida inteligente en el espacio exterior, que los malditos marcianos le habían hablado. Lo crea o no lo crea, nadie se rió cuando dijo eso. El propio lord Kelvin, borracho como una cuba en un banquete, declaró que

Librodot

aquello era uno de los mayores descubrimientos científicos de todos los tiempos. Poco después de este incidente, Julian Hawthorne escribió un articulo sobre Tesla en una revista nacional. Decía que la mente de Tesla era tan avanzada que no era posible que fuera humano. Había nacido en otro planeta (Venus, creo que era) y había sido enviado a la Tierra en una misión especial para enseñarnos los secretos de la naturaleza, para revelar al hombre los caminos de Dios. Una vez más, uno esperaría que la gente se riera, pero no fue eso lo que sucedió. Muchos se lo tomaron en serio, aún ahora, sesenta o setenta años después, hay miles de personas que se lo creen. Existe una secta en California que venera a Tesla como extraterrestre. No tiene usted que creer en mi palabra. Tengo panfletos de esa gente en casa y puede comprobarlo por si mismo. Pavel Shum me los leía en días lluviosos. Son tronchantes. Para partirse de risa.

»Menciono todo esto para darle una idea de lo que fue para mí: Tesla no era un cualquiera, y cuando vino a construir su torre en Shoreham, yo no podía creer la suerte que había tenido. Ahí estaba el gran hombre en persona, viniendo a mi pueblo todas las semanas. Iba a verle bajar del tren, pensando que tal vez aprendería algo mirándole, que simplemente por acercarme a él me contagiaría de su brillantez, como si fuera una enfermedad que se pega. Nunca tuve el valor de hablarle, pero eso no importaba. Me inspiraba el saber que estaba allí, el saber que podía verle cuando quisiera. Una vez, nuestros ojos se encontraron y sentí que veía a través de mí, como si yo no existiera. Fue un momento increíble. Noté que su mirada atravesaba mis ojos y salía por la parte de atrás de mi cabeza, abrasando mi cerebro y convirtiéndolo en un montón de cenizas. Por primera vez en mi vida comprendí que no era nada, absolutamente nada. No, no me disgustó como usted podría creer. Me dejó aturdido al principio, pero una vez que se me pasó el susto, me sentí vigorizado, como si hubiera conseguido sobrevivir a mi propia muerte. No, no es eso, no exactamente. Yo sólo tenía diecisiete años, era poco más que un niño. Cuando los ojos de Tesla me atravesaron, probé por primera vez el sabor de la muerte. Eso se aproxima más a lo que quiero decir. Noté en la boca el sabor de la mortalidad y en ese momento comprendí que no viviría eternamente. Se tarda mucho en aprender eso, pero cuando finalmente lo aprendes, todo cambia en tu interior, ya nunca vuelves a ser el mismo. Yo tenía diecisiete años y de pronto, sin la menor sombra de duda, comprendí que mi vida era mía, que me pertenecía a mi y a nadie más.

»Estoy hablando de libertad, Fogg. Una sensación de desesperación que se hace tan grande, tan aplastante, tan catastrófica, que no tienes otra opción más que la de ser liberado por ella. Es la única opción, porque de no ser ésa, te arrastrarías a un rincón y te dejarías morir. Tesla me dio la muerte y en ese momento supe que iba a ser pintor. Eso es lo que yo quería hacer, pero hasta entonces no había tenido los cojones de admitirlo. Mi padre no pensaba más que en acciones y bonos, era un condenado magnate y me consideraba una especie de mariquita. Pero yo seguí adelante y lo logré, me convertí en pintor, y pocos años después el viejo de repente se murió en su oficina de Wall Street. Yo tenía veintidós o veintitrés años y acabé heredando todo su dinero, hasta el último céntimo. ja! Era el pintor más rico que jamás existió. Un artista millonario. Imagínese, Fogg. Tenía la misma edad que usted tiene ahora y lo poseía todo, absolutamente todo lo que quisiera.

»Volví a ver a Tesla, pero eso fue mucho más adelante. Después de mi desaparición, después de mi muerte, después de que me marchara de Estados Unidos y volviera. En 1939 o 1940. Salí de Francia con Pavel Shum antes de que entraran los alemanes, hicimos las maletas y nos largamos. Ya no era un lugar adecuado para nosotros, para un inválido norteamericano y un poeta ruso no tenía sentido quedarse allí. Primero pensamos en Argentina, pero luego me dije: Qué diablos, puede que me siente bien volver a Nueva York. Al fin y al cabo, habían pasado veinte años. La Feria Mundial acababa de comenzar cuando llegamos. Otro himno al progreso, pero esta vez

Librodot

no me impresionó mucho, después de lo que había visto en Europa. Todo era un fraude. El progreso nos iba a hacer saltar por los aires, cualquier gilipollas podía darse cuenta. Debería usted conocer al hermano de la señora Hume, Charlie Bacon. Fue piloto durante la guerra. Hacia el final le tuvieron en Utah, entrenándole con el grupo de pilotos que arrojó la bomba atómica en Japón. Se volvió loco cuando descubrió lo que estaban haciendo. Pobre diablo, ¿quién podría reprochárselo? Eso es el progreso. Una ratonera más grande y mejor cada mes. Muy pronto podremos matar a todos los ratones al mismo tiempo.

»Cuando volví a Nueva York, Pavel y yo empezamos a dar paseos por la ciudad. Lo mismo que hacemos nosotros ahora, él empujando mi silla de ruedas, parándonos a mirar las cosas, pero mucho más largos, pasábamos todo el día en la calle. Era la primera vez que Pavel venía a Nueva York y yo le enseñaba los lugares de interés mientras íbamos de barrio en barrio y yo trataba de familiarizarme de nuevo con la ciudad. Un día del verano del 39 visitamos la Biblioteca Pública que hay en la esquina de la Cuarenta y dos y Cincuenta y luego nos paramos a tomar un poco el aire en Bryant Park. Ahí es donde volví a ver a Tesla. Pavel se sentó en un banco a mi lado y a unos tres o cuatro metros de donde estábamos había un viejo dando de comer a las palomas. Estaba de pie y las aves revoloteaban a su alrededor, se posaban en su cabeza y en sus brazos; docenas de palomas que se cagaban en su ropa y comían de sus manos, mientras el viejo les hablaba, las llamaba cariño mío, cielo mío, ángel mío. En el mismo momento en que oí aquella voz, supe que se trataba de Tesla; entonces él volvió la cara hacia mí y, efectivamente, era él. Un anciano de ochenta años. De una blancura espectral, delgado, tan feo como yo estoy ahora. Me entraron ganas de reír cuando le vi. El genio del espacio exterior, el héroe de mi juventud. Ahora no era otra cosa que un viejo derrotado, un vagabundo. Usted es Nikola Tesla, yo le conocía. Me sonrió e hizo una pequeña reverencia. Estoy ocupado en este momento, me contestó, tal vez podamos hablar otro día. Me volví a Pavel y le dije: Dale algo de dinero al señor Tesla, Pavel, probablemente podrá utilizarlo para comprar alpiste. Pavel se levantó, se acercó a Tesla y le tendió un billete de diez dólares. Fue un momento para la historia, Fogg, un momento inigualable. ¡Ja! Nunca olvidaré la confusión que reflejaron los ojos de aquel hijo de puta. ¡El señor Mañana, el profeta del nuevo mundo! Pavel le tendió el billete de diez dólares y yo le vi luchando por hacer caso omiso de él, por apartar sus ojos del dinero, pero no pudo. Se quedó allí, mirando el billete como un mendigo demente. Y luego lo cogió, se lo arrancó a Pavel de la mano y se lo guardó en el bolsillo. Muy amable de su parte, me dijo, muy amable. Las pobrecitas necesitan mucha comida. Luego nos volvió la espalda y murmuró algo a las aves. Entonces Pavel se me llevó de allí y eso fue todo. Nunca más volví a verle.

Effing hizo una larga pausa, saboreando el recuerdo de su crueldad. Luego, en un tono más apagado, reanudó el discurso.

-Continúo con la historia, muchacho -dijo-. No se preocupe. Usted siga escribiendo y todo irá bien. Al final, saldrá todo. Estaba hablando de Long Island, ¿no? De Thomas Moran y de cómo empezó el asunto. Como ve, no me he olvidado. Usted siga tomando nota de cada palabra. No habrá necrología a menos que usted lo escriba todo.

»Moran fue quien me convenció. Él había estado en el Oeste en los años setenta y había visto todo aquello de punta a punta. No viajó solo como hizo Ralph, claro está, recorriendo las tierras vírgenes como un ignorante peregrino; él perseguía, ¿cómo lo diría yo?, un objetivo distinto. Moran lo hizo a lo grande. Fue el pintor oficial de la expedición de Hayden en 1871 y luego volvió con Powell en 1873. Leímos el libro de Powell hace un par de meses; todas las ilustraciones eran de Moran. ¿Recuerda el dibujo de Powell colgando del borde del precipicio, agarrándose con su único brazo

Librodot

para salvar la vida? Era bueno, tendrá que reconocerlo, el viejo sabía dibujar. Moran se hizo famoso por lo que pintó allí, fue quien les enseñó a los norteamericanos cómo era el Oeste. El primer cuadro del Gran Cañón era de Moran, ahora está en el edificio del Capitolio en Washington. El primer cuadro de Yellowstone, el primero del Gran Desierto Salado, los primeros de los cañones del sur de Utah, todos eran de Moran. ¡El destino manifiesto! Lo cartografiaron, lo pintaron e hicieron que la gran máquina de los beneficios americana lo digiriera. Aquéllos eran los últimos pedazos del continente, los únicos espacios en blanco que nadie había explorado. Ahora ya estaban reproducidos en un bonito lienzo para que todo el mundo los viera. ¡El pincho de oro clavado en nuestros corazones!

»Yo no era un pintor como Moran, no debe hacerse esa idea. Yo pertenecía a la nueva generación y no me dedicaba a esa mierda romántica. Había estado en París en 1906 y 1907 y sabía lo que sucedía en el mundo del arte. Los fauvistas, los cubistas, vi esas tendencias cuando era joven, y una vez que pruebas el sabor del futuro, ya no hay forma de volver atrás. Conocía a la gente que frecuentaba la galería de Stieglitz en la Quinta Avenida, nos íbamos de copas y hablábamos de arte. Les gustaba mi pintura, aseguraban que era uno de los nuevos ases. Marin, Dove, Demuth, Man Ray, los conocía a todos. Yo era un diablillo astuto en aquel entonces, tenía la cabeza llena de ideas brillantes. Ahora se habla mucho del Armory Show, pero eso ya era un tema viejo para mí cuando tuvo lugar. De todas formas, yo era diferente de la mayoría de ellos. La línea no me interesaba. La abstracción mecánica, el lienzo visto como el mundo, el arte intelectual, todo eso me parecía un callejón sin salida. Yo era un colorista y mi tema era el espacio, el espacio puro y la luz: la fuerza de la luz cuando da en el ojo. Seguía pintando del natural y por eso disfrutaba hablando con alguien como Moran. Él pertenecía a la vieja guardia, pero había estado influido por Turner y teníamos eso en común, junto con la pasión por el paisaje, la pasión por el mundo real. Moran me hablaba continuamente del Oeste. Si no vas allí, me decía, nunca sabrás qué es el espacio. Tu obra dejará de evolucionar si no haces ese viaje. Tienes que experimentar lo que es ese cielo, eso cambiará tu vida. Dale que dale, siempre con lo mismo. Insistía en ello cada vez que nos veíamos y, después de algún tiempo, finalmente me dije: ¿Por qué no? No te hará daño ir allí y verlo.

»Eso fue en 1916. Yo tenía treinta y tres años y llevaba cuatro casado. De todas las cosas que he hecho en mi vida, ese matrimonio constituyó la equivocación más grave. Elizabeth Wheeler se llamaba. Era de una familia rica, así que no se casó conmigo por mi dinero, pero cualquiera hubiera dicho que sí, a juzgar por como fueron las cosas entre nosotros. No tardé mucho en averiguar la verdad. Lloró como una colegiala en nuestra noche de bodas y después las puertas se cerraron. Oh, tomé el castillo al asalto de vez en cuando, pero más por rabia que por otra cosa. Sólo para que ella supiera que no podía salirse siempre con la suya. Todavía ahora me pregunto qué me impulsó a casarme con ella. Quizá su cara era demasiado bonita, quizá su cuerpo era demasiado redondo y macizo, no sé. En aquellos tiempos todas eran vírgenes cuando se casaban, pensé que le cogería gusto con el tiempo. Pero la cosa no mejoró, todo eran lágrimas y lucha, gritos, asco. Me consideraba una bestia, un agente del diablo. ¡Mal rayo parta a esa bruja frígida! Debería haber vivido en un convento. Le mostré la oscuridad y la suciedad que mueven el mundo y no me lo perdonó nunca. *Homo erectus*, para ella no era más que horror: el misterio de la carne masculina. Cuando vio en qué consiste, se vino abajo. Pero dejemos este tema. Es una vieja historia, estoy seguro de que la ha oído antes. Encontraba mis placeres en otra parte. No me faltaban oportunidades, puedo asegurárselo, mi polla nunca sufrió por abandono. Yo era un caballero joven y apuesto, no tenía problemas de dinero, mi sexo estaba siempre ardiendo. ¡Ja! Ojalá tuviéramos tiempo para hablar un poco de eso. Los palpitantes

Librodot

coños que he habitado, las aventuras de mi tercera pierna. Las otras dos están difuntas, pero su hermanita ha conservado una vida propia. Incluso ahora, Fogg, aunque no lo crea. El hombrecito nunca se ha dado por vencido.

»Bueno, bueno, basta ya. No tiene importancia. Sólo estoy tratando de ponerle en antecedentes, de situarle. Si necesita una explicación para lo que sucedió, mi matrimonio con Elizabeth le ayudará a comprenderlo. No estoy diciendo que fuera la única causa, pero ciertamente fue un factor. Cuando se me presentó aquella situación, no tuve remordimientos por desaparecer. Vi la oportunidad de morirme y la aproveché.

»No lo planeé así. Tres o cuatro meses, pensé, y luego volveré. El grupo de Nueva York pensó que estaba loco por irme allí, no veían qué sentido tenía. Vete a Europa, me decían, en Estados Unidos no hay nada que aprender. Les expliqué mis razones, y a medida que hablaba de ello aumentaba mi entusiasmo. Me volqué en los preparativos, estaba impaciente por partir. Desde el principio decidí llevar a alguien conmigo, a un joven llamado Edward Byrne, Teddy, como le llamaban sus padres. El padre era amigo mío y me convenció de que llevara al muchacho. Yo no tenía serias objeciones. Pensé que me vendría bien la compañía y Byrne era un chico animoso; había navegado con él un par de veces y sabía que tenía la cabeza sobre los hombros. Tenía dieciocho o diecinueve años, era resuelto, listo, fuerte y atlético. Su sueño era llegar a ser topógrafo, quería meterse en el Instituto Geológico de Estados Unidos y pasarse la vida recorriendo las grandes extensiones naturales. Así era la época, Fogg. Teddy Roosevelt, bigotes en forma de manillar, todas esas fanfarronadas masculinas. Su padre le compró un equipo completo, sextante, brújula, teodolito, toda clase de instrumentos, y yo me compré suficientes artículos de pintura para un par de años: lápices, carboncillos, pasteles, pinturas, pinceles, rollos de lienzo, papel. Pensaba trabajar mucho. Las palabras de Moran habían acabado por calar hondo y esperaba grandes cosas de ese viaje. Iba a realizar mi mejor obra allí y no quería que me faltaran materiales.

»A pesar de su rigidez en la cama, Elizabeth empezó a preocuparse por mi partida. A medida que se acercaba la fecha, se sentía cada vez más desdichada; se echaba a llorar y me pedía que suspendiera el viaje. Sigo sin entenderlo. Uno habría esperado que se alegrara de verse libre de mí. Era una mujer imprevisible, siempre hacía lo contrario de lo que uno esperaba de ella. La noche anterior a mi marcha llegó incluso a hacer el supremo sacrificio. Creo que se achispó un poco antes, para darse valor, ya sabe, y luego se me ofreció. Los brazos abiertos, los ojos cerrados, como si fuera una mártir. Nunca lo olvidaré. Oh, Julian, no cesaba de repetir, oh, mi amado esposo. Como la mayoría de los locos, es probable que supiera de antemano lo que iba a suceder, probablemente intuía que las cosas estaban a punto de cambiar para siempre. Se lo hice esa noche (era mi deber, después de todo) pero eso no me impidió marcharme al día siguiente. Tal y como salieron las cosas, ésa fue la última vez que la vi. Le estoy contando los hechos, puede usted interpretarlos como quiera. Aquella noche tuvo consecuencias, seria un descuido por mi parte no mencionarlas, pero pasó mucho tiempo antes de que yo supiera cuáles habían sido. Pasaron treinta años; de hecho, toda una vida. Consecuencias. Así son las cosas, muchacho. Siempre hay consecuencias, se quiera o no.

»Byrne y yo fuimos en tren. Chicago, Denver, hasta Salt Lake City. Era un viaje interminable en aquellos tiempos, y cuando finalmente llegamos allí, a mí me parecía que llevaba un año viajando. Fue en abril de 1916. En Salt Lake encontramos a un hombre dispuesto a servirnos de guía, pero esa misma tarde, por increíble que parezca, se quemó una pierna en una herrería y tuvimos que contratar a otro. Fue un mal presagio, pero uno nunca hace caso de esas cosas en el momento, sigue adelante y hace lo que tiene que hacer. El hombre a quien contratamos se llamaba Jack Scoresby. Era un

Librodot

antiguo soldado de caballería, de cuarenta y ocho o cincuenta años, un viejo en aquellos lugares, pero la gente decía que conocía bien el territorio, tan bien como cualquier otro a quien pudiéramos encontrar. Tuve que creerles. La gente con la que hablé eran desconocidos, podían decirme lo que les diera la gana, a ellos qué les importaba. Yo no era más que un novato, un novato rico recién llegado del Este, ¿por qué había de importarles un bledo lo que me ocurriera? Así fue como sucedió, Fogg. No había elección, tenía que lanzarme a ciegas y confiar en que todo saliera bien.

»Tuve mis dudas respecto a Scoresby desde el principio, pero estábamos demasiado ansiosos por emprender el viaje para perder más tiempo. Era un hombrecillo sucio con una risa aviesa, todo bigotes y grasa de búfalo, pero sabía vender el producto, tengo que reconocerlo. Nos prometió llevarnos a sitios donde pocos hombres habían pisado, eso es lo que nos dijo, nos enseñaría cosas que sólo Dios y los indios habían visto. Aun sabiendo que era un timador, era difícil no entusiasmarse. Extendimos el mapa en una mesa del hotel y planeamos la ruta que seguiríamos. Scoresby parecía saber lo que se decía y no paraba de hacer comentarios para demostrarnos sus conocimientos: cuántos caballos y burros necesitaríamos, cómo tratar a los mormones, cómo resolver el problema de la escasez de agua en el sur. Era evidente que pensaba que éramos unos idiotas. La idea de ir a mirar los paisajes no tenía sentido para él, y cuando le dije que era pintor, apenas pudo contener la risa. Sin embargo, llegamos a un acuerdo justo y lo sellamos con un apretón de manos. Supuse que todo se arreglaría cuando nos conociéramos mejor.

»La noche antes de partir, Byrne y yo nos quedamos charlando hasta tarde. Me enseñó su equipo de topografía y recuerdo que yo me encontraba en uno de esos estados de excitación en los que de repente todo parece encajar de una forma nueva. Byrne me dijo que uno no puede fijar su posición exacta en la tierra si no es por referencia a un punto en el cielo. Algo que tenía que ver con la triangulación, la técnica de medida, no recuerdo los detalles. Lo esencial del asunto, sin embargo, me resultó fascinante y no lo he olvidado nunca. Un hombre no puede saber dónde está en la tierra salvo en relación con la luna o con una estrella. Lo primero es la astronomía; luego vienen los mapas terrestres, que dependen de ella. Justo lo contrario de lo que uno esperaría. Si lo piensas mucho tiempo, acabas con el cerebro del revés. Existe un aquí sólo en relación con un allí, no al contrario. Hay esto sólo porque hay aquello; si no miramos arriba nunca sabremos qué hay abajo. Piénselo, muchacho. Nos encontramos a nosotros mismos únicamente mirando lo que no somos. No puedes poner los pies en la tierra hasta que no has tocado el cielo.

»Hice un buen trabajo al principio. Salimos de la ciudad en dirección oeste, acampamos junto al lago un día o dos y luego nos adentramos en el Gran Desierto Salado. No se parecía a nada que yo hubiera visto antes. El lugar más llano y desolado del planeta, un osario de olvido. Viajas día tras día y no ves absolutamente nada. Ni un árbol, ni un matorral, ni una brizna de hierba. Solamente blancura, la tierra agrietada que se extiende por todos lados hasta donde alcanza la vista. La tierra sabe a sal, y allá a lo lejos el horizonte está bordeado de montañas, un enorme anillo de montañas que oscilan bajo la luz. Esto te hace pensar que te acercas al agua, pues estás rodeado de esa oscilación y ese resplandor, pero no es más que un espejismo. Es un mundo muerto, y a lo único que te acercas es a la misma nada. Dios sabe cuántos pioneros se quedaron atascados y entregaron el alma en ese desierto, sus huesos blancos se veían sobresaliendo del suelo. Eso es lo que le ocurrió a la expedición de Doner, todo el mundo lo sabe. Se quedaron empantanados en la sal y cuando al fin llegaron a las Montañas de la Sierra en California, las nieves invernales les bloquearon el paso y acabaron comiéndose unos a otros para sobrevivir. Todo el mundo lo sabe, forma parte del folklore norteamericano, pero no por ello es menos cierto, una verdad indiscutible.

Librodot

Ruedas de carretas, cráneos, casquillos de bala, yo vi todo eso allí en 1916. Un gigantesco cementerio, eso es lo que era, una página mortal en blanco.

»Durante las dos primeras semanas dibujé como un loco. Unos dibujos extraños, nunca habla hecho nada igual. No se me había ocurrido que la escala representara alguna diferencia, pero así era, no había otra forma de enfrentarse al tamaño de las cosas. Las marcas en la página se iban haciendo cada vez más pequeñas, tanto que casi desaparecían. Era como si mi mano tuviera vida propia. Tú dibuja, me decía a mí mismo, dibuja y no te preocupes, ya pensarás en ello después. Nos detuvimos en Wendover un par de días, luego cruzamos a Nevada y continuamos hacia el sur, siguiendo el borde de la Cordillera de la Confusión. Una vez más, las cosas me saltaban a la vista de una forma para la que no estaba preparado. Las montañas, la nieve en la cumbre de las montañas, las nubes que flotaban alrededor de las cumbres nevadas. Al cabo de un rato, empezaban a confundirse y ya no era capaz de distinguirlas. Blancura y más blancura. ¿Cómo se puede dibujar algo que no se sabe si está ahí? Entiende lo que quiero decir, ¿verdad? Ya no parecía humano. El viento soplaba tan fuerte que uno no oía sus propios pensamientos, y de repente cesaba, y el aire estaba tan inmóvil que uno se preguntaba si se habría quedado sordo. Era un silencio sobrenatural, Fogg. Lo único que oías era tu corazón latiendo dentro del pecho y la sangre que corría por tu cerebro.

»Scoresby no contribuía a hacernos la vida más fácil. Cumplía con su trabajo, supongo, nos guiaba, encendía las hogueras, cazaba para que comiéramos, pero su desprecio por nosotros no cesó nunca, la mala voluntad emanaba de él y contaminaba el ambiente. Se ponía mohíno y escupía, farfullaba por lo bajo, se burlaba de nosotros con su mal humor. Al cabo de algún tiempo, Byrne estaba tan harto de él que se negaba a hablar cuando Scoresby estaba cerca. Scoresby se iba de caza mientras nosotros nos dedicábamos a nuestro trabajo (el joven Teddy gateando por entre las rocas y tomando medidas y yo encaramado en algún saliente con mis pinturas y mis carboncillos), pero por las noches los tres nos preparábamos juntos la cena en la hoguera. Una vez, con la esperanza de mejorar un poco las relaciones, le propuse a Scoresby que jugásemos a las cartas. La idea le pareció bien, pero, como la mayoría de los hombres estúpidos, se creía muy inteligente. Se imaginó que iba a ganarme y sacarme mucho dinero. No sólo ganarme en las cartas, sino ganarme en todo, enseñarme quién era el jefe en realidad. Jugamos a las veintiuna y todas las cartas me venían a mi. Perdió seis o siete manos seguidas. Esto hizo que su seguridad se tambaleara y entonces empezó a jugar mal, a apostar de forma absurda, a echarse faroles, a equivocarse en todo. Debí de ganarle cincuenta o sesenta dólares aquella noche, una fortuna para un tonto como aquél. Cuando vi lo disgustado que se quedaba, traté de reparar el daño y le perdoné la deuda. ¿Qué me importaba a mí el dinero? No se preocupe, le dije, he tenido suerte, simplemente; estoy dispuesto a olvidarlo, nada de rencores, algo así. Probablemente es lo peor que podía haberle dicho. Scoresby pensó que le trataba con aires de superioridad, que intentaba humillarle, y se sintió herido en su orgullo, doblemente herido. Desde entonces, hubo mala sangre entre nosotros y yo fui incapaz de arreglarlo. Yo también era un terco hijo de puta, cosa de la que probablemente ya se ha percatado. Renuncié a tratar de apaciguarle. Si quería comportarse como un asno, por mi podía rebuznar hasta el día del juicio final. Estábamos en aquel enorme territorio, sin nada a nuestro alrededor, nada más que espacio vacío en muchos kilómetros a la redonda, pero era como si estuviéramos encerrados en una prisión, como compartir una celda con un hombre que no para de mirarte, que está allí sentado esperando a que te des la vuelta para clavarte un cuchillo en la espalda.

»Ese era el problema. Allí la tierra es demasiado grande, y después de algún tiempo empieza a tragarte. Llegó un momento en que yo ya no podía soportarlo. Todo aquel maldito silencio, aquel vacío. Intentas orientarte, pero es demasiado grande, las

Librodot

dimensiones son demasiado monstruosas y finalmente, no sé cómo explicarlo, finalmente deja de estar allí. No hay mundo, no hay tierra, no hay nada. En el fondo es eso, Fogg, al final todo es mentira. El único sitio en donde existes es en tu cabeza.

»Cruzamos por el centro del estado y luego nos desviamos hacia la región de los cañones en el sudeste, lo que llaman las Cuatro Esquinas, donde se juntan Utah, Arizona, Colorado y Nuevo México. Esa era la región más extraña de todas, un mundo onírico, por todas partes tierra roja y rocas retorcidas, tremendas estructuras que se alzan del suelo como las ruinas de una ciudad perdida construida por gigantes. Obeliscos, minaretes, palacios: todo era a la vez reconocible y extraño, no podías evitar ver formas conocidas cuando las mirabas, aunque sabías que era pura casualidad, los esputos petrificados de glaciares y erosiones, el resultado de un millón de años de vientos e intemperie. Pulgares, cuencas de ojos, penes, hongos, cuerpos humanos, sombreros. Era como ver imágenes en las nubes. Todo el mundo sabe qué aspecto tienen estos sitios, usted mismo los habrá visto cien veces. El Cañón Glen, el Valle de los Monumentos, el Valle de los Dioses. Allí es donde ruedan todas esas películas de vaqueros e indios, el maldito tipo de Marlboro cabalga por allí en la televisión todas las noches. Pero las películas no revelan nada del lugar, Fogg. Todo es demasiado inmenso para ser dibujado o pintado; ni siquiera la fotografía capta la sensación que produce. Todo está distorsionado, es como tratar de reproducir las distancias en el espacio exterior: cuanto más ves, menos puede hacer tu lápiz. Verlo es hacer que se desvanezca.

»Vagamos por esos cañones durante varias semanas. A veces pasábamos la noche en antiguas ruinas indias, en las cuevas de los riscos donde habitaban los anasazi. Esas eran las tribus que desaparecieron hace mil años; nadie sabe qué les sucedió. Dejaron tras de sí sus pueblos de piedra, sus pictografías, sus pedazos de cerámica, pero las personas desaparecieron. Estábamos ya a finales de julio o principios de agosto, y la hostilidad de Scoresby había ido en aumento; era sólo cuestión de tiempo el que algo saltara, se notaba en el ambiente. El terreno era árido y seco, artemisa por todas partes, ni un árbol a la vista. Hacía un calor atroz y teníamos que racionar el agua, lo cual contribuía a ponernos de mal humor. Un día tuvimos que sacrificar un burro y eso hizo que los otros dos llevaran exceso de carga. Los caballos empezaban a desfallecer. Estábamos a cinco o seis días de un pueblo que se llamaba Bluff y pensé que deberíamos intentar llegar allí lo antes posible para reorganizarnos. Scoresby mencionó un atajo que acortaría el viaje en un día o dos, así que tomamos esa dirección y viajamos por un terreno muy abrupto, con el sol de cara. La marcha era difícil, más dura que nada de lo que hablamos intentado antes, y después de algún tiempo se me ocurrió que Scoresby nos estaba metiendo en una trampa. Byrne y yo no éramos tan buenos jinetes como él y apenas conseguíamos cabalgar por aquel terreno. Scoresby iba en cabeza, le seguía Byrne y yo iba el último. Subimos trabajosamente por unos riscos muy escarpados y luego seguimos por un borde saliente en lo alto. Era muy estrecho y lleno de peñascos y piedras, y la luz reverberaba en las rocas como si quisiera cegarnos. Ya no podíamos volvernos atrás, pero tampoco veía que pudiéramos ir mucho más lejos. De repente, el caballo de Byrne perdió pie. Estaba unos tres metros delante de mí, y recuerdo el estrépito de las piedras al rodar y el quejido del caballo que luchaba por encontrar un punto de apoyo para sus pezuñas. Pero la tierra seguía cediendo y, antes de que yo tuviera tiempo de reaccionar, Byrne lanzó un grito y luego cayó por encima del borde junto con su caballo. Ambos rodaron por la pared del precipicio, un trecho muy largo, sesenta u ochenta metros, todo rocas cortantes de arriba abajo. Desmonté de un salto y cogí el botiquín, luego bajé apresuradamente por la pendiente para ver qué podía hacer. Al principio pensé que Byrne estaba muerto, pero luego conseguí encontrarle el pulso. Aparte de eso, había muy pocos motivos para sentirse esperanzado. Tenía la cara cubierta de sangre y la pierna y el brazo izquierdo estaban fracturados. Me bastó

Librodot

mirarlos para saberlo. Cuando le di la vuelta y lo puse boca arriba vi una gran herida debajo de las costillas, una herida palpitante y terrible de más de quince centímetros de largo. Era espantoso, el muchacho estaba destrozado. Estaba a punto de abrir el botiquín cuando oí un disparo detrás de mi. Me volví y vi a Scoresby de pie junto al caballo caído de Byrne con una pistola humeante en la mano derecha. Tenía la pata rota, dijo secamente, no se podía hacer otra cosa. Le dije que Byrne estaba muy mal y que necesitaba nuestra atención inmediata, pero cuando se acercó a echarle una ojeada a Byrne, hizo una mueca de desprecio y dijo: No deberíamos perder el tiempo con éste. La única cura para él sería una dosis de la misma medicina que acabo de darle al caballo. Scoresby levantó la pistola y apuntó a la cabeza de Byrne, pero yo le aparté el brazo de un golpe. No sé si pensaba apretar el gatillo o no, pero yo no podía correr el riesgo. Scoresby me lanzó una mirada aviesa cuando le di en el brazo y me advirtió que no le pusiera la mano encima. Así lo haré cuando usted deje de apuntar con su pistola a alguien indefenso, le contesté. Entonces Scoresby se volvió y me apuntó. Apuntaré a quien me dé la gana, dijo, y de pronto sonrió, una enorme sonrisa de idiota, disfrutando del poder que tenía sobre mí. Indefenso, repitió. Eso es lo que es usted, señor Pintor, un indefenso saco de huesos. Entonces pensé que me iba a pegar un tiro. Mientras estaba allí esperando a que apretara el gatillo, me pregunté cuánto tardaría en morir después de que la bala penetrara en mi corazón. Pensé: Éste es el último pensamiento que tendré. La situación parecía prolongarse indefinidamente, los dos mirándonos a los ojos, yo esperando a que él disparase. Luego Scoresby se echó a reír. Estaba sumamente complacido consigo mismo, como si hubiera obtenido una gran victoria. Se guardó el arma en la pistolera y escupió en el suelo. Era como si ya me hubiera matado, como si yo estuviera ya muerto.

»Se acercó al caballo y empezó a quitarle la silla y las alforjas. Yo estaba aún trastornado por el episodio de la pistola, pero me agaché junto a Byrne y me puse a curarle, tratando de lavarle y vendarle las heridas. Un par de minutos después Scoresby volvió y dijo que estaba listo para marcharse. ¿Marcharse?, dije. ¿De qué está hablando? No podemos llevarnos al muchacho, no se le puede mover. Entonces, déjele aquí, contestó él. De todas formas, está acabado. Yo no pienso quedarme en este maldito cañón esperando Dios sabe cuánto tiempo hasta que el chico deje de respirar. No vale la pena. Haga lo que quiera, le dije, pero yo no voy a dejar a Byrne mientras esté vivo. Podría quedarse aquí empantanado durante una semana antes de que el chico la palme, y ¿para qué? Soy responsable de él, le contesté. Eso es todo. Soy responsable de él y no voy a dejarle tirado.

»Antes de que Scoresby se fuese, arranqué una hoja de mi cuaderno de dibujo y le escribí una carta a mi mujer. No recuerdo lo que le decía. Algo melodramático, estoy seguro. Probablemente ésta será la última vez que sepas de mí, creo que fue eso lo que escribí. La idea era que Scoresby echase la carta cuando llegase al pueblo. Eso fue lo que acordamos, pero yo sabía que no tenía intención de cumplir su promesa. Esto le implicaría en mi desaparición y ¿por qué iba a correr el riesgo de que alguien le interrogase? Para él era mucho mejor largarse y olvidarse de todo el asunto. Y eso fue exactamente lo que hizo. Por lo menos, supongo que así fue. Mucho tiempo después, cuando leí los artículos y las necrologías, vi que nadie mencionaba a Scoresby, a pesar de que yo daba su nombre en mi carta.

»También habló de organizar un equipo de rescate si yo no aparecía antes de una semana, pero yo sabia que tampoco lo haría. Se lo dije a la cara, pero en vez de negarlo me dedicó otra de sus insolentes risitas. Es su última oportunidad, señor Pintor, me dijo, ¿se viene conmigo o no? Negué con la cabeza, demasiado furioso para decir nada más. Scoresby se despidió de mí levantándose el sombrero y empezó a trepar por la pared del precipicio para recuperar su caballo y marcharse. Así, sin más palabras. Tardó varios

Librodot

minutos en llegar arriba y no le quité los ojos de encima en todo el rato. No quería arriesgarme. Suponía que intentaría matarme antes de irse, parecía casi inevitable. Eliminar al testigo, asegurarse de que yo no pudiera contarle a nadie lo que había hecho: dejar morir a un pobre muchacho en un lugar remoto. Pero Scoresby no se volvió. No fue por bondad, puedo asegurárselo. La única explicación posible es que no le pareció necesario. No hacía falta que me matara porque estaba convencido de que yo no podría salvarme solo.

»Scoresby se alejó cabalgando; Al cabo de una hora empecé a tener la sensación de que nunca había existido. No puedo explicarle lo extraña que era esa sensación. No era que hubiese decidido no pensar en él, era que apenas podía recordarle cuando lo intentaba. Su apariencia, el sonido de su voz, nada de eso me venía ya a la mente. Eso es lo que hace el silencio, Fogg, lo borra todo. Scoresby se habla borrado de mi mente y cada vez que trataba de pensar en él, era como tratar de recordar a alguien visto en un sueño, como buscar a alguien que nunca había existido.

»Byrne tardó tres o cuatro días en morirse. Para mí probablemente fue una buena cosa que tardara tanto. Él me mantenía ocupado y gracias a eso no tuve tiempo de asustarme. El miedo no apareció hasta más tarde, después de enterrarle y quedarme solo. El primer día debí de trepar la montaña unas diez veces, para coger comida y utensilios del burro de carga y bajarlos hasta el fondo. Rompí mi caballete y utilicé la madera para entablillarle la pierna y el brazo a Byrne. Monté un colgadizo con una manta y un trípode para que no le diera el sol en la cara. Me ocupé del burro y del caballo. Cambié los vendajes con tiras de ropa. Preparé el fuego, cociné, hice lo que había que hacer. El sentimiento de culpa me mantenía activo, me resultaba imposible no culparme por lo sucedido, pero hasta la culpa era un consuelo. Era un sentimiento humano, una señal de que seguía ligado al mismo mundo en el que vivían otros hombres. Una vez que Byrne muriese, ya no tendría nada en que pensar y tenía miedo de ese vacío, me aterraba.

»Yo sabía que no había esperanza, lo supe desde el primer momento, pero me empeñaba en engañarme y en decirme que Byrne saldría adelante. Nunca volvió en sí, pero de vez en cuando balbuceaba, como hace la gente cuando habla en sueños. Era un delirio de palabras incomprensibles, sonidos que nunca llegaban a ser palabras, pero cada vez que sucedía esto, yo pensaba que estaba a punto de recobrar el conocimiento. Parecía estar separado de mí por un delgado velo, una membrana invisible que le mantenía en el otro lado de este mundo. Yo trataba de estimularle con el sonido de mi voz, le hablaba constantemente, le cantaba, rezando por que algo penetrase al fin en su conciencia y le despertase. Pero no sirvió de nada. Su estado era cada vez peor. No conseguí hacerle comer nada, lo más que podía hacer era humedecerle los labios con un paño mojado, pero eso no era suficiente, no le alimentaba. Poco a poco, le veía perder fuerzas. La herida del vientre habla dejado de sangrar, pero no cicatrizaba bien. Se había puesto de un amarillo verdoso y supuraba; las hormigas no paraban de pasearse por el vendaje. No era posible que nadie sobreviviera a aquello.

»Le enterré allí mismo, al pie de la montaña. Le ahorraré los detalles. Cavar la tumba, arrastrarle hasta el borde de la fosa, sentirle caer cuando le empujé dentro. Creo que para entonces ya me estaba volviendo loco. Casi no fui capaz de llenar la fosa. Cubrirle, echarle tierra en la cara, era demasiado para mí. Lo hice con los ojos cerrados, así fue como resolví el problema, arrojando las paletadas de tierra sin mirar. Después no hice una cruz ni recé ninguna oración. Que se joda Dios, me dije, que se joda Dios, no le daré esa satisfacción. Clavé un palo sobre la tumba y sujeté una hoja de papel al palo. Edward Byrne, escribí, 1898 guión 1916. Enterrado por su amigo Julian Barber. Entonces me puse a gritar. Así fue como sucedió, Fogg. Usted es la primera persona a quien se lo cuento. Me puse a gritar y después me permití enloquecer.

Librodot

5

Ese día no pasamos de ahí. No bien pronunció la última frase, Effing se detuvo para tomar aliento, y antes de que pudiera continuar con la historia, entró la señora Hume y anunció que era la hora del almuerzo. Después de las cosas tan terribles que me había contado, pensé que le seria difícil recobrar la serenidad, pero la interrupción no pareció afectarle mucho.

-Estupendo -dijo, dando una palmada-. Hora de comer. Estoy hambriento.

Me desconcertó que pudiera pasar tan rápidamente de un estado de ánimo a otro. Unos momentos antes su voz temblaba de emoción. Yo había pensado que estaba al borde del colapso y ahora, de repente, estaba rebosante de entusiasmo y alegría.

-Luego seguiremos, muchacho -me dijo mientras le llevaba en su silla de ruedas al comedor-. Esto no era más que el principio, lo que podríamos llamar el prefacio. Espere a que me caliente. Todavía no ha oído nada.

Una vez que nos sentamos a la mesa no hubo ninguna mención a la necrología. El almuerzo se desarrolló como siempre, con el acostumbrado acompañamiento de sorbetones, babeos y ruidos, ni más ni menos que cualquier otro día. Era como si Effing hubiera olvidado ya que habla pasado las últimas tres horas mostrándome sus entrañas en la otra habitación. Tuvimos la habitual charla intrascendente y hacia el final de la comida hicimos el diario repaso de las condiciones meteorológicas en preparación de nuestro paseo de la tarde. Así pasamos las tres o cuatro semanas siguientes. Por las mañanas trabajábamos en su necrología; por las tardes salíamos de paseo. Llené más de una docena de cuadernos con las historias de Effing, generalmente a un ritmo de veinte o treinta páginas por día. Tenía que escribir a gran velocidad para no quedarme atrás y había veces en que mi letra era casi ilegible. En una ocasión le pregunté si no podríamos utilizar un magnetofón, pero Effing se negó. Nada de electricidad, dijo, nada de máquinas.

-Odio el ruido de esos aparatos infernales. Todo son zumbidos y chirridos, me da náuseas. El único sonido que quiero es el de su pluma moviéndose sobre el papel.

Le expliqué que yo no era un secretario profesional.

-No sé taquigrafía -dije-, y no siempre me resulta fácil leer lo que he escrito.

-Entonces páselo a máquina cuando yo no esté presente -me contestó-. Le daré la máquina de escribir de Pavel. Es un precioso cacharro antiguo; se la compré cuando vinimos a Estados Unidos en el 39. Una Underwood. Ya no las hacen así. Deben pesar tres toneladas y media.

Esa misma noche la desenterré del fondo del armario empotrado que había en mi cuarto y la puse en una mesita. Desde entonces pasaba varias horas cada noche transcribiendo las páginas de nuestra sesión matinal. Era un trabajo tedioso, pero las palabras de Effing estaban aún frescas en mi memoria y así no perdía muchas.

Después de la muerte de Byrne, contó, perdió toda esperanza. Intentó sin mucha convicción salir de los cañones, pero pronto se encontró en un laberinto de obstáculos: riscos, gargantas, paredes rocosas inexpugnables. Su caballo se murió al segundo día, pero como no tenía leña, la carne casi no le sirvió de nada. La artemisa no prendía; humeaba y chisporroteaba, pero no producía fuego. Para calmar su hambre, Effing cortó lonchas de carne del animal y las chamuscó con cerillas. Eso le resolvió una comida, pero cuando se le acabaron las cerillas, abandonó los restos del caballo, pues no quería comerse la carne cruda. En ese punto, Effing estaba convencido de que su vida tocaba a su fin. Continuó vagando entre las rocas, tirando del último burro que le quedaba, pero a cada paso que daba le atormentaba la idea de que se alejaba cada vez más de la

Librodot

posibilidad de que le rescataran. Sus enseres de dibujo estaban intactos y aún tenía suficiente comida y agua para otros dos días. Pero eso ya no parecía importar. Aunque consiguiera sobrevivir, comprendía que todo habla terminado para él. La muerte de Byrne habla supuesto su fin, y por nada del mundo volvería a casa. Sería incapaz de enfrentarse a la vergüenza, las preguntas, las recriminaciones, el desprestigio. Era mucho mejor que creyeran que él también había muerto, pues así al menos su honor quedaría a salvo y nadie sabría lo débil e irresponsable que había sido. Ése fue el momento en que desapareció Julian Barber: allí, en el desierto, acorralado por las rocas y la luz abrasadora, simplemente se borró de la existencia. En aquel momento, no le pareció una decisión tan drástica. No le cabía duda de que iba a morir, y aunque no muriera, sería como si estuviese muerto. Nadie sabría nunca nada de lo que le había sucedido.

Effing me dijo que se volvió loco, pero yo no estaba seguro de si debía tomar sus palabras en sentido literal. Según me contó, después de la muerte de Byrne se pasó tres días aullando casi constantemente y manchándose la cara con la sangre que manaba de sus manos, laceradas por las rocas; pero, dadas las circunstancias, este comportamiento no me parecía especialmente insólito. Yo también había dado muchos alaridos durante la tormenta en Central Park, y mi situación era mucho menos desesperada que la suya. Cuando un hombre siente que ha llegado al límite de su resistencia, es absolutamente natural que necesite gritar. El aire se acumula en sus pulmones y no puede respirar a menos que lo eche fuera, a menos que lo expulse aullando con todas sus fuerzas. De lo contrario, se ahogaría con su propio aliento, el cielo mismo le asfixiaría.

La mañana del cuarto día, cuando había terminado sus víveres y tenía menos de una taza de agua en la cantimplora, Effing vio lo que parecía una cueva en lo alto de un risco cercano. Pensó que seria un buen sitio donde morir. Protegido del sol e inaccesible para las aves carroñeras, un lugar tan escondido que nadie le encontraría nunca. Haciendo acopio de valor, inició el laborioso ascenso. Tardó casi dos horas en llegar allí y para entonces estaba agotado, apenas se tenía en pie. La cueva era bastante más grande de lo que parecía desde abajo, y Effing se sorprendió al ver que no tenía que agacharse para entrar. Apartó las ramas que obstruían la boca de la cueva y entró. Contra todas sus expectativas, la cueva no estaba vacía. Se extendía unos seis metros en el interior de la montaña y contenía varios muebles: una mesa, cuatro sillas, un armario y una deteriorada estufa panzuda. A todos los efectos, era una casa. Los objetos estaban bien cuidados y todo lo que había estaba cómodamente colocado en una burda imitación del orden doméstico. Effing encendió la vela que había sobre la mesa y se la llevó al fondo del habitáculo para explorar los rincones oscuros hasta los cuales no penetraba la luz del sol. En la pared de la izquierda encontró una cama y en ella a un hombre. Effing supuso que estaba dormido, pero cuando carraspeó para anunciar su presencia y no obtuvo respuesta, se inclinó sosteniendo la vela sobre la cara del desconocido. Entonces vio que estaba muerto. No sólo muerto, sino asesinado. En donde deberla haber estado el ojo derecho del hombre había un gran agujero de bala. El ojo izquierdo miraba fijamente la oscuridad, y la almohada estaba salpicada de sangre.

Apartándose del cadáver, Effing se acercó al armario y descubrió que estaba lleno de comida. Alimentos enlatados, carnes en salmuera, harina y otras cosas para cocinar: había suficiente comida en aquellos estantes para que una persona viviera un año. Se preparó rápidamente un almuerzo y se comió medio pan y dos latas de judías blancas. Una vez que hubo saciado su hambre, se dispuso a deshacerse del cadáver. Ya había elaborado un plan; ahora no tenía más que llevarlo a cabo. El muerto debía de haber sido un ermitaño que vivía solo en lo alto de la montaña, razonó Effing, y en tal caso, no habría mucha gente que supiera que estaba allí. Por los datos que tenía (el

Librodot

cuerpo aún no estaba descompuesto, no había ningún olor insoportable, el pan todavía estaba fresco), el asesinato debía de haberse cometido muy recientemente, tal vez tan sólo unas horas antes; lo cual significaba que la única persona que sabía que el ermitaño estaba muerto era el hombre que lo había matado. Nada le impediría ocupar el lugar del ermitaño, pensó Effing. Ambos tenían más o menos la misma edad, más o menos la misma talla y el mismo cabello castaño claro. No sería muy difícil dejarse crecer la barba y empezar a llevar la ropa del muerto. Asumiría la vida del ermitaño y seguiría viviéndola por él, actuando como si el alma de aquel hombre hubiera pasado a pertenecerle. Si alguien subía hasta allí a hacerle una visita, él fingiría ser quien no era y ya se vería si conseguía engañarles. Tenía un rifle para defenderse si algo iba mal, pero pensaba que las cartas estaban a su favor, ya que no parecía muy probable que un ermitaño tuviese muchas visitas.

Después de quitarle la ropa sacó el cuerpo de la cueva y lo llevó arrastrando hasta la parte de atrás del risco. Allí descubrió lo más extraordinario de todo: un pequeño oasis a diez o doce metros por debajo del nivel de la cueva, una zona de vegetación con dos altos chopos, un arroyo e innumerables arbustos cuyos nombres no conocía. Una pequeña bolsa de vida en medio de la abrumadora aridez. Mientras enterraba al ermitaño en la blanda tierra junto al arroyo, se dio cuenta de que todo era posible en aquel lugar. Tenía comida y agua, tenía casa; tenía una nueva identidad y una vida nueva, y totalmente inesperada. El cambio en la situación era casi más de lo que podía comprender. Sólo unas horas antes estaba dispuesto a morir. Ahora temblaba de felicidad y no podía parar de reír mientras echaba una paletada de tierra tras otra sobre la cara del desconocido.

Pasaron los meses. Al principio, Effing estaba demasiado aturdido por su buena suerte para prestar mucha atención a lo que le rodeaba. Comía, dormía y, cuando el sol no era muy fuerte, se sentaba en las rocas fuera de la cueva y observaba a los multicolores lagartos que pasaban veloces junto a sus pies. La vista desde el risco era inmensa, abarcaba incontables kilómetros de terreno, pero él no la miraba con frecuencia, prefería limitar sus pensamientos a su entorno inmediato: los viajes al arroyo con el cubo del agua, recoger leña, el interior de la cueva. Ya había tenido suficientes paisajes, ahora le bastaba con lo que tenía al alcance. Luego, de repente, esta sensación de calma le abandonó y entró en un periodo de casi irresistible soledad. El horror de los últimos meses se apoderó de él y durante una semana o dos estuvo peligrosamente próximo al suicidio. Su cabeza hervía de alucinaciones y temores y más de una vez se imaginó que ya estaba muerto, que había muerto en el momento en que entró en la cueva y ahora estaba prisionero de una demoniaca vida después de la muerte. Un día, en un ataque de locura, cogió el rifle del ermitaño y mató al burro, pensando que en realidad era el ermitaño, un espectro iracundo que había venido a perseguirle con sus insidiosos rebuznos. El burro sabía la verdad sobre él y no tenía más remedio que eliminar al testigo de su fraude. Después de eso, le entró la obsesión de tratar de descubrir la identidad del muerto y se dedicó a registrar sistemáticamente el interior de la cueva en busca de pistas, un diario, un paquete de cartas, un libro, cualquier cosa que le revelara el nombre del ermitaño. Pero no encontró nada, ni una partícula de información.

Después de dos semanas, empezó lentamente a recobrar la razón y finalmente halló algo que se parecía a la paz de espíritu. Esta situación no podía prolongarse indefinidamente, se dijo, y eso fue un alivio, una idea que le dio valor para seguir adelante. En algún momento las reservas de víveres se acabarían y entonces tendría que marcharse a otro sitio. Se dio aproximadamente un año, quizá un poco más si tenía cuidado. Para entonces, la gente habría perdido las esperanzas de que él y Byrne regresaran. Dudaba de que Scoresby hubiese echado su carta al correo, pero aunque lo

Librodot

hubiese hecho, los resultados serian básicamente los mismos. Enviarían un equipo de rescate, costeado por Elizabeth y el padre de Byrne. Recorrerían el desierto durante unas semanas, buscando con ahínco a los dos desaparecidos -con seguridad habrían ofrecido una recompensa-, pero nunca encontrarían nada. Como máximo, descubrirían la tumba de Byrne, pero ni siquiera eso era muy probable. Y aunque así fuera, eso no les llevaría más cerca de él. Julian Barber había desaparecido y nadie podría nunca seguir su rastro. Todo era cuestión de aguantar hasta que dejaran de buscarle. Los periódicos de Nueva York publicarían necrologías, se celebraría un funeral y ése seria el final del asunto. Una vez que eso sucediera, él podría ir adonde quisiera; podría convertirse en quien quisiera.

Sin embargo, sabía que no le beneficiaría precipitar las cosas. Cuanto más tiempo permaneciera escondido, más seguro estaría cuando al fin se marchara. En consecuencia se puso a organizar su vida de la manera más estricta posible, haciendo todo lo que podía por alargar su estancia allí: se limitaba a una comida diaria, acumulaba una amplia provisión de leña para el invierno, se mantenía en buena forma física. Se hizo gráficos e inventarios y cada noche, antes de acostarse, anotaba meticulosamente las reservas que había utilizado durante el día, para obligarse a mantener la más rigurosa disciplina. Al principio le resultaba difícil cumplir los objetivos que se había fijado y sucumbía a menudo a la tentación de tomarse una rebanada de pan de más u otro plato de estofado en lata, pero el esfuerzo en sí mismo parecía valer la pena y le ayudaba a estar alerta. Era un modo de ponerse a prueba frente a sus propias debilidades y a medida que la realidad y el ideal se iban aproximando gradualmente, no podía evitar considerarlo un triunfo personal. Sabía que no era más que un juego, pero se necesitaba una fanática devoción para jugarlo y ese mismo exceso de concentración era lo que le permitía no caer en el abatimiento.

Después de dos o tres semanas de esta nueva vida de disciplina, empezó a sentir el impulso de volver a pintar. Una noche, sentado con un lápiz en la mano, escribiendo su breve informe de las actividades diarias, de pronto empezó a hacer un pequeño boceto de una montaña en la página de al lado. Antes de que se diera cuenta de lo que hacía, había terminado el dibujo. No tardó más de medio minuto, pero en ese repentino gesto inconsciente encontró una fuerza que nunca había estado presente en su obra anterior. Esa misma noche desempaquetó sus enseres de pintor, y desde entonces hasta que se le acabaron las pinturas siguió trabajando, saliendo cada mañana de la cueva al amanecer y pasando todo el día fuera. Aquello duró dos meses y medio y en ese tiempo consiguió terminar casi cuarenta lienzos. Sin ninguna duda, me dijo, fue el periodo más feliz de su vida.

Trabajaba sometido a las exigencias de dos restricciones que acabaron ayudándole cada una a su manera. Primero, el hecho de que nadie vería nunca aquellos cuadros. Eso era inevitable, pero, en lugar de atormentarle con una sensación de inutilidad, parecía liberarle. Ahora trabajaba para si mismo, sin la amenaza de la opinión de otras personas, y eso de por sí era suficiente para producir un cambio fundamental en el enfoque que daba a su arte. Por primera vez en su vida dejó de preocuparse por los resultados y en consecuencia los términos “éxito” y “fracaso” perdieron todo sentido para él. Descubrió que el verdadero sentido del arte no era crear objetos bellos. Era un método de conocimiento, una forma de penetrar en el mundo y encontrar el sitio que nos corresponde en él, y cualquier cualidad estética que pudiera tener un cuadro determinado no era más que un subproducto casual del esfuerzo de librar esta batalla, de entrar en el corazón de las cosas. Procuró olvidar las reglas que había aprendido, confiando en el paisaje como en un socio, abandonando voluntariamente sus intenciones y rindiéndose a los asaltos del azar, de la espontaneidad, a la embestida de los detalles brutales. Ya no le daba miedo la soledad

Librodot

que le rodeaba. El acto de tratar de plasmarla en los lienzos le había servido para interiorizarla de alguna manera y ahora podía percibir su indiferencia como algo que le pertenecía a él, tanto como él pertenecía al silencioso poderío de aquellos gigantescos espacios. Según me dijo, los cuadros que pintó eran toscos, llenos de colores violentos y de extrañas e involuntarias oleadas de energía, un remolino de formas y de luz. No tenía ni idea de si eran bellos o feos, pero probablemente eso daba igual. Eran suyos y no se parecían a ningún otro cuadro que hubiera visto en su vida. Cincuenta años después, aseguró, todavía podía recordarlos uno a uno.

La segunda restricción era más sutil, pero, a pesar de ello, ejercía una influencia aún más fuerte sobre él: antes o después, se le acabarían los materiales. Después de todo, sólo tenía un número limitado de tubos de pintura y de lienzos, y mientras continuara pintando, los estaba gastando. Desde el primer momento, por lo tanto, el fin estaba a la vista. Incluso mientras estaba pintando los cuadros, notaba como si el paisaje se desvaneciera ante sus ojos. Esto le daba una especial intensidad a todo lo que pintó en aquellos meses. Cada vez que terminaba una tela, las dimensiones del futuro se encogían para él, acercándole constantemente al momento en que ya no habría futuro. Al cabo de mes y medio de constante trabajo, llegó finalmente a la última tela. Sin embargo, todavía le quedaban una docena de tubos de pintura. Casi sin perder el ritmo, Effing dio la vuelta a los cuadros y empezó una nueva serie en la parte de atrás de los lienzos. Fue un indulto extraordinario, dijo, y durante las tres semanas siguientes se sintió como si hubiera renacido. Trabajó en su segundo ciclo de paisajes aún con mayor intensidad que en el primero, y cuando todos los reversos estuvieron cubiertos, empezó a pintar sobre los muebles de la cueva, dando frenéticas pinceladas sobre el armario, la mesa y las sillas de madera, y una vez que estas superficies también estuvieron pintadas, estrujó los aplastados tubos para sacar los últimos restos de color y comenzó a trabajar sobre la pared sur, esbozando los contornos de una pintura rupestre panorámica. Effing afirmó que habría sido su obra maestra, pero se le acabaron los colores antes de que estuviera medio terminada.

Entonces llegó el invierno. Todavía tenía varios cuadernos y una caja de lápices, pero en vez de pasar de la pintura al dibujo, prefirió hibernar durante los meses fríos y pasó el tiempo escribiendo. En un cuaderno anotaba sus pensamientos y observaciones, intentando hacer con palabras lo que antes había hecho con imágenes, y en otro continuó el cuaderno de bitácora de su rutina diaria, llevando una cuenta exacta de sus gastos: cuánta comida habla consumido, cuánta quedaba, cuántas velas había quemado, cuántas estaban intactas. En enero nevó todos los días durante una semana, y él se complació en ver la blancura que caía sobre las rocas rojas, transformando el paisaje que tan bien conocía ya. Por la tarde salía el sol y derretía la nieve en trozos irregulares, creando un bonito efecto moteado, y a veces el viento levantaba la nieve en polvo y hacía girar las partículas blancas en breves danzas tempestuosas. Effing pasaba horas y horas observando estas cosas, sin que pareciera cansarse nunca de ellas. Su vida se había vuelto tan lenta que ahora percibía los más pequeños cambios. Cuando se le acabaron las pinturas, pasó por un angustiado periodo de desaliento, pero luego descubrió que escribir podía ser un adecuado sucedáneo de pintar. A mediados de febrero, sin embargo, había llenado todos sus cuadernos y ya no le quedaba nada donde escribir. Contrariamente a lo que había supuesto, esto no le desanimó. Se había sumergido tan profundamente en su soledad que ya no necesitaba ninguna distracción. Le parecía casi inimaginable, pero poco a poco el mundo se había vuelto suficiente para él.

A finales de marzo finalmente tuvo su primera visita. Por suerte, Effing estaba sentado en el tejado de su cueva cuando el hombre hizo su aparición al pie de la montaña, lo cual le permitió seguir el ascenso del desconocido por las rocas; durante

Librodot

casi una hora estuvo observando la pequeña figura que trepaba hacia él. Cuando el hombre llegó a la cima, Effing le estaba esperando con el rifle entre las manos. Había interpretado esta escena para sí cien veces, pero ahora que estaba sucediendo de verdad, le sorprendió descubrir lo asustado que estaba. La situación no tardaría más de treinta segundos en aclararse: si el hombre conocía al ermitaño y, en caso afirmativo, si el disfraz podría engañarle y hacerle creer que Effing era la persona que fingía ser. Si el hombre era el asesino del ermitaño, el asunto del disfraz sería irrelevante. Y lo mismo ocurriría si se trataba de un miembro del equipo de rescate, una última alma ingenua que todavía soñaba con la recompensa. Todo se resolvería en pocos segundos, pero, hasta entonces, Effing no podía evitar el ponerse en lo peor. Se dio cuenta de que, además de sus otros pecados, había muchas probabilidades de que se convirtiera en un asesino dentro de un momento.

Lo primero que observó del hombre fue que era grande, e inmediatamente se fijó en su extraña indumentaria. El hombre vestía una ropa que parecía hecha toda de diversos remiendos -un cuadrado rojo vivo aquí, un rectángulo de cuadros azules y blancos allá, un pedazo de lana en un sitio, un trozo de tela vaquera en otro- y este atuendo le daba un extraño aspecto de payaso, como si acabara de escaparse de un circo ambulante. En lugar del sombrero de ala ancha típico del Oeste, llevaba un estropeado hongo con una pluma blanca en la cinta. El pelo negro y liso le llegaba hasta los hombros, y cuando se acercó más, Effing vio que el lado izquierdo de su cara estaba deformado por una ancha e irregular cicatriz que iba desde el pómulo hasta el labio inferior. Effing supuso que el hombre era indio, pero a aquellas alturas poco importaba lo que fuese. Era una aparición, un bufón de pesadilla que había salido de las rocas. El hombre gimió de agotamiento cuando se izó hasta el saliente de la cima y luego se detuvo y sonrió a Effing. Estaba sólo a tres o cuatro metros de él. Effing levantó el rifle y le apuntó, pero el hombre pareció más desconcertado que asustado.

-Eh, Tom -dijo, con la voz lenta de un tonto-. ¿No te acuerdas de mí? Soy tu viejo amigo George. A mí no tienes que gastarme esas bromas.

Effing vaciló un momento, luego bajó el rifle, manteniendo el dedo en el gatillo por si acaso.

-George -murmuró, hablando en un tono casi inaudible para que su voz no le traicionase.

-He estado en la trena todo el invierno -dijo el grandullón-. Por eso no he venido a verte.

Siguió andando hacia Effing y no se paró hasta que estuvo lo bastante cerca de él como para darle la mano. Efflng se pasó el rifle a la mano izquierda y le tendió la derecha. El indio le miró inquisitivamente a los ojos durante un momento, pero luego el peligro pasó de repente.

-Tienes buen aspecto, Tom -dijo-. Muy bueno, de veras.

-Gracias -dijo Effing-. Tú también tienes buen aspecto.

El grandullón se echó a reír, poseído por una especie de zafia alegría, y desde ese momento Effing supo que todo iba a salir bien. Era como si acabara de contar el chiste más gracioso del siglo, y si tan poca cosa podía producir tan gran efecto, no sería difícil mantener el engaño. Era asombroso, de hecho, lo bien que iba todo. El parecido de Effing con el ermitaño era sólo aproximado, pero al parecer el poder de sugestión era lo bastante fuerte como para transformar la evidencia física. El indio había acudido a la cueva esperando encontrar a Tom, el ermitaño, y como era inconcebible para él que un hombre que respondía al nombre de Tom pudiese ser otro que el Tom que él buscaba, había alterado los hechos apresuradamente para que concordasen con sus expectativas, justificando cualquier discrepancia entre los dos Tom como producto de su propia memoria defectuosa. Ayudaba mucho, naturalmente, el que el hombre fuese un bobo.

Librodot

Tal vez sabia perfectamente que Effing no era el verdadero Tom. Puede que hubiera subido a la cueva buscando unas horas de compañía y, puesto que encontró lo que buscaba, no iba a ponerse a discutir quién se la habla dado. En última instancia, era probable que le fuera completamente indiferente haber estado con el verdadero Tom o no.

Pasaron la tarde juntos sentados en la cueva y fumando cigarrillos. George había traído un paquete de tabaco, su regalo habitual al ermitaño, y Effing fumó un pitillo tras otro en un éxtasis de placer. Le resultaba extraño estar con alguien después de tantos meses de aislamiento y durante la primera hora más o menos le costó trabajo decir palabra. Había perdido la costumbre de hablar y su lengua ya no funcionaba como antes. La notaba torpe, como una serpiente que se retorciera pero no obedeciera sus órdenes. Afortunadamente, el auténtico Tom no había sido muy hablador y el indio no parecía esperar de él más que alguna respuesta de vez en cuando. Era evidente que George estaba disfrutando muchísimo y cada tres o cuatro frases echaba la cabeza hacia atrás y se reía. Cada vez que se reía, perdía el hilo de su discurso y empezaba con otro tema, lo cual hacía que a Effing le resultase difícil seguirle. Una historia sobre una reserva de los navajos se convertía de repente en una historia sobre una pelea de borrachos en un *saloon*, la cual a su vez se transformaba en el emocionante relato del robo a un tren. Por lo que Effing pudo deducir, su compañero era conocido con el nombre de George Boca Fea. Por lo menos así es como le llamaba la gente, pero al grandullón no parecía molestarle. Por el contrario, daba la impresión de estar bastante complacido de que el mundo le hubiera puesto un nombre que le pertenecía a él y a nadie más, como si eso fuera una señal de distinción. Effing nunca había conocido a nadie que combinara tanta dulzura e imbecilidad, y se esforzó por escucharle con atención y asentir en los momentos oportunos. Una o dos veces, sintió la tentación de preguntarle a George si había oído algo acerca de un equipo de rescate, pero consiguió dominar el impulso.

A medida que avanzaba la tarde, Effing iba juntando algunos datos sobre el auténtico Tom. Los prolijos e incoherentes relatos de George Boca Fea empezaron a volver sobre sí mismos con cierta frecuencia, cruzándose en suficientes puntos como para formar la estructura de una historia más amplia y unitaria. Repetía incidentes, omitía aspectos cruciales, no contaba los sucesos desde el principio hasta el final, pero, a pesar de todo, acabó dándole suficiente información como para que Effing llegase a la conclusión de que el ermitaño habla estado implicado en actividades delictivas de algún tipo con una banda de forajidos conocida como los hermanos Gresham. No estaba seguro de si el ermitaño había sido un participante activo o si simplemente había dejado que los bandidos utilizaran su cueva como escondite, pero, fuese como fuese, esto parecía explicar el asesinato y las abundantes provisiones que él había encontrado allí el primer día. Temeroso de revelar su ignorancia, Effing no le pidió detalles a George, pero, por lo que dijo el indio, parecía probable que los Gresham volvieran pronto, quizá al final de la primavera. George estaba demasiado distraído para acordarse de dónde estaba la banda ahora y no paraba de levantarse de la silla para pasear por la cueva y examinar las pinturas, moviendo la cabeza con sincera admiración. No sabía que Tom pintase, dijo, repitiendo el comentario varias docenas de veces en el curso de la tarde. Eran las cosas más bellísimas que había visto en su vida, las cosas más bellísimas que había en el mundo entero. Si se portaba bien, dijo, a lo mejor Tom le enseñaba algún día a pintar, y Effing le miró a los ojos y le dijo que sí, que a lo mejor algún día. Effing lamentaba que alguien hubiese visto los cuadros, pero al mismo tiempo se alegraba de que tuvieran una acogida tan entusiasta, dándose cuenta de que probablemente era la única acogida que tendrían aquellas obras.

Después de la visita de George Boca Fea, ya nada fue igual para Effing. Había

Librodot

trabajado constantemente durante los últimos siete meses en forjar su soledad, esforzándose en convertirla en algo sustancial, una fortaleza que delimitara las fronteras de su vida, pero ahora que alguien había estado con él en la cueva, comprendió lo artificial que era su situación. La gente sabía dónde encontrarle, y ahora que había sucedido, no había razón para que no volviese a suceder. Tenía que estar en guardia, constantemente alerta, y las exigencias de esta vigilancia se cobraron su precio, desgastándole hasta que la armonía de su mundo quedó destrozada. No podía hacer nada por evitarlo. Tenía que pasarse los días vigilando y esperando, tenía que prepararse para las cosas que iban a ocurrir. Al principio, estuvo esperando que George volviera, pero a medida que pasaban las semanas y el grandullón no aparecía, empezó a concentrar su atención en los hermanos Gresham. Lo lógico hubiera sido, llegado a ese punto, renunciar, recoger sus cosas y dejar la cueva para siempre, pero algo en él se resistía a ceder tan fácilmente a la amenaza. Sabía que era una locura no marcharse, un gesto sin sentido que casi con certeza le llevaría a la muerte, pero la cueva era lo único que tenía ahora y no podía decidirse a huir.

Lo esencial era no permitir que le cogieran por sorpresa. Si llegaban mientras estaba dormido, no tendría la menor posibilidad, le matarían antes de que pudiera levantarse de la cama. Ya lo habían hecho una vez y no les importaría volver a hacerlo. Por otra parte, si se las ingeniaba para montar algún tipo de alarma que le advirtiera de que se aproximaban, probablemente eso no le daría más que unos momentos de ventaja. El tiempo suficiente para despertarse y coger el rifle, quizá, pero si los tres hermanos venían juntos, seguía llevando las de perder. Podría ganar tiempo si se atrincheraba dentro de la cueva, cerrando la entrada con piedras y ramas, pero entonces renunciaría a la única ventaja que tenía sobre sus atacantes: el hecho de que ellos no sabían que estaba allí. Tan pronto vieran la barricada sabrían que alguien vivía allí y actuarían en consecuencia. Effing pasaba casi todas sus horas de vigilia pensando en estos problemas, sopesando las distintas estrategias posibles, tratando de encontrar un plan que no fuera suicida. Al final, acabó por no dormir en la cueva, y colocó sus mantas y su almohada en un saliente a mitad de la ladera opuesta de la montaña. George Boca Fea había hablado de que los hermanos Gresham eran muy aficionados al whisky y Effing suponía que seria natural que se pusieran a beber en cuanto se instalaran en la cueva. Se aburrirían allí en el desierto y si llegaban a emborracharse, el alcohol seria su mejor aliado. Hizo lo que pudo por eliminar toda huella viviente de su presencia en la cueva; almacenó sus cuadros y sus cuadernos en la parte oscura que había al fondo y dejó de usar la estufa. No podía hacer nada para ocultar las pinturas de los muebles y la pared, pero si la estufa no estaba caliente cuando entraran, tal vez los Gresham supondrían que la persona que había pintado aquello se había ido. No era en absoluto seguro que pensaran eso, pero Effing no veía ninguna otra forma de evitar el callejón sin salida. Necesitaba que supieran que alguien había estado allí, porque si la cueva diese la impresión de haber estado vacía desde su visita anterior, no tendría explicación que el cadáver del ermitaño hubiera desaparecido. Los Gresham se extrañarían de esa desaparición, pero una vez que comprendieran que alguien había vivido allí quizá dejaran de preguntarse qué había pasado. Por lo menos, ésa era la esperanza de Effing. Dada la infinidad de imponderables que había en la situación, no se atrevía a esperar demasiado.

Pasó otro mes infernal y luego, al fin, se presentaron allí. Fue a mediados de mayo, algo más de un año después de su partida de Nueva York en compañía de Byrne. Los Gresham llegaron cabalgando al atardecer, anunciando su presencia por el ruido que hacía eco en las rocas: voces fuertes, risas, unas estrofas cantadas con voz ronca. Effing tuvo tiempo sobrado de prepararse, pero eso no impidió que los latidos de su corazón se acelerasen desacompasadamente. A pesar de las muchas advertencias que se

Librodot

había hecho de conservar la calma, se dio cuenta de que tendría que poner fin al asunto aquella misma noche. No le sería posible soportarlo más tiempo.

Se agazapó en el estrecho saliente que había detrás de la cueva, esperando a que llegase su momento mientras caía la noche. Oyó acercarse a los Gresham, escuchó unos cuantos comentarios sueltos sobre cosas que no entendía y luego oyó que uno de ellos decía:

-Supongo que tendremos que airear esto después de deshacernos del viejo Tom.

Los otros dos se rieron e inmediatamente después las voces cesaron. Eso quería decir que habían entrado en la cueva. Media hora más tarde empezó a salir humo por el tubo metálico que sobresalía del tejado y al poco rato notó el olor de la carne guisada. Durante las dos horas siguientes no sucedió nada. Oyó que los caballos bufaban y pateaban en un pedazo de terreno que había debajo de la cueva, y poco a poco el azul oscuro del anochecer se volvió negro. No había luna aquella noche y en el cielo brillaban las estrellas. De vez en cuando le llegaba una risa ahogada, pero eso era todo. Luego, periódicamente, los Gresham empezaron a salir de la cueva de uno en uno para orinar contra las rocas. Effing esperó que eso significara que estaban jugando a las cartas y emborrachándose, pero era imposible estar seguro de nada. Decidió esperar hasta que el último hubiese vaciado su vejiga y luego les daría una hora u hora y media más. Para entonces probablemente estarían dormidos y no le oirían entrar en la cueva. Mientras tanto, se preguntó cómo iba a usar el rifle con una sola mano. Si no había luz en la cueva, tendría que llevar una vela para ver a sus blancos y nunca había practicado el tiro con una sola mano. Era un rifle de repetición Winchester que era preciso volver a amartillar después de cada disparo y siempre lo había hecho con la mano izquierda. Podía sostener la vela con la boca, naturalmente, pero seria peligroso tener la llama tan cerca de los ojos, por no hablar de lo que sucedería si llegaba a rozarle la barba. Tendría que sostener la vela como si fuera un puro, metiéndola entre el dedo índice y el dedo corazón, y confiar en poder sujetar el cañón del arma con los otros tres dedos al mismo tiempo. Si apoyaba la culata en su estómago en lugar de hacerlo en el hombro, tal vez conseguiría volver a amartillar el rifle lo bastante rápido con la mano derecha después de apretar el gatillo. Pero tampoco podía estar seguro de ello. Hizo unos cálculos desesperados, de último minuto, mientras esperaba en la oscuridad, y se maldijo por su negligencia, asombrado de su estupidez.

Resultó que la luz no era problema. Cuando salió de su escondite y se arrastró hasta la cueva, descubrió que aún había una vela encendida en el interior. Se detuvo a un lado de la entrada y contuvo el aliento, escuchando, dispuesto a volver rápidamente a su saliente silos Gresham estaban todavía despiertos. Después de unos momentos oyó algo que le pareció un ronquido, pero fue inmediatamente seguido por una serie de sonidos que al parecer venían de las proximidades de la mesa: un suspiro, un silencio, y luego un ruido como el de un vaso al ponerlo sobre una superficie. Por lo menos uno de ellos estaba aún despierto, pensó, pero ¿cómo podía estar seguro de que era solamente uno? Entonces oyó el barajar de naipes, siete golpes secos sobre la mesa y luego una breve pausa. Después seis golpes y otra pausa. Luego cinco. Cuatro, tres, dos, uno. Un solitario, pensó Effing, un solitario, sin la menor duda. Uno de ellos estaba levantado y los otros dos dormidos. Tenía que ser eso, de lo contrario el jugador estaría hablando con uno de los otros. Pero no estaba hablando y eso sólo podía significar que no tenía con quien hablar.

Effing puso el rifle en posición de disparar y avanzó hacia la entrada de la cueva. Descubrió que no era difícil sostener la vela con la mano izquierda, su pánico no estaba justificado. El hombre que estaba sentado a la mesa levantó la cabeza bruscamente cuando Effing apareció, luego se le quedó mirando horrorizado.

-Jesús -murmuró-. Pero si tenías que estar muerto.

Librodot

-Sospecho que estás equivocado -le respondió Effing-. El que está muerto eres tú, no yo.

Apretó el gatillo y un instante después el hombre cayó hacia atrás con su silla, lanzando un grito cuando la bala le dio en el pecho, y luego, de pronto, quedó en silencio. Effing volvió a amartillar el rifle y apuntó al segundo hermano, que estaba tratando precipitadamente de salir de su saco de dormir colocado en el suelo. Effing le mató también de un solo disparo, dándole de lleno en la cara con una bala que le desgarró la parte posterior de la cabeza y lanzó al otro lado de la habitación una masa de sesos y huesos. Pero las cosas no fueron tan fáciles con el tercer Gresham. Ése estaba acostado en la cama, al fondo de la cueva, y para cuando Effing terminó con los dos primeros, el tercero había cogido su revólver y estaba listo para disparar. Una bala pasó junto a la cabeza de Effing y rebotó en la estufa de hierro a su espalda. Amartilló el rifle otra vez y de un salto se puso detrás de la mesa para cubrirse. Al hacerlo apagó accidentalmente las dos velas. La cueva se quedó en la negra oscuridad y el hombre que estaba al fondo empezó de repente a sollozar histéricamente, balbuceando un montón de tonterías acerca del ermitaño muerto y disparando en dirección a Effing. Éste conocía de memoria los contornos de la cueva y aun en la oscuridad sabia exactamente dónde estaba el hombre. Contó seis disparos, comprendió que el enloquecido tercer hermano no podría volver a cargar su revólver sin luz, y entonces se levantó y se dirigió hacia la cama. Apretó el gatillo, oyó chillar al hombre cuando la bala penetró en su cuerpo, luego amartilló de nuevo el rifle y disparó otra vez. Se hizo el silencio en la cueva. Effing percibió el olor de la pólvora que flotaba en el aire y de pronto notó que su cuerpo temblaba. Salió tambaleándose y una vez fuera cayó de rodillas; un momento después, vomitó.

Durmió allí mismo en la boca de la cueva. Cuando despertó a la mañana siguiente, se dispuso inmediatamente a deshacerse de los cadáveres. Le sorprendió descubrir que no sentía el menor remordimiento, que podía mirar a los hombres que había matado sin que la conciencia le remordiera en absoluto. Uno a uno, los fue sacando de la cueva y arrastrándolos hasta la parte de atrás para enterrarlos debajo del chopo, al lado del ermitaño. A primera hora de la tarde acabó con el último cadáver. Agotado por el esfuerzo, volvió a la cueva para comer algo y fue entonces, justo cuando se sentó a la mesa y empezó a servirse un vaso de whisky de los hermanos Gresham, cuando vio las alforjas tiradas debajo de la cama. Según me contó Effing, fue en ese preciso momento cuando todo cambió otra vez para él, cuando su vida viró súbitamente en una nueva dirección. Había seis grandes alforjas en total y al vaciar el contenido de la primera sobre la mesa supo que su estancia en la cueva había terminado; así, con la fuerza y la rapidez de un libro que se cierra de golpe. Había dinero sobre la mesa, y cada vez que vaciaba otra alforja, el montón iba creciendo. Cuando finalmente lo contó, sólo en metálico había más de veinte mil dólares. Mezclados con el dinero, encontró varios relojes, pulseras y collares, y en la última alforja habla tres apretados fajos de bonos al portador que representaban otros diez mil dólares en inversiones tales como una mina de plata en Colorado, la compañía Westinghouse y la Ford Motors. En aquellos tiempos eso era una suma increíble, me dijo Effing, una verdadera fortuna. Si lo administraba correctamente, tendría suficiente para vivir el resto de su vida.

Nunca se planteó devolver el dinero robado, me aseguró, ni pensó en ir a las autoridades e informar de lo ocurrido. No era que temiese ser descubierto cuando contara la historia, era, sencillamente, que quería quedarse con el dinero. Este impulso era tan fuerte que ni siquiera se molestó en reflexionar sobre sus actos. Cogió el dinero porque estaba allí, porque en cierto modo sentía que le pertenecía, y eso fue todo. La cuestión del bien y el mal no se le pasó por la cabeza. Había matado a tres hombres a sangre fría y ahora estaba más allá de las sutilezas de tales consideraciones. Además,

Librodot

dudaba que hubiera mucha gente que llorase la pérdida de los hermanos Gresham. Habían desaparecido y el mundo no tardaría mucho en acostumbrarse a su ausencia. El mundo se acostumbraría, lo mismo que se había acostumbrado a vivir sin Julian Barber.

Pasó todo el día siguiente preparándose para partir. Colocó bien los muebles, lavó todas las manchas de sangre que encontró y guardó cuidadosamente sus cuadernos en el armario. Lamentaba tener que despedirse de sus cuadros, pero no le quedaba otro remedio, así que los apiló cuidadosamente a los pies de la cama y de cara a la pared. No tardó más de un par de horas en hacer esto, pero pasó el resto de la mañana y toda la tarde recogiendo piedras y ramas bajo el ardiente sol para tapar la boca de la cueva. Le parecía dudoso que alguna vez volviera allí, pero de todas formas quería que el lugar permaneciese oculto. Era su monumento particular, la tumba en la cual había enterrado su pasado, y cada vez que pensara en ella en el futuro, deseaba saber que todavía estaba exactamente como él la habla dejado. De esa manera continuarla sirviéndole de refugio mental, aunque nunca volviera a poner el pie allí.

Durmió al aire libre aquella noche y a la mañana siguiente se preparó para el viaje. Llenó las alforjas, hizo acopio de comida y agua y lo ató todo a las sillas de los tres caballos que habían dejado los hermanos Gresham. Luego montó uno de ellos y se alejó, tratando de decidir qué debía hacer.

Tardamos más de dos semanas en llegar hasta aquí. Hacía tiempo que las Navidades habían llegado y habían pasado y una semana después había terminado la década. Effing prestó escasa atención a estos hitos. Sus pensamientos estaban fijos en un tiempo anterior e iba excavando su historia con inagotable cuidado, sin omitir nada, retrocediendo para aportar detalles sin importancia, recreándose en los menores matices en un esfuerzo por recobrar su pasado. Después de algún tiempo, dejé de preguntarme si decía la verdad o no. Su relato había adquirido una cualidad fantasmagórica y había veces en que, más que recordando los hechos externos de su vida, parecía estar inventando una parábola para explicar su sentido interno. La cueva del ermitaño, las alforjas llenas de dinero, el tiroteo clásico del Salvaje Oeste, era todo muy rebuscado, y sin embargo la misma inverosimilitud de la historia era probablemente su elemento más convincente. No parecía posible que alguien se la inventase, y Effing la contaba tan bien, con tan palpable sinceridad, que simplemente me dejé llevar por ella, negándome a plantearme si estos hechos habían sucedido o no. Escuchaba, tomaba nota de lo que decía y no le interrumpía. A pesar de la repulsión que a veces me inspiraba, no podía por menos de considerarle un espíritu afín. Quizá eso comenzó cuando llegamos al episodio de la cueva. Después de todo, yo tenía mis propios recuerdos de la vida en una cueva, y cuando describía su sentimiento de soledad, me parecía que de alguna forma estaba describiendo cosas que yo había sentido. Mi propia historia era tan disparatada como la suya, pero yo sabia que si alguna vez decidía contársela, él creería cada palabra que yo dijera.

A medida que pasaban los días, el ambiente de la casa se iba haciendo cada vez más claustrofóbico. El tiempo era pésimo -una lluvia heladora, las calles cubiertas de hielo, un viento que te traspasaba-, por lo que tuvimos que suspender temporalmente nuestros paseos. Effing empezó a doblar las sesiones de su necrología. Se retiraba a su dormitorio después del almuerzo para dormir una breve siesta y a las dos y media o las tres volvía a salir, dispuesto a continuar hablando durante varias horas. No sé de dónde sacaba la energía para seguir a semejante ritmo, pero, lejos de tener que detenerse entre frases un poco más de lo habitual, la voz no parecía fallarle nunca. Comencé a vivir dentro de esa voz como si fuera una habitación, una habitación sin ventanas que se iba haciendo más pequeña cada día que pasaba. Ahora Effing llevaba los parches negros sobre los ojos casi constantemente y yo no tenía la posibilidad de engañarme pensando

Librodot

que había alguna comunicación entre nosotros. Él estaba solo con la historia que se desarrollaba en su cabeza y yo estaba solo con las palabras que salían de su boca como un torrente. Esas palabras llenaban cada centímetro del aire que me rodeaba y llegó un momento en que no podía respirar otra cosa. De no ser por Kitty, me habría asfixiado. Cuando terminaba mi jornada de trabajo con Effing, generalmente conseguía verla varias horas y pasar buena parte de la noche con ella. En más de una ocasión no regresé hasta la mañana siguiente. La señora Hume sabía lo que hacía, pero si Effing tenía idea de mis idas y venidas, nunca las mencionó. Lo único que le importaba era que desayunara con él a las ocho todas las mañanas y nunca dejé de sentarme a la mesa puntualmente.

Después de dejar la cueva, dijo Effing, viajó por el desierto varios días hasta encontrar el pueblo de Bluff. A partir de ahí, las cosas fueron más fáciles. Se dirigió hacia el norte, avanzando lentamente de pueblo en pueblo, y a finales de junio llegó a Salt Lake City, donde compró un billete de tren a San Francisco. Fue en California donde se inventó su nuevo nombre y se convirtió en Thomas Effing al firmar el registro del hotel la primera noche. Me dijo que quería que el Thomas fuese por Moran y que hasta que no dejó la pluma no cayó en la cuenta de que Tom era también el nombre del ermitaño, el nombre que le había pertenecido secretamente durante más de un año. Interpretó esta coincidencia como un buen augurio, como si reforzara su elección, convirtiéndola en algo inevitable. Respecto al apellido, me dijo, no juzgaba necesario darme una glosa. Ya me habla dicho que Effing era un juego de palabras y, a menos que le hubiera interpretado mal en algo esencial, yo creía saber de dónde habla salido. Al escribir la palabra *Thomas*, probablemente se había acordado de la expresión *doubting Thomas*. El gerundio habla dado paso a otro: *fucking Thomas*, que en aras de la convención se transformó en *f-ing*.[3] De ahí Thomas Effing, el hombre que se había jodido la vida. Dado su gusto por las bromas crueles, me imaginé lo satisfecho que se habría sentido consigo mismo.

Casi desde el principio, yo esperaba siempre que me hablara de sus piernas. Las rocas de Utah me parecían un lugar muy apropiado para esa clase de accidente, pero el relato avanzaba cada día un poco más sin que hiciera mención a lo que le dejó inválido. El viaje con Scoresby y Byrne, el encuentro con George Boca Fea, el tiroteo con los hermanos Gresham: una tras otra, había salido ileso de estas situaciones. Ahora estaba en San Francisco, y yo empezaba a tener mis dudas de que llegásemos alguna vez a ese episodio. Pasó más de una semana describiendo lo que había hecho con el dinero, enumerando las inversiones, las transacciones financieras, los tremendos riesgos que había corrido en la bolsa. Al cabo de nueve meses volvía a ser rico, casi más rico que antes: poseía una casa en Russian Hill con varios criados, tenía todas las mujeres que quería, se movía en los círculos sociales más elegantes. Podía haber llevado permanentemente esta clase de vida (que era la misma que había conocido desde la infancia) de no ser por un incidente que tuvo lugar un año después de su llegada. Invitado a una cena de unos veinte comensales, se encontró de pronto con un personaje de su pasado, un hombre que había sido colega de su padre en Nueva York durante más de diez años. Alonzo Riddle era un anciano por entonces, pero cuando le presentaron a Effing y le estrechó la mano, no hubo duda de que le reconocía. Asombrado, Riddle llegó a comentar que Effing era la viva imagen de alguien que había conocido hacía tiempo. Effing restó importancia a la coincidencia y dijo bromeando que se suponía que todo el mundo tenía un doble exacto en alguna parte, pero Riddle estaba demasiado

[3] He optado por conservar las palabras inglesas porque, traducidas, el juego de palabras carecía totalmente de sentido. *Doubting Thomas* es una expresión común que se aplica a quien duda de todo (En referencia a Santo Tomás, que dudó de la resurrección de Jesús.) *Fuking Thomas* sería "Tomás, el que jode". La abreviatura convencional *f-ing* se pronuncia igual que Effing. (*N. de la T.*)

Librodot

impresionado para dejarlo correr y se puso a contarle a Effing y a otros invitados la historia de la desaparición de Julian Barber. Fue un momento horrible para Effing y pasó el resto de la velada en un estado de pánico, incapaz de librarse de la mirada inquisitiva y suspicaz de Riddle.

A raíz de este suceso comprendió lo precaria que era su situación. Más tarde o más temprano, tropezaría con otra persona de su pasado y nada le garantizaba que fuese a tener la misma suerte que había tenido con Riddle. Esa persona podría estar más segura de si misma y ser más beligerante en sus acusaciones, y antes de que Effing quisiera darse cuenta, el asunto le estallaría en la cara. Como medida de precaución, dejó bruscamente de dar fiestas y de aceptar invitaciones, pero sabía que esto no iba a ayudarle a la larga. La gente acabaría notando que se había apartado de ellos y eso despertaría su curiosidad, lo cual a su vez daría paso a las habladurías, cosa que sólo podía traer problemas. Esto ocurría en noviembre de 1918. Acababa de firmarse el armisticio y Effing sabía que sus días en Estados Unidos estaban contados. A pesar de esa certeza, se sentía incapaz de hacer nada. Cayó en la inercia, no podía hacer planes ni pensar en las posibilidades que tenía. Abrumado por la culpa, horrorizado de lo que había hecho con su vida, se entregó a absurdas fantasías de volver a Long Island con una mentira colosal que justificase su desaparición. Eso era imposible, pero se aferraba a la idea como a un sueño de redención, inventaba tenazmente una falsa salida tras otra y no era capaz de actuar. Durante varios meses se aisló del mundo, pasaba los días durmiendo en su habitación oscurecida y por las noches se aventuraba a adentrarse en el barrio chino. Siempre era el barrio chino. No deseaba ir allí, pero nunca tenía el valor de no ir. En contra de su voluntad, empezó a frecuentar los burdeles, los fumaderos de opio y las casas de juego que se ocultaban en el laberinto de sus calles estrechas. Buscaba el olvido, me dijo, trataba de ahogarse en una degradación que igualase el odio que sentía por sí mismo. Sus noches se convirtieron en una miasma de ruedas de ruleta y humo, de mujeres chinas con la cara picada de viruela y desdentadas, de cuartos mal ventilados y náuseas. Sus pérdidas eran tan exageradas que en agosto había despilfarrado un tercio de su fortuna en estas noches de libertinaje. Habría continuado hasta el final, según me dijo, hasta que se hubiera matado o arruinado, si su destino no le hubiera partido en dos. Lo que le sucedió no podía haber sido más repentino ni más violento, pero, pese a todas las desdichas que desencadenó, la verdad era que sólo un desastre podía salvarle.

Effing me contó que aquella noche estaba lloviendo. Él acababa de pasar varias horas en el barrio chino y volvía a casa tambaleándose a causa de la droga que llevaba en el cuerpo, apenas consciente de dónde estaba. Eran las tres o las cuatro de la madrugada y había empezado a subir la empinada cuesta que conducía a su casa, parándose casi en cada farola para apoyarse un momento y recobrar el aliento. Al principio de su caminata había perdido el paraguas en alguna parte y cuando llegó a la última pendiente estaba calado hasta los huesos. Con el repicar de la lluvia en la acera y la cabeza obnubilada por el efecto del opio, no oyó al desconocido que se le acercó por la espalda. Iba subiendo trabajosamente la cuesta cuando de pronto sintió como si un edificio se le hubiera caído encima. No tenía ni idea de lo que fue: una porra, un ladrillo, la culata de un revólver, podía haber sido cualquier cosa. Lo único que notó fue la fuerza del golpe, un tremendo impacto en la base del cráneo, e inmediatamente se derrumbó sobre la acera. Debió de estar inconsciente solamente unos segundos, porque lo siguiente que recordaba era que abrió los ojos y el agua le salpicaba la cara. Iba lanzado cuesta abajo por la resbaladiza acera a una velocidad que no podía controlar: de cabeza, sobre el vientre, agitando brazos y piernas en un esfuerzo por agarrarse a algo que detuviera su descenso irrefrenable. Por mucho que lo intentara, no conseguía parar ni levantarse, no podía hacer nada más que deslizarse como un insecto herido. En algún momento debió de torcer el cuerpo de tal modo que su trayectoria le llevaba calle abajo

en un ligero ángulo y de pronto vio que estaba a punto de salir disparado por encima del bordillo para ir a caer en la calzada. Se preparó para la sacudida, pero justo cuando llegó al borde, giró otros ochenta o noventa grados y fue a estrellarse contra una farola. Su espina dorsal chocó violentamente contra la base de hierro. En el mismo instante, oyó que algo se quebraba y luego sintió un dolor que no se parecía a nada que hubiera sentido antes, un dolor tan grotesco y tan fuerte que pensó que su cuerpo había estallado literalmente.

Nunca me dio detalles precisos respecto a la lesión. El pronóstico era lo que importaba y los médicos no tardaron en llegar a un veredicto unánime. Sus piernas estaban muertas y por más terapia que hiciera, no podría volver a andar nunca. Me dijo que, curiosamente, esta noticia casi supuso un alivio. Había sido castigado, y como el castigo era terrible, ya no estaba obligado a castigarse a sí mismo. Había pagado su crimen y de repente estaba vacío de nuevo: se acabaron las culpas, se acabaron los temores. Si la naturaleza del accidente hubiera sido distinta, tal vez no habría tenido el mismo efecto, pero como no había visto a su atacante, como nunca comprendió por qué le habían atacado, no pudo por menos de interpretarlo como una forma de justo castigo cósmico. Se había hecho la justicia más pura; un golpe anónimo y brutal había caído del cielo y le habla aplastado arbitrariamente, despiadadamente. No había tenido tiempo de defenderse ni de suplicar. Antes de que él supiera que había comenzado, el juicio había terminado, la sentencia se había dictado y el juez se había marchado de la sala.

Tardó nueve meses en recuperarse (hasta donde le era posible) y luego empezó a hacer los preparativos para marcharse del país. Vendió su casa, transfirió su capital a una cuenta numerada en un banco suizo y le compró un pasaporte falso a nombre de Thomas Effing a un hombre de filiación anarcosindicalista. Las redadas de Palmer estaban en pleno apogeo por entonces, a los Wobblies[4] los linchaban, Sacco y Vanzetti habían sido detenidos y la mayoría de los miembros de los grupos izquierdistas hablan pasado a la clandestinidad. El falsificador de pasaportes era un inmigrante húngaro que trabajaba en un sótano abarrotado en Mission, y Effing recordaba haberle pagado mucho dinero por el documento. El hombre estaba al borde de un colapso nervioso, y como sospechaba que Effing era un agente encubierto que le detendría en el momento en que terminase el trabajo, retrasó la entrega del pasaporte durante varias semanas, dándole rebuscadas excusas cada vez que llegaba la fecha acordada. El precio también iba subiendo, pero como el dinero era la menor de las preocupaciones de Effing en aquel momento, finalmente rompió el círculo vicioso ofreciéndole al hombre el doble del precio más alto que había pedido hasta entonces si podía tener el pasaporte listo a las nueve en punto de la mañana siguiente. La oferta era demasiado tentadora -la suma ascendía ya a más de ochocientos dólares- y el húngaro decidió correr el riesgo. Cuando Effing le entregó el dinero en metálico a la mañana siguiente y no le detuvo, el anarquista se echó a llorar y se puso a besarle la mano histéricamente como muestra de gratitud. Ése fue el último contacto que Effing tuvo con nadie en Estados Unidos en veinte años y el recuerdo de aquel hombre destrozado no le abandonó nunca. El país se había ido a la mierda, pensó, y consiguió decirle adiós sin ninguna pena.

En septiembre de 1920 embarcó en el *Descartes* y partió hacia Francia vía Canal de Panamá. No había ninguna razón especial para ir a Francia, pero tampoco la había para no ir. Durante algún tiempo había considerado la posibilidad de trasladarse a algún remanso colonial -a Centroamérica, quizá, o a una isla del Pacifico-, pero la idea de pasar el resto de su vida en una selva, aunque fuese como reyezuelo entre inocentes y cariñosos nativos, no le apetecía. No buscaba el paraíso, simplemente quería un país donde no se aburriese. Inglaterra quedaba descartado (encontraba despreciables a los

[4] Wobblies era el nombre popular de los miembros de Industrial Workers of the World (Trabajadores Industriales del Mundo). (*N. de la T.*)

ingleses) y aunque los franceses no eran mucho mejores, tenía buenos recuerdos del año que pasó en París de joven. Italia también le tentó, pero el hecho de que el francés fuera el único idioma extranjero que hablaba con cierta fluidez inclinó la balanza en favor de Francia. Por lo menos allí comería bien y bebería buenos vinos. Ciertamente, París era la ciudad donde había más probabilidades de que se encontrase con algunos de sus antiguos amigos de Nueva York del mundo artístico, pero la perspectiva de esos encuentros ya no le asustaba. El accidente había cambiado todo eso. Julian Barber había muerto. Él ya no era un artista, no era nadie. Era Thomas Effing, un inválido expatriado confinado en una silla de ruedas, y si alguien ponía en tela de juicio su identidad, le mandaría a la mierda. Era así de sencillo. Ya no le importaba lo que pensara nadie, y si tenía que mentir de vez en cuando respecto a sí mismo, qué más daba, mentiría. Todo el asunto era una impostura en cualquier caso y daba igual lo que hiciera.

Siguió contándome su historia durante dos o tres semanas más, pero ya no me apasionaba de la misma forma. Ya me había contado lo esencial; no quedaban más secretos, ni más oscuras verdades que arrancarle. Los momentos más cruciales de la vida de Effing habían tenido lugar en Estados Unidos, en los años que transcurrieron entre su partida hacia Utah y el accidente que tuvo en San Francisco, y una vez que llegó a Europa, la historia se convirtió en otra historia, una cronología de hechos y sucesos, un cuento del paso del tiempo. Me pareció que Effing era consciente de ello y, aunque no lo dijo directamente, su manera de contar empezó a cambiar, a perder la precisión y la intensidad de los episodios anteriores. Ahora se permitía más digresiones, parecía perder el hilo de su pensamiento con más frecuencia e incluso caía en flagrantes contradicciones. Un día, por ejemplo, afirmaba que había pasado esos años dedicado al ocio -leyendo libros, jugando al ajedrez, frecuentando los *bistros*- y al día siguiente me hablaba de complicados negocios, de cuadros que había pintado y luego destruido, de que tuvo una librería, de que trabajó como espía, de que recaudó fondos para el ejército republicano español. No había duda de que mentía, pero me pareció que lo hacia más por costumbre que con intención de engañarme. Hacia el final, me habló de un modo conmovedor de su amistad con Pavel Shum, me contó con mucho detalle que había continuado manteniendo relaciones sexuales a pesar de su estado y me soltó varias largas arengas acerca de sus teorías sobre el universo: la electricidad de los pensamientos, las conexiones de la materia, la transmigración de las almas. El último día me contó cómo Pavel y él lograron escapar de París antes de la ocupación alemana, repitió la historia de su encuentro con Tesla en Bryant Park y luego, sin previo aviso, paró en seco.

-Con eso es suficiente -dijo-. Lo dejaremos aquí.

-Pero todavía falta una hora para el almuerzo -dije, mirando el reloj que había en la repisa de la chimenea-. Tenemos tiempo de sobra para empezar el próximo episodio.

-No me contradiga, muchacho. Cuando digo que hemos terminado, quiere decir que hemos terminado.

-Pero sólo estamos en 1939. Quedan treinta años que contar.

-No son importantes. Puede resolverlos con una o dos frases. “Cuando se marchó de Europa a comienzos de la Segunda Guerra Mundial, el señor Effing regresó a Nueva York, donde pasó los últimos treinta años de su vida.” Algo así. No le será difícil.

-Entonces, no se refiere sólo a hoy. Me está usted diciendo que hemos llegado al final de la historia, ¿no es eso?

-Creía haberlo dejado claro.

-No importa, ya entiendo. Me sigue pareciendo que no tiene sentido, pero entiendo.

-No nos queda mucho tiempo, idiota, ésa es la razón. Si no empezamos

enseguida a escribir la dichosa necrología, no lo haremos nunca.

Durante los veinte días siguientes, pasé las mañanas en mi habitación, escribiendo diferentes versiones de la vida de Effing en la vieja Underwood. Había una versión corta para enviar a los periódicos, quinientas palabras inexpresivas que tocaban sólo los aspectos más superficiales; luego había una versión más completa titulada *La misteriosa vida de Julian Barber*, que resultó un relato bastante sensacional, de unas tres mil palabras, que Effing quería que yo ofreciera a una revista de artes plásticas después de su muerte; por último, estaba la versión corregida de la transcripción completa, la historia de Effing contada por él mismo. Tenía más de cien páginas y fue la que más trabajo me dio, pues tuve que eliminar cuidadosamente las repeticiones y los vulgarismos, pulir las frases y procurar convertir la palabra hablada en escrita sin que perdiera su fuerza. Descubrí que era una tarea difícil y delicada y en muchos casos me vi obligado a reconstruir casi por completo algunos párrafos para ser fiel al sentido original. No sabía qué pretendía hacer Effing con esta autobiografía (en sentido estricto, esto ya no era una necrología), pero evidentemente tenía mucho interés en que saliera perfecta y me presionaba para que realizara nuevas revisiones, regañándome y gritándome cada vez que le leía una frase que no le gustaba. Cada tarde teníamos una sesión de éstas y nos peleábamos por las más nimias cuestiones de estilo. Fue una experiencia agotadora para ambos (dos almas obstinadas empeñadas en un combate mortal), pero, uno por uno, acabamos llegando a un acuerdo respecto a los diferentes puntos y a principios de marzo habíamos terminado el trabajo.

Al día siguiente encontré tres libros sobre mi cama. Estaban escritos por un hombre llamado Solomon Barber, y aunque Effing no los mencionó cuando le vi a la hora del desayuno, supuse que era él quien los había dejado en mi cuarto. Era un gesto típico de Effing -enrevesado, oscuro, sin motivo aparente- pero ya le conocía lo suficiente para saber que ésta era su manera de decirme que leyera los libros. Teniendo en cuenta el nombre del autor, parecía bastante claro que no era una petición casual. Varios meses antes, el viejo había usado la palabra “consecuencias” y me pregunté si no se estaba preparando para hablarme de ellas.

Los libros trataban de la historia de los Estados Unidos y cada uno había sido publicado por una universidad diferente: *El obispo Berkeley los indios* (1947), *La colonia perdida de Roanoke* (1955) y Las *tierras vírgenes americanas* (1963). Las notas biográficas de la sobrecubierta eran muy escuetas, pero, reuniendo los pocos datos que ofrecían, me enteré de que Solomon Barber había hecho su doctorado en historia en 1944, había publicado numerosos artículos en revistas especializadas y había enseñado en varias universidades del Medio Oeste. La referencia a 1944 era fundamental. Si Effing había fecundado a su esposa justo antes de su marcha en 1916, su hijo habría nacido al año siguiente, lo cual quería decir que en 1944 tendría veintisiete años, una edad muy lógica para terminar un doctorado. Todo parecía encajar, pero sabía que no debía sacar conclusiones precipitadas. Tuve que esperar tres días más antes de que Effing mencionara el tema y sólo entonces supe que mis sospechas eran acertadas.

-Supongo que no habrá mirado los libros que le dejé en su cuarto el martes -me dijo, hablando con la misma tranquilidad de alguien que acabase de pedir un terrón de azúcar para el té.

-Los he mirado -contesté-. E incluso los he leído.

-Me sorprende, muchacho. Teniendo en cuenta su edad, empiezo a pensar que tal vez haya esperanza para usted.

-Hay esperanza para todos, señor. Eso es lo que hace que el mundo siga en marcha.

-Ahórreme los aforismos, Fogg. ¿Qué le parecieron los libros?

Librodot

-Los encontré admirables. Bien escritos, convincentemente argumentados y llenos de información que era enteramente nueva para mí.

-¿Por ejemplo?

-Por ejemplo, yo no sabia nada del plan de Berkeley[5] para educar a los indios de las Bermudas y tampoco sabía nada de los años que pasó en Rhode Island. Todo eso fue una sorpresa para mí, pero lo mejor del libro es la parte en que Barber relaciona las experiencias de Berkeley con sus trabajos filosóficos sobre la percepción. Me pareció muy hábil y original, muy profundo.

-¿Qué me dice de los otros libros?

-Lo mismo. Tampoco sabía mucho sobre Roanoke. Creo que Barber contribuye decisivamente a aclarar el misterio y tiendo a estar de acuerdo con él en que los colonos perdidos sobrevivieron gracias a que unieron sus fuerzas con las de los indios croatanos.[6] También me gustó el material sobre los antecedentes de Raleigh y Thomas Harriot. ¿Sabía usted que Harriot fue el primer hombre que miró la luna a través de un telescopio? Yo siempre pensé que había sido Galileo, pero Harriot se le adelantó en varios meses.

-Sí, muchacho, ya lo sabía. No hace falta que me dé una conferencia.

-Estaba contestando a su pregunta. Usted me preguntó qué era lo que había aprendido y yo se lo he dicho.

-No me replique. Aquí soy yo el que hace las preguntas. ¿Comprendido?

-Comprendido. Puede preguntarme lo que quiera, señor Effing, pero no es preciso que siga usted dando rodeos.

-¿Qué quiere decir con eso?

-Quiero decir que no es necesario que perdamos más tiempo. Usted puso esos libros en mi cuarto porque quería contarme algo y no veo por qué no me lo cuenta de una vez.

-Vaya, vaya, nos creemos muy listos hoy, ¿no?

-No era muy difícil de adivinar.

-No, supongo que no. Más o menos ya se lo había dicho, ¿no?

-Solomon Barber es su hijo.

Effing hizo una larga pausa, como si aún se resistiera a admitir adónde nos había llevado la conversación. Miró al vacío, se quitó las gafas oscuras y limpió los cristales con un pañuelo -un gesto inútil y absurdo en un ciego- y luego gruñó algo con voz profunda.

-Solomon. Un nombre verdaderamente espantoso. Pero yo no tuve nada que ver en ello, naturalmente. Mal puedes ponerle nombre a alguien si ni siquiera sabes que existe, ¿verdad?

-¿Llegó a conocerle?

-Nunca le he conocido, ni él a mi. Él cree que su padre murió en Utah en 1916.

-¿Cuándo se enteró usted de su existencia?

-En 1947. La culpa la tuvo Pavel Shum, él fue quien despertó mi curiosidad. Un día se presentó con un ejemplar de ese libro sobre el obispo Berkeley. Pavel era un gran lector, como creo haberle comentado ya, y cuando empezó a hablarme de un joven historiador apellidado Barber, como es natural agucé el oído. Pavel no sabía nada acerca de mi vida anterior, así que tuve que fingir que me interesaba el libro para averiguar más cosas del autor. En aquel momento nada era seguro. Barber no es un apellido tan raro, después de todo, y no había ninguna razón para pensar que ese Solomon tuviese

[5] Educador, filósofo y obispo anglicano irlandés que vivió y trabajó en Estados Unidos desde 1728 a 1731. (*N. de la T.*)

[6] Tribu de indios de la región costera de Carolina del Norte supuestamente relacionados con la desaparición hacia 1590 de la colonia de sir Walter Raleigh en la isla de Roanoke. (*N. de la T.*)

algo que ver conmigo. Pero tuve una corazonada, y si hay algo que he aprendido en mi larga y estúpida carrera como hombre, es a hacer caso de mis corazonadas. Me inventé un cuento para Pavel, aunque probablemente no era necesario. Él habría hecho cualquier cosa por mí. Si le hubiera pedido que se fuese al Polo Norte, se habría ido sin rechistar. Lo único que necesitaba era un poco de información, pero me pareció que podría ser demasiado arriesgado abordar el asunto directamente, así que le dije que estaba pensando en crear una fundación que concediese un premio anual a un escritor joven que lo mereciera. Este Barber parece prometedor, le dije, ¿por qué no investigamos un poco y vemos si necesita ese dinero? A Pavel le entusiasmó la idea. En su opinión, no había nada más importante en el mundo que fomentar la vida intelectual.

-Pero ¿qué me dice de su esposa? ¿Nunca averiguó qué había sido de ella? No habría sido muy difícil enterarse de si había tenido un hijo o no. Debe de haber cien maneras diferentes de obtener esa clase de información.

-Indudablemente. Pero yo me había prometido no hacer averiguaciones respecto a Elizabeth. Sentía curiosidad, hubiese sido imposible no sentirla, pero al mismo tiempo no quería abrir viejas heridas. El pasado era el pasado y para mí estaba cerrado y sellado. ¿De qué me habría servido saber si estaba viva o muerta, si se había vuelto a casar o no? Me obligué a permanecer en la ignorancia. Esa actitud me provocaba una fuerte tensión y me ayudaba a recordar quién era yo, a mantenerme alerta para no olvidar que ahora era otra persona. No había vuelta atrás, eso era lo importante. Nada de arrepentimientos, nada de compasión, nada de debilidades. Negándome a investigar sobre la vida de Elizabeth, conservaba mi fuerza.

-Pero sí quería investigar acerca de su hijo.

-Eso era distinto. Si era responsable de haber traído a otra persona al mundo, tenía derecho a saberlo. Sólo quería conocer la verdad, nada más.

-¿Tardó mucho Pavel en conseguir la información?

-No mucho. Descubrimos que Solomon Barber enseñaba en una modesta universidad del Medio Oeste, en Iowa, o Nebraska, no recuerdo. Pavel le escribió una carta hablando de su libro, una carta de admirador, por así decirlo. Después de eso no hubo ningún problema. Barber le contestó amablemente y Pavel volvió a escribirle diciéndole que iba a estar de paso en Iowa, o Nebraska, y que le gustaría conocerle. Por pura coincidencia, claro. ¡Ja! Como si las coincidencias existieran. Barber dijo que estaría encantado, y así fue como sucedió. Pavel cogió un tren para Iowa, o Nebraska, pasaron una velada juntos y cuando Pavel volvió me informó de todo lo que deseaba saber.

-¿Qué era?

-Que era: Solomon Barber había nacido en Shoreham, Long Island, en 1917. Que su padre era pintor y había muerto en Utah hacia mucho tiempo. Que su madre había muerto en 1939.

-El mismo año en que usted volvió a Estados Unidos.

-Eso parece.

-Y luego, ¿qué pasó?

-Nada. Le dije a Pavel que había cambiado de idea respecto a la fundación, y eso fue todo.

-Y usted nunca sintió deseos de verle. Es difícil creer que pudiera dejar el asunto así, sin más.

-Tenía mis razones, muchacho. No crea que no me costó, pero me mantuve firme. Me mantuve firme pese a todo.

-Muy noble por su parte.

-Sí, muy noble. Soy un príncipe de los pies a la cabeza.

-¿Y ahora?

Librodot

-A pesar de todo, he conseguido seguirle la pista. Pavel siguió escribiéndose con él y me tenía al corriente de lo que hacía Barber. Por eso le estoy contando esto ahora. Hay algo que quiero que haga usted por mí cuando me muera. Podría encargar el asunto a mis abogados, pero preferiría que lo hiciera usted. Lo hará mejor que ellos.

-¿Qué piensa hacer?

-Voy a dejarle mi dinero a él. Habrá algo para la señora Hume, naturalmente, pero el resto será para mi hijo. El pobre diablo se ha destrozado la vida de tal modo que puede que le venga bien. Es una calamidad, gordo, soltero, sin hijos, depresivo, un desastre andante. A pesar de su inteligencia y su talento, su carrera profesional ha sido una larga catástrofe. Le echaron de su primer puesto en el año cuarenta y tantos a causa de un escándalo (por acosar a los estudiantes del sexo masculino, según creo) y luego, justo cuando empezaba a rehacerse, le pilló la persecución de McCarthy y volvió a hundirse hasta el fondo. Se ha pasado la vida en los sitios más remotos que se pueda imaginar, enseñando en universidades de las que nadie ha oído hablar.

-Parece una historia patética.

-Eso es exactamente lo que es. Patética. Cien por cien patética.

-Pero ¿qué tengo yo que ver en esto? Le deja usted el dinero en su testamento y los abogados se lo dan. La cosa parece bastante sencilla.

-Quiero que le envíe mi autobiografía. ¿Por qué cree que hemos trabajado tanto en ella? No era simplemente para pasar el rato, muchacho, había un propósito en ello. Siempre hay un propósito en lo que yo hago, recuérdelo. Cuando me muera, quiero que se la mande junto con una carta explicándole cómo se escribió. ¿Está claro?

-No del todo. Después de haberse mantenido alejado de él desde 1947, no veo por qué está de repente tan ansioso de tener contacto con él. No tiene mucho sentido.

-Todo el mundo tiene derecho a conocer su pasado. No puedo hacer mucho por él, pero al menos puedo hacer eso.

-¿Aunque él prefiriese no conocerlo?

-Así es, aunque él prefiriese no conocerlo.

-No parece justo.

-¿Quién habla de justicia? No tiene nada que ver con eso. Me he mantenido alejado de él mientras vivía, pero ahora que estoy muerto, es hora de que se sepa la historia.

-No me parece que esté usted muerto.

-Ya falta poco, se lo aseguro. Muy poco.

-Lleva meses diciendo eso, pero está usted tan sano como siempre.

-¿Qué fecha es hoy?

-Doce de marzo.

-Eso significa que me quedan dos meses. Me voy a morir el doce de mayo, exactamente dentro de dos meses.

-No puede usted saberlo. Nadie lo sabe.

-Pero yo sí, Fogg. Tome nota de mis palabras. Dentro de dos meses a partir de hoy, me moriré.

Después de esa extraña conversación, volvimos a nuestra antigua rutina. Le leía por las mañanas, y por las tardes salíamos a dar un paseo. Era la misma rutina, pero ya no me parecía igual. Antes, Effing tenía un programa con los libros, pero ahora su selección me parecía arbitraria, totalmente incoherente. Un día me pedía que le leyera cuentos de *El Decamerón* o de *Las mil y una noches*, al día siguiente elegía *La comedia de las equivocaciones* y al otro prescindía por completo de los libros y me hacía que le leyera las noticias de los entrenamientos de primavera de los equipos de béisbol en los campamentos de Florida. Tal vez era que había decidido escoger las cosas al azar de

Librodot

entonces en adelante, repasar ligeramente una multitud de obras para despedirse de ellas, como si ésa fuera una manera de despedirse del mundo. Durante tres o cuatro días seguidos me hizo leerle novelas pornográficas (que estaban guardadas en un pequeño armario debajo de las estanterías), pero ni siquiera esos libros consiguieron animarle notoriamente. Se rió una o dos veces, divertido, pero también se durmió en mitad de uno de los párrafos más excitantes. Yo seguí leyendo mientras él dormitaba y cuando se despertó media hora después, me dijo que había estado practicando cómo estar muerto.

-Quiero morirme pensando en el sexo -murmuró-. No hay mejor manera de irse que ésa.

Yo nunca había leído pornografía y los libros me parecieron a la vez absurdos y estimulantes. Un día me aprendí de memoria varios de los párrafos mejores y se los cité a Kitty cuando la vi esa noche. Al parecer le produjeron el mismo efecto que a mí. Le hicieron reír, pero al mismo tiempo le dieron ganas de desnudarse y meterse en la cama conmigo.

Los paseos también eran diferentes. Effing ya no mostraba mucho entusiasmo y en lugar de acosarme para que le describiera las cosas que encontrábamos por el camino, iba en silenció, pensativo y retraído. Por la fuerza de la costumbre, yo seguía comentando todo lo que vela, pero él apenas me escuchaba, y sin tener sus desagradables comentarios y críticas a los que responder, noté que mi ánimo también empezaba a languidecer. Por primera vez desde que le conocí, Effing parecía ausente, indiferente a lo que le rodeaba, casi tranquilo. Le hablé a la señora Hume de los cambios que había observado en él y me confesó que también habían empezado a preocuparla a ella. Físicamente, sin embargo, ni ella ni yo detectábamos ninguna transformación importante. Effing comía tanto, o tan poco, como siempre; sus movimientos intestinales eran normales; no se quejaba de nuevos dolores o molestias. Este extraño período letárgico duró aproximadamente tres semanas. Luego, justo cuando yo empezaba a pensar que Effing había entrado en un declive serio, una mañana se presentó en la mesa del desayuno completamente como era antes, lleno de buen humor y todo lo feliz que le había visto siempre.

-¡Está decidido! -anunció, dando un puñetazo en la mesa. El golpe fue tan fuerte que los cubiertos saltaron y entrechocaron-. Día tras día he estado reflexionando, dándole vueltas en mi cabeza, tratando de encontrar un plan perfecto. Después de mucho esfuerzo mental, me complace informarles de que ya lo tengo. ¡Está decidido! Es la mejor idea que he tenido en mi vida. Es una obra maestra, una verdadera obra maestra. ¿Está dispuesto a divertirse, muchacho?

-Por supuesto -contesté, pensando que era mejor seguirle la corriente-. Siempre estoy dispuesto a divertirme.

-Espléndido, ése es el espíritu -dijo, frotándose las manos-. Les prometo, hijos míos, que va a ser una magnífica canción del cisne, una reverencia final como ninguna otra. ¿Qué condiciones meteorológicas tenemos hoy?

-Despejado y fresco -dijo la señora Hume-. En la radio han dicho que esta tarde subiría hasta los doce o trece grados.

-Despejado y fresco -repitió-, doce o trece grados. No podría ser mejor. ¿Y la fecha, Fogg? ¿A qué día estamos?

-Uno de abril, el principio de un nuevo mes.

-¡Uno de abril! El día de las bromas. En Francia le llamaban el día del pescado. Bueno, pues hoy les daremos a oler algo de pescado, ¿verdad, Fogg? ¡Les daremos toda una cesta de pescado!

-Seguro -dije-. Les daremos de todo.

Effing siguió charlando muy excitado durante todo el desayuno, sin apenas detenerse para llevarse una cucharada de cereales a la boca. La señora Hume parecía

preocupada, pero a pesar de todo yo me sentía bastante animado por aquel ataque de energía maníaca. Nos llevara a donde nos llevara, tenía que ser mejor que las semanas de melancolía que acabábamos de dejar atrás. A Effing no le iba el papel de viejo taciturno y yo prefería que le matara su propio entusiasmo a que viviera en silencioso abatimiento.

Después de desayunar, nos ordenó que le trajésemos sus cosas y le preparásemos para salir. Le envolvimos con el acostumbrado equipo -manta, bufanda, abrigo, sombrero, guantes- y luego me dijo que abriera el armario empotrado y sacara un pequeño maletín de cuadros escoceses que estaba debajo de un montón de botas y chanclos.

-¿Qué le parece, Fogg? -me preguntó-. ¿Cree que es lo bastante grande?

-Eso depende de para qué quiera usarlo.

-Vamos a usarlo para llevar dinero. Veinte mil dólares en metálico.

Antes de que yo pudiera decir nada, intervino la señora Hume.

-No hará usted nada semejante, señor Thomas -dijo-. No lo consentiré. Un ciego paseándose por las calles con veinte mil dólares en metálico. Quítese esa tontería de la cabeza.

-Cállese, bruja -respondió Eifing bruscamente-. Cállese o le daré una paliza. Es mi dinero y haré con él lo que me dé la gana. Tengo a mi guardaespaldas de confianza para protegerme y no me va a pasar nada. Pero aunque así fuera, eso no es asunto suyo. ¿Me ha entendido, vaca gorda?

-Sólo está cumpliendo con su obligación -dije, tratando de defender a la señora Hume de este demencial ataque-. No hay por qué ponerse así.

-Lo mismo va para usted, farsante -me gritó-. Haga lo que le digo o despídase de su puesto. Una, dos y tres y le pongo de patitas en la calle. Inténtelo si no me cree.

-Mal rayo le parta -dijo la señora Hume-. No es usted más que un viejo imbécil, Thomas Effing. Espero que pierda hasta el último dólar de ese dinero. Espero que salgan volando de ese maletín y no los vuelva a ver.

-¡Ja! -dijo Effing-. ¡Ja, ja, ja! ¿Y qué cree que pienso hacer con el dinero, cara de caballo? ¿Gastármelo? ¿Cree que Thomas Effing iba a descender a semejantes banalidades? Tengo grandes planes para ese dinero, planes maravillosos que no se le ocurrirían a nadie.

-Bobadas -respondió la señora Hume-. Por mí, puede usted salir y gastarse un millón de dólares. A mí me trae sin cuidado. Yo me lavo las manos respecto a usted..., a usted y a todos sus embustes.

-Vamos, vamos -dijo Effing, repentinamente desbordante de un untuoso encanto-. No se ponga de morros, patita. -Alargó la mano para coger la de ella y le besó el brazo de arriba abajo varias veces, como si lo hiciera sinceramente-. Fogg cuidará de mí. Es un muchacho robusto y no nos pasará nada. Confíe en mí, tengo toda la operación pensada hasta en los menores detalles.

-A mí no me la da -dijo ella, apartando la mano con irritación-. Usted está tramando algo estúpido, lo sé. Acuérdese de que se lo he advertido. No me venga luego llorando y pidiendo disculpas. Es demasiado tarde para eso. El que es tonto no tiene remedio. Eso es lo que me decía mi madre, y cuánta razón tenía.

-Se lo explicaría ahora si pudiera -dijo Effing-, pero no tenemos tiempo. Además, si Fogg no me saca pronto de aquí, me voy a asar debajo de todas estas mantas.

-Pues váyase -dijo la señora Hume-. A mí me da igual.

Effing sonrio, irguió la espalda y se volvió hacia mí.

-¿Está listo, muchacho? -me ladró como un capitán de barco.

-Cuando usted quiera -contesté.

-Bien. Entonces, vámonos.

Nuestra primera parada fue en el Chase Manhattan Bank de Broadway, donde Effing retiró los veinte mil dólares. Debido a la importancia de la suma, tardamos casi una hora en realizar la operación. Primero, el director tuvo que dar su aprobación y luego los cajeros tardaron bastante tiempo en reunir el número exigido en billetes de cincuenta dólares, que eran los únicos que Effing quería. Era cliente de ese banco desde hacia muchos años, "un cliente importante", como le recordó más de una vez al director, y éste, intuyendo la posibilidad de una escena desagradable, hizo todo lo posible por complacerle. Effing continuó haciéndose el misterioso. Se negó a permitir que le ayudara y cuando sacó su libreta del bolsillo, procuró ocultármela, como si temiera que yo viese cuánto dinero tenía en la cuenta. Hacía mucho tiempo que había dejado de ofenderme cuando se comportaba así y además la verdad era que yo no tenía el menor interés por conocer esa cifra. Cuando el dinero estuvo listo al fin, un cajero lo contó dos veces y luego Effing me obligó a contarlo una vez más como medida de precaución. Yo nunca había visto tanto dinero junto, pero cuando terminé de contarlo, la magia habla desaparecido y el dinero habla quedado reducido a lo que realmente era: cuatrocientos pedazos de papel verde. Effing sonrió con satisfacción cuando le dije que estaba todo y entonces me ordenó que metiera los fajos en el maletín, que resultó ser lo bastante amplio para que cupiera todo. Cerré la cremallera, lo coloqué con cuidado sobre el regazo de Effing y salimos del banco. Él fue armando jaleo hasta que llegamos a la puerta, agitando su bastón y silbando como si el mañana no existiera.

Una vez fuera, me hizo llevarle a una de las isletas en medio de Broadway. Era un sitio muy ruidoso, pues los coches y los camiones pasaban a ambos lados, pero Effing parecía indiferente al bullicio. Me preguntó si había alguien sentado en el banco y cuando le aseguré que no, me dijo que tomara asiento. Aquel día llevaba sus gafas negras y, con los dos brazos rodeando el maletín y estrechándolo contra su pecho, parecía menos humano que de costumbre, como si fuera una especie de colibrí gigante recién llegado del espacio exterior.

-Quiero repasar mi plan con usted antes de que empecemos -me dijo-. El banco no era un sitio indicado para hablar y tampoco quería que esa entrometida nos espiase en casa. Se habrá usted hecho un montón de preguntas y puesto que va a ser mi cómplice en esto, ya es hora de que se lo cuente.

-Me figuraba que lo haría antes o después.

-La cosa es la siguiente, muchacho. Ya casi ha llegado mi hora y por eso he pasado estos últimos meses arreglando mis asuntos. He hecho mi testamento, he escrito mi necrología, he atado cabos sueltos. Hay sólo una cosa que todavía me preocupa, podríamos llamarle una deuda pendiente, y ahora que he tenido un par de semanas para pensar en ello, he dado con la solución. Hace cincuenta y dos años, como recordará, me encontré una bolsa de dinero. Me quedé con él y lo usé para hacer más dinero, dinero del que he vivido desde entonces. Ahora que he llegado al final de mi vida ya no necesito esa bolsa de dinero. Por lo tanto, ¿qué debo hacer con él? Lo único que tiene sentido es devolverlo.

-¿Devolverlo? Pero ¿a quién se lo va a devolver? Los Gresham están muertos, y además ni siquiera era de ellos. Le habían robado el dinero a gente que usted no conocía, a desconocidos anónimos. Aun suponiendo que consiguiera averiguar quiénes eran, probablemente estarán ya todos muertos.

-Exactamente. Esas personas estarán ya todas muertas y no sería posible localizar a sus herederos, ¿verdad?

-Eso es lo que acabo de decir.

-También ha dicho que esas personas eran desconocidos anónimos. Párese a pensar en ello un momento. Si hay una cosa que esta ciudad dejada de la mano de Dios

tiene en abundancia, son desconocidos anónimos. Las calles están llenas de ellos. Allá donde uno mire hay un desconocido anónimo. Hay millones de ellos a nuestro alrededor.

-No hablará en serio.

-Claro que hablo en serio. Siempre hablo en serio. A estas alturas debería saberlo.

-¿Quiere decir que vamos a ir por las calles repartiendo billetes de cincuenta dólares a desconocidos? Eso causaría un tumulto. La gente se volvería loca, nos destrozarían.

-No si lo hacemos bien. Todo es cuestión de tener un buen plan, y lo tenemos. Confíe en mí, Fogg. Será lo más grande que haya hecho nunca, ¡el logro que coronará mi vida!

Su plan era muy sencillo. En lugar de ir por la calle a plena luz del día dándole dinero a todo el que se cruzara con nosotros (cosa que sin duda atraería a una multitud incontrolable), realizaríamos una serie de rápidas incursiones guerrilleras en diversas zonas cuidadosamente elegidas. Toda la operación duraría diez días; nunca recibirían dinero más de cuarenta personas en cada salida, lo cual reduciría drásticamente las posibilidades de tener tropiezos. Yo llevaría el dinero en el bolsillo, de modo que si alguien nos robaba, lo más que sacaría serian dos mil dólares. Entre tanto, el resto del dinero estaría en casa en su maletín, fuera de peligro. Recorreríamos toda la ciudad, dijo Effing, pero nunca iríamos a dos barrios colindantes en días consecutivos. Un día iríamos a la parte alta de la ciudad, y al día siguiente, al centro; el lunes a la zona este, el martes a la zona oeste. Nunca nos quedaríamos en ninguna parte el tiempo suficiente para que la gente se diera cuenta de lo que estábamos haciendo. Evitaríamos nuestro barrio hasta el final. Eso haría que el proyecto pareciese una de esas cosas que sólo ocurren una vez en la vida y todo habría terminado antes de que nadie pudiera echarnos el guante.

Comprendí inmediatamente que no podía hacer nada para impedírselo. Estaba totalmente decidido, y en lugar de tratar de disuadirle, hice lo que estaba en mi mano para que su plan fuera lo menos peligroso posible. Era un buen plan, le dije, pero todo dependía de la hora del día que eligiésemos para nuestras incursiones. Las primeras horas de la tarde, por ejemplo, no serían adecuadas. Había demasiada gente en la calle, y lo esencial era darle el dinero a cada receptor sin que nadie más pudiese darse cuenta de lo que pasaba. De ese modo, los alborotos se reducirían al mínimo.

-Hum -dijo Effing, siguiendo mis palabras con gran atención-. Entonces, ¿qué hora propone, muchacho?

-Hacia el final de la tarde. Después de que haya terminado la jornada laboral, pero tampoco tan tarde que podamos encontrarnos en una calle desierta. Digamos entre las siete y media y las diez.

-En otras palabras, después de que hayamos cenado. Lo que podríamos llamar una incursión de sobremesa.

-Eso es.

-Délo por hecho, Fogg. Haremos nuestras correrías después del anochecer, como un par de Robin Hoods dispuestos a otorgar nuestra munificencia a los afortunados mortales que se crucen en nuestro camino.

-También debería pensar en la cuestión del transporte. La ciudad es demasiado grande y algunos de los sitios a los que vamos a ir están a muchos kilómetros de aquí. Si lo hiciéramos todo a pie, algunas noches volveríamos tardísimo. Y si en algún momento tenemos que salir huyendo, podríamos encontrarnos en una situación difícil.

-Eso son mariconadas, Fogg. No nos va a pasar nada. Si se le cansan las piernas, cogemos un taxi. Si se siente capaz de andar, seguimos andando.

-No estaba pensando en mí. Sólo quería estar seguro de que sabe lo que se hace. ¿No ha pensado en alquilar un coche? De ese modo podríamos volver en un instante. No tendríamos más que subir al coche y el chófer nos traería.

-¿Un chófer? ¡Qué idea tan ridícula! Eso estropearía todo el plan.

-No veo por qué. La cuestión es dar el dinero, pero eso no significa que haya que patearse toda la ciudad aguantando el aire frío de la noche. Seria estúpido que se pusiera enfermo sólo porque quiere ser generoso.

-Quiero deambular por ahí, percibir las situaciones según se presenten. Eso no se puede hacer sentado en un coche. Hay que estar en las calles, respirando el mismo aire que los demás.

-Bueno, no era más que una sugerencia.

-Pues guárdese sus sugerencias. No tengo miedo de nada, Fogg, soy demasiado viejo para eso, y cuanto menos se preocupe por mi, mejor. Si me apoya, estupendo. Pero una vez que se comprometa, tendrá que callarse. Esto lo vamos a hacer a mi manera, pase lo que pase.

Durante los primeros ocho días todo salió bien. Estuvimos de acuerdo en que tenía que haber una jerarquía de méritos y eso me daba carta blanca para actuar como juzgara oportuno. La idea no era darle el dinero a cualquiera que pasara, sino buscar concienzudamente a las personas que más lo merecieran, escoger a aquellos cuya necesidad fuese mayor. Los pobres tenían prioridad automáticamente sobre los ricos, los minusválidos sobre los sanos y los locos sobre los cuerdos. Establecimos esas normas desde el principio y, dado el carácter de las calles de Nueva York, no fue difícil seguirlas.

Algunas personas se desmoronaban y se echaban a llorar cuando les daba el dinero; otras se echaban a reír; otras no decían nada. Era imposible predecir sus reacciones y pronto me acostumbré a no esperar que hicieran lo que yo pensaba que harían. Estaban los suspicaces que creían que tratábamos de estafarles (un hombre llegó a romper el billete y varios nos acusaron de ser falsificadores); estaban los avariciosos que pensaban que cincuenta dólares no era suficiente; estaban los solitarios que se nos pegaban y no nos dejaban marchar; estaban los alegres que querían invitarnos a una copa, los tristes que querían contarnos su vida y los artísticos que bailaban o cantaban para demostrarnos su gratitud. Para sorpresa mía, ni uno solo intentó robarnos. Probablemente fue simple cuestión de buena suerte, aunque también hay que decir que nos movíamos con rapidez, nunca nos quedábamos mucho rato en el mismo sitio. En general, yo repartía el dinero por la calle, pero hice algunas incursiones en bares y cafés de los bajos fondos -Blarney Stones, Bickfords, Chock Full O'Nuts-, donde dejaba un billete de cincuenta dólares delante de cada persona que habla en la barra.

-¡Difunde un poco de dicha! -gritaba, repartiendo el dinero lo más deprisa que podía, y antes de que los aturdidos clientes pudieran asimilar lo que les estaba ocurriendo, yo habla salido corriendo a la calle.

Les di dinero a mujeres sin domicilio y prostitutas, a vagos y alcohólicos, a vagabundos y hippies, a chicos que se hablan escapado de casa, a mendigos y mutilados, todos los marginados que llenan los bulevares después del anochecer. Había cuarenta regalos que hacer cada noche y nunca tardamos más de hora y media en terminar el trabajo.

La novena noche llovió y la señora Hume y yo conseguimos convencer a Effing de que no saliera. La noche siguiente también llovía, pero no pudimos hacer nada para retenerle. Nos dijo que no le importaba coger una pulmonía, tenía un trabajo que hacer y lo haría por encima de todo. ¿Y si iba yo solo?, le pregunté. Le daría un informe detallado al volver y sería casi como si hubiera estado allí. No, eso era imposible, tenía

que estar en persona. Además, ¿cómo podía estar seguro de que no iba a meterme el dinero en el bolsillo? Podría darme un paseo y luego contarle un cuento. Él no tendría forma de saber si le decía la verdad.

-Si es eso lo que piensa -le contesté, fuera de mí por la indignación-, entonces puede coger su dinero y metérselo en el culo. Yo me largo.

Por primera vez desde que le conocí hacia seis meses, Effing se derrumbó y me pidió disculpas. Fue un momento dramático, y mientras él estaba expresando su arrepentimiento y su contrición, casi sentí pena por él. Su cuerpo temblaba, la saliva se pegaba a sus labios, parecía como si todo su ser estuviera a punto de desintegrarse. Sabía que yo habla hablado en serio y mi amenaza de dejarle le horrorizó. Me rogó que le perdonara, me dijo que era un buen chico, el mejor chico que había conocido, y me juró que nunca volvería a decirme una palabra desagradable mientras viviera.

-Le compensaré -me dijo-, le prometo que le compensaré.

-Luego, metiendo la mano en el maletín, sacó un puñado de billetes de cincuenta dólares y los levantó en el aire-. Tenga, Fogg, son para usted. Quiero darle un plus. Bien sabe Dios que se lo merece.

-No hace falta que me soborne, señor Effing. Me paga adecuadamente.

-No, por favor, quiero dárselo. Considérelo una prima. Una recompensa por servicios extraordinarios.

-Guarde el dinero en el maletín, señor Effing. Está bien. Prefiero dárselo a gente que lo necesita de verdad.

-Pero ¿se quedará?

-Me quedaré. Acepto sus disculpas. Pero no vuelva a decir nada semejante.

Por razones evidentes, aquella noche no salimos. La noche siguiente estaba despejado y a las ocho bajamos a Times Square, donde terminamos nuestro trabajo en veinticinco o treinta minutos, un tiempo récord. Como todavía era temprano y además estábamos más cerca de casa que de costumbre, Effing insistió en que volviéramos a pie. Esto en sí mismo es un detalle trivial y no lo mencionaría de no ser porque en el camino ocurrió algo curioso. Cerca de Columbus Circus vi a un joven negro, más o menos de mi edad, que caminaba paralelamente a nosotros por la acera de enfrente. Por lo que pude ver, no había nada de extraño en él. Iba decentemente vestido y no hacía nada que sugiriera que estaba borracho o loco. Pero allí estaba, en una noche primaveral sin nubes, andando por la calle con un paraguas abierto sobre la cabeza. La cosa era bastante incongruente de por sí, pero luego me di cuenta de que además el paraguas estaba roto: la tela habla sido arrancada del armazón y, con las varillas desnudas inútilmente extendidas en el aire, parecía como si llevara una enorme e inverosímil flor de acero. No pude evitar reírme. Cuando se lo describí a Effing, él también se rió. Su risa fue más alta que la mía y llamó la atención del hombre que iba por la otra acera. Con una amplia sonrisa, nos hizo un gesto para indicarnos que nos metiéramos debajo de su paraguas.

-¿Es que quieren mojarse? -dijo alegremente-. Vengan aquí para protegerse de la lluvia.

Había algo tan fantástico y espontáneo en su ofrecimiento que hubiera sido una grosería rechazarlo. Cruzamos la calle y caminamos treinta manzanas de Broadway bajo el paraguas roto. Me agradó ver con qué naturalidad fingió Effing la broma, sin hacer preguntas, comprendiendo por intuición que esta clase de juego sólo podía mantenerse si todos fingíamos creer en ello. Nuestro anfitrión se llamaba Orlando y era un cómico muy dotado; sorteaba de puntillas imaginarios charcos, inclinaba el paraguas en distintas direcciones para evitar las gotas de lluvia y charló durante todo el camino en un rápido monólogo de asociaciones ridículas y juegos de palabras. Era la imaginación en su forma más pura: el acto de dar vida a cosas inexistentes, de convencer a otros de

que aceptaran un mundo que en realidad no estaba a la vista. Al haberse producido aquella noche, el encuentro parecía concordar con el impulso que movía lo que Effing y yo acabábamos de hacer en la calle Cuarenta y dos. Un espíritu lunático se había apoderado de la ciudad. Los billetes de cincuenta dólares viajaban en los bolsillos de los desconocidos, llovía pero no llovía y no nos daba ni una sola gota del chaparrón que caía a través de nuestro paraguas roto.

Nos despedimos de Orlando en la esquina de Broadway con la Ochenta y cuatro, dándonos la mano y jurándonos que seríamos amigos para siempre. Como colofón de nuestro paseo, Orlando sacó la mano para ver cómo estaban las condiciones meteorológicas, dudó un momento y luego declaró que había dejado de llover. Cerró el paraguas y me lo dio como recuerdo.

-Aquí tienes -dijo-, creo que será mejor que te lo quedes. Nunca se sabe cuándo puede empezar a llover otra vez y no me gustaría que os mojarais. Es lo que pasa con el tiempo: cambia continuamente. Si no estás preparado para todo, no estás preparado para nada.

-El paraguas es como tener dinero en el banco -dijo Effing.

-Exactamente, Tom -respondió Orlando-. Mételo debajo del colchón y guárdalo para un día de lluvia.

Como despedida levantó el puño con el saludo del poder negro y se alejó a paso lento y tranquilo y cuando llegó al final de la manzana se perdió entre la gente.

Fue un pequeño episodio curioso, pero estas cosas pasan en Nueva York más a menudo de lo que uno imagina, sobre todo si se está abierto a ellas. Lo que hizo que este encuentro me pareciese algo insólito no fue tanto su carácter alegre como la misteriosa forma en que pareció influir en los sucesos posteriores. Fue casi como si nuestro encuentro con Orlando hubiese sido una premonición, un augurio del destino de Effing. En concreto, estoy pensando en tormentas y paraguas, pero más aún en el cambio, en cómo puede cambiar todo en cualquier momento, repentinamente y para siempre.

La noche siguiente iba a ser la última. Effing pasó el día más inquieto de lo normal; se negó a dormir la siesta, se negó a que le leyera y rechazó todas las distracciones que traté de inventar para él. Pasamos un rato en el parque a primera hora de la tarde, pero el día estaba brumoso y amenazador y me impuse para que volviéramos a casa antes de lo previsto. Cuando anocheció, la ciudad estaba cubierta por una densa niebla. El mundo se había vuelto gris y las luces de los edificios brillaban a través de la humedad como envueltas en gasas. Las condiciones no eran nada prometedoras pero, como no llovía, parecía inútil tratar de convencer a Effing de que renunciase a nuestra última expedición. Calculé que podría resolver el asunto en poco tiempo y llevar al viejo a casa rápidamente, antes de que ocurriera nada grave. A la señora Hume no le agradaba la idea, pero cedió cuando le aseguré que Effing llevarla un paraguas. Effing aceptó pronto esta condición, y cuando salimos del portal a las ocho, pensé que la cosa estaba bastante bien organizada.

Lo que no sabía era que Effing había sustituido su paraguas por el que Orlando nos había dado la noche anterior. Cuando lo descubrí ya estábamos a cinco o seis manzanas de casa. Riéndose por lo bajo con oscura e infantil alegría, Effing sacó el paraguas roto de debajo de su manta y lo abrió. Como el puño era idéntico al del paraguas que había dejado en casa, supuse que había sido un error, pero cuando le dije que se había equivocado, me respondió que me ocupara de mis asuntos.

-No sea imbécil -me dijo-. He cogido éste a propósito. Es un paraguas mágico, cualquier idiota se daría cuenta. Cuando uno lo abre se vuelve invencible.

Estaba a punto de contestarle, pero luego me lo pensé mejor. El hecho era que no llovía, y no quería embrollarme en una hipotética discusión con Effing. Sólo deseaba

acabar el trabajo, y mientras no lloviese, no habla inconveniente en que sostuviese ese ridículo objeto sobre la cabeza. Seguí empujando su silla unas cuantas manzanas, entregando billetes de cincuenta dólares a todos los candidatos adecuados, y cuando había repartido la mitad de la cantidad, crucé al otro lado de la calle y empecé a caminar en dirección a casa. Fue entonces cuando se puso a llover, como si fuese inevitable, como si la voluntad de Effing hiciese caer las gotas. Al principio eran minúsculas, casi indistinguibles de la niebla que nos rodeaba, pero cuando llegamos a la manzana siguiente la llovizna se había convertido en un aguacero considerable. Metí a Effing en un portal, pensando en esperar allí hasta que pasara lo peor, pero en cuanto nos detuvimos, el viejo empezó a protestar.

-¿Qué hace? -preguntó-. No es momento de tomarse un respiro. Todavía tenemos dinero que repartir. Vamos, muchacho. Venga, venga, vámonos. ¡Es una orden!

-Por si no se ha enterado -contesté-, está lloviendo. Y no me refiero a un chubasco primaveral. Llueve con fuerza. Las gotas son del tamaño de guijarros y rebotan medio metro al dar en la acera.

-¿Que llueve? -dijo-. ¿Cómo que llueve? Yo no noto que llueva.

Luego, dando un súbito impulso a las ruedas de su silla, Effing se soltó de mis manos y se deslizó por la acera. Volvió a coger el paraguas roto, lo alzó con las dos manos por encima de su cabeza y gritó a la tormenta.

-¡No llueve! -vociferó, mientras la lluvia le azotaba desde todos los lados, empapándole la ropa y golpeándole en la cara-. ¡Puede que le llueva a usted, muchacho, pero a mí no! ¡Estoy completamente seco! Tengo mi paraguas especial y todo va de maravilla. ja, ja! ¡Ya pueden caer chuzos de punta, que yo ni me entero!

Comprendí que Effing deseaba morirse. Había planeado esta pequeña farsa para ponerse enfermo y lo estaba haciendo con una temeridad y una alegría que me dejaban pasmado. Agitaba su paraguas de un lado a otro, desafiaba el aguacero con su risa y, a pesar del disgusto que me inspiraba en aquel momento, no pude por menos de admirar su valor. Era como un Lear en miniatura resucitado en el cuerpo de Gloucester. Aquélla iba a ser su última noche y quería vivirla con frenesí, provocar su propia muerte sería su último acto glorioso. Mi impulso inicial fue ponerlo a cubierto, pero luego le miré bien y me di cuenta de que era demasiado tarde. Ya estaba calado hasta los huesos y, tratándose de alguien tan frágil como Effing, probablemente eso significaba que el daño ya estaba hecho. Cogería un resfriado, éste se convertiría en pulmonía y poco después moriría. Me parecía tan seguro, que de pronto dejé de luchar contra ello. Estaba mirando a un cadáver, me dije, y poco importaba lo que hiciera. Desde entonces no ha pasado un día en que no haya lamentado la decisión que tomé esa noche, pero en aquel momento parecía tener sentido, como si hubiera estado moralmente mal interponerse en el camino de Effing. Si ya estaba muerto, ¿qué derecho tenía yo a estropearle la diversión? El hombre estaba resuelto a destruirse, y como me había arrastrado al torbellino de su locura, no levanté un dedo para impedírselo. Me quedé quieto y dejé que ocurriera, cómplice voluntario de su suicidio.

Salí del portal y empujé la silla de Effing, entrecerrando los párpados porque la lluvia me entraba en los ojos.

-Creo que tiene usted razón -dije-. Parece que la lluvia tampoco me toca a mí.

Mientras hablaba, un relámpago serpenteó por el cielo, seguido de un trueno tremendo. La lluvia nos azotaba implacable, atacaba nuestros cuerpos indefensos con una cortina de balas liquidas. La siguiente ráfaga de viento le arrebató a Effing sus gafas, pero él se rió, gozando de la violencia de la tormenta.

-Es extraordinario, ¿no? -me gritó por encima del ruido-. Huele a lluvia. Oigo como si lloviera. Incluso noto el sabor de la lluvia. Y sin embargo estamos

absolutamente secos. Es el triunfo de la mente sobre la materia, Fogg. ¡Al fin lo hemos logrado! ¡Hemos descubierto el secreto del universo!

Era como si hubiese atravesado una misteriosa frontera muy dentro de mí, pasando por una trampilla que conducía a las cámaras más internas del corazón de Effing. No era simplemente que hubiese caído en su grotesca estratagema, había reconocido finalmente su derecho a la libertad y en ese sentido había demostrado al fin ser digno de su confianza. El viejo iba a morir, pero mientras viviese, me querría.

Nos pateamos otras siete u ocho manzanas y Effing fue gritando en éxtasis todo el camino.

-¡Es un milagro! ¡Es un maldito milagro! ¡Dinero caído del cielo! ¡Cójanlo antes de que se acabe! ¡Dinero gratis! ¡Dinero para todo el mundo!

Nadie le oía, naturalmente, porque las calles estaban totalmente vacías. Éramos los únicos idiotas que no se habían refugiado en ningún sitio, así que para deshacerme de los billetes que nos quedaban tuve que hacer varias breves visitas a bares y cafeterías que nos cogían de camino. Dejaba a Effing aparcado junto a la puerta para entrar en estos establecimientos y oía su alocada risa mientras distribuía el dinero. Ese sonido zumbaba en mis oídos: el insensato acompañamiento musical de nuestro espléndido número cómico. La cosa ya se había desmadrado. Nos habíamos convertido en una catástrofe natural, un tifón que iba tragándose víctimas inocentes a su paso.

-¡Dinero! -gritaba yo, riendo y llorando al mismo tiempo-. ¡Billetes de cincuenta dólares para todos!

Estaba tan empapado que mis botas formaban charcos, me derramaba como una lágrima de tamaño humano, chorreaba agua sobre todo el mundo. Fue una suerte que ése fuera el final. Si aquello se hubiera prolongado mucho más, probablemente nos habrían encerrado por conducta peligrosa.

El último sitio que visitamos fue una cafetería de la cadena Child, un sórdido y humeante agujero iluminado con cegadoras luces fluorescentes. Había doce o quince clientes acodados en la barra y tenían un aspecto a cual más triste y desdichado. Sólo me quedaban cinco o seis billetes en el bolsillo y de pronto no supe dominar la situación. Ya no era capaz de pensar ni de decidir. Como no se me ocurrió nada mejor, levanté el dinero en el puño y lo arrojé al otro lado del local.

-¡El que quiera que lo coja! -chillé.

Luego salí corriendo de allí y me alejé empujando la silla de Effing bajo la tormenta.

Nunca volvió a salir de casa después de esa noche. La tos empezó a la mañana siguiente y al final de la semana las flemas habían pasado de los conductos bronquiales a los pulmones. Llamamos a un médico y nos confirmó el diagnóstico de pulmonía. Quiso enviar a Effing inmediatamente al hospital, pero el viejo se negó, afirmando que tenía derecho a morir en su cama y que si alguien le ponía una mano encima para sacarlo de su casa, se mataría.

-Me abriré la garganta con una cuchilla de afeitar -le dijo- y usted tendrá que vivir con eso sobre su conciencia.

El médico ya habla tratado a Effing anteriormente y era lo bastante inteligente como para haberse traído una lista de servicios de enfermería privados. La señora Hume y yo hicimos todas las gestiones necesarias y durante la semana siguiente estuvimos metidos hasta las cejas en cuestiones prácticas: abogados, cuentas bancarias, poderes, etcétera. Hubo que hacer innumerables llamadas telefónicas y firmar incontables papeles, pero dudo que valga la pena entrar en detalles. Lo importante era que finalmente hice las paces con la señora Hume. Cuando volví a casa con Effing la noche de la tormenta, estaba tan furiosa que no me dirigió la palabra en dos días. Me hacía

responsable de la enfermedad de Effing, y como básicamente yo era de la misma opinión, no traté de defenderme. Me entristecía que estuviera enfadada conmigo. Justo cuando yo empezaba a pensar que la desavenencia seria permanente, la situación cambió de repente. No tengo forma de saber cómo sucedió, pero me imagino que le diría algo a Effing al respecto y él a su vez la persuadiría de que no me culpase a mí. La siguiente vez que la vi, me abrazó y se disculpó, conteniendo lágrimas de emoción.

-Le ha llegado la hora -afirmó solemnemente-. Está dispuesto a irse en cualquier momento y no podemos hacer nada para impedírselo.

Las enfermeras trabajaban en turnos de ocho horas y eran ellas las que le administraban las medicinas, vaciaban la cuña y vigilaban el gota a gota que le habían puesto a Effing en el brazo. Con pocas excepciones, eran bruscas y frías, y probablemente no hace falta decir que Effing quería tener que ver con ellas lo menos posible. Fue así hasta los últimos días, cuando ya estaba demasiado débil para fijarse en ellas. A menos que tuvieran alguna tarea específica que realizar, insistía en que se quedaran fuera de su habitación, lo cual quería decir que generalmente estaban en el sofá del cuarto de estar, hojeando revistas y fumando con gesto de silencioso desdén. Una o dos nos dejaron plantados y a una o dos tuvimos que echarlas. Aparte de esta línea dura con las enfermeras, sin embargo, Effing se comportaba con notable dulzura, y desde el momento en que cayó en cama fue como si su personalidad se hubiese transformado, purgada de su veneno por la creciente proximidad de la muerte. No creo que sufriera muchos dolores, y aunque tenía días buenos y días malos (en un momento dado, de hecho, pareció que se había repuesto por completo, pero setenta y dos horas después tuvo una recaída), el proceso de la enfermedad era un gradual agotamiento, una lenta e ineluctable pérdida de fuerzas que continuó hasta que al fin su corazón dejó de latir.

Yo pasaba los días en su habitación, sentado al lado de su cama, porque él deseaba que estuviese allí. Desde el episodio de la tormenta, nuestra relación había cambiado tanto que ahora me quería como si fuera carne de su carne y sangre de su sangre. Me cogía la mano y me decía que era un consuelo para él y murmuraba que se alegraba mucho de tenerme allí. Al principio yo desconfiaba de estas efusiones sentimentales, pero como las demostraciones de este recién nacido afecto iban en aumento, no tuve más remedio que aceptar que era auténtico. Durante los primeros días, cuando todavía tenía fuerzas para mantener una conversación, me pidió que le hablara de mi vida y yo le conté historias sobre mi madre, sobre el tío Victor, sobre mis tiempos en la universidad, sobre el desastroso período que condujo a mi colapso y sobre cómo Kitty Wu me salvó la vida. Effing dijo que le preocupaba lo que sería de mí cuando él la palmara (la palabra es suya), pero yo traté de tranquilizarle asegurándole que era perfectamente capaz de cuidar de mí mismo.

-Eres un soñador, muchacho -me dijo-. Tienes la cabeza en la luna y me parece a mí que nunca vas a tenerla en otro sitio. No eres ambicioso, el dinero te importa un pepino, y eres demasiado filósofo para tener ningún talento artístico. ¿Qué voy a hacer contigo? Necesitas a alguien que te cuide, alguien que se asegure de que tengas comida en el estómago y un poco de dinero en el bolsillo. Una vez que yo me vaya, estarás donde estabas al principio.

-He estado haciendo planes -mentí, esperando hacerle cambiar de tema-. He solicitado una plaza en la escuela de biblioteconomía de Columbus y me la han concedido. Creí que ya se lo había dicho. Las clases empiezan en otoño.

-¿Y cómo vas a pagarlas?

-Me han dado una beca completa, más una cantidad para mis gastos. Es una buena oportunidad. Los cursos duran dos años y después siempre tendré una forma de ganarme la vida.

Librodot

-Me cuesta imaginarte como bibliotecario, Fogg.

-Reconozco que se hace raro, pero creo que puede ser adecuado para mí. Después de todo, las bibliotecas no están en el mundo. Son sitios aparte, santuarios del pensamiento puro. De ese modo, podré seguir viviendo en la luna el resto de mi vida.

Yo sabía que Effing no me había creído, pero me siguió la corriente por conservar la armonía, porque no deseaba perturbar la tranquilidad que había entre nosotros. Esto era típico de él durante sus últimas semanas. Creo que se enorgullecía de poder morir de esta forma, como si la ternura que había empezado a manifestarme fuese una demostración de que aún era capaz de realizar cualquier cosa que se propusiera. A pesar de sus menguadas fuerzas, seguía creyendo que controlaba su destino, y esta ilusión se mantuvo hasta el final: la idea de que había organizado su propia muerte, de que todo se desarrollaba conforme a su plan. Había anunciado que el doce de mayo sería el día fatal y parecía que ahora lo único que le importaba era cumplir con su palabra. Se había entregado a la muerte con los brazos abiertos y al mismo tiempo la había rechazado, luchando con sus últimos gramos de energía para someterla, para retrasar el momento final hasta que se produjera de acuerdo con las condiciones impuestas por él. Incluso cuando ya apenas podía hablar, cuando le suponía un enorme esfuerzo articular el menor sonido, la primera cosa que quería saber cuando yo entraba en su habitación por las mañanas era a qué día estábamos. Como perdía la noción del tiempo, me hacía la misma pregunta cada pocas horas a lo largo del día. El tres o el cuatro de mayo empeoró repentinamente de forma espectacular y parecía improbable que pudiese aguantar hasta el doce. Empecé a jugar con las fechas para que creyera que todo iba de acuerdo con el plan previsto, adelantando las fechas cada vez que me preguntaba. Una tarde especialmente mala acabé cubriendo tres días en el espacio de unas cuantas horas. Estamos a siete, le dije; estamos a ocho; estamos a nueve, y él estaba ya tan mal que no se dio cuenta de la discrepancia. Cuando su estado se estabilizó de nuevo esa misma semana, yo seguía adelantado y durante los dos días siguientes no tuve más remedio que decirle que estábamos a nueve. Me parecía que lo menos que podía hacer por él era darle la satisfacción de pensar que había ganado esa prueba de voluntad. Pasara lo que pasara, yo me aseguraría de que su vida acabase el día doce.

Me dijo que el sonido de mi voz le calmaba, e incluso cuando se encontraba demasiado débil para decir nada, quería que yo continuase hablando. Le daba igual lo que dijese mientras pudiese oír mi voz y saber que estaba allí. Yo hablaba y hablaba, pasando de un tema a otro según me daba. No siempre era fácil mantener esta especie de monólogo, y cuando me faltaba la inspiración, recurría a ciertos trucos para poder seguir: refundir los argumentos de novelas o películas, recitar poemas de memoria -a Effing le gustaban especialmente sir Thomas Wyatt y Fulke Greville- o comentar noticias del periódico de la mañana. Curiosamente, aún recuerdo muy bien algunas de esas noticias y siempre que pienso en ellas ahora (la extensión de la guerra a Camboya, las matanzas de Kent State), me veo sentado en aquella habitación mirando a Effing acostado en la cama. Veo su boca desdentada abierta; oigo el silbido del aire en sus pulmones congestionados; veo sus ojos ciegos y lacrimosos mirando fijamente al techo, las manos como arañas agarrando la manta, la espantosa palidez de su piel arrugada. Por algún oscuro e involuntario reflejo, esos hechos han quedado situados para mi en los contornos de la cara de Effing y no puedo pensar en ellos sin volver a verle frente a mí.

A veces no hacía sino describir la habitación en que estábamos. Usando el mismo método que había aprendido en nuestros paseos, elegía un objeto y empezaba a hablar de él. El dibujo de la colcha, el escritorio del rincón, el plano enmarcado de las calles de París que colgaba al lado de la ventana. En la medida en que Effing podía seguir lo que le decía, estos inventarios parecían proporcionarle un gran placer. En un

Librodot

momento en que era tanto lo que estaba perdiendo, la presencia física inmediata de las cosas permanecía en los límites de su conciencia como una especie de paraíso, un territorio inaccesible de milagros ordinarios: el campo de lo táctil, lo visible y lo perceptible que rodea la vida. Al poner estas cosas en palabras, le daba a Effing la oportunidad de volver a experimentarlas, como si simplemente ocupar un lugar en el mundo de las cosas fuese un bien superior a cualquier otro. En cierto sentido, trabajé más para él en aquella habitación de lo que había trabajado nunca en los meses anteriores, concentrándome en los más ínfimos detalles de los materiales -las lanas y los algodones, las platas y los estaños, los nudos de la madera y las volutas de la escayola-, ahondando en cada hendidura, explorando las microscópicas geometrías de lo que estuviera viendo, enumerando cada color y cada forma. Cuanto más se debilitaba Effing, con más ahínco me aplicaba yo a la tarea, redoblando mis esfuerzos para tender un puente sobre la distancia que crecía entre nosotros. Al final llegué a alcanzar tal grado de precisión que tardaba horas en recorrer toda la habitación. Avanzaba centímetro a centímetro, negándome a dejar escapar nada, ni siquiera las motas de polvo que flotaban en el aire. Exploté los limites de ese espacio hasta que se volvió inagotable, una plenitud de mundos dentro de otros mundos. En un momento dado comprendí que probablemente estaba hablando en el vacío, pero seguí hablando de todos modos, hipnotizado por la idea de que mi voz era lo único que podía mantener vivo a Effing. No sirvió de nada, naturalmente. Él se iba apagando y durante los dos últimos días que pasé con él, dudo que oyera una palabra de lo que dije.

No estaba con él cuando murió. Permanecí a su lado hasta las ocho de la tarde del día once, cuando la señora Hume vino a relevarme e insistió en que me tomara la noche libre.

-Ya no podemos hacer nada por él -me dijo-. Usted ha estado aquí con él desde esta mañana y ya es hora de que salga a tomar el aire. Si pasa de esta noche, por lo menos estará usted fresco mañana.

-No creo que haya un mañana.

-Puede que no. Pero lo mismo dijimos ayer y todavía está aquí.

Me fui a cenar con Kitty al Palacio de la Luna y después nos metimos a ver una de las películas del programa doble del Thalia (creo recordar que era *Cenizas y diamantes*, pero puede que me equivoque). Normalmente, al salir de allí habría acompañado a Kitty a su colegio mayor, pero tuve un mal presentimiento respecto a Effing, así que cuando terminó la película fuimos caminando por la avenida West End hasta casa. Era casi la una de la noche cuando llegamos allí. Rita estaba llorando cuando nos abrió la puerta y no hizo falta que dijese nada para que yo supiera lo que había sucedido. Effing había muerto menos de una hora antes de nuestra llegada. Cuando le pregunté a la enfermera la hora exacta, me dijo que había sido a las 12:02, dos minutos después de la medianoche. Así que Effing había conseguido llegar al día doce, después de todo. Parecía tan absurdo que no supe cómo reaccionar. Noté un extraño hormigueo en la cabeza y de pronto comprendí que los cables de mi cerebro estaban cruzados. Supuse que estaba a punto de romper a llorar, por lo que me fui a un rincón de la habitación y me cubrí la cara con las manos. Me quedé allí esperando a que cayeran las lágrimas, pero no cayeron. Pasaron unos momentos más y luego salieron de mi garganta unos curiosos sonidos. Tardé otro momento en darme cuenta de que me estaba riendo.

Según las instrucciones que había dejado, el cuerpo de Effing debía ser incinerado. No deseaba que hubiera servicio fúnebre ni entierro y pedía específicamente que no se permitiera a ningún representante de ninguna religión participar en la ceremonia. Ésta había de ser extremadamente sencilla: la señora Hume y yo teníamos que coger el transbordador que va a Staten Island y cuando estuviéramos a medio

camino (con la Estatua de la Libertad visible a nuestra derecha) esparciríamos sus cenizas sobre las aguas de la bahía de Nueva York.

Traté de localizar a Solomon Barber en Northfield, Minnesota, pensando que debía darle la oportunidad de asistir, pero después de varias llamadas a su casa, donde nadie contestó, llamé al departamento de historia del Magnus College y allí me dijeron que el profesor Barber estaba de permiso durante el semestre de primavera. La secretaria no parecía dispuesta a darme más información, pero cuando le expliqué el propósito de mi llamada, cedió un poco y añadió que el profesor Barber se había ido a Inglaterra en viaje de investigación. ¿Cómo podía ponerme en contacto con él allí?, pregunté. Eso sería imposible, me dijo, puesto que no había dejado su dirección. Pero ¿qué hacían con su correspondencia?, insistí, se la mandarían a algún sitio. No, me contestó, no se la mandaban. Les había pedido que se la guardaran hasta que regresara. ¿Y cuándo sería eso? En agosto, me dijo, disculpándose por no poder ayudarme, y había algo en su voz que me hizo pensar que decía la verdad. Ese mismo día me senté y le escribí una larga carta a Barber explicándole la situación lo mejor que pude. Era una carta difícil de redactar y estuve trabajando en ella dos o tres horas. Una vez que la terminé, la pasé a máquina y se la envié en un paquete junto con la transcripción revisada de la autobiografía de Effing. Consideré que con eso se acababa mi responsabilidad en el asunto. Había hecho lo que Effing me había pedido y a partir de entonces la cosa quedaba en manos de los abogados, que se pondrían en contacto con Barber a su debido tiempo.

Dos días más tarde, la señora Hume y yo recogimos las cenizas del crematorio. Iban en una urna de metal gris no mayor que una barra de pan y me resultaba difícil imaginar que Effing estuviera realmente allí dentro. Gran parte de él se había convertido en humo y se me hacía raro pensar que quedara algo. A la señora Hume, que indudablemente tenía un sentido de la realidad más fuerte que el mío, parecía darle miedo la urna y la llevó todo el camino hasta casa separada de su cuerpo, como si contuviese material radiactivo o venenoso. Acordamos que, lloviera o hiciera sol, al día siguiente haríamos nuestro viaje en el transbordador. Daba la casualidad de que era su día de visita al Hospital de Veteranos, y antes que dejar de ver a su hermano, la señora Hume decidió que él viniera con nosotros. Mientras hablaba se le ocurrió que tal vez debiera venir Kitty también. A mí no me parecía necesario, pero cuando le transmití el mensaje a Kitty, contestó que quería venir. Era un suceso importante, dijo, y le agradaba demasiado la señora Hume como para no prestarle su apoyo moral. Así fue como nos convertimos en cuatro en vez de dos. Dudo que Nueva York haya visto nunca un grupo de enterradores más variopinto.

La señora Hume salió temprano por la mañana para ir a buscar a su hermano al hospital. Mientras estaba fuera, llegó Kitty, vestida con una minifalda azul diminuta; sus suaves piernas cobrizas resultaban espléndidas con los zapatos de tacón alto que se había puesto para la ocasión. Le expliqué que se suponía que el hermano de la señora Hume no estaba bien de la cabeza, pero que, como yo no le conocía, no estaba muy seguro de lo que eso quería decir. Charlie Bacon resultó ser un hombre grande, de unos cincuenta y tantos años, con la cara blanda, el pelo rojizo y escaso y unos ojos vigilantes e inquietos. Apareció con su hermana en un estado más bien aturdido y exaltado (era la primera vez que salía del hospital desde hacía más de un año) y durante los primeros minutos no hizo otra cosa que sonreírnos y darnos la mano. Llevaba una cazadora azul con la cremallera subida hasta el cuello, unos pantalones caqui recién planchados y unos relucientes zapatos negros con calcetines blancos. En el bolsillo de la chaqueta tenía un pequeño transistor del que salía el cable de un auricular. Llevaba el auricular puesto en el oído todo el rato y cada dos o tres minutos metía la mano en el bolsillo y movía los diales de la radio. Cada vez que lo hacía, cerraba los ojos y se

concentraba, como si estuviera escuchando mensajes de otra galaxia. Cuando le pregunté qué emisora le gustaba más, me contestó que eran todas iguales.

-No escucho la radio por gusto -me dijo-. Es mi trabajo. Si lo hago bien, puedo saber qué está pasando con los grandes bombazos debajo de la ciudad.

-¿Los grandes bombazos?

-Las bombas H. Hay docenas de ellas almacenadas en túneles subterráneos y no paran de cambiarlas de sitio para que los rusos no sepan dónde están. Debe haber cientos de emplazamientos diferentes, allá en las profundidades de la ciudad, mucho más abajo que el metro.

-¿Qué tiene eso que ver con la radio?

-Dan la información en clave. Cada vez que hay una retransmisión en directo en una de las emisoras eso quiere decir que están moviendo los bombazos. Los partidos de béisbol son los mejores indicadores. Si los Mets ganan cinco a dos, eso quiere decir que los están poniendo en la posición cincuenta y dos. Si pierden seis a uno, es la posición dieciséis. En realidad es bastante simple una vez que le coges el tranquillo.

-¿Y qué pasa si juegan los Yankees?

-El equipo que juegue en Nueva York, ése es en el que hay que fijarse. Nunca están en la ciudad en el mismo día. Cuando los Mets juegan en Nueva York, los Yankees están de viaje y viceversa.

-Pero ¿de qué nos va a servir saber dónde están las bombas?

-Para poder protegernos. No sé qué pensará usted, pero a mí no me hace demasiado feliz la idea de que me vuelen en pedazos. Alguien tiene que enterarse de lo que pasa, y si nadie más lo hace, supongo que ese alguien tendré que ser yo.

La señora Hume estaba cambiándose de vestido mientras yo tenía esta conversación con su hermano. Cuando terminó de arreglarse, salimos todos de casa y cogimos un taxi para ir a la estación del transbordador en el centro de la ciudad. Hacía un hermoso día, con el cielo azul y un vientecillo fresco. Recuerdo que yo iba sentado en el asiento de atrás con la urna sobre las rodillas, escuchando a Charlie hablar de Effing mientras el taxi bajaba por West Side Highway. Al parecer se habían visto varias veces, y después de agotar el tema de la única cosa en común que tenían (Utah), pasó a hacernos un largo y fragmentario relato de sus tiempos allí. Nos dijo que había hecho su entrenamiento como bombardero durante la guerra en Wendover, en mitad del desierto, destruyendo ciudades de sal en miniatura. Realizó treinta o cuarenta misiones volando sobre Alemania y luego, al final de la guerra, volvieron a mandarle a Utah y le pusieron en el programa de la bomba A.

-Se suponía que no teníamos que saber lo que era -dijo-, pero yo lo descubrí. Sí hay que encontrar una información, se puede estar seguro de que Charlie Bacon la encontrará. Primero fue el Gran Chico, la que tiraron en Hiroshima con el coronel Tibbets. Yo estaba incluido en la tripulación del siguiente avión, tres días después, el que iba a Nagasaki. Por nada del mundo iban a obligarme a hacer eso. La destrucción a esa escala es cosa de Dios. Los hombres no tienen derecho a meterse en algo así. Les engañé fingiendo que estaba loco. Una tarde salí y eché a andar por el desierto, bajo aquel calor espantoso. No me importaba que me pegaran un tiro. Lo de Alemania ya había sido bastante horrible, pero no iba a permitirles que me convirtieran en agente de la destrucción. No, señor, prefería volverme loco a tener eso sobre mi conciencia. En mi opinión, no lo habrían hecho si los japoneses fuesen blancos. Los amarillos les importan un comino. Sin ofender -añadió de pronto, volviéndose hacia Kitty-, por lo que a ellos respecta, los amarillos no valen más que los perros. ¿Qué cree que hacemos ahora en el sudesde asiático? La misma historia, matar amarillos allá donde podamos. Es como repetir otra vez las matanzas de indios. Ahora tenemos bombas H en lugar de bombas A. Los generales siguen fabricando nuevas armas en Utah, lejos de todo, donde nadie

Librodot

puede verlos. ¿Recuerdan esas ovejas que murieron el año pasado? Seis mil ovejas. Echaron un nuevo gas venenoso en el aire y todo murió en varios kilómetros a la redonda. No, señor, por nada del mundo aceptaré tener sangre en las manos. Amarillos, blancos, ¿qué diferencia hay? Todos somos iguales, ¿no es verdad? No, señor, por nada del mundo conseguirán que Charlie Bacon les haga el trabajo sucio. Prefiero estar loco a manejar esos bombazos.

Su monólogo se interrumpió cuando llegamos al transbordador y durante el resto del día Charlie se retiró a los arcanos de su radio. No obstante, lo pasó bien en el barco, y, a pesar de mí mismo, descubrí que yo también estaba de buen humor. La propia rareza de nuestra misión eliminaba de alguna manera los pensamientos negros, y hasta la señora Hume consiguió hacer todo el viaje sin derramar una lágrima. Más que nada, recuerdo lo guapa que estaba Kitty con su diminuto vestido, con el largo pelo negro ondeando al viento y su delicada manita en la mía. El barco no iba lleno a esa hora del día y en cubierta habla más gaviotas que pasajeros. Cuando avistamos la Estatua de la Libertad, abrí la urna y eché las cenizas al viento. Eran una mezcla de blanco, gris y negro, y desaparecieron en cuestión de segundos. Charlie estaba a mi derecha y Kitty a mi izquierda, rodeando con un brazo a la señora Hume. Todos seguimos con la vista el breve y agitado vuelo de las cenizas hasta que no hubo nada que ver. Entonces Charlie se volvió a su hermana y le dijo:

-Eso es lo que quiero que hagas conmigo, Rita. Cuando muera, quiero que me quemes y me eches al viento. Es algo espléndido, verlas bailar en todas direcciones al mismo tiempo es la cosa más espléndida del mundo.

Cuando el transbordador atracó en el muelle de Staten Island, dimos una vuelta y regresamos a la ciudad en el siguiente barco. La señora Hume nos había preparado una gran cena y antes de una hora nos sentamos a la mesa y empezamos a comer. Todo había terminado. Tenía mi bolsa preparada y, en cuanto termináramos de cenar, saldría de casa de Effing por última vez. La. señora Hume pensaba quedarse hasta que se hiciera la testamentaria, y si todo iba bien, dijo (refiriéndose al legado que recibiría), se marcharía a Florida con Charlie para empezar una nueva vida. Quizá por quincuagésima vez, me dijo que podía quedarme allí todo el tiempo que quisiera y por quincuagésima vez le contesté que tenía un sitio donde vivir en casa de un amigo de Kitty. ¿Qué planes tenía?, me preguntó. ¿Qué pensaba hacer? No había necesidad de mentirle.

-No estoy seguro -le respondí-. Tengo que pensarlo. Pero ya me saldrá algo antes de que pase mucho tiempo.

Hubo apasionados abrazos y lágrimas al despedirnos. Prometimos mantenernos en contacto, aunque, naturalmente, no lo hicimos, y ésa fue la última vez que la vi.

-Es usted un joven caballero -me dijo en la puerta-, y nunca olvidaré lo bueno que ha sido con el señor Thomas. La mitad de las veces, él no se merecía tanta bondad.

-Todo el mundo merece la bondad -dije-. Sea quien sea.

Kitty y yo habíamos salido ya y estábamos a mitad de camino del descansillo cuando la señora Hume vino corriendo detrás de nosotros.

-Casi se me olvida -dijo-. Tengo que darle una cosa.

Volvimos a entrar en el piso, donde la señora Hume abrió el armario empotrado del vestíbulo y cogió una arrugada bolsa de papel marrón del estante superior.

-El señor Thomas me dio esto el mes pasado -me dijo-. Me pidió que lo guardara hasta el momento en que usted se fuera.

Yo estaba a punto de meterme la bolsa debajo del brazo y volver a salir, pero Kitty me detuvo.

-¿No sientes curiosidad por saber qué hay dentro? -me preguntó.

-Pensé que era mejor esperar a que saliéramos -dije-. Por si es una bomba.

La señora Hume se río.

-No diría yo que el viejo buitre no fuera capaz de tal cosa.

-Exacto. Una última broma desde el otro lado de la tumba.

-Bueno, si no la abres tú, la abriré yo -dijo Kitty-. Puede que haya algo bueno dentro.

-Ya ve lo optimista que es -le dije a la señora Hume-. Siempre esperando lo mejor.

-Deje que la abra -dijo Charlie, metiéndose en la conversación con entusiasmo-. Apuesto a que hay un valioso regalo dentro.

-De acuerdo -dije, tendiéndole la bolsa a Kitty-. Puesto que he sido derrotado en la votación, dejaré que tengas el honor.

Con inimitable delicadeza, Kitty abrió la parte superior de la bolsa, que estaba retorcida, y miró dentro. Cuando levantó los ojos, se detuvo un momento, confusa, y luego su cara se iluminó con una amplia sonrisa de triunfo. Sin decir palabra, volcó la bolsa y dejó que el contenido cayera al suelo. El dinero salió revoloteando, una interminable lluvia de billetes viejos y arrugados. Nos quedamos mirando en silencio cómo aterrizaban a nuestros pies los billetes de diez, de veinte y de cincuenta. En total, ascendía a más de siete mil dólares.

6

A continuación vino una época extraordinaria. Durante los siguientes ocho o nueve meses, viví como nunca había podido hacerlo y creo que, justo hasta el final, estuve más cerca del paraíso humano que en ninguna otra etapa en los años que he pasado en este planeta. No era sólo el dinero (aunque no se puede subestimar el dinero), sino lo súbitamente que todo había cambiado. La muerte de Effing me había liberado de mi esclavitud de él, pero al mismo tiempo Effing me había liberado de mi esclavitud del mundo, y como era joven, como todavía sabía muy poco del mundo, no comprendí que este período de felicidad terminaría alguna vez. Había estado perdido en el desierto y luego, de repente, había encontrado mi Canaán, mi tierra prometida. Por el momento sólo podía sentirme exultante, caer de rodillas para dar las gracias y besar la tierra que pisaba. Era demasiado pronto para pensar que nada de aquello pudiera destruirse, demasiado pronto para imaginar que luego vendría el exilio.

El año escolar de Kitty acabó aproximadamente una semana después de que yo recibiera el dinero, y a mediados de junio ya habíamos encontrado un sitio donde vivir. Por menos de trescientos dólares mensuales, montamos casa en un almacén grande y polvoriento en East Broadway, no lejos de Chatham Square y el puente de Manhattan. Esto era el corazón del barrio chino y fue Kitty la que hizo todas las gestiones, utilizando a sus contactos chinos para regatear con el casero y convencerle de que nos hiciera un contrato por cinco años con deducciones parciales en el alquiler por cualquier mejora estructural que nosotros realizáramos. Estábamos en 1970 y, aparte de unos cuantos pintores y escultores que habían convertido almacenes en estudios, la idea de vivir en antiguos edificios comerciales apenas había comenzado a ponerse de moda en Nueva York. Kitty quería el espacio para bailar (teníamos más de seiscientos metros cuadrados) y a mí me encantaba la perspectiva de habitar un antiguo almacén con las cañerías vistas y techos de hojalata herrumbrosos.

Compramos una cocina y una nevera de segunda mano en el Lower East Side y mandamos instalar una ducha rudimentaria y un calentador de agua en el cuarto de baño. Después de peinar las calles en busca de muebles que la gente hubiese tirado a la basura, recogimos una mesa, una librería, tres o cuatro sillas y un tambaleante escritorio verde. Luego nos compramos un colchón de gomaespuma y los utensilios de cocina más

elementales. El mobiliario apenas hacía mella en la enormidad del espacio, pero como los dos sentíamos aversión por los sitios atestados, nos quedamos satisfechos con el minimalismo de la decoración y no añadimos nada más. En lugar de gastar excesivas cantidades en el almacén -a pesar de todo, ya me había costado cerca de dos mil dólares-, salimos de compras para adquirir ropa nueva para los dos. Yo encontré todo lo que necesitaba en menos de una hora y luego pasamos el resto del día yendo de tienda en tienda en busca de un vestido perfecto para Kitty. No lo encontramos hasta que no volvimos al barrio chino: un *chipao* de seda de un lustroso índigo, adornado con bordados en rojo y negro. Era el vestido ideal para la mujer dragón, con una raja en un lado de la falda y maravillosamente ceñido a las caderas y el pecho. Como el precio era desorbitado, recuerdo que tuve que insistirle mucho a Kitty para que me permitiera comprárselo, pero en mi opinión era dinero bien gastado y nunca me cansé de vérselo puesto. Cuando llevaba demasiado tiempo colgado en el armario me inventaba una excusa para que fuésemos a un restaurante decente sólo por el placer de vérselo puesto. Kitty fue siempre sensible a mis malos pensamientos, y cuando comprendió la profundidad de mi pasión por ese vestido, se lo ponía incluso ciertas noches en que nos quedábamos en casa, deslizándolo sobre su cuerpo desnudo como preludio a la seducción. Para mí el barrio chino era como un país extranjero y cada vez que caminaba por sus calles me abrumaba una sensación de dislocación y confusión. Estaba en Estados Unidos, pero no entendía lo que la gente decía y no podía penetrar en el sentido de las cosas que veía. Incluso cuando llegué a conocer a algunos de los tenderos del barrio, nuestros contactos consistían en poco más que sonrisas corteses y gestos frenéticos, un lenguaje de signos carente de contenido real. No conseguía ir más allá de la muda superficie de las cosas y había veces en las que esta exclusión me hacia sentirme como si viviera en un mundo onírico y me moviese entre gentes espectrales que llevaban máscaras en la cara. Contrariamente a lo que podría haber pensado, no me molestaba ser un extranjero. Era una experiencia extrañamente vigorizante y a la larga servía para realzar la novedad de todo lo que estaba sucediéndome. No tenía la sensación de haberme trasladado a otra parte de la ciudad. Había recorrido medio mundo para llegar allí y era normal que ya nada me resultase familiar, ni siquiera yo mismo.

Una vez que nos instalamos, Kitty se buscó un trabajo para el resto del verano. Traté de convencerla de que no lo hiciera, de que prefería darle dinero y ahorrarle la molestia de ir a trabajar, pero ella se negó. Quería que estuviésemos en un plano de igualdad, me dijo, y no le agradaba la idea de que la llevase a cuestas. El objetivo era hacer que el dinero durase, gastarlo lo más despacio que pudiésemos. Kitty era más sabia que yo en estas cosas y cedí a su lógica superior. Se apuntó en una agencia de secretarias temporales y a los tres días le encontraron un puesto en el edificio McGraw-Hill, en la Sexta Avenida, en una de las revistas especializadas. Bromeábamos demasiado a menudo sobre el nombre de la revista como para no recordarlo, aún ahora no puedo decirlo sin sonreír: *Plásticos Modernos*: *La Revista del Compromiso Total con los Plásticos*. Kitty trabajaba allí de nueve a cinco todos los días y viajaba en el metro por la mañana y por la tarde con millones de trabajadores, soportando todo el calor del verano. No debía de resultar fácil, pero no era de las que se quejan por esas cosas. Por la noche hacía sus ejercicios de danza en casa durante dos o tres horas y al día siguiente se levantaba fresca y alegre y salía corriendo para cumplir una nueva jornada laboral. Mientras estaba fuera yo me ocupaba de las tareas domésticas y de la compra y siempre le tenía la cena preparada cuando llegaba a casa. Ésta fue mi primera experiencia de vida doméstica y me adapté a ella con naturalidad, sin reservas. Ninguno de los dos habló del futuro, pero en un momento dado, a los dos o tres meses de vivir juntos, creo que ambos empezamos a sospechar que íbamos encaminados al matrimonio.

Librodot

Envié la necrología de Effing al *Times*, pero nunca recibí respuesta, ni siquiera una nota rechazándola. Puede que la carta se perdiera o puede que pensaran que la había mandado un loco. La versión más larga, que mandé obedientemente al *Art World Monthly* como Effing me había pedido, me fue devuelta, pero creo que su cautela no era injustificada. Como explicaba el director en su carta, nadie en la redacción había oído hablar de Julian Barber y, a menos que les proporcionara unas diapositivas de su obra, seria demasiado arriesgado publicar el artículo. "Tampoco sé quién es usted, señor Fogg -seguía la carta-, pero me parece que ha inventado usted una complicada broma. Eso no quiere decir que su historia no sea apasionante, pero creo que podría tener más suerte si renunciara a la charada y tratase de publicarla en alguna parte como relato de ficción."

Pensé que le debía a Effing el hacer por lo menos otro esfuerzo en su honor. Al día siguiente de recibir esta carta del *Art World Monthly*, fui a la biblioteca y saqué una fotocopia de la necrología de Julian Barber de 1917, que luego envié al director de la revista junto con una breve carta. "Barber era un pintor joven y ciertamente oscuro en la época de su desaparición -escribí-, pero existió. Confío en que esta necrología del *New York Sun* le demuestre que el articulo que le envié estaba escrito de buena fe." Esa misma semana recibí por correo una disculpa, que era sólo el prólogo a otro rechazo. "Estoy dispuesto a reconocer que hubo una vez un pintor norteamericano que se llamaba Julian Barber -escribía el director-, pero eso no demuestra que Thomas Effing y Julian Barber fuesen la misma persona. Dada su oscuridad, seria lógico suponer que no se trata de un pintor de verdadero talento. De ser así, no tendría sentido que le dedicáramos espacio en nuestra revista. En mi carta anterior le decía que me parecía que tenía usted material para una buena novela. Lo retiro. Lo que tiene usted es un caso de psicología anormal. Puede que sea interesante en sí mismo, pero no tiene nada que ver con el arte."

Después de eso renuncié. Si hubiera querido, supongo que podría haber encontrado en alguna parte una reproducción de alguno de los cuadros de Barber, pero la verdad es que prefería no saber cómo era su pintura. Después de escuchar a Effing durante meses, había comenzado gradualmente a imaginarme sus cuadros y ahora me daba cuenta de que me resistía a permitir que nada perturbara los bellos fantasmas que yo había creado. Publicar el articulo habría significado destruir esas imágenes y no me parecía que valiera la pena. Aunque hubiese sido un gran artista, los cuadros de Julian Barber nunca podrían compararse con los que ya me había dado Thomas Effing. Los había soñado yo partiendo de sus palabras, y como tales eran perfectos, infinitos, más exactos en su representación de lo real que la realidad misma. Mientras no abriera los ojos, podría seguir imaginándolos para siempre.

Pasaba los días en una magnífica indolencia. Aparte de las sencillas tareas de la casa, no tenía responsabilidades dignas de mención. Siete mil dólares era una suma considerable en aquellos tiempos, y no tenía ninguna necesidad inmediata de hacer planes. Volví a fumar, leía libros, paseaba por las calles del bajo Manhattan, llevaba un diario. Esas notas dieron lugar a varios ensayos cortos, pequeñas explosiones de prosa que generalmente le leía a Kitty en cuanto las terminaba. Desde nuestro primer encuentro, cuando la había impresionado con mi arenga sobre Cyrano, estaba convencida de que llegaría a ser escritor, y ahora que todos los días me sentaba con la pluma en la mano, era como si su profecía se hubiese cumplido. De todos los escritores que había leído, Montaigne constituyó la mayor inspiración para mí. Igual que él, intentaba usar mis propias experiencias como armazón de lo que escribía, e incluso cuando el material me llevaba a un territorio bastante abstracto y extenso, no me parecía que estuviera diciendo nada definitivo sobre esos temas, sino más bien escribiendo una versión subterránea de la historia de mi vida. No recuerdo todos los ensayos que escribí, pero varios de ellos vuelven a mi mente si me esfuerzo lo bastante: una meditación

Librodot

sobre el dinero, por ejemplo, y otra sobre el vestido; un trabajo sobre los huérfanos y otro un poco más largo sobre el suicidio, que era básicamente un comentario acerca de Jacques Rigaut, un dadaísta francés de segunda fila que, a la edad de diecinueve años, declaró que se daba diez años más de vida y luego, al cumplir los veintinueve, cumplió su palabra y se pegó un tiro en la fecha señalada. También recuerdo que investigué sobre Tesla como parte de un proyecto de ocuparme del tema de las máquinas frente al mundo natural. Un día, cuando estaba rebuscando en una tienda de libros viejos de la Cuarta Avenida, tropecé con un ejemplar de la autobiografía de Tesla, titulada *Mis Inventos*, que primitivamente había sido publicada en 1919 en una revista llamada *El Ingeniero Electrónico*. Me llevé el pequeño volumen y empecé a leerlo. Cuando había leído varias páginas, tropecé con la misma frase que había encontrado en mi galleta de la suerte en el Palacio de la Luna casi un año antes: "El sol es el pasado, la tierra es el presente, la luna es el futuro." Todavía tenía el papelito en mi cartera y me impresionó descubrir que esas palabras las había escrito Tesla, el hombre que había sido tan importante para Effing. El sincronismo de estos sucesos parecía cargado de significado, pero me resultaba difícil saber cuál era ese significado. Era como si oyera que mi destino me llamaba, pero, cada vez que trataba de escucharlo, descubría que hablaba en un idioma que no entendía. ¿Sería que algún empleado de una fábrica de galletas de la suerte chinas había estado leyendo el libro de Tesla? Parecía muy improbable, pero aunque así fuese, ¿por qué fui precisamente yo la persona que eligió la galleta que llevaba ese mensaje? No podía evitar sentirme inquieto por lo que había sucedido. Era un nudo de impenetrabilidad, y parecía que sólo una solución demencial podía explicarlo: extrañas conspiraciones de la materia, señales precognitivas, premoniciones, una visión del mundo semejante a la de Charlie Bacon. Abandoné mi ensayo sobre Tesla y empecé a explorar el tema de las coincidencias, pero nunca fui muy lejos. Era un asunto demasiado difícil para mí y al final lo dejé de lado, diciéndome que ya volvería a ello más adelante. Pero luego nunca lo hice.

Kitty reanudó sus clases en Juilliard a mediados de septiembre, y, hacia finales de esa misma semana, finalmente tuve noticias de Solomon Barber. Habían pasado casi cuatro meses desde la muerte de Effing y no esperaba que me escribiese ya. En cualquier caso, no era esencial que lo hiciera y, dadas las muchas reacciones distintas que parecían posibles en un hombre en su situación -incredulidad, resentimiento, felicidad, espanto-, ciertamente no le culpaba por no haberse puesto en contacto conmigo. Haber pasado los primeros cincuenta años de tu vida creyendo que tu padre ha muerto y luego descubrir que ha estado vivo todo el tiempo, para enterarte en el mismo instante que ahora ha muerto de verdad... Yo ni siquiera podía intentar imaginar cómo reaccionaria alguien ante un corrimiento de tierras de tales proporciones. Pero entonces apareció en el correo la carta de Barber; una carta cortés y amable, disculpándose y dándome las más efusivas gracias por todo lo que había hecho para ayudar a su padre en los últimos meses de su vida. Le gustaría mucho tener la oportunidad de hablar conmigo, decía, y si no era pedir demasiado, pensaba que tal vez podría venir un fin de semana a Nueva York ese otoño para verme. Su tono era tan educado que no se me ocurrió decirle que no. En cuanto terminé de leer su carta, le contesté diciéndole que estaría encantado de verle cuando quisiera venir.

Hizo el viaje en avión poco después, un viernes por la tarde a principios de octubre, justo cuando el tiempo empezaba a cambiar. Una vez que llegó a su hotel, el Warwick, me llamó para decirme que estaba en Nueva York y quedamos en encontrarnos en el vestíbulo del hotel en cuanto yo pudiera llegar. Cuando le pregunté cómo le reconocería, se rió suavemente y dijo:

-Seré la persona más grande que haya en el vestíbulo, no es posible que no me vea. Pero por si acaso hubiera otro hombre de mi tamaño, soy el calvo, el que no tiene

Librodot

ni un pelo en la cabeza.

Según descubrí pronto, la palabra “grande” no le hacia justicia. El hijo de Effing era inmenso, monumental por su volumen, un montón de carne sobre carne. Yo nunca había conocido a nadie de esas dimensiones, y cuando le vi sentado en un sofá del vestíbulo, dudé en acercarme a él. Era uno de esos hombres monstruosamente gordos con los que a veces se cruza uno entre la multitud: por mucho que uno se esfuerce en desviar la vista, no puede remediar quedarse mirándole con la boca abierta. Era titánico en su obesidad, de una redondez tan protuberante que uno no podía mirarle sin sentirse encogido. Era como si su tridimensionalidad fuese más pronunciada que la de otras personas. No sólo ocupaba más espacio que los demás, sino que parecía rebosarlo, rezumar por los bordes de sí mismo y habitar zonas en las que no estaba. Sentado en reposo, con su calva cabeza de coloso saliendo de los pliegues de la masa de su cuello, había algo legendario en él, algo que me pareció obsceno y trágico al mismo tiempo. No era posible que el escuálido y diminuto Effing hubiese engendrado a aquel hijo: era un error genético, una simiente renegada que se había desmandado, desarrollándose más allá de toda medida. Por un momento, casi conseguí convencerme de que era una alucinación, pero luego nuestros ojos se encontraron y una sonrisa iluminó su rostro. Llevaba un traje de mezclilla verde y unos zapatos Hush Puppy de color tostado. El puro a medio consumir que sostenía con la mano izquierda no parecía mayor que un alfiler.

-¿Solomon Barber? -pregunté.

-El mismo -dijo-. Y usted debe ser el señor Fogg. Es un honor conocerle.

Tenía una voz fuerte y resonante que retumbaba ligeramente a causa del humo de tabaco en sus pulmones. Estreché la enorme mano que me tendió y me senté a su lado en el sofá. Durante unos segundos ninguno de los dos dijo nada más. La sonrisa fue desvaneciéndose de la cara de Barber y en ella apareció una expresión preocupada y ausente. Me estaba examinando atentamente, pero al mismo tiempo parecía absorto en sus pensamientos, como si acabara de ocurrírsele algo importante. Luego, inexplicablemente, cerró los ojos y respiró hondo.

-Una vez conocí a alguien que se llamaba Fogg -dijo al fin-. Hace mucho tiempo.

-No es un apellido de los más corrientes -contesté-. Pero hay unos cuantos.

-Fogg estaba en mi clase en los años cuarenta. Por entonces yo empezaba a dar clases.

-¿Recuerda el nombre de pila del chico?

-Lo recuerdo, sí, pero no era un chico, era una chica, Emily Fogg. Estaba en mi clase de primero de historia de Estados Unidos.

-¿Sabe de dónde era?

-De Chicago. Creo que era de Chicago.

-El nombre de mi madre era Emily, y era natural de Chicago. ¿Podía haber dos Emily Fogg de la misma ciudad en la misma universidad?

-Es posible, pero no lo creo probable. El parecido es demasiado grande. La reconocí en el momento en que entró usted aquí.

-Una coincidencia detrás de otra -dije-. Parece que el universo está lleno de coincidencias.

-Sí, a veces puede resultar muy desconcertante -dijo Barber, empezando a perderse de nuevo en sus pensamientos. Con evidente esfuerzo, al cabo de unos segundos volvió a la realidad y continuó-: Espero que no se ofenda por mi pregunta, pero ¿cómo es que usa usted el apellido de soltera de su madre?

-Mi padre murió antes de que yo naciera y mi madre decidió usar su propio apellido.

Librodot

-Perdone. No pretendía ser indiscreto.

-No tiene importancia. No conocí a mi padre y mi madre hace años que murió.

-Sí, me enteré poco tiempo después de que sucediera. Un accidente de tráfico, creo, una tragedia terrible. Debió de ser espantoso para usted.

-La atropelló un autobús en Boston. Yo era aún un niño.

-Una tragedia terrible -repitió Barber, cerrando los ojos otra vez-. Era una muchacha hermosa e inteligente, su madre. La recuerdo bien.

Diez meses después, cuando Barber estaba muriéndose en un hospital de Chicago con la espalda rota, me dijo que había empezado a sospechar la verdad ya en aquella primera conversación en el vestíbulo del hotel. La única razón de que no me lo dijera entonces fue que pensó que podría asustarme y hacerme salir corriendo. Todavía no me conocía y no podía predecir cómo respondería yo ante una noticia tan repentina y cataclísmica. Le bastaba con imaginar la escena para comprender la importancia de guardar silencio. Un desconocido de 170 kilos de peso me invita a un hotel, me da la mano y luego, en lugar de hablar de las cosas que yo he venido a comentar, me mira a los ojos y me dice que es mi padre, perdido hace mucho tiempo. Por muy fuerte que fuese la tentación, no podía hacerlo. Con toda probabilidad, yo pensaría que era un loco y me negaría a volver a hablar con él. Puesto que tendríamos mucho tiempo para llegar a conocernos, no quería estropear sus posibilidades provocando una escena en un momento inoportuno. Como sucede con tantas otras cosas en la historia que estoy tratando de contar, esto resultó ser un error. Contrariamente a lo que Barber imaginaba, no había mucho tiempo. Confiaba en el futuro para resolver el problema, pero ese futuro nunca llegó. Eso no fue culpa suya, ciertamente, pero pagó por ello de todas formas, y yo pagué con él. A pesar de los resultados, no veo qué otra cosa hubiese podido hacer. Nadie podía saber lo que iba a suceder; nadie podía haber adivinado las cosas terribles y tenebrosas que nos esperaban.

Incluso ahora, no puedo pensar en Barber sin sentirme abrumado por la compasión. Aunque nunca supe quién era mi padre, por lo menos sabia que había existido un padre. Después de todo, un niño tiene que venir de alguna parte y al hombre que engendra a ese niño se le suele llamar padre. Barber, en cambio, no sabía nada. Se había acostado con mi madre una sola vez (una noche lluviosa y sin estrellas de la primavera de 1946), y al día siguiente ella se había ido, desapareciendo para siempre de su vida. No sabía que ella se había quedado embarazada, no sabía que había tenido un hijo, no sabía nada de lo que había hecho. Teniendo en cuenta el desastre que se produjo a continuación, parece justo que al menos hubiese recibido algo a cambio de sus sufrimientos, aunque fuese el conocimiento de lo que había hecho. La asistenta había entrado temprano en la habitación, sin llamar, y como no pudo reprimir el grito que salió de su garganta, todos los huéspedes de la pensión estaban en el cuarto antes de que ellos hubieran tenido tiempo de ponerse la ropa. Si hubiera sido sólo la asistenta, tal vez habrían podido inventar una historia, tal vez incluso habrían escapado a las consecuencias, pero, tal como ocurrió, había demasiados testigos contra ellos. Una alumna de primero, de diecinueve años, en la cama con su profesor de historia. Había reglas contra esa clase de cosas, y solamente un idiota sería tan torpe como para dejarse coger, especialmente en un sitio como Oldburn, Ohio. Se despidieron, Emily volvió a Chicago, y ahí se acabó la historia. Su carrera nunca se recuperó de ese revés, pero lo peor fue el tormento de perder a Emily. Continuó el resto de su vida, y no pasó un mes (según me dijo en el hospital) sin que reviviera la crueldad de su rechazo, la expresión de horror absoluto que apareció en su cara cuando le pidió que se casara con él.

-Me has destruido -le dijo-, y por nada del mundo dejaré que vuelvas a verme.

Y así fue. Cuando logró encontrar su pista, trece años más tarde, ella ya

descansaba en su tumba.

Por lo que puedo deducir, mi madre nunca le contó a nadie lo que había sucedido. Sus padres ya habían muerto, y como Victor estaba viajando con la Orquesta Cleveland, nada la obligaba a hablar del escándalo. A todos los efectos, no era más que otra estudiante que había dejado la universidad, cosa que en 1946, y tratándose de una chica, a nadie le parecería muy alarmante. El misterio fue que cuando se enteró de que estaba embarazada, se negó a dar el nombre del padre. Yo se lo pregunté a mi tío varias veces durante los años que vivimos juntos, pero él estaba tan en la ignorancia como yo.

-Ése fue el secreto de Emily -me dijo-. Yo le insistí más veces de las que quisiera recordar, pero nunca me dio la menor pista.

Dar a luz a un hijo natural en aquellos tiempos era algo que requería valor y obstinación, pero parece ser que mi madre nunca vaciló. Junto con todo lo demás, tengo que agradecerle eso. Una mujer con menos fuerza de voluntad me habría dado en adopción; o, peor aún, habría abortado. No es una idea muy agradable, pero si mi madre no hubiese sido como era, puede que yo nunca hubiera llegado a este mundo. Si ella hubiese hecho lo más sensato, yo habría muerto antes de nacer, hubiese sido un feto de tres meses tirado en el fondo de un cubo de basura en alguna callejuela.

A pesar de lo mucho que le dolió, el rechazo de mi madre no sorprendió demasiado a Barber, y a medida que pasaban los años le resultaba más difícil guardarle rencor por ello. Lo asombroso era que ella hubiese podido sentirse atraída por él. Tenía veintisiete años en la primavera de 1946 y lo cierto era que Emily fue la primera mujer que se acostaba con él sin cobrar por hacerlo. E incluso esas transacciones habían sido pocas y muy separadas entre sí. El riesgo era demasiado grande, y una vez que descubrió que la humillación podía matar el placer, raras veces se atrevía a intentarlo. Barber no se hacía ilusiones respecto a sí mismo. Comprendía lo que la gente veía cuando le miraba y sabía que tenían razón al sentir lo que sentían. Emily había sido su única oportunidad y la había perdido. Aunque era duro aceptarlo, no podía evitar pensar que aquello era exactamente lo que se merecía.

Su cuerpo era una mazmorra y estaba condenado a cadena perpetua dentro de él, un prisionero olvidado sin derecho a recurrir, sin esperanza de una reducción de la pena, sin posibilidad de una rápida y piadosa ejecución. Había alcanzado su estatura de adulto a los quince años, algo más de un metro ochenta y cinco, y desde entonces había empezado a aumentar de peso. Luchó durante toda su adolescencia para mantenerlo por debajo de los 110 kilos, pero sus borracheras hasta altas horas de la noche no contribuían a ello y las dietas tampoco parecían servir de nada. Huía de los espejos y procuraba estar solo siempre que podía. El mundo era una carrera de obstáculos formados por ojos que miraban fijamente y dedos que señalaban, y él formaba parte de un espectáculo de monstruos ambulante, el chico globo que atravesaba anadeando la corriente de las risas y hacía que la gente se parara a su paso. Los libros se convirtieron pronto en un refugio para él, un lugar donde podía esconderse no sólo de los demás sino de sus propios pensamientos. Porque Barber nunca tuvo dudas respecto a quién era el culpable del aspecto que tenía. Al sumergirse en las palabras de la página que tenía ante sí, lograba olvidarse de su cuerpo y eso, más que ninguna otra cosa, le ayudaba a cesar en sus autorrecriminaciones. Los libros le daban la posibilidad de flotar, de interrumpir la conciencia de sí, y mientras concentrara toda su atención en ellos, podía engañarse y creer que se había liberado, que las cuerdas que le ataban a su grotesco amarradero se hablan cortado.

Terminó la enseñanza secundaria siendo el primero de su clase y con unas notas que asombraron a todo el mundo en el pueblo de Shoreham, Long Island. En junio de ese año hizo un sentido y confuso discurso de despedida en defensa del movimiento pacifista, la república española y un segundo mandato de Roosevelt. Era el año 1936, y

el público que había en el caluroso gimnasio le aplaudió con fuerza, aunque no estuviera de acuerdo con sus ideas políticas. Luego, lo mismo que haría su hijo veinti-nueve años más tarde, se marchó a Nueva York para estudiar cuatro años en la Universidad de Columbia. Al final de ese período había fijado la barrera de su peso en 125 kilos. A continuación vinieron los cursos para el doctorado en historia y un rechazo por parte del ejército cuando trató de alistarse.

-No queremos gordos -le dijo el sargento con una risita despreciable.

Así que Barber se incorporó a las filas del frente interior y se quedó en casa, junto con los parapléjicos y los deficientes mentales, los hombres demasiado jóvenes o demasiado viejos. Pasó esos años en el departamento de historia de Columbia rodeado de mujeres, una anómala masa de carne masculina empollando entre las estanterías de la biblioteca. Pero nadie negaba que era realmente bueno en su especialidad. Su tesis doctoral sobre el obispo Berkeley y los indios ganó el Premio de Estudios Norteamericanos en 1944 y después le ofrecieron puestos en varias universidades del Este. Por razones que ni siquiera él comprendía, eligió Ohio.

El primer año fue bastante bien. Resultó ser un profesor querido por sus alumnos, entró en el coro de la facultad como barítono y escribió los tres primeros capítulos de un libro sobre relatos de cautiverio entre los indios. En Europa la guerra acabó al fin esa primavera y cuando en agosto arrojaron las dos bombas sobre Japón, trató de consolarse pensando que no podía volver a ocurrir nunca. Contra toda probabilidad, el año siguiente empezó brillantemente. Entre septiembre y enero consiguió bajar su peso a 130 kilos, y por primera vez en su vida comenzó a mirar al futuro con cierto optimismo. El semestre de primavera llevó a Emily Fogg a su clase de primero de historia, una muchacha encantadora y efervescente que inesperadamente se enamoró de él. Era demasiado bueno para ser cierto, y poco a poco se convenció de que repentinamente todo era posible, incluso aquello que jamás se había atrevido a imaginar antes. Luego vino la escena de la pensión, la asistenta irrumpiendo en su habitación, el desastre. La misma velocidad de los acontecimientos le paralizó, le dejó tan aturdido que no supo reaccionar. Cuando aquel mismo día le llamaron al despacho del rector, la idea de protestar por su despido ni siquiera se le ocurrió. Volvió a su habitación, hizo las maletas y se marchó sin decir adiós a nadie.

El tren nocturno le llevó a Cleveland, donde tomó una habitación en un hostal de la YMCA.[7] Su plan era tirarse por la ventana, pero después de tres días de esperar el momento oportuno, comprendió que le faltaba valor. Después, decidió dejarse ir, abandonar la lucha de una vez por todas. Si no tenía el coraje de morir, se dijo, por lo menos viviría como un hombre libre. De eso no había duda. No volvería a huir de sí mismo; no permitiría que los demás determinasen su identidad. Durante los siguientes cuatro meses, comió hasta casi lograr el olvido, atiborrándose de pasteles de crema, de donuts, de patatas con mantequilla, de asados empapados en salsa, de tortitas con nata, de pollo frito y de grandes platos de sopa de pescado. Cuando concluyó esta etapa de desenfreno había engordado otros quince kilos; pero las cifras ya no importaban. Había dejado de mirarlas y por lo tanto habían dejado de existir.

Cuanto más grande se hacía su cuerpo, más profundamente se encerraba dentro de él. Su objetivo era aislarse del mundo, hacerse invisible detrás de la inmensidad de su propia carne. Pasó aquellos meses en Cleveland aprendiendo a hacer caso omiso de lo que los desconocidos pensaran de él, inmunizándose contra el dolor de ser visto. Se ponía a prueba todas las mañanas caminando por la avenida Euclid a la hora punta, y los sábados y los domingos se obligaba a pasar la tarde en el parque de Weye, exponiéndose al mayor número de personas posible, fingiendo no oír lo que decían los mirones, esforzándose por conseguir que sus miradas resbalaran sobre él. Ahora estaba

[7] Young Men Christian Association (Asociación Cristiana para Jóvenes). (*N. de la T.*)

solo, absolutamente separado de todos: una mónada bulbosa en forma de huevo que avanzaba obstinadamente entre las ruinas de su conciencia. Pero su esfuerzo se vio recompensado, y ya no le daba miedo su aislamiento. Sumergiéndose en el caos que le habitaba, se había convertido al fin en Solomon Barber, un personaje, alguien, un mundo en sí mismo.

El toque supremo vino unos años más tarde, cuando empezó a perder el pelo. Al principio le pareció un mal chiste -un calvo que se apellida Barber[8]-, pero puesto que las pelucas y los postizos quedaban descartados, no tenía más remedio que vivir con ello. El hermoso jardín de su cabeza empezó a marchitarse. Donde antes crecía una espesura de rizos castaño-rojizos, ahora no había más que cuero cabelludo pelado, una yerma extensión del piel desnuda. No le agradó este cambio en su aspecto, pero lo más inquietante era el hecho de que escapaba por completo a su control. Le obligaba a una relación pasiva consigo mismo y eso era precisamente lo que no podía tolerar. Un día, cuando el proceso estaba a la mitad (pelo en ambos lados de la cabeza pero nada en la parte superior), cogió una navaja y tranquilamente se afeitó lo que le quedaba. El resultado de este experimento fue mucho más impresionante de lo que él esperaba. Barber descubrió que poseía una gran cabeza, una cabeza mitológica, y mientras se miraba al espejo, pensó que era apropiado que el inmenso globo de su cuerpo tuviera ahora una luna. A partir de aquel día, trató a este satélite con escrupuloso cuidado, todas las mañanas lo frotaba con cremas y aceites para mantener el brillo y la suavidad, le daba masajes eléctricos y se aseguraba de que estuviese siempre bien protegido de los elementos. Empezó a llevar sombreros, toda clase de sombreros, y poco a poco éstos se convirtieron en el distintivo de su excentricidad, la divisa definitiva de su identidad. Ya no era sólo el obeso Solomon Barber, era el Hombre de los Sombreros. Hacía falta cierta osadía para hacer lo que hizo, pero entonces ya había aprendido a recrearse en cultivar su rareza y había adquirido una variada parafernalia que contribuía a realzar su talento para dejar perplejos a los demás. Llevaba sombreros hongo, feces, gorras de béisbol, cascos de minero, sombreros de vaquero, cualquier cosa que se le antojara, sin preocuparse por la elegancia ni los convencionalismos. En 1957 su colección era ya tan grande que en una ocasión estuvo veintitrés días sin repetir el mismo sombrero.

Después del calvario de Ohio (así lo llamó él más tarde), Barber encontró trabajo en una serie de pequeñas y desconocidas universidades del Medio Oeste y el Oeste. Lo que en un principio pareció que sería un exilio temporal se alargó durante más de veinte años y al final el mapa de sus heridas estaba delimitado por puntos en todas las esquinas del corazón de Estados Unidos: Indiana y Texas, Nebraska y Oklahoma, Dakota del Sur y Kansas, Idaho y Minnesota. Nunca se quedaba en ningún sitio más de dos o tres años y, aunque las universidades eran todas muy parecidas, el movimiento constante le impedía aburrirse. Barber tenía una gran capacidad de trabajo y en la polvorienta calma de aquellos retiros prácticamente no hacia otra cosa: producía continuamente artículos y libros, asistía a congresos y daba clases, dedicaba tantas horas a sus alumnos y sus cursos que siempre salía elegido el profesor más estimado del campus. Su capacidad profesional no se ponía en duda, pero incluso cuando el escándalo de Ohio empezó a ser olvidado, las grandes universidades seguían rechazándole. Effing había hablado de McCarthy, pero la verdad es que la única incursión de Barber en la política de izquierdas había sido como compañero de viaje del movimiento pacifista en Columbia allá por los años treinta. No había estado oficialmente en la lista negra, pero a sus detractores les convenía rodear su nombre de insinuaciones de rojillo, como si ésa fuera una excusa mejor para rechazarle. Nadie estaba dispuesto a decirlo francamente, pero todos pensaban que Barber simplemente no encajaría allí. Era

[8] Barber significa “barbero”. (*N. de la T.*)

demasiado grande, demasiado llamativo, demasiado impenitente. Imaginaos a un titán de 170 kilos cruzando los patios de Yale con un gorro frigio. No era admisible. Ese hombre no tenía vergüenza ni sentido del decoro. Su simple presencia alteraría el orden de las cosas y ¿por qué buscar problemas cuando había tantos candidatos entre los que elegir?

Puede que fuese mejor así. Quedándose en la periferia, Barber podía seguir siendo como quería ser. Las universidades pequeñas se alegraban de tenerle, y por ser no sólo el profesor más gordo que nadie había visto jamás, sino también el Hombre de los Sombreros, quedaba felizmente exento de los mezquinos altercados e intrigas que infestan la vida provinciana. Todo en él era demasiado exagerado y extravagante, tan flagrantemente fuera de la norma que nadie se atrevía a juzgarle. Llegaba a finales del verano, cubierto de polvo después de pasar días en la carretera, remolcando un U-Haul detrás de su maltrecho coche, cuyo tubo de escape pedorreaba. Si había estudiantes por allí, inmediatamente los contrataba para descargar sus cosas, les pagaba un precio exorbitante por el trabajo y luego les invitaba a comer. Eso siempre contribuía a marcar el tono. Después veían su asombrosa colección de libros, los innumerables sombreros y la mesa de despacho especial que le habían hecho en Topeka, el escritorio de santo Tomás de Aquino, como él lo llamaba, de cuyo tablero habían cortado un gran semicírculo para acomodar su vientre. No era difícil quedar fascinado viéndole moverse, jadeante y asmático, trasladando lentamente su enorme volumen de un sitio a otro, fumando continuamente esos largos cigarros que dejaban cenizas por toda su ropa. Los estudiantes se reían de él a sus espaldas, pero también le tenían mucho afecto, y para aquellos hijos e hijas de granjeros, tenderos y pastores protestantes, él era lo más cercano a un hombre realmente brillante que llegarían a conocer. Inevitablemente, había algunas alumnas cuyo corazón latía por él (demostrando con ello que la mente es en verdad más poderosa que el cuerpo), pero Barber se habla aprendido la lección y nunca volvió a caer en esa trampa. Secretamente, le encantaba ver que las muchachas le ponían ojos tiernos, pero fingía no enterarse, haciendo su papel de sabio distraído, de jovial eunuco que estaba más allá del deseo. Era un papel doloroso y solitario, pero le proporcionaba cierta protección, y aunque no siempre resultaba, por lo menos había aprendido la importancia de tener las persianas echadas y la puerta cerrada con llave. En todos sus años de vagabundeos, nadie pudo criticarle. Les imponía por su singularidad, y antes de que sus colegas tuvieran tiempo de cansarse de él, ya se estaba trasladando a otro sitio, despidiéndose y alejándose hacia el sol poniente.

Por lo que Barber me dijo, su camino se cruzó con el del tío Victor una vez, pero, pensando en los detalles de las dos vidas, creo que pudieron verse hasta tres veces. El primer encuentro pudo haber sido en 1939, en la Exposición Mundial de Nueva York. Sé seguro que ambos acudieron a verla y, aunque las probabilidades son muy escasas, es ciertamente posible que fueran el mismo día. Me gusta imaginarlos uno junto al otro frente a algunos de los objetos expuestos -el Coche del Futuro, por ejemplo, o la Cocina del Mañana- y luego empujándose involuntariamente y levantándose el sombrero en un gesto simultáneo de disculpa, dos jóvenes en lo mejor de la vida, uno gordo y otro flaco, una pareja cómica fantasmal haciendo su numerito para mí en la sala de proyección de mi cráneo. Effing también estuvo en la exposición, naturalmente, recién llegado de su larga estancia en Europa, y a veces le he incluido también en esa escena imaginaria, sentado en una silla de ruedas de mimbre de esas antiguas, empujada por Pavel Shum. Puede que Barber y el tío Victor estén uno al lado del otro cuando pasa Effing. Puede que, justo en ese momento, Effing le grite algún insulto destemplado a su compañero ruso, y Barber y el tío Victor, asombrados por la grosería del hombre en público, se sonrían y sacudan la cabeza con pena. Sin saber, claro está, que ese hombre es el padre de uno de ellos y el futuro abuelo del sobrino del

Librodot

otro. Las posibilidades de tales escenas son ilimitadas, pero generalmente trato de mantenerlas lo más modestas que puedo, interacciones breves y silenciosas: una sonrisa, una inclinación de cabeza, una disculpa murmurada. Me resultan más sugerentes de ese modo, como si al no atreverme demasiado, al concentrarme en pequeños detalles efímeros, pudiera engañarme y llegar a creer que estas cosas sucedieran realmente.

El segundo encuentro podría haber sido en Cleveland, en 1946. Quizá esté más basado en una conjetura que el primero, pero recuerdo claramente que un día iba paseando por el parque Lincoln en Chicago con mi tío y vimos a un gordo gigantesco comiendo un bocadillo sentado en la hierba. Este hombre le recordó a Victor a otro gordo que había visto una vez en Cleveland ("en los tiempos en que yo estaba todavía en la orquesta"), y aunque no tengo ninguna prueba definitiva, me gusta pensar que el hombre que le causó tanta impresión era Barber. Aunque sea lo único, las fechas encajan perfectamente, ya que Victor tocó en la Orquesta de Cleveland desde 1945 a 1948 y Barber se fue allí en la primavera de 1946. Según me contó Victor, estaba una noche comiendo tarta de queso en Lansky's Delicatessen, un restaurante grande y ruidoso a tres manzanas del Severence Hall. La orquesta acababa de tocar un programa dedicado íntegramente a Beethoven y él había ido con otros tres músicos de la sección de viento de madera para cenar algo. Desde el asiento que ocupaba al fondo del restaurante veía perfectamente a un hombre obeso que estaba solo en una mesa cercana. Incapaz de apartar los ojos de la enorme y solitaria figura, mi tío contempló horrorizado cómo el hombre devoraba dos cuencos de sopa de pan ácimo, una fuente de repollo relleno, una ración de crépes de queso, tres platos de ensalada de col, una cesta de pan y seis o siete pepinillos en vinagre pinchados de un cubo de encurtidos. A Victor le espantó de tal manera esta exhibición de glotonería que se le quedó grabada para siempre, una imagen de la más pura y absoluta infelicidad humana.

-Cualquiera que coma de ese modo está tratando de matarse -me dijo-. Es lo mismo que ver a un hombre morirse de hambre.

La última vez que coincidieron fue en 1959, durante la época en que mi tío y yo vivimos en Saint Paul, Minnesota. Barber trabajaba entonces en la Universidad Macalester y una tarde, cuando estaba en su apartamento leyendo los anuncios de coches usados en las últimas páginas del *Pioneer Press*, sus ojos tropezaron casualmente con un anuncio que ofrecía lecciones de clarinete dadas por un tal Victor Fogg, "antiguo músico de la Orquesta de Cleveland". El nombre se le clavó en la memoria como una lanza y a su mente vino una imagen de Emily más vívida y fragante que ninguna de las imágenes que había visto de ella en años. De repente estaba nuevamente dentro de él, resucitada por la aparición de su nombre, y durante el resto de la semana no pudo apartarla de sus pensamientos, ni dejar de preguntarse qué habría sido de ella; imaginó las varias vidas que podía haber vivido y la vio con una claridad que casi le asustó. Probablemente el profesor de música no tenía ninguna relación con ella, pero no vela nada de malo en averiguarlo. Su primer impulso fue llamar a Victor por teléfono, pero después de ensayar lo que le diría, lo pensó mejor. No quería parecer un idiota cuando intentara contar su historia, tartamudeando incoherencias a un desconocido nada interesado. Se decidió por una carta y escribió seis o siete borradores antes de quedar satisfecho, luego la envió por correo en un ataque de angustia, lamentando lo que había hecho en el mismo instante en que el sobre desapareció en el buzón. La respuesta llegó diez días más tarde, unas lacónicas líneas que atravesaban una cuartilla amarilla. "Señor -decía el mensaje-, Emily Fogg era efectivamente mi hermana, pero tengo el penoso deber de informarle de que murió en un accidente de tráfico hace ocho meses. Atentamente, Victor Fogg."

En el fondo, la carta no le decía nada que no supiera ya. Victor sólo le revelaba un hecho y este hecho era algo que Barber había comprendido por sí mismo hacía

Librodot

mucho tiempo: que nunca volvería a ver a Emily. La muerte no alteraba lo que era ya una certeza, reiteraba la pérdida con la que vivía desde hacía años. Ello no significaba que la lectura de la carta fuese menos dolorosa, pero una vez que dejó de llorar, se encontró ansioso por obtener más información. ¿Qué habla sido de ella? ¿Dónde había ido y qué había hecho? ¿Se había casado? ¿Había dejado hijos? ¿La había amado alguien? Barber quería datos concretos. Quería llenar las lagunas y construirle una vida, algo tangible que pudiera llevar consigo: una serie de fotografías, como si dijéramos, un álbum que pudiera abrir en su mente y estudiar a voluntad. Volvió a escribirle a Victor al día siguiente. Después de manifestarle su más sentido pésame en el primer párrafo, pasaba a insinuar, con mucha delicadeza, lo importante que sería para él tener respuesta a algunas de sus preguntas. Esperó pacientemente recibir una respuesta, pero pasaron dos semanas sin noticias. Al fin, pensando que su carta podía haberse perdido, llamó a Victor por teléfono. Después de tres o cuatro señales de llamada, una telefonista le dijo que ese número había sido desconectado. La cosa era desconcertante, pero Barber no se desanimó (tal vez el hombre era pobre y no había podido pagar la cuenta del teléfono), sino que se metió en su Dodge de 1951 y se fue al edificio de apartamentos donde vivía Victor en el 1025 de la avenida Linwood. Como no vio el nombre de Fogg entre los timbres de la entrada, llamó al portero. Unos momentos después, un hombrecito con un jersey verde y amarillo acudió arrastrando los pies y le dijo que el señor Fogg se había marchado.

-Él y el niño recogieron sus cosas y se fueron hará unos diez días -le dijo el portero.

Esto fue una decepción para Barber, un golpe que no se esperaba. Pero ni por un instante se detuvo a pensar quién sería el niño. Aunque se le hubiera ocurrido pensarlo, habría sido igual. Habría supuesto que era el hijo del clarinetista y no le habría dado más vueltas.

Años más tarde, cuando Barber me habló de la carta que había recibido de Victor, comprendí al fin por qué mi tío y yo nos habíamos marchado de Saint Paul tan de repente en 1959. Toda la escena cobraba sentido: el hacer las maletas apresuradamente a media noche, el viaje en coche a Chicago sin una sola parada, las dos semanas de estancia en un hotel sin ir al colegio. Victor no podía saber la verdad respecto a Barber, pero eso no disminuía su temor de llegar a saberla. Existía un padre en alguna parte, y ¿por qué arriesgarse con aquel hombre que sentía tanta curiosidad por enterarse de cosas relacionadas con Emily? En el peor de los casos, ¿quién podía asegurarle que no fuese a luchar por la custodia del niño? Fue fácil no mencionarme al contestar a la primera carta, pero cuando llegó la segunda con todas aquellas preguntas, Victor comprendió que estaba atrapado. No contestarla sólo servirla para posponer el problema, porque si el desconocido tenía tanto interés como parecía, acabaría por ir a buscarnos. ¿Qué sucedería entonces? Victor no vio otra alternativa que huir, levantarme a media noche y desaparecer en una nube de humo.

Esta historia fue una de las últimas cosas que me contó Barber y oírla me desgarró el corazón. Comprendí lo que Victor había hecho y, al comprobar el cariño que me tenía, me sentí inundado por una oleada de sentimientos. Experimenté de nuevo el dolor por la muerte de mi tío. Pero al mismo tiempo sentí frustración y amargura por los años que habla perdido. Si Victor hubiera contestado a la segunda carta de Barber en lugar de salir corriendo, yo podía haber descubierto quién era mi padre en 1959. Nadie tenía la culpa de lo sucedido, pero eso no hacia que me resultara menos difícil de aceptar. Todo había sido un problema de conexiones fallidas, de mala sincronización, de andar a ciegas. Siempre perdiendo la ocasión de encontrarnos por muy poco, siempre a unos centímetros de descubrirlo todo. A eso es a lo que se reduce la historia, creo. A una serie de oportunidades perdidas. Teníamos todas las piezas desde el principio, pero

Librodot

nadie supo encajarlas.

Nada de esto salió a relucir en aquel primer encuentro, claro está. Una vez que Barber decidió no mencionar sus sospechas, el único tema disponible era su padre y lo tratamos a fondo durante los días que pasó en Nueva York. La primera noche me invitó a cenar en Gallagher's, en la calle Cincuenta y dos; la segunda noche fuimos con Kitty a un restaurante del barrio chino; y el tercer día, el domingo, fui a cenar con él a su hotel antes de que cogiera el avión para Minnesota. El ingenio y el encanto de Barber pronto me hicieron olvidar su desdichado aspecto, y cuanto más tiempo pasaba con él, más cómodo me sentía. Hablamos libremente casi desde el principio, intercambiando bromas e ideas mientras nos contábamos nuestras historias, y como él no era persona a quien le asustara la verdad, pude hablarle de su padre sin autocensura, dándole la versión completa de los meses que pasé con Effing, lo bueno y lo malo.

Por lo que respecta a Barber, nunca había estado muy enterado de nada. Le dijeron que su padre había muerto en el Oeste unos meses antes de su nacimiento, lo cual parecía verosímil, ya que las paredes de su casa estaban cubiertas de cuadros y todo el mundo le había dicho que su padre era pintor, especializado en paisajes, y que había viajado mucho a causa de su arte. Su último viaje fue a los desiertos de Utah, le dijeron, un lugar dejado de la mano de Dios, y allí fue donde murió. Pero nunca le aclararon las circunstancias de esta muerte. Cuando tenía siete años, una tía le dijo que su padre se habla caído por un precipicio. Tres años después un tío le contó que a su padre le habían hecho prisionero los indios, y luego, unos seis meses más tarde, Molly Sharp le aseguró que había sido obra del diablo. Molly era la cocinera que le daba deliciosos pudines cuando volvía del colegio -una irlandesa coloradota con los dientes muy separados- y ella nunca mentía. Cualquiera que fuese la causa, la muerte de su padre era la razón que siempre le daban para que su madre se quedase en su habitación. Ésa era la expresión que utilizaba la familia para referirse al estado de su madre, aunque lo cierto era que a veces salía de su habitación, especialmente en las noches cálidas de verano, cuando vagaba por los pasillos de la casa e incluso bajaba hasta la playa y se sentaba cerca del agua, escuchando el ruido de las pequeñas olas.

Él no veía mucho a su madre y hasta en sus mejores días ella tenía dificultad para recordar su nombre. Le llamaba Teddy, o Malcolm, o Rob -siempre mirándole directamente a los ojos, hablando con absoluta convicción-, o bien usaba extraños epítetos que para él no tenían ningún sentido: Bally-Ball, Pooh-Bah y señor Jinks. El nunca trataba de corregirla cuando hacía esto, ya que las horas que pasaba con ella eran demasiado preciosas para desperdiciarlas y sabía por experiencia que la menor objeción podía cambiar su humor. Los demás le llamaban Solly. Él no se oponía a este diminutivo, porque dejaba su verdadero nombre intacto, como si fuera un secreto que sólo él conocía; Solomon, el sabio rey de los hebreos, un hombre tan preciso en sus juicios que podía amenazar con cortar a un niño en dos. Más adelante, cambiaron el diminutivo y se convirtió en Sol. Supo por los poetas isabelinos que ésta era una palabra antigua que significaba "sol" y poco después descubrió que en francés esa palabra quería decir "suelo". Le intrigaba pensar que él pudiera ser a la vez el sol y la tierra y durante varios años creyó que eso significaba que sólo él era capaz de abarcar todas las contradicciones del universo.

Su madre vivía en el cuarto piso con una serie de acompañantes y ayudantes y pasaba largas temporadas sin bajar. Ese piso era un territorio aparte, con una cocina recién construida a un lado del vestíbulo y la gran habitación octogonal al otro. Allí era donde su padre solía pintar, le dijeron, y las ventanas estaban distribuidas de tal modo que desde todas ellas no se veía nada más que el mar. Descubrió que si uno se quedaba delante de ellas mucho tiempo, con la cara pegada al cristal, acababa sintiéndose como

Librodot

si flotara en el cielo. No le permitían subir allí muy a menudo, pero desde su habitación en el piso de abajo oía a veces a su madre paseando de un lado a otro por la noche (el crujido de las tablas debajo de las alfombras) y de cuando en cuando distinguía voces: el rumor de las conversaciones, risas, estrofas de canciones, gemidos y sollozos. Sus visitas al cuarto piso estaban dictadas por las enfermeras y cada una establecía distintas normas. La señorita Forrest le concedía una hora todos los jueves; la señorita Caxton le examinaba las uñas antes de dejarle entrar; la señorita Flower era partidaria de los paseos por la playa a buen paso; la señorita Buxley les servía chocolate caliente; y la señorita Gunderson hablaba en una voz tan baja que casi no la oía. Una vez Barber jugó a los disfraces con su madre toda una tarde y en otra ocasión hicieron navegar un barco de juguete en el estanque hasta que anocheció. Ésas eran las visitas que recordaba más nítidamente y años más tarde comprendió que debían de haber sido las horas más felices que pasó con ella. Hasta donde llegaba su memoria, ella siempre le pareció vieja, con el cabello gris y la cara sin afeites, los ojos azules acuosos, las comisuras de la boca hacia abajo y manchas en el dorso de las manos. Había un ligero pero constante temblor en sus movimientos y esto la hacia parecer aún más frágil de lo que era; una mujer siempre al borde del colapso. No obstante, él no la consideraba loca (*desgraciada* era la palabra que en general le venía a la mente), e incluso cuando hacía cosas que alarmaban a todos, a él le parecía que sólo estaba fingiendo. Tuvo varias crisis a lo largo de los años (un ataque de gritos cuando despidieron a una de las enfermeras, un intento de suicidio, un período de varios meses en que se negó a llevar ropa) y en una ocasión la mandaron a Suiza para lo que llamaron "un largo descanso". Barber descubrió mucho después que Suiza era solamente una forma cortés de referirse a un manicomio en Hartford, Connecticut.

Fue una infancia lúgubre, pero no carente de placeres, y mucho menos solitaria de lo que podía haber sido. Los padres de su madre vivían allí casi todo el tiempo y, a pesar de su inclinación hacia las modas pasajeras y frívolas -el fletcherismo,[9] los agujeros de Symmes, los libros de Charles Fort-, su abuela fue extraordinariamente buena con él, lo mismo que su abuelo, que le contaba historias sobre la Guerra Civil y le enseñaba a buscar flores silvestres. Más adelante, el tío Binkey y la tía Clara también se fueron a vivir con ellos y durante varios años todos convivieron en una especie de malhumorada armonía. La crisis de la bolsa de 1929 no les arruinó, pero desde entonces hubo que hacer ciertas economías. El Pierce Arrow desapareció junto con el chófer, el contrato del piso de Nueva York no se renovó y a Barber no le mandaron a un internado de lujo como todos habían planeado. En 1931 vendieron algunas de las obras de la colección de su padre: los dibujos de Delacroix, el cuadro de Samuel French Morse y el pequeño Turner que había en la sala del piso de abajo. Pero aún quedaron muchos cuadros. A Barber le gustaban especialmente los dos Blakelocks que colgaban en el comedor (una escena a la luz de la luna en la pared oriental y una vista de un campamento indio en el lado sur), y además había docenas de cuadros de su padre por todas partes: las marinas de Long Island, los paisajes de la costa de Maine, los estudios del río Hudson y una habitación llena de paisajes traídos de un viaje a las Catskills, granjas en ruinas, montañas misteriosas, enormes campos luminosos. Barber pasó cientos de horas mirando estos lienzos, y en su tercer curso en el instituto montó una exposición con ellos en una sala del ayuntamiento y escribió un ensayo sobre la obra de su padre que fue distribuido gratuitamente a todos los que asistieron a la inauguración.

El año siguiente pasó muchas noches redactando una novela basada en la desaparición de su padre. Barber no tenía más que diecisiete años y, atrapado en el tumulto de la adolescencia, empezó a imaginarse que era un artista, un futuro genio que

[9] Práctica de masticar los alimentos lenta y completamente para ayudar a una buena digestión. (*N. de la T.*)

Librodot

salvaría su alma volcando su angustia en el papel. Me envió una copia del manuscrito cuando volvió a Minnesota; no, como me advertía en la carta que lo acompañaba, para presumir de su talento juvenil (el libro había sido rechazado por veintiuna editoriales), sino para darme una idea de hasta qué punto había afectado a su imaginación la ausencia de su padre. El libro se titulaba *La sangre de Kepler*, y estaba escrito en el estilo sensacionalista de la literatura barata de los años treinta. En parte novela del Oeste y en parte ciencia ficción, el relato iba dando tumbos de un hecho improbable al siguiente, avanzando con el implacable impulso de un sueño. Muchas páginas eran espantosas, pero a pesar de todo lo encontré fascinante y cuando llegué al final sentí que tenía una idea más clara de cómo era Barber, que entendía algo acerca de las experiencias que le habían formado.

La acción de la novela tenía lugar unos cuarenta años antes que los hechos reales, pues comenzaba en la década de 1870, pero por lo demás la historia seguía casi exactamente los pocos datos que Barber había conseguido saber acerca de su padre. Un pintor de treinta y cinco años llamado John Kepler se despide de su esposa y su hijo, un niño pequeño, y parte de su casa en Long Island para realizar un viaje de seis meses por Utah y Arizona, esperando, en palabras del autor de diecisiete años, "descubrir una tierra de prodigios, un mundo de salvaje belleza y feroces colores, un dominio de proporciones tan monumentales que hasta la piedra más pequeña llevaría la impronta del infinito". Durante los primeros meses todo va bien, pero luego Kepler tiene un accidente similar al que supuestamente había sufrido Julian Barber: se cae de un risco, se rompe varios huesos y queda inconsciente. Cuando vuelve en sí a la mañana siguiente, descubre que no puede moverse y como sus provisiones están fuera de su alcance, se resigna a morir de inanición. Al tercer día, sin embargo, justo cuando está a punto de expirar, un grupo de indios le salva; lo cual refleja otra de las versiones que Barber oyó en su infancia. Los indios llevan al moribundo a su asentamiento, situado en un estrecho valle salpicado de peñascos y flanqueado de paredes rocosas por todos lados, y en este lugar, cargado del olor de la yuca y el enebro, le cuidan hasta devolverle la salud. En esta comunidad viven unas treinta o cuarenta personas, hombres, mujeres y niños en igual número aproximadamente, que van y vienen con poco o nada sobre el cuerpo bajo el tórrido calor de principios de verano. Sin apenas hablarle a él o entre sí, le atienden mientras gradualmente recobra sus fuerzas, le acercan agua a los labios y le dan alimentos de aspecto extraño que él nunca ha probado. A medida que su mente empieza a aclararse, Kepler observa que estas gentes no se parecen a los indios de ninguna de las tribus de la región: los utes, los navajos, los paiutes y los shoshones. Le parecen más primitivos, más aislados y más dulces en sus modales. Examinándolos más atentamente llega a la conclusión de que muchos de ellos no tienen rasgos indios en absoluto. Algunos tienen los ojos azules, otros tienen el pelo de un tono rojizo y varios de los hombres tienen vello en el pecho. En vez de aceptar la evidencia, Kepler empieza a pensar que todavía está al borde de la muerte, que ha imaginado su recuperación en un delirio de coma y dolor. Pero eso no dura mucho. Poco a poco, cuando su estado continúa mejorando, se ve obligado a admitir que está vivo y que todo lo que le rodea es real.

"Se llamaban a sí mismo los Humanos -escribía Barber-, la Gente, Los que Vinieron de Lejos. De acuerdo con las leyendas que le contaron, hacia mucho tiempo sus antepasados habían vivido en la luna. Pero una gran sequía se llevó el agua de la tierra y todos los Humanos murieron excepto Pog y Ooma, el Padre y la Madre primitivos. Durante veintinueve días y veintinueve noches, Pog y Ooma caminaron por el desierto y cuando llegaron a la Montaña de los Milagros, subieron a la cima y se ataron a una nube. Esta nube les llevó por el espacio durante siete años y al final de este tiempo bajaron flotando a la tierra, donde descubrieron el Bosque de las Primeras Cosas

Librodot

y empezaron el mundo de nuevo. Pog y Ooma tuvieron más de doscientos hijos y durante muchos años los Humanos fueron felices, construyeron casas entre los árboles, plantaron maíz, cazaron ciervos y sacaron peces del agua. Los Otros también vivían en el Bosque de las Primeras Cosas y, como estaban dispuestos a compartir sus secretos, los Humanos aprendieron el Vasto Conocimiento de las plantas y los animales, lo cual les ayudó a vivir en la tierra. Los Humanos agradecieron la bondad de los Otros haciéndoles regalos y durante generaciones los dos territorios vivieron en armonía. Pero luego los Salvajes llegaron del otro lado del mundo una mañana en sus enormes barcos de madera. Durante algún tiempo pareció que los Barbudos eran amistosos, pero después entraron en el Bosque de las Primeras Cosas y cortaron muchos árboles. Cuando los Humanos y los Otros les pidieron que no lo hicieran, los Salvajes sacaron sus palos de rayos y truenos y los mataron. Los Humanos comprendieron que no podían enfrentarse a tales armas, pero los Otros decidieron hacerles frente y combatir. Ése fue el momento del Terrible Adiós. Algunos de los Humanos se unieron a las filas de los Otros, unos cuantos de los Otros se pasaron a las filas de los Humanos y luego las dos familias se fueron cada una por su lado. Los Humanos dejaron sus hogares y se adentraron en la Oscuridad, viajando por el Bosque de las Primeras Cosas hasta que creyeron estar fuera del alcance de los Salvajes. Esto sucedió muchas veces en el curso de los años, porque tan pronto construían un asentamiento en una nueva zona del Bosque y empezaban a sentirse a gusto, volvían a aparecer los Salvajes. Los Barbudos siempre se mostraban amistosos al principio, pero inevitablemente acababan cortando árboles y matando a los Humanos, mientras gritaban cosas acerca de su dios, de su libro y de su indomable fuerza. Así que los Humanos tenían que continuar vagando, siempre tratando de ganarles terreno a los Salvajes. Con el tiempo, llegaron al final del Bosque de las Primeras Cosas y descubrieron el Mundo Llano, con sus interminables inviernos y sus cortos e infernales veranos. Desde allí se trasladaron a la Tierra en el Cielo y cuando les expulsaron de ella, descendieron a la Tierra de Poca Agua, un lugar tan ardiente y desolado que los Salvajes no querían vivir en él. Cuando aparecían los Salvajes, era sólo porque iban camino de otro sitio y los que se detenían y construían casas eran tan pocos y desperdigados que los Humanos podían evitarlos sin mayor dificultad. Aquí era donde habían vivido los Humanos desde el comienzo de la Nueva Era y de eso hacia tanto tiempo que nadie recordaba ya lo que había ocurrido antes."

Su idioma es incomprensible para Kepler al principio, pero al cabo de unas semanas lo domina lo suficiente como para defenderse en una conversación sencilla. Empieza adquiriendo los nombres, el esto y el aquello del mundo que le rodea y su discurso no es más sutil que el de un niño pequeño. *Crenepos* es mujer. *Mantoac* son los dioses. *Okeepenauk* es una raíz comestible y *tapisco* significa piedra. Teniendo que asimilar tantas palabras al mismo tiempo, no logra detectar ninguna coherencia estructural en la lengua. Al parecer los pronombres no existen como entidades separadas, por ejemplo, sino que forman parte de un complejo sistema de terminaciones verbales que varía de acuerdo con la edad y el sexo del hablante. Ciertas palabras que se usan con frecuencia tienen dos sentidos diametralmente opuestos -arriba y abajo, mediodía y medianoche, infancia y vejez- y hay muchos casos en los que el significado de las palabras cambia según la expresión facial del hablante. Después de dos o tres meses, la lengua de Kepler se va acostumbrando a reproducir los extraños sonidos de este idioma y a medida que la masa de sílabas indiferenciadas empieza a separarse en unidades de sentido más pequeñas y definibles, su oído se vuelve más agudo, más afinado al matiz y la entonación. Curiosamente, empieza a parecerle que oye vestigios de inglés cuando los Humanos hablan, no del inglés que él conoce, exactamente, sino retazos, restos de palabras inglesas, una especie de inglés metamorfoseado que de alguna manera se ha colado en las grietas del otro idioma. Una frase como Tierra de

Librodot

Poca Agua, por ejemplo, se convierte en una sola palabra: Ti-pogu-a. Hombres Salvajes se transforma en Ho-sal y Mundo Llano en algo así como mulla. Al principio, Kepler tiende a descartar estos paralelismos, considerándolos simples coincidencias. Después de todo, los sonidos coinciden parcialmente en distintas lenguas, y se resiste a dejarse arrastrar por su imaginación. Por otra parte, le parece que aproximadamente una de cada siete u ocho palabras del idioma de los Humanos sigue esta regla y cuando se decide a poner a prueba su teoría inventando palabras y diciéndoselas a los Humanos (palabras que no le han enseñado ellos sino que él forma con el mismo método de emparejarlas y descomponerlas), se encuentra con que los Humanos reconocen varias de ellas como propias. Estimulado por este éxito, Kepler comienza a concebir ciertas ideas respecto a los orígenes de esta extraña tribu. A pesar de la leyenda de la luna, piensa que deben ser producto de alguna antigua mezcla de sangre inglesa e india. "Perdidos en los inmensos bosques del Nuevo Mundo -escribía Barber, siguiendo el hilo del razonamiento de Kepler-, tal vez enfrentados a la amenaza de la extinción, era muy posible que un grupo de los primeros colonizadores hubiese solicitado ser admitido en una tribu india para asegurarse la supervivencia frente a las fuerzas hostiles de la naturaleza. Puede que esos indios fuesen los Otros que aparecían en las leyendas que le habían contado, pensó Kepler. De ser así, quizá una parte de ellos se separó del cuerpo principal y se dirigió al Oeste, asentándose finalmente en Utah. Llevando esta hipótesis un paso más allá, argumentó que la historia de sus orígenes probablemente había sido inventada *después* de la llegada a Utah, como una forma de extraer un consuelo espiritual de su decisión de instalarse en un lugar tan árido. Porque en ningún lugar del mundo, pensó Kepler, se parece tanto la tierra a la luna como aquí."

Hasta que no llega a dominar su idioma, Kepler no entiende por qué le han salvado. El número de Humanos está disminuyendo, le explican, y a menos que puedan empezar a aumentarlo, toda la nación desaparecerá en la nada. A Pensamiento Silencioso, sabio y jefe de la tribu, que les dejó el invierno anterior para vivir solo en el desierto y orar por su salvación, se le reveló en un sueño que un muerto les salvaría. Encontrarían el cuerpo de ese hombre en algún sitio entre los riscos que rodeaban el asentamiento, les dijo, y si le trataban con las medicinas adecuadas, el cuerpo volvería a la vida. Todas estas cosas sucedieron exactamente como Pensamiento Silencioso dijo que sucederían. Kepler fue encontrado, fue resucitado y ahora tiene que convertirse en el padre de una nueva generación. Es el Padre Salvaje que cayó de la luna, el Progenitor de Almas Humanas, el Hombre Espiritual que rescatará a la Gente del olvido.

En este punto, la novela de Barber empieza a fallar de mala manera. Sin el menor escrúpulo de conciencia, Kepler decide quedarse a vivir con los Humanos, renunciando para siempre a la idea de reunirse con su mujer y su hijo. Abandonando el tono preciso e intelectual de las primeras treinta páginas, Barber da rienda suelta a lascivas fantasías en largos y floridos pasajes, fruto de la desbocada lujuria masturbatoria de un adolescente. Las mujeres no parecen indias norteamericanas sino juguetes sexuales polinesios, hermosas doncellas de senos desnudos que se entregan a Kepler con alegre abandono. Es pura invención: una sociedad de inocencia paradisíaca poblada por nobles salvajes que viven en completa armonía con los demás y con el mundo. Kepler no tarda mucho en comprender que la forma de vida de ellos es muy superior a la suya. Se sacude las ataduras de la civilización decimonónica y entra en la edad de piedra, uniendo su suerte a la de los Humanos alegremente.

El primer capítulo acaba con el nacimiento del primer hijo de Kepler, y cuando comienza el segundo han transcurrido quince años. Estamos de nuevo en Long Island, presenciando el funeral de la esposa de Kepler desde el punto de vista del joven John Kepler, que tiene ahora dieciocho años. Decidido a descubrir el misterio de la desaparición de su padre, el muchacho parte a la mañana siguiente de acuerdo con la

Librodot

más pura tradición épica, resuelto a dedicar el resto de su vida a esta búsqueda. Viaja por Utah, recorriendo los territorios desiertos durante año y medio en busca de pistas. Con milagrosa buena suerte (que Barber no hace verosímil), finalmente tropieza con el asentamiento de los Humanos. Nunca se le había ocurrido que su padre pudiera estar vivo aún, pero hete aquí que cuando le presentan al barbudo jefe y salvador de esta pequeña tribu, que ahora consta de casi cien almas, reconoce en él a John Kepler. Atónito, le suelta que él es el hijo que perdió hace mucho tiempo, pero Kepler, tranquilo e impasible, finge no entenderle.

-Soy un espíritu que vino aquí desde la luna -le dice- y estas personas son la única familia que he tenido. Nos complacerá darle comida y techo por esta noche, pero mañana por la mañana debe marcharse y seguir su viaje.

Destrozado por este rechazo, el hijo piensa en la venganza, y a media noche se levanta de la cama, se acerca subrepticiamente a Kepler mientras éste duerme y le clava un puñal en el corazón. Antes de que puedan dar la alarma, huye en la oscuridad y desaparece.

Hay un único testigo del crimen, un muchacho de doce años llamado Jocomin (Ojos Salvajes), que es el hijo predilecto de Kepler entre los Humanos. Jocomin persigue tres días y tres noches al asesino, pero no lo encuentra. La mañana del cuarto día sube a lo alto de una meseta para dominar el terreno que le rodea y allí, unos minutos después de perder las esperanzas, se encuentra a Pensamiento Silencioso, ni más ni menos, el anciano brujo que dejó la tribu años atrás para vivir como un ermitaño en el desierto. Pensamiento Silencioso adopta a Jocomin y poco a poco le va iniciando en los misterios de su arte, preparando al muchacho durante largos y difíciles años para que adquiera los poderes mágicos de las Doce Transformaciones. Jocomin es un discípulo aplicado y capaz. No sólo aprende a curar a los enfermos y a comunicarse con los dioses, sino que, después de siete años de constante trabajo, finalmente penetra en el secreto de la Primera Transformación y domina las fuerzas de su cuerpo y de su mente hasta tal punto que puede convertirse en un lagarto. Las otras transformaciones se producen en rápida sucesión: se convierte en una golondrina, un halcón, un buitre; se convierte en una piedra y en un cactus; se convierte en un topo, un conejo y un saltamontes; se convierte en mariposa y en serpiente; y luego, por último, logrando la más difícil de las transformaciones, se convierte en un coyote. Han pasado ya nueve años desde que Jocomin vino a vivir con Pensamiento Silencioso. Después de haberle enseñado a su hijo adoptivo todo lo que sabe, el viejo le dice a Jocomin que le ha llegado la hora de morir. Sin pronunciar una palabra más, se envuelve en su capa ceremonial y ayuna durante tres días, en cuyo momento su espíritu sale volando de su cuerpo y viaja a la luna, el lugar donde moran las almas de los Humanos después de su muerte.

Jocomin regresa al asentamiento y vive allí como jefe durante algunos años. Pero han llegado tiempos duros para los Humanos, y cuando la sequía da paso a la peste y la peste da paso a la discordia, Jocomin tiene un sueño en el que se le revela que la felicidad no volverá a la tribu hasta que la muerte de su padre sea vengada. Después de consultar con el consejo de ancianos al día siguiente, Jocomin deja a los Humanos y viaja al Este, adentrándose en el mundo de los Hombres Salvajes para buscar a John Kepler hijo. Adopta el nombre de Jack Moon y atraviesa el país trabajando allí por donde pasa. Al fin llega a Nueva York, donde encuentra trabajo en una empresa constructora especializada en rascacielos. Llega a ser miembro de la cuadrilla que trabaja en los niveles más altos en la construcción del edificio Woolworth, una maravilla arquitectónica que sería la estructura más alta del mundo durante casi veinte años. Jack Moon es un obrero extraordinario, que no teme ni a las más escalofriantes alturas, y enseguida se gana el respeto de sus compañeros. Fuera de su trabajo, sin

Librodot

embargo, está siempre solo y no hace amigos. Dedica todo su tiempo libre a averiguar el paradero de su hermanastro, tarea que le lleva casi dos años. John Kepler se ha convertido en un próspero hombre de negocios. Vive en una mansión en la calle Pierrepont, en Brooklyn Heights, con su esposa y su hijo de seis años, y todas las mañanas va a su trabajo en un largo coche negro conducido por un chófer. Jack Moon vigila la casa durante varias semanas, al principio con la intención de matar a Kepler pura y simplemente, pero luego decide que puede llevar a cabo una venganza más adecuada raptando al hijo de Kepler y llevándoselo a la tierra de los Humanos. Así lo hace sin ser descubierto, arrancando al niño de la mano de su niñera una tarde, a plena luz del día, y en ese punto se cierra el cuarto capitulo de la novela de Barber.

De vuelta en Utah con el chico (que mientras tanto le ha cogido un gran cariño), Jocomin descubre que todo ha cambiado. Los Humanos han desaparecido y en sus casas vacías no hay ni rastro de vida. Los busca por todas partes durante seis meses, pero sin resultado. Al fin, comprendiendo que su sueño le ha traicionado, acepta el hecho de que toda su gente ha muerto. Con el corazón apesadumbrado, decide quedarse allí y cuidar del chico como si fuera su hijo, esperando siempre que se produzca un milagro de regeneración. Le pone al niño el nombre de Numa (Hombre Nuevo) y trata de no desanimarse. Pasan siete años. Le transmite a su hijo adoptivo los secretos que le enseñó Pensamiento Silencioso y luego, pasados otros tres años de constante esfuerzo, logra realizar la Decimotercera Transformación. Jocomm se transforma en mujer, una mujer joven y fértil que seduce al adolescente de dieciséis años. Al cabo de nueve meses nacen gemelos, un niño y una niña, y a partir de esos dos niños, los Humanos volverán a poblar la tierra.

La acción se traslada otra vez a Nueva York, donde encontramos a John Kepler, buscando desesperadamente a su hijo. Una pista tras otra le conducen a un callejón sin salida, hasta que un día, por pura casualidad -todo en la novela de Barber ocurre por casualidad-, descubre el rastro de Jack Moon; poco a poco empieza a juntar las piezas del rompecabezas y comprende que su hijo le fue arrebatado a causa de lo que él le hizo a su padre. No tiene otra elección que volver a Utah. Kepler tiene ya cuarenta años y las penalidades del viaje por el desierto le suponen un gran esfuerzo, pero sigue adelante tenazmente, horrorizado ante la idea de regresar al lugar donde mató a su padre veinte años antes pero sabiendo que no le queda otro remedio, que ése es el lugar donde encontrará a su hijo. Una luna llena acentúa el efecto dramático de la última escena. Kepler ha llegado ya cerca del asentamiento de los Humanos y ha acampado en los riscos para pasar la noche. Sostiene un rifle entre las manos y está alerta a cualquier señal de actividad. En unas rocas próximas, a menos de quince metros de él, ve de repente un coyote cuya silueta se recorta contra la luna. Temeroso de todo en ese remoto y desolado territorio, Kepler apunta con su rifle al animal impulsivamente y aprieta el gatillo.

El coyote muere al primer disparo y Kepler no puede evitar felicitarse de su puntería. Lo que no sabe, naturalmente, es que ha matado a su propio hijo. Antes de que tenga tiempo de levantarse y acercarse al animal derribado, otros tres coyotes saltan sobre él en la oscuridad. Incapaz de defenderse de este ataque, es devorado en cuestión de minutos.

Así acaba *La sangre de Kepler*, el único intento de Barber de escribir un relato de ficción. Teniendo en cuenta la edad que tenía cuando lo escribió, sería injusto juzgar su esfuerzo con demasiada dureza. Pese a sus muchas insuficiencias y excesos, para mí el libro es valioso como documento psicológico y, más que ninguna otra prueba, demuestra cómo manejó Barber los dramas internos de su infancia y adolescencia. No quiere aceptar el hecho de que su padre ha muerto (de ahí que los Humanos salven a Kepler); pero si su padre no ha muerto, entonces no hay disculpa para que no haya

Librodot

regresado con su familia (de ahí el cuchillo que el hijo clava en el corazón de su padre). No obstante, la idea de ese asesinato es demasiado horrible para no inspirar repulsión. Cualquiera que sea capaz de concebir semejante idea debe ser castigado, y eso es exactamente lo que le ocurre a Kepler hijo, cuya muerte es peor que la de ningún otro personaje del libro. Todo el relato es una compleja danza de culpa y deseo. El deseo se transforma en culpa y luego, como la culpa es intolerable, se convierte en un deseo de expiación, de someterse a una forma de justicia cruel e inexorable. No fue casualidad, creo yo, que en su actividad académica Barber se dedicase a explorar muchos de los mismos temas que aparecen en *La sangre de Kepler*. Los colonos perdidos de Roanoke, los relatos de hombres blancos que vivieron entre los indios, la mitología del Oeste americano, ésos eran los temas que Barber trató como historiador y, al margen de lo escrupuloso y profesional que fuese en su tratamiento, siempre hubo una motivación personal en su trabajo, una secreta convicción de que en cierto modo estaba investigando los misterios de su propia vida.

En la primavera de 1939, Barber tuvo una última oportunidad de saber algo más acerca de su padre, pero no dio ningún resultado. Estaba en su primer año en Columbia y hacia mediados de mayo, justo una semana después de su hipotético encuentro con el tío Victor en la Exposición Mundial, su tía Clara le llamó para decirle que su madre había muerto mientras dormía. Cogió el primer tren de la mañana para Long Island y luego pasó por las diversas pruebas de enterrarla: los trámites para el funeral, la lectura del testamento, las tortuosas conversaciones con abogados y contables. Pagó las facturas de la clínica donde su madre había pasado los últimos seis meses, firmó documentos e impresos, sollozó intermitentemente en contra de su voluntad. Después del funeral, volvió a la casona para pasar la noche, consciente de que probablemente sería la última noche que pasaría allí. La tía Clara era la única persona que quedaba ya en la casa y no estaba en condiciones de sentarse a charlar con él. Por última vez ese día, Barber llevó a cabo con paciencia el ritual de decirle que podía continuar viviendo en la casa todo el tiempo que deseara. Una vez más, ella le bendijo por su bondad, poniéndose de puntillas para besarle en la mejilla, y una vez más regresó a la botella de jerez que tenía escondida en su habitación. La servidumbre, compuesta por siete personas en la época en que Barber nació, estaba ahora reducida a una sola -una negra coja llamada Hattie Newcombe que cocinaba para tía Clara y de vez en cuando realizaba una tentativa de limpiar la casa-, y desde hacia ya algunos años aquello se estaba viniendo abajo. El jardín estaba abandonado desde la muerte de su abuelo en 1934, y lo que en otro tiempo había sido una decorosa profusión de flores y césped era ahora una maraña de feas hierbas que llegaban a la altura del pecho. En el interior colgaban telarañas de casi todos los techos; no se podía tocar una silla sin que soltara nubes de polvo; los ratones correteaban descaradamente por las habitaciones, y Clara, achispada y perpetuamente sonriente, no se enteraba de nada. Las cosas eran así desde hacia tanto tiempo que Barber había dejado de preocuparse por ello. Sabía que nunca tendría el valor de vivir en aquella casa y que cuando la tía Clara tuviese la misma muerte alcohólica que su marido, a él le daría exactamente igual que el techo se hundiera o no.

A la mañana siguiente encontró a tía Clara sentada en la sala del piso de abajo. Aún no había llegado la hora de la primera copa de jerez (por regla general, la botella no se destapaba hasta después de comer) y Barber comprendió que, si quería hablar con ella alguna vez, tendría que ser entonces. Estaba sentada delante de la mesa de juego del rincón cuando él entró en el cuarto, la cabecita de gorrión inclinada sobre un solitario, tarareando por lo bajo una canción desafinada e interminable. “El hombre del trapecio volador”, pensó él. Se acercó a ella por la espalda y le puso una mano en el hombro. Su cuerpo era todo huesos bajo el chal de lana.

Librodot

-El tres rojo sobre el cuatro negro -le dijo, señalando las cartas que había sobre la mesita.

Ella chasqueó la lengua reprochándose su estupidez, mezcló dos montones y luego volvió la carta que había quedado libre. Era un rey rojo.

-Gracias, Sol -dijo-. Hoy no estoy concentrada. No veo los movimientos que tengo que hacer y acabo haciéndome trampas sin necesidad.

Emitió una risita gorjeante y reanudó su tarea.

Barber se sentó trabajosamente en la butaca que había enfrente de Clara, tratando de encontrar la forma de empezar. Dudaba que ella tuviera mucho que decirle, pero no había nadie más con quien hablar. Durante varios minutos se quedó allí sentado mirándola a la cara, examinando la intrincada red de arrugas, los polvos blancos apelmazados sobre las mejillas, el grotesco lápiz de labios rojo. La encontraba patética, conmovedora. No debía de haber sido fácil para ella formar parte de aquella familia, pensó, vivir con el hermano de su madre tantos años, no haber tenido hijos. Binkey era un tenorio bobalicón y buenazo que se casó con Clara en la década de 1880, menos de una semana después de verla actuar en el escenario del teatro Galileo, en Providence, como ayudante en el número de magia del Maestro Rudolfo. A Barber siempre le había gustado escuchar las historias frívolas que ella contaba de sus tiempos de artista de variedades y pensó que era extraño que ellos dos fuesen ahora los únicos miembros de la familia.

El último Barber y la última Wheeler. Una chica de clase baja, como la llamaba siempre su abuela, una fulanita tonta que había perdido su belleza hacía más de treinta anos, y el Señor Obesidad en persona, el prodigioso fenómeno, nacido de una loca y un fantasma. Nunca había sentido tanta ternura por la tía Clara como en aquel momento.

-Vuelvo a Nueva York esta noche -dijo.

-No te preocupes por mí -contestó ella, sin levantar la vista de las cartas-. Estaré bien aquí sola. Ya estoy acostumbrada.

-Me marcho esta noche -repitió él-, y nunca volveré a poner los pies en esta casa.

La tía Clara puso un seis rojo sobre un siete negro, examinó las cartas buscando un sitio donde colocar la reina negra, suspiró decepcionada y luego miró a Barber.

-Oh, Sol -dijo-. No tienes por qué ponerte tan dramático.

-No me pongo dramático. Lo que pasa es que probablemente ésta será la última vez que nos veamos.

La tía Clara seguía sin entender.

-Ya sé que es triste perder a tu madre -dijo-. Pero no debes tomártelo así. En realidad es una bendición que Elizabeth haya muerto. Su vida era un tormento y ahora por fin descansa en paz.

-La tía Clara hizo una pausa, buscando las palabras adecuadas-. No debes dejar que se te metan ideas absurdas en la cabeza.

-El problema no es mi cabeza, tía Clara, es la casa. Creo que no podría soportar volver aquí.

-Pero ahora es tu casa, eres su propietario. Todo lo que hay en ella te pertenece.

-Eso no quiere decir que tenga que conservarla. Puedo deshacerme de ella cuando quiera.

-Pero Solly..., ayer me dijiste que no ibas a vender la casa. Me lo prometiste.

-No voy a venderla. Pero nada me impide regalarla, ¿no es cierto?

-Viene a ser lo mismo. La casa seria propiedad de otra persona y a mí me echarían y me llevarían a morir en una habitación llena de viejas.

-No si te la regalo a ti. Entonces podrías quedarte aquí.

-Deja de decir tonterías. Si sigues hablando así me va a dar un ataque al corazón.

-No hay ninguna dificultad en transferir la escritura. Puedo llamar al abogado hoy para que inicie los trámites.

-Pero Solly...

-Es probable que me lleve algunos de los cuadros. Pero todo lo demás se quedará aquí contigo.

-Está mal. No sé por qué, pero está mal que hables así.

-Sólo hay una cosa que quiero que hagas por mí -siguió él, sin hacer caso de su comentario-. Quiero que hagas testamento legal y le dejes la casa a Hattie Newcombe.

-¿*Nuestra* Hattie Newcombe?

-Sí, *nuestra* Hattie Newcombe.

-Pero Sol, ¿tú crees que eso está bien? Quiero decir que Hattie..., Hattie, ya sabes, Hattie es...

-¿Es qué, tía Clara?

-Una mujer de color. Hattie es una mujer de color.

-Si a Hattie no le importa, no veo por qué ha de preocuparte a ti.

-Pero ¿te imaginas lo que dirá la gente? Una mujer de color viviendo en la Casa del Acantilado. Sabes tan bien como yo que las únicas personas de color que viven en este pueblo son sirvientes.

-Eso no altera el hecho de que Hattie es tu mejor amiga. Que yo sepa, es tu única amiga. ¿Y por qué ha de importarnos lo que diga la gente? No hay nada más importante en el mundo que ser bueno con los amigos.

Cuando la tía Clara comprendió que su sobrino hablaba en serio, empezó a reírse. Las palabras de él habían demolido de pronto todo un sistema de valores y le resultaba emocionante ver que eso era posible.

-Lo único malo es que tengo que morirme antes de que Hattie tome posesión -dijo-. Ojalá pudiera vivir para verlo con mis propios ojos.

-Si el cielo es como dicen que es, estoy seguro de que lo veras.

-Nunca conseguiré entender por qué haces esto.

-No hace falta que lo entiendas. Tengo mis razones y no es necesario que te preocupes por ellas. Primero quiero hablar contigo de unas cuantas cosas y luego podemos dar este asunto por zanjado.

-¿Qué clase de cosas?

-Cosas antiguas. Cosas del pasado. ¿Del teatro Galileo?

-No, hoy no. Estaba pensando en otras cosas.

-Oh. -Tía Clara se calló, momentáneamente confusa-. Es que antes siempre te gustaba oírme hablar de Rudolfo. La forma en que me ponía en el ataúd y me cortaba en dos con una sierra. Era un buen número, el mejor. ¿Te acuerdas?

-Claro que me acuerdo. Pero no es de eso de lo que quiero hablar ahora.

-Como quieras. Hay muchos días en el pasado, después de todo, especialmente cuando se llega a mi edad.

-Estaba pensando en mi padre.

-Ah, tu padre. Si, eso también fue hace mucho tiempo. Ciertamente que sí. No tanto como otras cosas, pero mucho.

-Ya sé que Binkey y tú no vinisteis a vivir aquí hasta después de que él desapareciera, pero me preguntaba si recordarías algo del equipo de rescate que fue en su busca.

-Tu abuelo lo organizó todo junto con el señor como-se-llame.

-¿El señor Byrne?

-Eso es, el señor Byrne, el padre del muchacho. Los buscaron durante seis meses, pero nunca encontraron nada. Binkey también estuvo allí algún tiempo, ya sabes. Volvió contando un montón de historias raras. Fue él quien pensó que los habían

matado los indios.

-Pero eso no era más que una suposición, ¿no?

-A Binkey le encantaba contar historias increíbles. Nunca había ni una pizca de verdad en nada de lo que decía.

-¿Y mi madre, también fue al Oeste?

-¿Tu madre? Oh, no. Elizabeth estuvo aquí todo el tiempo. No estaba... ¿Cómo te lo diría yo?... No estaba en condiciones de viajar.

-¿Porque estaba embarazada?

-Bueno, eso en parte.

-¿Y la otra parte?

-Su estado mental. No era muy bueno.

-¿Ya estaba loca?

-Elizabeth siempre fue lo que podríamos llamar inestable. Mohína un minuto, y al minuto siguiente riendo y cantando. Incluso muchos años antes, cuando la conocí. *Excitable* es la palabra que usábamos entonces.

-¿Cuándo se puso peor?

-Cuando tu padre no volvió.

-¿Fue empeorando lentamente o sucedió de golpe?

-De golpe, Sol. Fue algo terrible de ver.

-¿Tú lo viste?

-Con mis propios ojos. Toda la escena. Nunca lo olvidaré.

-¿Cuándo ocurrió?

-La noche en que tú..., quiero decir, una noche..., no recuerdo cuándo. Una noche durante el invierno.

-¿Qué noche fue, tía Clara?

-Una noche en que nevaba. Hacia frío y había una gran tormenta. Lo recuerdo porque al médico le costó mucho llegar aquí.

-Era una noche de enero, ¿no?

-Puede que sí. En enero suele nevar. Pero no recuerdo qué mes era.

-Fue el once de enero, ¿no? La noche en que nací.

-Oh, Sol, no debes insistir en hacerme preguntas. Eso sucedió hace mucho tiempo, ya no importa.

-A mí sí me importa, tía Clara. Y tú eres la única persona que puede contármelo. ¿Comprendes? Eres la única que queda.

-No me grites. Te oigo perfectamente, Solomon. No hay necesidad de avasallar ni de hablar con aspereza.

-No estoy avasallando. Sólo estoy tratando de hacerte una pregunta.

-Ya sabes la respuesta. Se me escapó hace un momento y ahora lo lamento.

-No tienes por qué lamentarlo. Lo importante es decir la verdad. No hay nada más importante que eso.

-Pero es que fue tan..., tan... No quiero que creas que me lo estoy inventando. Yo estaba en la habitación con ella esa noche. Molly Sharp y yo estábamos allí, esperando a que viniera el médico, y Elizabeth gritaba y armaba tanto jaleo que pensé que se iba a venir la casa abajo.

-¿Qué gritaba?

-Cosas espantosas. Cosas que me pone enferma recordar.

-Dímelas, tía Clara.

-"Trata de matarme -chillaba una y otra vez-. Trata de matarme. No podemos dejarle salir."

-¿Se refería a mí?

-Sí, al bebé. No me preguntes cómo sabía que era un niño, pero así era. Se

acercaba el momento y el médico seguía sin llegar. Molly y yo intentábamos que se tumbara en la cama, procurábamos convencerla de que se pusiera en la postura adecuada, pero ella no quería colaborar. “Abre las piernas -le decíamos- te aliviará el dolor.” Pero Elizabeth se negaba. Dios sabe de dónde sacaba las fuerzas. Una y otra vez conseguía soltarse de nosotras y se iba a la puerta, repitiendo a gritos esas terribles palabras. “Trata de matarme. No podemos dejarle salir.” Finalmente logramos llevarla a la cama, mejor dicho, lo logró Molly con una pequeña ayuda por mi parte, esa Molly era como un buey. Pero, una vez en la cama, no había forma de hacerle abrir las piernas. “No voy a dejarle salir -vociferaba-. Antes le asfixiaré ahí dentro. Un niño monstruo, un niño monstruo. No le dejaré salir hasta que le haya matado.” Tratamos de separarle las piernas a la fuerza, pero Elizabeth no cesaba de retorcerse y debatirse hasta que Molly empezó a darle de bofetadas, zas, zas, zas, bien fuerte, lo cual enfureció tanto a Elizabeth que después de eso no pudo hacer más que chillar, como un recién nacido, con la cara toda colorada, berreaba como si quisiera despertar a los muertos.

-Dios Santo.

-Fue lo peor que he visto. Por eso no quería contártelo.

-A pesar de todo logré salir, ¿no?

-Eras el niño más grande y más fuerte que nadie hubiera visto. Casi seis kilos, dijo el médico. Un gigante. Creo sinceramente que si no hubieses sido tan enorme, Sol, nunca lo habrías logrado.

-¿Y mi madre?

-El médico llegó al fin, era el doctor Bowles, el que murió en un accidente de coche hace seis o siete años, y le puso una inyección a Elizabeth para dormirla. No despertó hasta el día siguiente y cuando se despertó se había olvidado de todo. No me refiero a lo sucedido la noche anterior, quiero decir todo, su vida entera, no recordaba nada de lo que le había sucedido en los últimos veinte años. Cuando Molly y yo te llevamos a su habitación para que viera a su hijo, pensó que eras su hermanito. Fue todo tan extraño, Sol... Se había convertido en una niña y no sabía quién era.

Barber estaba a punto de hacerle otra pregunta, pero justo en ese momento el reloj de péndulo del recibidor empezó a dar las horas. Tía Clara ladeó la cabeza y escuchó las campanadas, contando las horas con los dedos. Cuando las campanadas cesaron, había contado hasta doce y esto hizo que en su cara apareciera una expresión ansiosa, casi implorante.

-Parece que son las doce -anunció-. Sería descortés hacer esperar a Hattie.

-¿Ya es la hora de comer?

-Me temo que sí -dijo, levantándose de la butaca-. Hora de fortalecernos con un poco de alimento.

-Ve tú, tía Clara. Yo iré enseguida.

Mientras veía a la tía Clara salir de la habitación, Barber comprendió que la conversación se había terminado. Peor aún, comprendió que nunca se reanudaría. Había jugado todas sus cartas de una vez, y ya no había más cosas con las que sobornarla, ni más trucos para hacerla hablar.

Recogió las cartas de la mesa, las barajó y luego repartió una mano de solitario. Solly Tario, se dijo, jugando con su nombre. Decidió seguir hasta que ganara y estuvo sentado allí más de una hora. Para entonces, el almuerzo había terminado, pero no le importó. Por una vez en su vida, no tenía hambre.

Estábamos sentados en la cafetería del hotel, desayunando, cuando Barber me relató esta escena. Era domingo por la mañana y ya casi se nos había acabado el tiempo. Bebimos una última taza de café juntos y luego, mientras subíamos en el ascensor para recoger su equipaje, me contó el final de la historia. Su tía Clara murió en 1943. Hattie

Librodot

Newcombe heredó la propiedad de la Casa del Acantilado y durante el resto de la década vivió allí en ruinoso esplendor, reinando sobre multitud de hijos y nietos que ocupaban todas las habitaciones de la mansión. Después de su muerte, en 1951, su yerno vendió la finca a la Compañía Inmobiliaria Cavalcante, que demolió rápidamente la vieja casa. Al cabo de dieciocho meses la finca había sido dividida en veinte parcelas de mil metros cuadrados y en cada parcela se alzaba una casa de dos plantas, cada una de ellas idéntica a las otras diecinueve.

-Si hubieras sabido lo que sucedería, ¿la habrías regalado de todas formas? -le pregunté.

-Desde luego -contestó, acercando una cerilla a su cigarro apagado y echando el humo-. Jamás lo he lamentado. No se tiene a menudo la posibilidad de hacer semejantes extravagancias y me alegro de haberla aprovechado. En el fondo, es probable que regalarle esa casa a Hattie Newcombe sea lo más inteligente que he hecho en mi vida.

Ya estábamos delante de la entrada del hotel, esperando a que el portero llamara a un taxi. Cuando llegó el momento de despedirnos vi que, inexplicablemente, Barber estaba al borde de las lágrimas. Supuse que era una reacción retardada a la situación, que las tensiones del fin de semana habían sido demasiado para él; pero, naturalmente, no tenía ni idea de lo que estaba sufriendo, no podía ni imaginármelo. Él estaba despidiéndose de su hijo, mientras que yo estaba diciéndole adiós simplemente a un nuevo amigo, un hombre al que había conocido sólo dos días antes. El taxi estaba parado delante de nosotros, con el contador marcando a un ritmo frenético mientras el portero ponía la maleta en el maletero. Barber hizo un gesto como si fuera a abrazarme, pero luego se lo pensó mejor en el último momento y me puso las manos en los hombros y los apretó con fuerza.

-Eres la primera persona a quien le he contado estas historias -me dijo-. Gracias por ser tan buen oyente. Tengo la sensación..., no se cómo expresarlo..., tengo la sensación de que ahora hay un vínculo entre nosotros.

-Ha sido un fin de semana memorable -dije.

-Sí, efectivamente. Un fin de semana memorable.

Luego Barber introdujo su enorme cuerpo en el taxi, me hizo el gesto de los pulgares levantados y se perdió entre el tráfico. En ese momento pensé que no volvería a verle. Nos habíamos ocupado de nuestro asunto, habíamos explorado el terreno que teníamos que explorar y parecía que ahí acababa la historia. Incluso cuando, a la semana siguiente, me llegó por correo el manuscrito de *La sangre de Kepler*, no pensé que fuese una continuación de lo que habíamos comenzado sino, más bien, una conclusión, un pequeño broche final a nuestro encuentro. Barber había prometido mandármelo, y supuse que era un simple acto de cortesía. Al día siguiente le escribí una carta dándole las gracias y reiterando cuánto había disfrutado con nuestras conversaciones, y luego perdí el contacto con él, en apariencia definitivamente.

Mi paraíso del barrio chino continuaba. Kitty bailaba y estudiaba y yo seguía escribiendo y dando paseos. Llegó el día de Colón, luego el día de Acción de Gracias, después Navidad y Año Nuevo. Una mañana de mediados de enero sonó el teléfono y era Barber. Le pregunté desde dónde llamaba, y cuando me contestó que desde Nueva York, percibí una nota de excitación y alegría en su voz.

-Si tienes tiempo libre -le dije-, sería agradable volver a vernos.

-Sí, me apetece mucho verte. Pero no es necesario que cambies tus planes por mí. Pienso quedarme aquí algún tiempo.

-Tu universidad debe dar unas vacaciones muy largas entre semestres.

-Bueno, en realidad he pedido un permiso otra vez. No tengo que volver hasta septiembre y mientras tanto he pensado probar a vivir en Nueva York. He alquilado un

apartamento en la calle Diez, entre la Quinta y la Sexta Avenidas.

-Es un barrio muy bonito. He paseado por ahí muchas veces.

-Acogedor y encantador, como dicen los anuncios de las agencias. Llegué anoche y estoy muy contento con él. Kitty y tú tenéis que venir a visitarme.

-Encantados. Nos dices el día y allí estaremos.

-Estupendo. Os volveré a llamar esta semana, en cuanto me haya instalado. Hay un proyecto que quiero comentar contigo, así que ya te puedes preparar a que te exprima el cerebro.

-No estoy seguro de que saques gran cosa, pero puedes quedarte con lo que haya.

Tres o cuatro días después, Kitty y yo fuimos a cenar al apartamento de Barber y a raíz de eso empezamos a verle con frecuencia. Fue Barber el que inició la amistad, y si tenía algún motivo oculto para cortejarnos, ninguno de nosotros podía adivinarlo. Nos invitaba a restaurantes, al cine, a conciertos, nos pedía que le acompañásemos al campo los domingos, y como estaba tan lleno de buen humor y de afecto, no podíamos resistirnos. Se ponía sus estrafalarios sombreros para ir a todas partes, gastaba bromas a diestro y siniestro y nunca se alteraba por la conmoción que producía en los lugares públicos. Barber nos tomó bajo su protección como si se propusiera adoptarnos. Dado que Kitty y yo éramos huérfanos, todo el mundo parecía salir beneficiado.

La primera noche que le vimos, Barber nos dijo que ya se había hecho la testamentaria de Effing. Había recibido un buen montón de dinero, comentó, y por primera vez en su vida no dependía de su trabajo. Si las cosas salían como esperaba, no tendría que volver a enseñar hasta en dos o tres años.

-Ésta es mi oportunidad de vivir a lo grande y voy a aprovecharla al máximo -dijo.

-Con todo el dinero que tenía Effing -dije yo-, pensé que podrías retirarte para siempre.

-Ojalá. He tenido que pagar el impuesto sucesorio, plusvalías, honorarios de abogados y gastos de los que nunca había oído hablar. Eso se ha llevado un buen pedazo. Además, lo que había de entrada era mucho menos de lo que pensábamos.

-¿Quieres decir que no eran millones?

-Ciertamente que no. Más bien miles. Una vez pagado todo, la señora Hume y yo hemos recibido unos cuarenta y seis mil dólares cada uno.

-Debería haberme dado cuenta -dije-. Hablaba como si fuese el hombre más rico de Nueva York.

-Sí, creo que tenía tendencia a la exageración. Pero lo último que se me ocurriría sería reprochárselo. He heredado cuarenta y seis mil dólares de alguien a quien no había visto nunca. Es más dinero del que he tenido en mi vida. Un golpe de suerte fantástico, un regalo inimaginable.

Nos contó que llevaba tres años trabajando en un libro sobre Thomas Harriot. En condiciones normales habría tardado dos años más en terminarlo, pero ahora que no tenía otras obligaciones, esperaba acabarlo hacia mediados de verano, dentro de seis o siete meses. Eso le llevó al proyecto que me había mencionado por teléfono. Sólo hacía un par de semanas que estaba tomando en consideración la idea, dijo, y quería mi opinión antes de pensarlo más en serio. Sería algo para más adelante, algo que emprendería cuando el libro sobre Harriot estuviese terminado, pero si llegaba a hacerlo, requeriría mucha planificación.

-Supongo que la cosa se reduce a una pregunta -dijo-, y no creo que puedas darme una respuesta rotunda. Pero, dadas las circunstancias, tu opinión es la única en la que puedo confiar.

Habíamos terminado de cenar en aquel momento y recuerdo que los tres

Librodot

estábamos aún sentados alrededor de la mesa, bebiendo coñac y fumando cigarros habanos que Barber había traído de contrabando a la vuelta de un reciente viaje a Canadá. Estábamos ligeramente borrachos y, en ese estado de ánimo, hasta Kitty había aceptado uno de los enormes puros que nos ofreció Barber. Me divertía verla chupándolo tranquilamente allí sentada, vestida con su *chipao*, pero no era menos graciosa la pinta del propio Barber, quien se había puesto para la ocasión un esmoquin color burdeos y un fez.

-Si soy el único que puede opinar -dije-, debe tratarse de algo relacionado con tu padre.

-Sí, eso es, eso es exactamente.

Para enfatizar su respuesta, Barber echó la cabeza hacia atrás y lanzó un anillo de humo perfecto. Kitty y yo lo miramos con admiración, siguiendo con los ojos la O mientras pasaba por delante de nosotros y lentamente perdía su forma. Después de una breve pausa, Barber bajó la voz una octava entera y dijo:

-He estado pensando en la cueva.

-Ah, la cueva -repetí-. La enigmática cueva del desierto.

-No puedo dejar de pensar en ella. Es como una de esas viejas canciones que no paran de sonar en la cabeza.

-Una vieja canción. Una vieja historia. No hay forma de librarse de ellas. Pero ¿cómo podemos saber si realmente existió esa cueva?

-Eso es lo que te iba a preguntar. Tú eres el que escuchó su historia. ¿Qué opinas, M. S.? ¿Estaba diciendo la verdad o no?

Antes de que yo pudiera pensar una respuesta, Kitty se inclinó hacia adelante apoyándose en un codo, me miró a mí, que estaba a su izquierda, miró a Barber, que estaba a su derecha, y luego resumió todo el problema en dos frases.

-Por supuesto que estaba diciendo la verdad -afirmó-. Puede que los hechos no fuesen siempre exactos, pero decía la verdad.

-Una respuesta muy profunda -dijo Barber-. Sin duda es la única que tiene sentido.

-Sospecho que sí -dije-. Aunque no hubiese una cueva real, existió la experiencia de una cueva. Todo depende de lo literalmente que quiera uno tomárselo.

-En ese caso -dijo Barber-, haré la pregunta de otra forma. Puesto que no podemos estar seguros, ¿hasta qué punto crees tú que vale la pena correr un riesgo?

-¿Qué clase de riesgo? -pregunté.

-El riesgo de perder el tiempo -dijo Kitty.

-Sigo sin entender.

-Quiere ir a buscar la cueva -me explicó Kitty-. ¿No es cierto, Sol? Quieres ir allí y tratar de encontrarla.

-Eres muy perspicaz, querida -dijo Barber-. Eso es precisamente lo que estoy pensando, y la tentación es muy fuerte. Si hay una posibilidad de que la cueva exista, estoy dispuesto a hacer cualquier cosa por encontrarla.

-Hay una posibilidad -dije-. Tal vez no sea una posibilidad muy grande, pero no veo por qué habría de detenerte eso.

-No puede ir solo -dijo Kitty-. Sería demasiado peligroso.

-Muy cierto -asentí-. Nadie debería escalar montañas solo.

-Y menos los gordos -dijo Barber-. Pero ésos son detalles que ya resolveremos más adelante. Lo importante es que crees que debería hacerlo. ¿No es así?

-Podríamos hacerlo todos juntos -sugirió Kitty-. M. S. y yo seríamos tus exploradores.

-Claro que sí -dije, imaginándome de pronto vestido con un traje de ante, escudriñando el horizonte desde lo alto de un caballo palomino-. Encontraremos esa

Librodot

maldita cueva aunque sea la última cosa que hagamos.

Para ser absolutamente sincero, debo reconocer que no me tomé nada de esto en serio. Pensé que sólo se trataba de una de esas ideas de borracho que la gente concibe a altas horas de la noche y olvida a la mañana siguiente, y aunque seguíamos hablando de la "expedición" cada vez que nos veíamos, yo consideraba que era poco más que una broma. Resultaba divertido estudiar mapas y fotografías, discutir itinerarios y condiciones climatológicas, pero jugar con el proyecto era algo distinto de creer en él. Utah estaba tan lejos y las probabilidades de que llegáramos a organizar el viaje eran tan escasas que, incluso aunque Barber fuese sincero y creyera en el proyecto, yo no veía cómo iba a materializarse aquello. Este escepticismo se vio reforzado un domingo de febrero cuando vi a Barber pasear por los bosques de Berkshire. El hombre estaba tan desmesuradamente gordo, sus andares eran tan torpes y le faltaba el resuello de tal modo que no podía andar más de diez minutos sin tener que pararse para tomar aliento. Con la cara colorada por el esfuerzo, se dejaba caer en el tocón más próximo y se quedaba sentado durante tanto tiempo como había caminado, su enorme pecho subía y bajaba desesperadamente, el sudor le corría desde la boina escocesa como si su cabeza fuese un bloque de hielo que se derretía. Si las suaves colinas de Massachusetts le hacían ese efecto, pensé, ¿cómo iba a poder trepar por los cañones de Utah? No, la expedición era una farsa, un pequeño ejercicio de la fantasía. Mientras la cosa se quedara en el terreno de la conversación, no había por qué preocuparse. Pero si Barber daba alguna vez un paso real para marcharse, Kitty y yo estábamos completamente de acuerdo en que sería nuestro deber disuadirle.

Teniendo en cuenta esta temprana resistencia por mi parte, es irónico que al final fuese yo el que tuviese que ir a buscar la cueva. Sólo habían transcurrido ocho meses desde la primera vez que hablamos de la expedición, pero habían sucedido tantas cosas, tantas cosas habían quedado destrozadas, que mis reacciones iniciales ya no importaban. Fui porque no tenía alternativa. No era que yo quisiera ir; fue simplemente que las circunstancias me habían hecho imposible no ir.

Kitty supo que estaba embarazada a finales de marzo, y a principios de junio ya la había perdido. Toda nuestra vida voló en pedazos en cuestión de semanas, y cuando finalmente comprendí que el daño era irreparable, sentí como si me hubiesen arrancado el corazón. Hasta entonces, Kitty y yo habíamos vivido en una armonía sobrenatural, y cuanto más se prolongaba, menos probable parecía que algo pudiera interponerse entre nosotros. Tal vez si hubiéramos sido más combativos en nuestra relación, si nos hubiéramos pasado el tiempo peleándonos y tirándonos los platos a la cabeza, habríamos estado mejor preparados para superar la crisis. Pero ese embarazo cayó como un obús en un estanque y antes de que pudiésemos agarrarnos para resistir el impacto, nuestra barca se había hundido y estábamos nadando para salvar la vida.

Nunca se trató de que no nos quisiéramos. Incluso cuando nuestras batallas estaban en el punto más intenso y lacrimoso, nunca nos retractamos, nunca negamos los hechos, nunca fingimos que nuestros sentimientos habían cambiado. Era simplemente que ya no hablábamos el mismo idioma. En lo que a Kitty se refería, el amor significaba nosotros dos y nada más. No había lugar para un niño y, por lo tanto, cualquier decisión que tomáramos debía depender exclusivamente de lo que nosotros quisiéramos. Aunque era Kitty la que estaba embarazada, para ella el niño no era más que una abstracción, un caso hipotético de vida futura más que una vida que ya había comenzado. Hasta que naciera no existiría. Desde mi punto de vista, sin embargo, el niño habla empezado a existir desde el momento en que Kitty me dijo que lo llevaba dentro. Aunque no fuese mayor que un pulgar, era una persona, una realidad ineludible. Si buscábamos a alguien para que le hiciese un aborto, a mí me parecía que seria igual que cometer un asesinato.

Librodot

Todas las razones estaban de parte de Kitty. Yo lo sabía, pero eso no cambiaba nada. Me encerré en una obstinada irracionalidad, cada vez más asustado de mi propia vehemencia, pero incapaz de hacer nada al respecto. Soy demasiado joven para ser madre, decía Kitty, y pese a que yo reconocía que era una afirmación legítima, nunca estaba dispuesto a concedérsela. Nuestras madres no eran mayores que tú, le rebatía yo, equiparando tercamente dos situaciones que no tenían nada en común y de pronto nos encontrábamos con la esencia del problema. Eso estaba muy bien para nuestras madres, decía Kitty, pero ¿cómo podría ella seguir bailando si tuviera que cuidar a un bebé? A lo cual yo contestaba, fingiendo pretenciosamente que sabía lo que me decía, que yo cuidaría del bebé. Imposible, afirmaba ella, no se puede privar a un niño de su madre. Tener un niño es una responsabilidad tremenda y hay que tomársela en serio. Me aseguraba que le gustaría mucho que tuviésemos niños algún día, pero aquél no era el momento oportuno, aún no estaba preparada para eso. Pero el momento ha llegado, le contestaba yo, lo quieras o no, ya hemos hecho un niño, y ahora tenemos que aceptar las cosas como son. Llegados a este punto, exasperada por mis estúpidos argumentos, Kitty se echaba a llorar inevitablemente.

Yo detestaba ver esas lágrimas, pero ni siquiera las lágrimas me hacían ceder. Miraba a Kitty y me decía que debía dejarlo, que debía abrazarla y aceptar lo que ella deseaba, pero cuanto más trataba de ablandarme, más inflexible me volvía. Quería ser padre, y ahora que tenía una posibilidad al alcance de la mano, no podía soportar la idea de perderla. El niño representaba la oportunidad de compensar la soledad de mi infancia, de formar parte de una familia, de pertenecer a una unidad que fuese algo más que yo mismo, y como no había sido consciente de ese deseo hasta entonces, se manifestaba en enormes e incoherentes estallidos de desesperación. Si mi madre hubiese sido sensata, le gritaba a Kitty, yo no habría nacido. Y luego, sin darle tiempo a responder: Si matas a nuestro hijo, me matarás a mí también.

El tiempo estaba en contra nuestra. Sólo teníamos unas pocas semanas para tomar la decisión, y cada día que pasaba, la presión se hacía más insoportable. No existía ningún otro tema para nosotros, hablábamos de ello constantemente, discutíamos hasta altas horas de la noche, viendo cómo nuestra felicidad se disolvía en un océano de palabras, en exhaustas acusaciones de traición. Porque en todo el tiempo que pasamos discutiendo, ninguno de los dos se movió de su postura. Kitty era la que estaba embarazada y por lo tanto era yo el que tenía que convencerla, no al revés. Cuando finalmente me convencí de que era inútil, le dije que hiciera lo que tenía que hacer. No deseaba seguir castigándola. Casi sin hacer una pausa, añadí que le pagaría la operación.

Las leyes eran diferentes entonces, y la única manera de que una mujer pudiera conseguir un aborto legal era que un médico certificara que tener un niño pondría en peligro su vida. En el estado de Nueva York las interpretaciones de la ley eran lo bastante amplias como para incluir “peligro psíquico” (lo cual quería decir que podría intentar suicidarse si el niño nacía) y por lo tanto un informe de un psiquiatra era tan válido como el de un médico. Dado que la salud física de Kitty era perfecta y que yo no quería que abortase ilegalmente -mis temores a ese respecto eran inmensos-, no tenía más remedio que encontrar un psiquiatra que estuviese dispuesto a complacerla. Al fin encontré uno, pero sus servicios no fueron baratos. Entre sus honorarios y las facturas del Hospital de Saint Luke por el aborto, acabé pagando varios miles de dólares por destruir a mi propio hijo. Estaba casi arruinado otra vez, y cuando me senté junto a la cama de Kitty en el hospital y vi la expresión agotada y atormentada de su cara, no pude evitar la sensación de que todo había desaparecido, que me habían arrebatado mi vida entera.

Regresamos al barrio chino a la mañana siguiente, pero nada volvió a ser igual. Ambos habíamos conseguido convencernos de que podríamos olvidar lo sucedido, pero

Librodot

cuando tratamos de volver a nuestra antigua vida, descubrimos que ya no estaba allí. Después de las terribles semanas de conversaciones y peleas, los dos caímos en el silencio, como si ahora nos diese miedo mirarnos. El aborto había sido más difícil de lo que Kitty había imaginado y, a pesar de su convicción de que era lo mejor, no podía remediar pensar que había hecho algo malo. Deprimida, maltrecha por lo que había sufrido, andaba taciturna por el almacén como si estuviera de luto. Yo comprendía que debía consolarla, pero no tenía fuerzas para vencer mi propio dolor. Me quedaba sentado viéndola sufrir y en un momento dado me di cuenta de que lo estaba disfrutando, que quería que pagase por lo que había hecho. Creo que eso fue lo peor de todo, y cuando al fin vi la mezquindad y la crueldad que había dentro de mí, me volví contra mí mismo, horrorizado. No podía seguir adelante. Ya no soportaba ser como era. Cada vez que miraba a Kitty, no vela otra cosa que mi despreciable debilidad, el monstruoso reflejo de la persona en que me había convertido.

Le dije que necesitaba marcharme durante algún tiempo para reflexionar, pero eso era sólo porque no tenía valor para decirle la verdad. Kitty lo comprendió, no obstante. No necesitaba oír las palabras para saber lo que pasaba, y cuando a la mañana siguiente me vio haciendo la maleta y disponiéndome a marchar, me suplicó que me quedara con ella, llegó a ponerse de rodillas y a rogarme que no me fuera. Su cara estaba desencajada y cubierta de lágrimas, pero yo ya me había convertido en un bloque de madera y nada podía detenerme. Dejé mis últimos mil dólares sobre la mesa y le dije a Kitty que los usara mientras yo estaba fuera. Luego salí por la puerta. Antes de llegar a la calle ya estaba sollozando.

7

Barber me albergó en su apartamento el resto de la primavera. Se negó a permitir que contribuyera a pagar el alquiler, pero como mis fondos estaban otra vez casi a cero, me busqué un trabajo inmediatamente. Dormía en el sofá del cuarto de estar, me levantaba a las seis y media todas las mañanas y me pasaba el día subiendo y bajando muebles para un amigo que tenía una pequeña empresa de mudanzas. Detestaba ese trabajo, pero era lo suficientemente agotador como para entorpecer mi mente, por lo menos al principio. Más adelante, cuando mi cuerpo se acostumbró a la rutina, descubrí que no podía dormirme si no me emborrachaba hasta caer en redondo. Barber y yo nos quedábamos hablando hasta medianoche y luego yo me encontraba solo en el cuarto de estar, enfrentado a la elección de mirar al techo hasta la madrugada o emborracharme. Generalmente necesitaba una botella entera de vino antes de poder cerrar los ojos.

Barber no pudo tratarme mejor, ni ser más considerado y comprensivo, pero yo me encontraba en un estado tan lamentable que apenas me enteraba de que él estaba allí. Kitty era la única persona que era real para mí y su ausencia era tan tangible, tan insoportablemente insistente, que no podía pensar en otra cosa. Cada noche comenzaba con el mismo dolor en mi cuerpo, la misma palpitante, asfixiante necesidad de que ella me tocara de nuevo y, antes de que pudiera darme cuenta de lo que me pasaba, notaba el ataque por debajo de la piel, como si los tejidos que me mantenían entero estuvieran a punto de estallar. Esto era la privación en su forma más repentina y absoluta. El cuerpo de Kitty era parte de mi cuerpo y, no teniéndolo a mi lado, ya no me sentía yo. Me sentía mutilado.

Después del dolor, las imágenes empezaban a desfilar por mi cabeza. Veía las manos de Kitty tendiéndose hacia mí para tocarme, veía su espalda y sus hombros desnudos, la curva de sus nalgas, su vientre liso plegándose cuando ella se sentaba en el borde de la cama para ponerse los leotardos. Me era imposible hacer que estas imágenes

Librodot

se desvanecieran, y no bien se presentaban, una engendraba otra, reviviendo los menores, los más íntimos detalles de nuestra vida en común. No podía recordar nuestra felicidad sin sentir dolor y, sin embargo, insistía en provocar ese dolor, indiferente al daño que me hacía. Cada noche me decía que debía coger el teléfono y llamarla y cada noche resistía la tentación, recurriendo a todo el odio que sentía hacia mí mismo para no hacerlo. Después de dos semanas de torturarme de este modo, empecé a tener la sensación de que me había prendido fuego.

Barber estaba preocupado. Sabía que había sucedido algo espantoso, pero ni Kitty ni yo queríamos decirle qué era. Al principio se atribuyó el papel de mediador entre nosotros, hablaba con uno y luego iba a informar al otro de la conversación, pero a pesar de todas sus idas y venidas no consiguió nada. Siempre que trataba de arrancarnos el secreto, los dos le dábamos la misma respuesta: No puedo decírtelo; pregúntaselo al otro. A Barber nunca le cupo duda de que Kitty y yo seguíamos queriéndonos y el hecho de que nos negáramos a hacer nada le desconcertaba y le frustraba. Kitty quiere que vuelvas, me decía, pero no cree que lo hagas. No puedo volver, le contestaba yo. No hay nada que desee más, pero no puede ser. Como último recurso, Barber llegó incluso a invitarnos a cenar en un restaurante al mismo tiempo (sin decirnos que el otro iría también), pero su plan fracasó cuando Kitty me vio entrar en el restaurante. Si hubiese vuelto la esquina sólo dos segundos después, la estrategia podría haber dado resultado, pero pudo evitar la trampa y, en lugar de reunirse con nosotros, dio media vuelta y se marchó a casa. Cuando Barber le preguntó a la mañana siguiente por qué no había ido, ella le contestó que no quería trucos.

-Es M. S. quien tiene que dar el primer paso -dijo-. Yo hice algo que le rompió el corazón, y no le culparía si no quisiera volver a verme nunca más. Él sabe que no lo hice a propósito, pero eso no significa que tenga que perdonarme.

Después de eso, Barber se retiró. Cesó de llevar mensajes y dejó que las cosas siguieran su triste curso. Las últimas palabras que Kitty le dijo eran típicas del valor y la generosidad que siempre encontré en ella y durante meses, incluso años, no pude pensar en esas palabras sin sentirme avergonzado. Si alguien había sufrido, era Kitty, y sin embargo era ella quien cargaba con la responsabilidad de lo que había sucedido. Si yo hubiera poseído una mínima parte de su bondad, habría corrido inmediatamente a su encuentro, me habría postrado ante ella y le habría pedido que me perdonara. Pero no hice nada. Los días pasaban y yo seguía siendo incapaz de actuar. Como un animal herido, me enrosqué dentro de mi dolor y me negué a ceder. Tal vez estaba aún allí, pero ya no se podía contar con mi presencia.

Barber había fracasado en su papel de cupido, pero continuó haciendo todo lo que podía por salvarme. Trató de que volviera a escribir, habló conmigo de libros, me convenció para que fuera con él al cine, a restaurantes y bares, a conferencias y conciertos. Nada de esto me sirvió de mucho, pero yo no estaba tan mal como para no valorar el intento. Se esforzó tanto por ayudarme que, inevitablemente, empecé a preguntarme por qué se molestaba tanto por mí. Estaba trabajando intensamente en su libro sobre Thomas Harriot, inclinado sobre su máquina de escribir durante seis o siete horas seguidas, pero en el momento en que yo entraba en casa, siempre estaba dispuesto a dejarlo todo, como si mi compañía le interesara más que su trabajo. Esto me desconcertaba, porque yo sabía que en aquella época mi compañía era realmente ingrata y no entendía que nadie pudiera disfrutar de ella. Por falta de otras ideas, empecé a pensar que era homosexual, que tal vez mi presencia le excitaba demasiado y le impedía concentrarse en otra cosa. Era una deducción lógica, pero sin fundamento, un palo de ciego. No me hizo ninguna insinuación y, por su forma de mirar a las mujeres por la calle, yo me daba cuenta de que sus deseos se limitaban al sexo opuesto. ¿Cuál era la explicación, entonces? Quizá la soledad, pensé, soledad pura y simple. No tenía ningún

otro amigo en Nueva York y, hasta que apareciera alguien, estaba dispuesto a aceptarme tal cual era.

Una noche de finales de junio fuimos a tomar unas cervezas a la White Horse Tavern. Hacía una noche calurosa y húmeda y cuando nos sentamos a una mesa de la parte del fondo (la misma en la que Zimmer y yo nos habíamos sentado tantas veces en el otoño de 1969), por la cara de Barber empezaron a correr chorros de sudor. Mientras se secaba con un enorme pañuelo a cuadros, se bebió la segunda cerveza de un trago o dos y luego, de pronto, dio un puñetazo en la mesa.

-Hace demasiado calor en esta ciudad -declaró-. Pasa uno veinticinco años alejado de ella y se olvida de lo que son los veranos aquí.

-Espera a que lleguen julio y agosto -dije-. Ya verás lo que es bueno.

-Ya he visto suficiente. Si me quedo aquí mucho más tiempo, tendré que empezar a salir envuelto en toallas. La ciudad entera es como un baño turco.

-Siempre podrías tomarte unas vacaciones. Mucha gente se marcha durante los meses de calor. Podrías ir a la montaña, a la playa, a donde quieras.

-Sólo hay un sitio adonde me interesa ir. Supongo que sabes cuál es.

-Pero ¿qué pasa con tu libro? Creí que querías terminarlo antes.

-Sí. Pero ahora he cambiado de opinión.

-No puede ser sólo por el calor.

-No, necesito un descanso. Y si a eso vamos, tú también lo necesitas.

-Estoy bien, Sol, de veras.

-Un cambio de ambiente te sentaría bien. Ya no hay nada que te retenga aquí, y cuanto más tiempo te quedes, peor te pondrás. No estoy ciego, ¿sabes?

-Ya lo superaré. La situación empezará a mejorar pronto.

-Yo no apostaría por ello. Estás empantanado, M. S., te estás reconcomiendo. La única cura es escapar.

-No puedo dejar mi trabajo.

-¿Por qué no?

-Para empezar, porque necesito el dinero. Además, Stan cuenta conmigo. No sería justo dejarle colgado por las buenas.

-Avísale de que te vas dentro de dos semanas. Encontrará a otro.

-¿Así sin más?

-Sí, así, sin más. Ya sé que eres un muchacho muy fuerte, pero, la verdad, no te veo trabajando como cargador de muebles toda tu vida.

-No pensaba dedicarme a ello como profesión. No es más que lo que podríamos llamar una situación temporal.

-Bueno, pues yo te ofrezco otra situación temporal. Puedes convertirte en mi ayudante, mi explorador, mi hombre de confianza. El trato incluye alojamiento y manutencion, provisiones gratis y una pequeña cantidad para gastos. Si estas condiciones no te satisfacen, estoy dispuesto a negociar. ¿Qué dices a eso?

-Estamos en verano. Si el clima de Nueva York te parece malo, en el desierto es aún peor. Nos asaríamos si fuéramos allí ahora.

-Tampoco es el Sahara. Nos compraremos un coche con aire acondicionado y viajaremos cómodamente.

-¿Viajar adónde? No tenemos la menor idea de por dónde empezar.

-Por supuesto que sí. No digo que encontremos lo que buscamos, pero sabemos cuál es la zona. El sudeste de Utah, comenzando desde el pueblo de Bluff. No perdemos nada por intentarlo.

Seguimos discutiendo varias horas más y poco a poco Barber venció mi resistencia. A cada argumento que yo le daba, respondía con un contraargumento; por cada razón negativa que yo aducía, él ofrecía dos o tres positivas. No sé cómo lo

Librodot

consiguió, pero al final casi me alegré de haberme rendido. Puede que fuera la absoluta infructuosidad de la empresa lo que me decidió. Si hubiese pensado que existía la menor posibilidad de encontrar la cueva, dudo que hubiese ido, pero la idea de una búsqueda inútil, de emprender un viaje condenado al fracaso, me atraía en aquel momento. Buscaríamos, pero no encontraríamos. Sólo importaría el viaje en sí y al final no nos quedaría nada más que la futilidad de nuestra ambición. Ésta era una metáfora con la que podía vivir, era el salto en el vacío con el que siempre había soñado. Le dije a Barber que podía contar conmigo y sellamos el trato con un apretón de manos.

Perfeccionamos el plan a lo largo de las dos semanas siguientes. En lugar de ir directamente, decidimos empezar dando un rodeo sentimental; nos detendríamos primero en Chicago y luego nos dirigiríamos al norte para ir a Minnesota antes de tomar el camino a Utah. Esto nos desviaría unos mil quinientos kilómetros, pero ninguno de los dos consideraba que la cosa constituyera un problema. No teníamos prisa por llegar a nuestro destino, y cuando le dije a Barber que deseaba visitar el cementerio donde estaban enterrados mi madre y mi tío, él no puso ninguna objeción. Puesto que íbamos a estar en Chicago, dijo, ¿por qué no desviarnos un poco más y subir hasta Northfield para pasar allí un par de días? Tenía que resolver allí unos asuntillos y de paso podría enseñarme la colección de cuadros y dibujos de su padre que guardaba en la buhardilla de su casa. No me molesté en decirle que en el pasado había rehuido ver esos cuadros. En el espíritu de la expedición en la que estábamos a punto de embarcarnos, dije que sí a todo.

Tres días después, Barber le compró a un tipo de Queens un coche con aire acondicionado. Era un Pontiac Bonneville rojo de 1965 con sólo setenta mil kilómetros en el cuentakilómetros. Se enamoró de él porque era ostentoso y rápido y no regateó mucho a la hora de pagar.

-¿Qué te parece? -me preguntaba sin cesar mientras lo examinábamos-. ¿A que es como un carro romano?

Había que cambiar el silenciador y los neumáticos y arreglar el carburador, y la parte de atrás estaba abollada, pero Barber estaba decidido y consideré que no tenía sentido tratar de disuadirle. A pesar de sus defectos, el coche era una maquinita vigorosa, como dijo Barber, y supuse que nos serviría como cualquier otro. Fuimos a dar una vuelta para probarlo y, mientras recorríamos las calles de Flushing, Barber me dio una conferencia sobre la rebelión de Pontiac contra lord Amherst. No debemos olvidar, dijo entusiásticamente, que este coche lleva el nombre de un gran jefe indio. Esto añadirá una nueva dimensión a nuestro viaje. Conduciendo este coche hacia el Oeste, rendiremos homenaje a los muertos, conmemorando a los valientes guerreros que se alzaron en defensa de la tierra que les habían arrebatado.

Compramos guías y mapas, gafas de sol, mochilas, cantimploras, prismáticos, sacos de dormir y una tienda de campaña. Después de trabajar semana y media más en la empresa de mudanzas de mi amigo Stan, pude dejarle con la conciencia tranquila cuando un primo suyo llegó a la ciudad para pasar el verano y aceptó ocupar mi puesto. Barber y yo salimos para nuestra última cena en Nueva York (sandwiches de rosbif en Stage Deli) y volvimos al apartamento a las nueve, con la intención de acostarnos a una hora razonable para poder salir temprano a la mañana siguiente. Estábamos a principios de julio de 1971. Yo tenía veinticuatro años y me parecía que mi vida había entrado en un callejón sin salida. Mientras estaba tumbado en el sofá en la oscuridad, oí que Barber iba de puntillas a la cocina y llamaba a Kitty por teléfono. No pude entender todo lo que decía, pero al parecer le hablaba de nuestro viaje.

-Nada es seguro -susurró-, pero puede que le haga bien. Quizá esté dispuesto a volver a verte cuando regresemos.

Librodot

No me resultó difícil adivinar a quién se refería. Una vez que Barber volvió a su cuarto, encendí la luz y abrí otra botella de vino, pero el alcohol ya no parecía hacerme efecto. Cuando Barber vino a despertarme a las seis de la mañana, no creo que hubiese dormido más de veinte o treinta minutos.

A las siete menos cuarto ya estábamos en ruta. Barber conducía y yo iba en el asiento de la muerte, bebiendo café solo de un termo. Durante las primeras dos horas estuve medio inconsciente, pero cuando empezamos a atravesar los campos de Pennsylvania, fui emergiendo lentamente de mi sopor. Desde allí hasta que llegamos a Chicago, hablamos sin interrupción, turnándonos al volante mientras pasábamos por el oeste de Pennsylvania, Ohio e Indiana. Si no recuerdo casi nada de lo que dijimos, es probable que sea porque íbamos pasando de un tema a otro a la misma velocidad que el paisaje iba desapareciendo detrás de nosotros. Recuerdo que hablamos un rato de coches y de cómo había cambiado la vida en Estados Unidos; hablamos de Effing; hablamos de la torre de Tesla en Long Island. Todavía oigo a Barber carraspear, en el momento en que dejábamos atrás Ohio y entrábamos en Indiana, preparándose para soltar un largo discurso sobre el espíritu de Tecumseh, pero, por más que lo intento, no logro traer a mi memoria una sola frase del mismo. Más tarde, cuando empezó a ponerse el sol, pasamos más de una hora enumerando nuestras preferencias en todos los terrenos que se nos ocurrían: nuestras novelas favoritas, nuestras comidas favoritas, nuestros jugadores favoritos. Creo que debimos de llegar a más de cien categorías, un índice completo de gustos personales. Yo dije Roberto Clemente, Barber dijo Al Kaline. Yo dije *Don Quijote*, él dijo *Tom Jones*. A los dos nos gustaba más Schubert que Schumann, pero Barber tenía una debilidad por Brahms que yo no compartía. En cambio, a él Couperin le parecía aburrido, mientras que yo no me cansaba nunca de *Les Barricades Mystérieuses*. Él dijo Tolstoi, yo dije Dostoievski. El dijo *Casa desolada*, yo dije *Nuestro común amigo*. De todas las frutas conocidas por el hombre, estuvimos de acuerdo en que el limón era la que mejor olía.

Dormimos en un motel en las afueras de Chicago. Después de desayunar, condujimos al azar hasta que encontramos una floristería, donde compré dos ramos idénticos para mi madre y para el tío Victor. Barber estaba extrañamente silencioso en el coche, pero lo atribuí al cansancio del día anterior y no comenté nada al respecto. Nos costó trabajo encontrar el cementerio de Westlawn (un par de giros equivocados, un largo rodeo que nos llevó en dirección contraria), y cuando cruzamos la puerta de la verja, eran casi las once. Tardamos veinte minutos más en encontrar las tumbas, y cuando bajamos del coche, con un calor abrasador, recuerdo que ninguno de los dos dijo una palabra. Una cuadrilla de cuatro hombres acababa de cavar una tumba varias parcelas más allá de la de mi madre y mi tío y nos quedamos en silencio junto al coche un minuto o dos, viendo cómo los enterradores echaban las palas en la trasera de su camioneta verde y se alejaban. Su presencia era una intrusión, y Barber y yo entendimos tácitamente que teníamos que esperar a que desaparecieran; que no podíamos hacer lo que habíamos ido a hacer a menos que estuviéramos solos.

Después, todo sucedió muy deprisa. Cruzamos la carretera, y cuando vi los nombres de mi tío y mi madre en las pequeñas lápidas de piedra, me encontré de repente luchando por contener las lágrimas. No había esperado una reacción tan violenta, pero al pensar que estaban realmente allí, bajo mis pies, me puse a temblar incontroladamente. Creo que pasaron varios minutos, pero es sólo una suposición. No veo más que una mancha borrosa, unos cuantos gestos aislados en la niebla de la memoria. Recuerdo que puse una piedra encima de cada lápida, y de vez en cuando me veo a gatas, arrancando furiosamente las malas hierbas que crecían entre el césped enmarañado que cubría las tumbas. Sin embargo, cuando busco a Barber no soy capaz de situarle en la escena. Esto me indica que estaba demasiado trastornado para fijarme

Librodot

en él, que en el intervalo de esos minutos me olvidé de que estaba allí. La historia había empezado sin mí, por así decirlo, y cuando intervine en ella, la acción ya estaba muy avanzada, todo se había disparado.

No sé cómo, estaba nuevamente de pie junto a Barber. Estábamos uno al lado del otro delante de la tumba de mi madre, y cuando volví la cabeza hacia él, vi que las lágrimas corrían por sus mejillas. Barber sollozaba, y al oír los ahogados y desesperados sonidos que salían de su garganta, me di cuenta de que hacía rato que los oía. Creo que en ese momento dije algo: ¿Qué te pasa? o ¿Por qué lloras? No recuerdo las palabras exactas. Pero, en cualquier caso, Barber no me oyó. Siguió mirando fijamente la tumba de mi madre, llorando bajo el inmenso cielo azul como si fuera el único hombre que quedara en el mundo.

-Emily... -dijo al fin-. Mi querida, mi pequeña Emily... Mira cómo has acabado... Si no hubieses huido... Si me hubieses dejado amarte... Mi dulce, mi adorada, mi pequeña Emily... Qué desperdicio, qué terrible desperdicio...

Las palabras salían de su boca atropelladas, espasmódicas, una riada de dolor que se deshacía en fragmentos no bien tocaba el aire. Le escuché como si la tierra se hubiese puesto a hablarme, como si oyera hablar a los muertos desde dentro de sus tumbas. Barber había amado a mi madre. A partir de este único hecho incontestable, todo empezó a moverse, a tambalearse, a hacerse pedazos; el mundo entero comenzó a alterarse ante mis ojos. Él no me lo dijo abiertamente, pero de pronto lo supe. Supe quién era yo, de pronto lo supe todo.

Durante los primeros momentos no sentí nada más que ira, una oleada de demoníaca náusea y asco.

-¿De qué estás hablando? -le dije, y como él seguía sin mirarme, le empujé con las dos manos, sacudiendo su enorme brazo derecho con un fuerte y agresivo golpe-. ¿De qué estás hablando? -repetí-. Di algo, maldito saco de grasa, di algo o te parto la boca.

Entonces Barber se volvió hacia mí, pero lo único que pudo hacer fue sacudir la cabeza de atrás a delante, como tratando de decirme lo inútil que sería explicar nada.
-Dios santo, Marco, ¿por qué tuviste que traerme aquí? -dijo al fin-. ¿No sabías lo que sucedería?

-¡Saber! -le grité-. ¿Cómo iba a saberlo? Nunca dijiste nada, mentiroso. Me engañaste y ahora quieres que te compadezca. Pero ¿y yo? ¿Y yo, asqueroso hipopótamo?

Di rienda suelta a mi furia, gritando a pleno pulmón bajo el calor estival. Después de unos momentos, Barber empezó a retroceder, huyó de mi ataque tambaleándose, como si no pudiera soportarlo más. Seguía llorando y llevaba la cara oculta entre las manos mientras andaba. Ciego a todo lo que le rodeaba, se alejó dando traspiés entre las hileras de tumbas como un animal herido, aullando y sollozando mientras yo continuaba insultándole a gritos. El sol estaba ya en lo alto del cielo y todo el cementerio se estremecía con un extraño y palpitante resplandor, como si la luz se hubiese vuelto demasiado fuerte para ser real. Vi que Barber daba unos cuantos pasos más y luego, al llegar al borde de una tumba recién abierta, empezó a perder el equilibrio. Debió de tropezar con una piedra o con un desnivel del terreno y de repente se le doblaron las piernas. Fue todo tan rápido...

Levantó los brazos, agitándolos desesperadamente como si fueran alas, pero no le dio tiempo de enderezarse. En un instante pasó de estar allí a desaparecer dentro de la tumba. Antes de que pudiera echar a correr hacia él, oí que su cuerpo aterrizaba en el fondo con un fuerte ruido sordo.

Al final hizo falta una grúa para sacarle de allí. Cuando miré al fondo del hoyo

Librodot

no supe si estaba vivo o muerto, y como no había nada a que agarrarse en las paredes, me pareció demasiado peligroso arriesgarme a descender. Estaba tumbado de espaldas, con los ojos cerrados, absolutamente inmóvil. Pensé que podría caerme encima de él si trataba de bajar, así que me dirigí apresuradamente en el coche a las oficinas y le pedí al empleado que llamara por teléfono para pedir ayuda. A los diez minutos llegó una brigada de emergencia, pero pronto se encontraron con el mismo dilema que me había frustrado a mí. Después de algunas vacilaciones, nos cogimos todos de las manos y logramos bajar a un enfermero hasta el fondo. Éste anunció que Barber estaba vivo, pero por lo demás las noticias no eran buenas. Conmoción cerebral, nos dijo, tal vez incluso fractura de cráneo. Luego, tras una breve pausa, añadió:

-Es posible que también tenga rota la columna. Tendremos que tener muchísimo cuidado al sacarle de aquí.

Eran las seis de la tarde cuando al fin entraban a Barber en la sala de urgencias del Hospital del Condado de Cook. Seguía inconsciente y durante los siguientes cuatro días no dio señales de volver en sí. Los médicos le operaron la espalda, le pusieron en tracción y me dijeron que rezase. No salí del hospital en cuarenta y ocho horas, pero cuando se hizo evidente que la cosa iba para largo utilicé la American Express de Barber para tomar una habitación en un motel cercano, el Eden Rock. Era un lugar siniestro, con las paredes verdes manchadas y una cama llena de bultos, pero sólo iba allí a dormir. Una vez que Barber salió del coma, yo pasaba dieciocho o diecinueve horas diarias en el hospital y en los dos meses siguientes ése fue todo mi mundo. No hice otra cosa que estar sentado junto a él hasta que murió.

Durante el primer mes no parecía en absoluto que las cosas fueran a terminar tan mal. Encorsetado en un enorme molde de escayola suspendido en unas poleas, Barber colgaba en el aire como desafiando las leyes de la gravedad. Estaba inmovilizado hasta tal punto que ni siquiera podía volver la cabeza y no se alimentaba más que por medio de tubos introducidos por su garganta; pero, a pesar de todo, mejoraba, parecía que se recuperaba. Más que nada, me dijo, se alegraba de que la verdad hubiese salido finalmente a la luz. Si el precio que tenía que pagar por ello era estar escayolado unos meses, consideraba que valía la pena.

-Puede que tenga los huesos rotos -me dijo una tarde-, pero mi corazón está curado por fin.

Fue en esos días cuando me contó toda la historia, y como no podía hacer otra cosa más que hablar, acabó haciéndome un relato exhaustivo y meticuloso de toda su vida. Escuché cada detalle de su relación con mi madre, los deprimentes pormenores de su estancia en Cleveland y la historia de sus posteriores viajes por el corazón de Estados Unidos. Probablemente no hace falta decir que mi estallido de ira en el cementerio se había desvanecido hacía tiempo, pero aunque la evidencia no dejaba mucho lugar a dudas, algo en mí se resistía a aceptar que fuera mi padre. Sí, era cierto que Barber se había acostado con mi madre una noche de 1946; y si, también era cierto que yo había nacido nueve meses después; pero ¿cómo podía estar seguro de que Barber era el único hombre con el que ella se acostaba? No parecía muy probable, pero, no obstante, era posible que mi madre hubiese estado saliendo con dos hombres al mismo tiempo. En ese caso, podía ser el otro el que la hubiese dejado embarazada. Ésta era mi única defensa contra la creencia total y me resistía a renunciar a ella. Mientras quedara una pizca de escepticismo, no tendría que reconocer que hubiese sucedido nada. La mía era una reacción inesperada, pero, pensándolo ahora, creo que tenía cierto sentido. Durante veinticuatro años había vivido con una pregunta sin respuesta y poco a poco había llegado a considerar ese enigma como el dato fundamental respecto a mí. Mis orígenes eran un misterio y nunca sabría quién era mi padre. Esto era lo que me definía, ya me había acostumbrado a mi oscuridad y me aferraba a ella como a una necesidad

Librodot

ontológica. A pesar de lo mucho que había soñado con encontrar a mi padre, nunca creí que fuera posible. Ahora que le había encontrado, el trastorno interior era tan grande que mi primer impulso fue negarlo. La causa de esta negativa no era Barber, sino la situación misma. Él era el mejor amigo que tenía y yo le quería. Si había un hombre en el mundo a quien hubiera elegido para ser mi padre, ése era él. Pero, a pesar de ello, no podía aceptarlo. Había recibido una descarga que había recorrido todo mi sistema y no sabía cómo encajar el golpe.

Pasaron varias semanas y finalmente me resultó imposible cerrar los ojos a la realidad. Debido al molde de escayola que mantenía su cuerpo rígido, Barber no podía comer nada sólido y al poco tiempo empezó a perder peso. Era un hombre acostumbrado a atiborrarse de miles de calorías diariamente y el brusco cambio de dieta tuvo un efecto inmediato y perceptible. Se precisa un gran esfuerzo para mantener semejante mole de exceso de grasa y una vez que disminuye la ingestión, empiezan a perder kilos rápidamente. Barber se quejaba al principio, en varias ocasiones incluso lloró de hambre, pero pasado algún tiempo comenzó a pensar que aquel severo régimen obligado era en el fondo una bendición.

-Es una oportunidad de lograr algo que nunca he conseguido -me dijo-. Imagínate, M. S., si puedo seguir a este ritmo, cuando salga de aquí habré perdido cerca de cincuenta kilos. A lo mejor, hasta setenta. Seré un hombre nuevo. Nunca volveré a tener mi aspecto de antes.

Le creció el pelo a los lados del cráneo (una mezcla de gris y castaño rojizo) y el contraste entre esos tonos y el color de sus ojos (un azul oscuro, metálico) parecía hacer resaltar su cabeza con una nueva definición y claridad, como si fuera emergiendo gradualmente de la masa indiferenciada que la rodeaba. Después de diez o doce días en el hospital, su piel adquirió una blancura cadavérica, pero esta palidez dio una nueva delgadez a sus mejillas, y a medida que la hinchazón de las células de grasa y carne blanda continuaba bajando, un segundo Barber salía a la superficie, un yo secreto que había estado encerrado dentro de él durante años. Era una transformación asombrosa y, en cuanto hubo avanzado, desencadenó una serie de efectos secundarios notables. Apenas lo noté al principio, pero una mañana, cuando ya llevaba unas tres semanas en el hospital, le miré y vi algo que me resultaba conocido. Fue una impresión momentánea, y antes de que pudiera identificar lo que había visto, desapareció. Dos días después sucedió algo similar, pero esta vez duró lo suficiente para que notara que la zona de reconocimiento estaba localizada en torno a los ojos de Barber, quizá en los ojos mismos. Me pregunté si no habría percibido un parecido de familia con Effing, si algo en la forma en que Barber me miró en aquel momento no me habría recordado a su padre. Fuese lo que fuese, esa breve impresión era inquietante y no pude librarme de ella en todo el día. Me perseguía como un fragmento de un sueño que no puedes recordar, un relámpago de algo ininteligible que hubiera aflorado de las profundidades de mi subconsciente. Luego, a la mañana siguiente, comprendí al fin lo que había visto. Entré en la habitación de Barber para mi visita diaria, y cuando él abrió los ojos y me sonrió con expresión lánguida debido a los analgésicos, me descubrí estudiando los contornos de sus párpados, concentrándome en el espacio entre las cejas y las pestañas, y de pronto comprendí que me estaba mirando a mí mismo. Los ojos de Barber eran iguales a los míos. Ahora que su cara se había encogido, lo veía. Nos parecíamos; la semejanza era inequívoca. Una vez que tomé conciencia de ello, una vez que la verdad me saltó a la vista, no tuve más remedio que aceptarla. Era hijo de Barber, ahora lo sabía sin sombra de duda.

Durante dos semanas más, las cosas parecían ir bien. Los médicos se mostraban optimistas, y comenzamos a desear que llegara el día en que le quitaran la escayola. A principios de agosto, sin embargo, Barber empeoró de repente. Cogió una infección y el

medicamento que le dieron para combatirla le produjo una reacción alérgica, que le subió la tensión arterial a niveles críticos. Otras pruebas revelaron una diabetes que nunca le habían diagnosticado, y a medida que los médicos continuaban investigando, nuevas enfermedades y problemas se iban añadiendo a la lista: angina de pecho, gota incipiente, dificultades circulatorias, y Dios sabe qué más. Era como si su cuerpo no pudiera aguantar más, simplemente. Había soportado mucho y ahora la maquinaria se estaba averiando. La enorme pérdida de peso había debilitado sus defensas y no le quedaban reservas para luchar, sus células sanguíneas se negaban a organizar un contraataque. El veinte de agosto me dijo que sabía que iba a morir, pero no quise escucharle.

-Tú resiste -le dije-. Te sacaremos de aquí antes del primer partido de la Serie Mundial.

Yo ya no sabia lo que sentía. La tensión de verle derrumbarse me dejaba insensible y en la tercera semana de agosto me movía como en estado hipnótico. Lo único que me importaba a aquellas alturas era mantener una actitud impasible. Nada de lágrimas, ni ataques de desesperación, ni fallos de la voluntad. Rebosaba esperanza y seguridad, pero interiormente debía de saber que en realidad la situación era irreversible. No obstante, no tomé conciencia de ello hasta el último momento, y ocurrió de la forma más indirecta posible. Había entrado a cenar en un restaurante ya muy tarde. Uno de los platos especiales del día era, casualmente, empanada de pollo estofado, un plato que no había comido desde que era niño, tal vez desde los tiempos en que aún vivía con mi madre. En el momento en que leí esas palabras en la carta supe que no podría tomar ninguna otra cosa esa noche. Se lo pedí a la camarera y durante tres o cuatro minutos estuve recordando el apartamento de Boston donde vivíamos mi madre y yo, viendo por primera vez en muchos años la diminuta mesa de la cocina en la que comíamos juntos. Luego volvió la camarera y me dijo que se les habían acabado las empanadas de pollo estofado. No tenía ninguna importancia, por supuesto. En el ancho universo, no era más que una mota de polvo, una pizca infinitesimal de antimateria, pero de pronto sentí como si el techo se me hubiera venido encima. No quedaban empanadas de pollo estofado. Si alguien me hubiese dicho que en California habían muerto veinte mil personas en un terremoto, no me habría sentido más apenado de lo que lo estaba en aquel momento. Incluso se me llenaron los ojos de lágrimas y fue entonces, sentado en aquel restaurante y luchando con mi decepción, cuando comprendí lo frágil que se había vuelto mi mundo. El huevo estaba resbalando entre mis dedos y antes o después caería al suelo inexorablemente.

Barber murió el cuatro de septiembre, justo tres días después del incidente del restaurante. Pesaba sólo cien kilos y era como si la mitad de él hubiese desaparecido ya, como si una vez iniciado el proceso fuese inevitable que el resto desapareciese también. Necesitaba hablar con alguien, pero la única persona que se me ocurría era Kitty. Eran las cinco de la madrugada cuando la llamé, y ya antes de que cogiera el teléfono, supe que no la llamaba únicamente para darle la noticia. Tenía que averiguar si estaba dispuesta a aceptarme de nuevo.

-Ya sé que debías estar durmiendo -dije-, pero no cuelgues hasta que hayas oído lo que tengo que decirte.

-¿M. S.? -Su voz sonaba sofocada, aturdida-. ¿Eres tú, M. S.?

-Estoy en Chicago. Sol ha muerto hace una hora, y no había nadie más con quien pudiera hablar.

Tardé un buen rato en contarle la historia. Al principio no me creía y mientras le iba dando más detalles, comprendí cuán improbable sonaba todo. Sí, le dije, se cayó dentro de una tumba abierta y se rompió la columna. Sí, de verdad que era mi padre. Sí, ha muerto esta noche. Sí, te estoy llamando desde un teléfono público del hospital.

Hubo una breve interrupción cuando la telefonista intervino para decirme que metiera más monedas y cuando se restableció la línea, oí que Kitty estaba sollozando.

-Pobre Sol -dijo-. Pobre Sol y pobre M. S. Pobres todos.

-Perdóname por llamarte. Pero me parecía mal no decírtelo.

-No, me alegro de que me hayas llamado. Pero es tan duro de encajar... Dios mío, M. S., si supieras cuánto tiempo he esperado tener noticias tuyas.

-Lo he estropeado todo, ¿no es verdad?

-No es culpa tuya. No puedes remediar sentir lo que sientes, nadie puede.

-No esperabas volver a saber de mí, ¿verdad?

-Ya no. Durante los dos primeros meses no pensé en otra cosa. Pero no se puede vivir así, no es posible. Poco a poco, dejé de esperar.

-Yo he seguido amándote cada minuto. Lo sabes, ¿no?

Una vez más, hubo un silencio al otro lado de la línea y luego la oí empezar a sollozar de nuevo, unos sollozos entrecortados y angustiosos que la dejaban sin respiración.

-Cielo santo, M. S., ¿qué estás tratando de hacerme? No sé nada de ti desde junio, luego me llamas desde Chicago a las cinco de la madrugada, me desgarras el corazón contándome lo que le ha pasado a Sol... ¿y luego te pones a hablarme de amor? No es justo. No tienes derecho a hacerlo. Ya no.

-No puedo soportar estar sin ti por más tiempo. He tratado de hacerlo, pero no puedo.

-Yo también he tratado de hacerlo, y sí puedo.

-No te creo.

-Ha sido demasiado duro para mi, M. S. La única manera de sobrevivir era volverme igualmente dura.

-¿Qué tratas de decirme?

-Que es demasiado tarde. No puedo exponerme a eso otra vez. Casi me matas, ¿sabes? Y no puedo arriesgarme a que vuelva a ocurrir.

-Has encontrado a otro ,¿no?

-Han pasado meses. ¿Qué querías que hiciera mientras tú atravesabas medio país tratando de decidirte?

-Estás en la cama con él ahora, ¿no es cierto?

-Eso no es asunto tuyo.

-Pero es así, ¿verdad? Dímelo.

-La verdad es que no estoy con nadie. Pero eso no significa que tengas derecho a preguntármelo.

-Me da igual quién sea. Eso no cambia nada.

-Basta, M. S. No puedo soportarlo, no quiero oír una palabra más.

-Te lo suplico, Kitty. Déjame volver contigo.

-Adiós, Marco. Sé bueno contigo mismo. Por favor, sé bueno contigo mismo.

Y luego colgó.

Enterré a Barber junto a mi madre. No fue fácil conseguir que le aceptaran en el cementerio de Westlawn, el único gentil en un mar de judíos rusos y alemanes, pero puesto que en la tumba familiar de los Fogg aún había sitio para un cuerpo más y yo era legalmente el cabeza de familia y por lo tanto el dueño de esa tierra, al final me salí con la mía. De hecho, enterré a mi padre en el lugar destinado para mí. Teniendo en cuenta todo lo sucedido en los últimos meses, me pareció que era lo menos que podía hacer por él.

Después de mi conversación con Kitty, necesitaba hacer cualquier cosa que me distrajera de mis pensamientos y, a falta de nada mejor, las gestiones del entierro me

ayudaron a pasar los siguientes cuatro días. Dos semanas antes de su muerte, Barber había reunido sus últimos restos de energía para hacerme donación de sus bienes, por lo que ahora disponía de suficiente dinero. Me dijo que los testamentos eran demasiado complicados y puesto que quería que fuese todo para mí, ¿por qué no dármelo, sencillamente? Traté de disuadirle, sabiendo que esta cesión era la aceptación definitiva de su derrota, pero tampoco quise insistir demasiado. Por entonces, Barber estaba ya resistiendo a duras penas y no hubiera estado bien ponerle obstáculos.

Pagué las facturas del hospital, pagué a la funeraria y pagué una lápida por adelantado. Llamé al rabino que había presidido mi *bar mitzvah*[10] once años antes para que oficiara en el entierro. Era ya un anciano, debía de tener bastante más de setenta años, y no se acordaba de mi nombre. Estoy retirado, me dijo, ¿por qué no se lo pide a otro rabino? No, le contesté, tiene que ser usted, rabino Green, no quiero que sea ningún otro. Me costó convencerle, pero finalmente conseguí que aceptara por el doble de sus honorarios habituales. Esto es sumamente anormal, me dijo. No hay casos normales, le respondí. Toda muerte es única.

El rabino Green y yo fuimos los únicos presentes en el entierro. Pensé en notificar al Magnus College la muerte de Barber, por si alguno de sus colegas deseaba asistir, pero luego decidí no hacerlo. No estaba en condiciones de pasar el día con extraños, no quería hablar con nadie. El rabino aceptó mi petición de no hacer el elogio del fallecido en inglés, limitándose a recitar las tradicionales oraciones hebreas. Había olvidado casi por completo mi hebreo y me alegré de no poder entender lo que decía. Esto me dejaba a solas con mis pensamientos, que era lo único que deseaba. El rabino Green debió de pensar que estaba loco y en las horas que pasamos juntos se mantuvo lo más alejado de mí que pudo. Sentí pena por él, pero no tanta como para hacer nada al respecto. En total, no creo que le dijera más de cinco o seis palabras. Cuando la limusina le depositó delante de su casa después del mal trago, me estrechó la mano y me dio unas suaves palmaditas en los nudillos. Era un gesto de consuelo que debía de ser tan natural para él como firmar su nombre y casi no parecía darse cuenta de que lo hacía.

-Es usted un joven muy perturbado -me dijo-. Si quiere que le dé un consejo, creo que debería consultar a un médico.

Le pedí al chófer que me dejara en el motel Eden Rock. No deseaba pasar otra noche en aquel lugar, así que me puse a hacer el equipaje inmediatamente. No tardé más de diez minutos en terminar la tarea. Até las correas de mi bolsa de viaje, me senté un momento en la cama y le eché una última mirada a la habitación. Si en el infierno proporcionan alojamiento, pensé, debe de parecerse a esto. Sin ninguna razón aparente -es decir, sin ninguna razón de la que yo fuera consciente en ese momento- cerré el puño, me levanté y di un puñetazo en la pared con todas mis fuerzas. El delgado tabique de cartón cedió sin la menor resistencia, reventando con un crujido sordo cuando mi brazo lo atravesó. Me pregunté si el mobiliario sería igual de frágil y levanté una silla para averiguarlo. La estrellé contra el escritorio y contemplé con alegría cómo se hacían astillas. Para completar el experimento, agarré con la mano derecha una de las patas rotas de la silla y fui por toda la habitación atacando un objeto tras otro con mi improvisada porra: las lámparas, los espejos, la televisión, todo lo que había. Sólo me llevó unos minutos destrozar el cuarto de arriba a abajo, pero me hizo sentir infinitamente mejor, como si al fin hubiese hecho algo lógico, algo realmente digno de la ocasión. No me quedé mucho rato admirando mi obra. Todavía jadeante por el esfuerzo, recogí mis bultos, salí corriendo y me marché en el Pontiac rojo.

[10] Ceremonia en la que los muchachos judíos de trece años asumen responsabilidades religiosas. (*N. de la T.*)

Seguí conduciendo, sin parar, durante doce horas. Cayó la noche cuando entraba en Iowa y, poco a poco, el mundo se redujo a una inmensidad de estrellas. Llegué a estar hipnotizado por mi propia soledad, dispuesto a continuar hasta que ya no pudiera mantener los ojos abiertos, mirando la línea blanca de la carretera como si fuera la última cosa que me unía a la tierra. Estaba en algún lugar de Nebraska cuando finalmente pedí una habitación en un motel y me fui a dormir. Recuerdo un estrépito de grillos en la oscuridad, el golpe sordo de las polillas que se estrellaban contra la tela metálica de la ventana, un perro que ladraba débilmente en algún lejano rincón de la noche.

Por la mañana comprendí que el azar me había llevado en la dirección correcta. Sin detenerme a pensarlo, había seguido la carretera que llevaba al Oeste y ahora que estaba en camino, me sentí de pronto más tranquilo, más dueño de mí. Decidí que haría lo que Barber y yo nos proponíamos hacer al emprender el viaje, y el saber que tenía un objetivo, que no estaba huyendo de algo sino yendo hacia algo, me dio el valor de admitir ante mí mismo que en realidad no deseaba estar muerto.

No creía que llegase a encontrar la cueva (hasta el último momento, eso era un resultado inevitable), pero sentía que el acto de buscarla sería suficiente en sí mismo, un acto que anularía todos los otros. Tenía más de trece mil dólares en la maleta, lo que quería decir que nada me retenía: podía continuar hasta haber agotado todas las posibilidades. Conduje hasta el final de las llanuras, pasé una noche en Denver y luego seguí a Mesa Verde, donde me quedé tres o cuatro días, trepando por las enormes ruinas de una civilización desaparecida, renuente a alejarme de ellas. No había imaginado que en Estados Unidos hubiera nada tan antiguo, y cuando crucé la línea de demarcación de Utah sentí que empezaba a entender algunas de las cosas de las que Effing me había hablado. No era tanto que me impresionara la geografía (a todo el mundo le impresiona), sino que la inmensidad y el vacío de aquella tierra había comenzado a modificar mi sentido del tiempo. El presente ya no parecía tener las mismas consecuencias. Los minutos y las horas eran demasiado pequeños para poder medirlos en este lugar, y una vez que abrías los ojos a lo que te rodeaba, te veías obligado a pensar en términos de siglos, a comprender que mil años no es más que un segundo. Por primera vez en mi vida, sentí que la Tierra era un planeta que giraba en los cielos. Descubrí que no era grande, era pequeña; era casi microscópica. De todos los objetos del universo, nada es más pequeño que la Tierra.

Tomé una habitación en el motel Comb Ridge, en el pueblo de Bluff, y durante un mes pasé mis días explorando la comarca. Trepé por montañas rocosas, merodeé por los intersticios de los cañones, le hice cientos de kilómetros al coche. Descubrí muchas cuevas, pero ninguna tenía señales de haber sido habitada. Sin embargo, me sentí feliz durante esas semanas, casi eufórico en mi soledad. Para evitar incidentes desagradables con los habitantes de Bluff, me corté el pelo, y la historia que les conté de que era un estudiante de geología pareció desvanecer cualquier sospecha que hubieran podido tener respecto a mí. Sin otro plan que continuar mi búsqueda, podría haber seguido así muchos meses más, desayunando todas las mañanas en Sally's Kitchen y luego recorriendo los alrededores hasta el anochecer. Un día, sin embargo, fui más lejos que de costumbre en el coche, dejé atrás el valle de Monument y llegué hasta el almacén navajo de Oljeto. La palabra significaba "luna en el agua", lo cual en sí mismo era suficiente para atraerme, pero, además, alguien de Bluff me había dicho que el matrimonio que regentaba el almacén, el señor y la señora Smith, sabían más de la historia de la región que ninguna otra persona en muchos kilómetros a la redonda. La señora Smith era nieta o biznieta de Kit Carson y la casa en que vivía con su marido estaba llena de mantas y cerámica de artesanía navaja, una colección de objetos indios digna de un museo. Pasé un par de horas con ellos, bebiendo té en la fresca oscuridad de

Librodot

su cuarto de estar, y cuando finalmente encontré el momento de preguntarles si habían oído hablar de un hombre al que llamaban George Boca Fea, ambos menearon la cabeza y dijeron que no. ¿Y de los hermanos Gresham? les pregunté. ¿Habían oído hablar de ellos? Claro que sí, contestó el señor Smith, eran una banda de forajidos que desapareció hacia unos cincuenta años. Bert, Frank y Harlan, los últimos asaltantes de trenes del Salvaje Oeste. ¿No tenían un escondite en alguna parte?, pregunté, tratando de disimular mi excitación. Alguien me dijo una vez que vivían en una cueva, me parece que era en lo alto de las montañas. Creo que está usted en lo cierto, comentó el señor Smith, yo también lo he oído decir. Se supone que estaba en las cercanías del puente de Rainbow. ¿Cree usted que sería posible encontrarla?, le pregunté. Antes puede que sí, murmuró, puede, sí, pero ahora no le serviría de nada buscarla. ¿Por qué?, pregunté. Por el pantano de Powell, respondió él. Toda esa parte está ahora bajo el agua. La anegaron hace unos dos años. A menos que tenga un buen equipo de buceo, no es probable que encuentre hada allí.

Renuncié. En el momento en que el señor Smith dijo esas palabras, comprendí que ya no tenía sentido continuar buscando. Siempre había sabido que tendría que dejarlo más tarde o más temprano, pero nunca imaginé que ocurriría tan bruscamente, de un modo tan terminante. Yo acababa de empezar la tarea, le estaba cogiendo el gusto, y ahora, de repente, no tenía nada que hacer. Regresé a Bluff, pasé una última noche en el motel y me marché a la mañana siguiente. De allí fui al pantano de Powell, porque quería ver personalmente las aguas que hablan destruido mis hermosos planes, pero resultaba difícil enfurecerse contra un pantano. Alquilé una motora y pasé todo el día navegando, mientras trataba de decidir qué podía hacer ahora. Era un problema al que ya estaba acostumbrado, pero mi sensación de fracaso era tan enorme que no se me ocurría nada. Cuando llevé la motora al embarcadero y empecé a buscar mi coche, descubrí de pronto que alguien habla tomado la decisión por mí.

El Pontiac había desaparecido. Lo busqué por todas partes, pero una vez que vi que no estaba en el sitio donde yo lo había aparcado, comprendí que me lo habían robado. Tenía mi mochila con mil quinientos dólares en cheques de viaje, pero el resto del dinero lo había dejado en el maletero..., más de diez mil dólares en metálico, toda mi herencia, todo lo que poseía en el mundo.

Caminé hasta la carretera principal, confiando en que alguien me llevaría, pero ningún coche paró para recogerme. Les maldije a todos cuando pasaban de largo; gritándoles obscenidades. Estaba oscureciendo, y como mi mala suerte en la carretera continuaba, no tuve más remedio que adentrarme en la maleza y encontrar un sitio donde pasar la noche. La desaparición del coche me dejó tan aturdido que ni siquiera se me ocurrió denunciar el robo a la policía. Cuando desperté por la mañana, temblando de frío, pensé que el robo no había sido cometido por los hombres. Era una jugarreta de los dioses, un acto de malicia divina cuyo único propósito era aplastarme.

Fue entonces cuando eché a andar. Estaba tan furioso, tan ofendido por lo que me habla sucedido, que dejé de hacer autoestop. Caminé todo el día desde el amanecer al anochecer, pisando como si quisiera castigar la tierra bajo mis pies. Al día siguiente hice lo mismo. Y al otro. Y luego al otro. Continué andando durante los próximos cuatro meses, avanzando lentamente hacia el Oeste, deteniéndome en algunos pueblos un día o dos y siguiendo luego mi camino, durmiendo en los campos, en cuevas, en las cunetas. Durante las dos primeras semanas, me sentía como alguien golpeado por el rayo. Hervía en mi interior, lloraba, aullaba como un loco, pero luego, poco a poco, la ira se fue consumiendo y me adapté al ritmo de mis pasos. Gasté un par de botas tras otro. Hacia el final del primer mes, comencé a hablar de nuevo con la gente. Unos días después compré una caja de puros y todas las noches me fumaba uno en honor de mi padre. En Valentine, Arizona, una camarera gordita, que se llamaba Peg, me sedujo en

Librodot

un restaurante vacío a las afueras del pueblo y acabé quedándome en su casa diez o doce días. En Needles, California, me torcí el tobillo izquierdo y no pude andar durante una semana, pero, por lo demás, anduve sin interrupción, dirigiéndome hacia el Pacífico, llevado por una creciente sensación de felicidad. Sentía que una vez que llegara al fin del continente hallaría respuesta a una importante pregunta. No tenía ni idea de cuál era esa pregunta, pero la respuesta la habían ido formando mis pasos y sólo tenía que seguir andando para saber que me había dejado atrás a mí mismo, que ya no era la persona que había sido.

Me compré el quinto par de botas en un lugar llamado Lago Elsinor el día 3 de enero de 1972. Tres días después, agotado, subí una colina y entré en el pueblo de Laguna Beach con cuatrocientos trece dólares en el bolsillo. Ya podía ver el océano desde lo alto del promontorio, pero continué andando hasta llegar al borde del agua. Eran las cuatro de la tarde cuando me quité las botas y noté la arena contra la planta de mis pies. Había llegado al fin del mundo, más allá no había nada más que aire y olas, un vacío que llegaba hasta las costas de China. Aquí es donde empiezo, me dije, aquí es donde mi vida comienza.

Me quedé en la playa largo rato, esperando a que se desvanecieran los últimos rayos del sol. Detrás de mí, el pueblo se dedicaba a sus actividades, haciendo los acostumbrados ruidos de la Norteamérica de fines de siglo. Mirando a lo largo de la curva de la costa, vi cómo se escondían las luces de las casas, una por una. Luego salió la luna por detrás de las colinas. Era una luna llena, tan redonda y amarilla como una piedra incandescente. No aparté mis ojos de ella mientras iba ascendiendo por el cielo nocturno y sólo me marché cuando encontró su sitio en la oscuridad.

Librodot